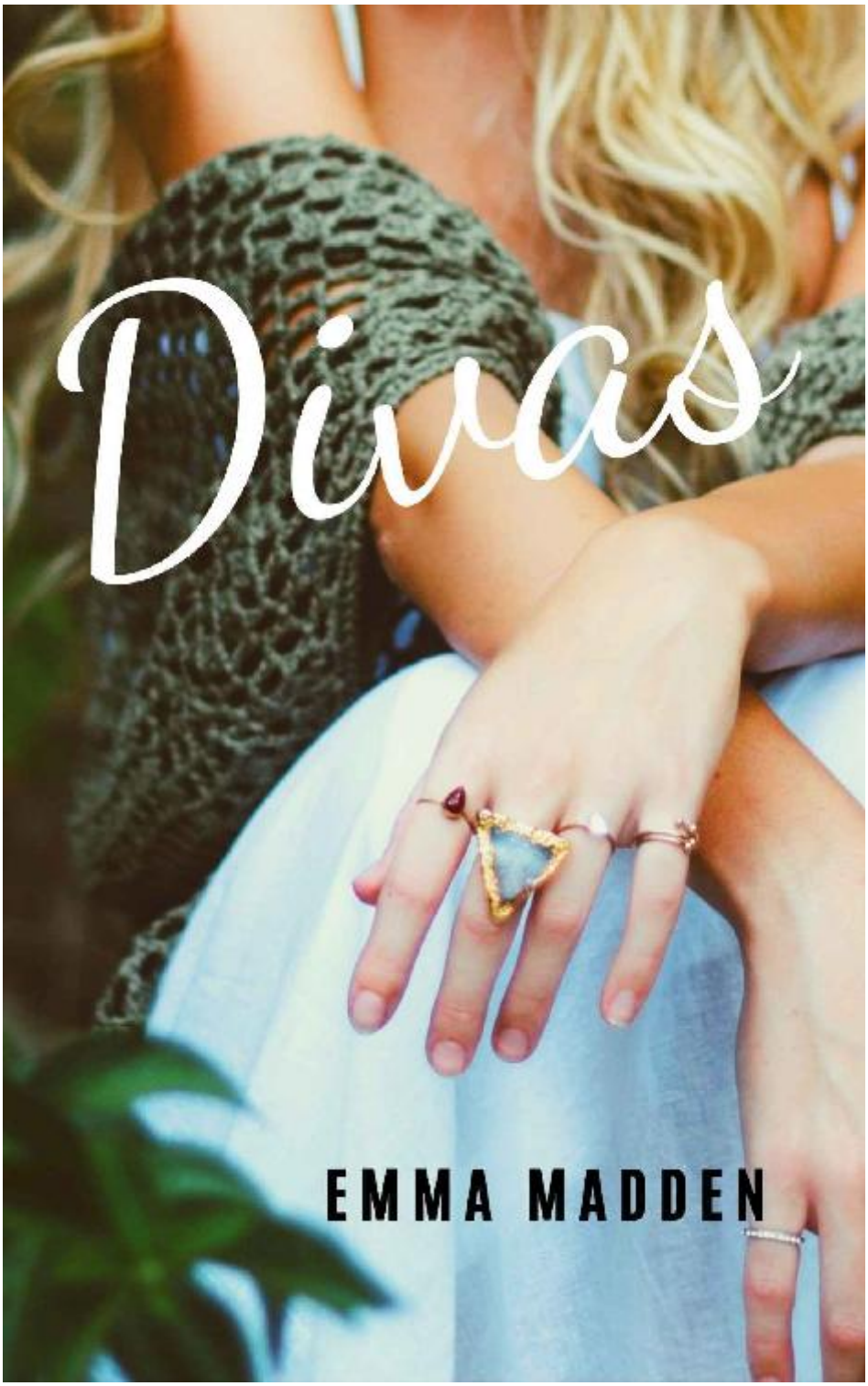

Divas
EMMA MADDEN

DIVAS

CHLOE
GISELLE
PAISLEY

EMMA MADDEN

"No soy un dechado de virtudes, solo amo, pero mi amor es prodigioso, exclusivo y constante"
Amantine Aurore Lucile Dupin (George Sand)

CHLOE

—¡Fuera de mi casa!

Lanzó el teléfono móvil, rebotó en el hombro de Daniel y luego se estampó contra el suelo provocándole un principio de infarto.

—Chloe…

—Ni Chloe ni leches ¡fuera de mi casa! —se agachó para recoger el aparatito y comprobó con alivio que seguía con vida—. Vete de una vez si no quieres que llame a la policía.

—Pero…

No alcanzó a decir nada más porque ella se volvió, agarró un jarrón y se lo tiró con flores y todo. Daniel Cunningham saltó y su agilidad lo salvó de recibir el golpe de lleno. Dio un paso atrás y sintió las rosas mojadas empapándole los dedos de los pies, miró a Chloe con el ceño fruncido, se giró y abandonó la habitación en calzoncillos y descalzo.

—Maldito hijo de puta —siguió mascullando mientras lo veía saliendo muerto de miedo hacia el pasillo— ¡Y no vuelvas a ponerte delante de mis ojos o te capo! ¡Estás avisado!

—¿Va todo bien?

Un segundo después Laura, su asistente personal, asomaba la cabeza al dormitorio para, como siempre, ver si necesitaba algo. Chloe la miró y negó con la cabeza.

—No, todo va rematadamente mal, Laura, así que prepara un comunicado de prensa. Daniel y yo nos divorciamos, ya es oficial, no pienso pasarle ni una más.

—Vaya… yo…

—¿No has visto Instagram? ¿Twitter? The Sun saca en portada mañana a mi maridito besuqueándose con una buscona que conoció en Las Vegas. Menuda humillación. Voy a destrozarlo en los tribunales… llama a Rachel y dile que me busque un buen abogado de divorcios.

—¿Estás segura de…?

—Completamente segura ¿Te crees que soy idiota?

Laura negó con la cabeza, desapareció y Chloe se desplomó en la cama sin derramar una sola lágrima, pero con el corazón destrozado.

La confianza, la lealtad, la fidelidad, la amistad, el compromiso… todas esas cosas que le importaban y que ahora, de repente, se desvanecían delante de sus ojos sin que pudiera controlarlo. Era tremendo, un golpe bajo que no podía perdonar, no podía, porque ya había perdonado antes y no había servido para nada.

Cuatro años de matrimonio tirados a la basura y, lo peor de todo, tirados a la basura de forma pública porque tanto Daniel como ella eran famosos, unas malditas estrellas de Hollywood a las

que seguían los pasos millones de personas a través de los medios de comunicación y las redes sociales. O sea, que el escarnio sería internacional y la vergüenza universal.

Giró en la cama y agarró el teléfono móvil. Tenía cientos de mensajes, por todas partes: WhatsApp, Twitter, Instagram, Facebook… todo el mundo empezaba a enterarse de las fotos de Daniel con su nuevo ligue y querían consolarla, o eso decían, aunque el noventa y nueve por ciento de esa gente ni siquiera la conocía.

Leyó alguno más personal, contestó uno de su madre y otro de su hermana y apagó el móvil. No quería, ni podía, lidiar con eso.

—Chloe…

—¿Qué? —se incorporó y miró a Laura con el ceño fruncido.

—Daniel dice que se lleva el Lamborghini porque te lo regaló él.

—¿En serio? —parpadeó con ganas de echarse a reír y Laura se encogió de hombros.

—Dice que lo pagó con su dinero y que ahora necesita las llaves.

—Dale las malditas llaves. No me interesa el puñetero coche, que encima es una horterada.

—Si tú lo dices, ok.

—Gracias y cierra la puerta, por favor. Necesito dormir, no quiero que me moleste nadie hasta mañana.

—Claro.

1

Si no quieres acabar sufriendo no te cases, le había dicho su madre dos horas antes de su boda con Daniel, y al parecer había acertado de pleno.

Por aquel entonces tenía veinticuatro años, una carrera de más de diez en el cine y la televisión, era independiente y madura, y Daniel Cunningham representaba la quintaesencia del hombre perfecto, a saber: guapo, listo, divertido, talentoso, rico, romántico, detallista y británico. Lo de ser británico parecía una frivolidad, pero no lo era para ella, que había nacido en un pueblito de Nebraska y que desde siempre había adorado el acento, las costumbres y la cultura británica. Se había enamorado de todos los libros y las películas de Jane Austen, de Cary Grant, Colin Firth, Orlando Bloom o Daniel Craig, y conocer a Daniel había sido como encontrar todo eso junto y en un envase de lujo, porque Daniel era perfecto.

Incluso se habían casado en un castillo inglés, rodeados del boato y la ceremonia británica, y había subido al altar vestida como una estúpida novia medieval. Cada vez que lo pensaba le daba una vergüenza atroz, pero ya no podía dar marcha atrás. Se había equivocado en todo y ahora estaba pagando las consecuencias.

—Señora Cunningham…

—Miller, me llamo Miller, nunca fui la señora Cunningham, mucho menos ahora.

—Por supuesto… —el juez la miró por encima de las gafas y ella entornó los ojos—. Solo hemos venido a ratificar el acuerdo de divorcio, necesito que me de un sí o un no y acabamos con este trámite de inmediato.

—Sí a todo.

—Claro, como te has quedado con todo, incluso con mi perro —susurró Daniel desde su sitio y ella lo fulminó con la mirada.

—Odiabas al perro, Daniel.

—Odiaba cómo eras tú con el chucho, Chloe.

—Vete a la mierda.

—Haya paz —el juez levantó la mano y sus respectivos abogados se pusieron de pie.

—Todo está firmado, señoría, y nuestros clientes ratifican el convenio.

—Estupendo, pues ya está. Pueden marcharse.

El juez firmó lo que le correspondía, feliz de librarse pronto de unas estrellas de Hollywood que habían traído al juzgado una ristra de reporteros, y los invitó a dejar su sala con gesto serio. Chloe se levantó y se estiró la chaqueta mirando a Sue, la nueva novia de Daniel, que no había tenido el sentido común ni la clase de no aparecer en la ratificación del divorcio.

La miró moviendo la cabeza y ella, que debía estar aún en el instituto, le sonrió masticando un chicle. Un esperpento. Respiró hondo para no gritar y se encaminó hacia la salida, pero antes Daniel se acercó, la agarró del codo y le susurro pegado al oído.

—Que estemos divorciados no significa que no podamos follar de vez en cuando, Chloe. Seguro que ya me echas de menos.

—Aunque fueras el último hombre que pisa la tierra.

—¿Cuánto llevas sin echar un buen polvo?… te conozco y te lo veo en la cara. Si quieres te paso a ver dentro de un rato y…

—¿Señora Miller? —una voz profunda y serena le llegó por la espalda y ella le prestó atención sintiendo cómo le rozaba el brazo—. El coche la espera por aquí, hemos conseguido una salida segura.

—Eh… —lo miró de arriba abajo sin reconocerlo, pero Laura, que estaba a un metro de distancia, la animó a seguirlo y eso hizo para abandonar los juzgados por una puerta lateral donde no había ningún reportero—. Muchas gracias.

—De nada, señora.

—¿Usted es? —observó cómo se ponía al volante del 4X4 y enfilaba hacia Tribeca sin abrir la boca.

—Es Kenan Yaman, Chloe —intervino Laura con una sonrisa—. Tu nuevo jefe de seguridad.

—¿Tengo jefe de seguridad?

—Lo impuso la compañía de seguros y la productora, hace semanas que hablamos de eso.

—Es cierto, es que… en fin, encantada, señor Yaman.

—Encantado.

La miró por el espejo retrovisor con unos ojazos oscuros muy inteligentes y ella asintió con una sonrisa. Se trataba de un hombre imponente, de unos treinta y tantos, con barba, rasgos perfectos, al que el traje y la corbata le sentaban a las mil maravillas. Desvió los ojos hacia sus enormes y cuidadas manos y pensó en la productora.

Había firmado con la productora más importante del mundo para rodar dos películas de una franquicia multimillonaria, sería su paso definitivo al cine de acción y estaba encantada, pero, claro, su contrato restringía bastante sus trabajos fuera del proyecto principal y, sobre todo, había impuesto un sistema de seguridad que no solía utilizar, pero que había aceptado porque lo necesitaba.

Llevaba unos meses muy duros, especialmente tras el divorcio de Daniel, que había multiplicado los acosadores que la perseguían por Internet. No solo estaba la prensa rosa que no la dejaba dar un paso en paz, también estaban los fans normales, y los menos normales, que habían encendido todas las alarmas de su agente y de la productora que le estaba pagando una fortuna por su trabajo.

Así pues, se habían contratado unos seguros millonarios y se había fichado a un equipo de seguridad de élite que se ocuparía de vigilar su residencia de Tribeca, sus desplazamientos, sus viajes, sus rodajes y toda su vida por un tiempo, al menos hasta que acabara la primera película y comprobaran que el acoso había cedido. Por eso tenía un jefe de seguridad y por eso ese hombre tan elegante iba conduciendo su coche camino de casa.

—¿Vas a ir al desfile de Givenchy del miércoles? —oyó la voz de su asistente y la miró de soslayo.

—Creo que no, necesito estar una tarde en casa, estoy agotada y mi madre llega a mediodía ¿no?

—Sí, pero ella me pidió expresamente que le consiguiera unos pases para verlo.

—Vaya por Dios… entonces no me queda otra.

—Lo confirmo. Perfecto.

2

—Debe estar casado, porque tiene una hija, se lo pregunté anoche.

—¿Qué? —Chloe miró a su madre y ella se encogió de hombros—. No puedes preguntar esas cosas al guardaespaldas, mamá, es algo muy personal.

—He hablado mucho con él, para mí no es un mero guardaespaldas.

—Y no lo es, es un exmilitar muy bien entrenado y muy listo que gestiona la seguridad de mucha gente rica y famosa. Es un lujo tenerlo aquí, así que respeta su intimidad y no me lo espantes, por favor.

—Nadie va a salir corriendo porque intentes conocerlo mejor, estás paranoica.

—Paranoica o no, lo dejas en paz, trabaja para mí y no quiero incomodarlo.

—Crees que todo el mundo es como tú, una obsesa de la intimidad.

Chloe guardó silencio y la vio salir del salón con los ojos entornados, callándose un montón de argumentos contra esa afirmación que, en el fondo, le hacía mucho daño.

Su madre, que era maestra de escuela y una actriz frustrada, que a los cuatro años ya la llevaba a castings de todo tipo para convertirla en una estrella, no entendería jamás el calvario que suponía no poder ir a ningún sitio sin llamar la atención, no poder conocer a nadie que ya lo supiera todo sobre ti, no saber nunca si le interesabas a las personas por ser quién eras o por ser Chloe Miller, la actriz de cine. Desde fuera su vida parecía perfecta y maravillosa, llena de glamur y lujo, pero desde dentro no era tan sencilla, ni tan cómoda, y era muy doloroso que tu propia madre no fuera capaz de comprenderlo.

Respiró hondo y trató de concentrarse en el guion que le habían mandado. Afortunadamente, no salía desnuda ni enseñando carne en la película, pero su personaje lucía un traje de látex tan ceñido, que la responsable de vestuario le había dicho que tendría que llegar dos horas antes al set solo para poder calzárselo. Sumado a eso al tiempo de maquillaje, estaba claro que se pasaría los próximos tres meses levantándose al amanecer.

—Chloe… —oyó la voz de Ruth, la paseadora de Benji, y lo siguiente fue tener a su precioso Golder Retriever encima y lamiéndole la cara.

—¡Hola, mi amor!, ¿qué has hecho?, ¿qué tal el paseo?

—Ha estado muy bien y no se ha peleado con nadie, parece que las clases de Bobby están surtiendo efecto.

—Si es un chico muy bueno, el mejor perrito del mundo, solo es un poco travieso.

—Algunos perros del parque no lo llamarían precisamente travieso.

—Ni caso ¿verdad, cariño?

—Nos hemos encontrado con Daniel —soltó Ruth y se le sentó enfrente—. Estuvo todo el tiempo con nosotros.

—¡¿Qué?!

—Dice que a Benji lo quiso él primero y que tiene derecho a verlo, incluso quiso llevárselo, pero no lo dejé. Se puso furioso.

—¿Está loco? —se levantó buscando el móvil—. Gracias, Ruth, has hecho muy bien impidiendo que se lo llevara.

—Costó trabajo porque Benji estaba feliz con él.

—Serás traidor, Benji —le acarició la cabeza oyendo cómo su abogado contestaba a su llamada a la segunda señal—. Hola, Peter, siento las horas, pero mi ex ha abordado a la paseadora de mi perro en el parque y ha intentado llevárselo. Creí que habíamos dejado claro que Benji es mío.

—Chloe…

—Igual te parece una chorrada, pero para mí no lo es, y para Daniel tampoco, está deseando joderme la vida de algún modo y sabe que secuestrar a mi perro es el mejor camino.

—¿Secuestrar?, es una mascota.

—No tienes perro ¿verdad?

—Escucha, impusimos los términos del divorcio que tú quisiste, no entiendo a qué viene ahora este intento de llevarse a vuestro perro, pero no sé qué puedo hacer yo al respecto.

—Llamar a sus abogados y dejarles claro que cómo vuelva a intentar llevárselo sin mi consentimiento lo voy a denunciar.

—Bien.

—Si no puedes hacerlo, no importa, llamaré a otra persona.

—No, está bien, mañana hablaré con su bufete.

—Muchas gracias.

Colgó bastante desconcertada por la reacción de su abogado, que al parecer era incapaz de entender lo que significaba su “mascota” para ella, y miró a Ruth oyendo como sonaba el timbre de la puerta principal y como un pequeño revuelo ponía en alerta a Benji, que salía corriendo y ladrando como loco hacia la entrada.

—¡No oses tocarme, capullo, o te denuncio! —Daniel Cunningham en persona estaba increpando a su jefe de seguridad, que le impedía el paso a la casa con los brazos en alto y sin tocarlo. Chloe cuadró los hombros y se le acercó echando chispas por los ojos.

—¿Qué coño haces aquí?

—Tengo que hablar contigo. ¿Ahora tienes matones a sueldo? —espetó con su marcado acento londinense y Chloe se puso las manos en las caderas—. Cada día más loca, cariño.

—¡Fuera de mi casa! Te dije que no volvieras por aquí.

—Llevo seis meses sin volver por aquí y ahora necesito hablar contigo.

—¿Sobre qué?

—¿Delante de toda esta gente? Hola, querida madre política —saludó con la mejor de sus sonrisas a su exsuegra en cuanto la vio asomarse al recibidor y ella le sacó el dedo corazón—. Perfecto, así de educadas sois las dos, unas verdaderas damas de Nebraska.

—¡Vete a la mierda, capullo inglés!

—¡Mamá! —Chloe se interpuso, agarró a Daniel del brazo y lo sacó al rellano de un tirón—. ¿Qué coño quieres, Daniel? ¿A qué vienes aquí ahora? y lo más importante ¿por qué intentaste secuestrar a mi perro en el parque?

—¿Tu perro?, yo te lo regalé.

—No es un coche, no puedes llevártelo.

—Lo echo de menos, estoy en Nueva York por unas semanas y quiero verlo.

—¿Y no podías pedir eso por teléfono como una persona civilizada?

—¿A qué teléfono si no me lo coges?

—Para eso están los abogados.

—¿Tengo que llamar a mi abogado para que llame a tu abogado para que me dejes ver a mi perro? ¿somos gilipollas?

—Mira…

—Nos burlábamos de tus amigos de Los Ángeles que hacían ese tipo de idioteces ¿qué te ha pasado?

—No confío en ti.

—No voy a llevarme a Benji a Londres, Chloe.

—Con tal de fastidiarme serías perfectamente capaz de hacerlo.

—¿Qué clase de imagen tienes de mí?

—La que te has ganado a pulso.

—Yo nunca te fui infiel, solo tuve una noche loca en Las Vegas…

—¿De Benji pasamos a Las Vegas?. No, gracias, ese tren ya pasó. Buenas noches.

—Para mí no pasó porque yo te sigo queriendo —se le acercó y se inclinó para hablarle pegado al oído—. Mientras subía en el ascensor, y ante la perspectiva de verte, me empalmé, Chloe. No sabes cuánto te deseo.

—Muy romántico, Benji, como se nota que has representado a Shakespeare unas cuantas veces.

—¿Cómo puedes burlarte de mis sentimientos?

—Me burlo de tu bragueta, no de tus sentimientos que, por otra parte, no existen. Venga, hasta otra y si quieres ver a Benji podemos acordar unos horarios. Llama a Ruth y ponte de acuerdo con ella.

—Estás buenísima —le dio un fuerte pellizco en el trasero, ella se giró y le cruzó la cara de una bofetada.

—¡No me toques!

—¡Y tú no vuelvas a ponerme un dedo encima!

Caminó hacia ella hecho una furia, pero antes de poder alcanzarla, la presencia enorme y protectora de Kenan Yaman se materializó a su espalda. El escolta se puso en medio de los dos y miró a Daniel desde su altura y sin abrir la boca.

—¡¿Qué?!

—La señora le ha pedido que se marche, señor, así que, por favor… —llamó al ascensor y Daniel lo miró ceñudo—. Buenas noches.

—Iros todos a tomar por el culo —se despidió furioso, entró en el ascensor y utilizó su propia llave para ponerlo en marcha. Kenan esperó con paciencia a que se cerraran las puertas, respiró hondo y se giró para mirar a Chloe a los ojos.

—¿Está usted bien?

—Sí, gracias. No es peligroso, solo es un poco…

—¿Cómo es que tiene su propia llave del ascensor? —interrumpió con calma— Y ¿cómo ha podido pasar del vestíbulo?

—Los porteros lo conocen, vivió aquí cuatro años y lo de la llave, pues… no sé, no se me había ocurrido pedírsela.

—Le prohibiré la entrada, al menos hasta que usted disponga lo contrario, y pediremos un cambio de llaves.

—Los vecinos querrán matarme.

—Es una cuestión de seguridad.

—Claro, muchas gracias.

—De nada.

Le indicó la puerta, ella entró en la casa y caminó por el pasillo alfombrado hasta su dormitorio en silencio, con Benji pegado a las piernas y su madre mascullando todo tipo de improperios a su espalda.

3

—Esto no debió pasar, no debió pasar, no…

Se bajó de la cama buscando la ropa interior y Daniel la detuvo, la inmovilizó y la metió de nuevo en la cama sujetándola por el trasero, ronroneó en su cuello y se le puso encima sin ninguna delicadeza, le separó las piernas y la penetró con su contundencia habitual. Chloe se estremeció entera y soltó un quejido de placer flexionando las rodillas para intentar sentirlo más adentro. Mucho más.

Deslizó los dedos por su espalda y le mordió los hombros mientras él se movía y jadeaba y le mordía la boca con esa locura suya que siempre la había vuelto tarumba. Era un animal en la cama, uno bastante salvaje, y eso a ella le encantaba, la ponía a mil, pero cuando sintió que la colocaba boca abajo para tener sexo anal, se puso tensa y se apartó lo mejor que pudo.

—No.

—¿Cómo qué no?, sabes que…

—Es igual, eso lo dejas para tus ligues. No me siento cómoda.

—Chloe… —le inclinó para lamerle los glúteos y deslizó el dedo hasta la vagina con la intención de moverlo hasta el recto, pero ella se escurrió y se puso boca arriba muy seria—. Pequeña, no me seas mojigata.

—Déjame en paz, ni siquiera debería estar aquí. Me largo.

—No, de eso nada.

Se le echó encima nuevamente y le succionó los pezones dejándola a su merced en un segundo. La agarró con propiedad por las caderas y la penetró a lo bestia, haciéndola gritar y arquear la espalda completamente fuera de sí. Lo siguiente fue un orgasmo monumental que la hizo sentirse de inmediato culpable.

—Tú y yo deberíamos hacer una peli porno o, mejor aún, deberíamos hacer una buena escena de sexo en una peli europea. Pondríamos cachondo a todo el cine. Encima con este cuerpazo que tienes —le tocó los pechos con un dedo y se relamió, Chloe respiró hondo y dejó la cama de un salto.

—Esto no va a volver a pasar.

—No te engañes sola, Chloe, nadie te folla mejor que yo. Te morías por tenerme dentro.

—Me largo.

—Me echas de menos, me lo dijiste anoche un montón de veces.

—Estaba borracha, cosa de la que no me siento muy orgullosa, como tampoco me siento muy orgullosa de haberme venido a tu suite.

—Voy a pedir el desayuno, aunque a estas horas ya es un *brunch*.

Ignoró su comentario y se estiró para llamar al servicio de habitaciones. Chloe observó atenta ese cuerpazo tan sexy y lleno de tatuajes que tenía y se agachó para buscar su ropa interior. El vestido de noche se lo había destrozado en cuanto habían pisado la habitación, así que tendría que cogerle unos pantalones y una camiseta prestados para salir a la calle.

Evelyn, su estilista, pondría el grito en el cielo cuando supiera que el vestido de Chanel que le habían dejado para la alfombra roja había quedado hecho jirones por culpa de la poca paciencia de su ex, que no había tenido ningún reparo en desmontar la pieza de dos tirones. En realidad, el escotazo y la espalda al aire habían facilitado el destrozo, y ella tampoco había hecho nada por defender su ropa, así que asumiría todas las consecuencias.

Buscó un pantalón de deporte y una camiseta en la maleta sin deshacer de Daniel, se los puso recogiendo los restos del vestido y localizó sus joyas, que también eran prestadas y que debía devolver esa misma mañana. Es lo que pasaba en la entrega de los Oscar, que ibas con todo prestado por exigencias de los publicitas y los patrocinadores.

—Si te he dejado preñada quiero tener ese bebé.

—¡¿Qué?! —se giró para mirarlo a los ojos y él se levantó de la cama dejando a la vista su esplendorosa anatomía.

—No hemos usado protección y tú no tomas anticonceptivos, así que cuatro polvos en una noche nos pueden traer un regalito.

—Estás completamente loco. Adiós.

—Chloe, ven aquí…

Ella abrió la puerta de la suite y se encontró en el pasillo a uno de los escoltas que trabajaban para Kenan Yaman. Sin querer se sonrojó hasta las orejas y caminó hacia el ascensor muerta de la vergüenza. Se suponía que no quería saber nada de su ex, le había prohibido la entrada a todas sus casas, no dejaba que se le acercara en ningún acto público, ni que posara a su lado, si siquiera que llevara a su perro a pasear sin supervisión y ahora, en Los Ángeles, tras un encuentro fortuito

en una fiesta y unas cuantas copas de más, acababa pasando una noche entera con él en la habitación de su hotel. Una verdadera vergüenza.

—Buenas tardes —la puerta del ascensor se abrió y el mismísimo Kenan Yaman apareció saludándola muy serio.

—Buenas —miró la hora y comprobó que era la una de la tarde.

—Tenemos que llevar las joyas a Harry Winston antes de las tres. Les dije que estaba indispuesta y que nos retrasaríamos, pero…

—Claro, claro, Kenan —se las pasó viendo que él llevaba los dos estuches correspondientes, y amagó una sonrisa—. Muchas gracias.

—Phil la llevará a su hotel, yo me ocuparé de esto.

—Mil gracias…

—¡Chloe! —interrumpió Daniel, apareciendo completamente desnudo en el pasillo, miró a Yaman con desprecio y luego fijó los ojos en ella—. Te recojo a las ocho y te llevo a cenar, luego podemos perdernos por ahí.

—No, muchas gracias, me vuelvo a Nueva York en seguida.

—Me voy contigo. Dame un beso.

—Hasta otra, Daniel —entró al ascensor con los dos escoltas y Kenan dio al botón de la recepción. Chloe suspiró y vio cómo Daniel se pegaba a la puerta del aparato tirándole un beso, miró al suelo y tragó saliva—. Espero que todo esto quede en la más estricta intimidad.

—Por supuesto.

—Porque si se entera la prensa seré la comidilla de medio planeta.

—Phil, lleva a la señora al Four Seasons y luego al aeropuerto —ordenó el escolta sin detenerse a responder a su comentario—. Su vuelo sale a las seis, yo me reuniré con vosotros allí.

Ella lo miró sin decir nada y lo siguió hasta el *hall* del hotel donde de repente, de la nada, aparecieron cuatro fotógrafos disparando sus cámaras y haciendo preguntas incómodas sobre Daniel Cunningham. Kenan se le puso a un lado y la protegió con su gran envergadura hasta que llegaron al coche que esperaba con las puertas abiertas.

—Cunningham ha colgado en Instagram una foto contigo Chloe, ¿quiere decir eso que hay reconciliación?

Fue lo último que oyó antes de salir disparados hacia el Four Seasons donde otra nube de fotógrafos la esperaba con las cámaras en alto para seguir con las preguntas y las insinuaciones sobre su ex.

4

—No es para mortificarse así, Chloe, muchas exparejas tienen reencuentros sexuales y no por eso dan pasos atrás…

—En mi caso sí es un paso atrás, me ha costado mucho desengancharme de Daniel, tú sabes la dependencia emocional y sexual que teníamos el uno por el otro y conseguir divorciarnos ha sido… un triunfo. Si no llegan a pillarlo con esa *stripper* en Las Vegas seguiría casada con él.

Se levantó y se sirvió un vaso de agua.

El despacho de su terapeuta, la prestigiosa siquiatra Elma Pattinson, tenía unas vistas espectaculares hacia Manhattan, y se quedó un rato observando el paisaje en silencio, sin pensar en nada, hasta que respiró hondo y volvió a su sitio.

—Soy muy consciente de que teníamos una relación tóxica, no quiero volver a vivir así, separarme de él ha sido la mejor decisión que he tomado desde que lo conozco y acostarme con él… en fin, ha sido una estupidez como una casa.

—¿Sigues enamorada de Daniel?

—No.

—Bueno, entonces no hay de qué preocuparse.

—Me preocupa verlo y ser capaz, a la primera de cambio, de meterme en la cama con él. No sé cómo puedo ser tan idiota.

—Eres humana.

—Madre mía —se estiró y volvió a beber agua—. Qué gilipollas.

—No eres gilipollas. No hay que mortificarse, lo importante es tener claro que lo que ocurrió no te hizo feliz, ni te ha aportado nada, teniendo eso presente no volverá a pasar.

—Dios te oiga.

—Eres una mujer sensata y madura, Chloe, esto ha sido un desliz sin importancia, pasa página y a otra cosa.

—Tienes razón, voy a dejar de darle más vueltas.

—Perfecto. Háblame del trabajo.

—Todo bien, mucho trabajo, pero estoy contenta. Ahora me voy a París para rodar unas escenas en Versalles.

—¿Ahora mismo? —Chloe asintió—. Qué envidia me das.

—Voy a trabajar, así que no me envidies tanto.

—París es París —se puso de pie y le acercó un cuenco con bombones—. Son veganos, prueba uno.

—Gracias, Elma.

—¿Qué tal llevas lo de la seguridad?

—Bien, desde que tenemos un equipo de seguridad permanente vivo mejor y mucho más tranquila.

—Y con ese turco tan guapo al lado… —bromeó y Chloe frunció el ceño.

—¿Turco?, es americano

—Americano de origen turco, cariño, se llama Kenan Yaman. Entiendo de esas cosas, soy turca por parte de madre.

—¿En serio?

—Mi nombre, Elma, significa “amistosa” en turco. Tengo mucha familia en Ankara.

—Vaya, pues no tenía ni idea. La verdad es que apenas he cruzado con él dos o tres frases seguidas, solo hablamos de trabajo, es muy concienzudo ¿sabes?, muy profesional. Jamás le he hecho una pregunta personal y él a mí tampoco.

—Pues es turco y se le nota, es guapísimo y muy varonil.

—Guapo es, tengo a medio personal revolucionado, pero está casado y están todos amenazados de muerte si se atreven a ponerlo en un compromiso.

—Qué mala eres.

—Es una joya, muy caro, y muy exclusivo, pero de primer nivel, y no pienso perderlo por culpa de alguna loba, o de algún lobo, de los que trabajan conmigo —sonrió mirando la hora—. En fin, corazón, tengo que irme, mi vuelo sale dentro de dos horas y ya sabes cómo está el tráfico.

Se despidió de Elma y salió a la sala dónde Kenan Yaman la estaba esperando de pie junto a una ventana. Le hizo una venia y le indicó el camino hacia el ascensor.

Por un momento tuvo el impulso de preguntarle por sus orígenes turcos y por el significado de su nombre, pero no se atrevió y esperó pegada a la pared a que el ascensor llegara al *parking*. Durante unos segundos observó su espalda ancha y lo bien que le quedaba la chaqueta y descubrió que llevaba el pelo recogido en una coleta *hípster*. Increíble.

Desde luego nunca lo miraba con atención. Había tenido muchos guardaespaldas a lo largo de su vida, pero ninguno tan serio, y tan distante, así que desde un principio había optado por hablar lo justo con él. Se limitaban a tratar temas de agenda y de desplazamientos, algunos detalles de seguridad y poco más, eso impedía que lo mirara mucho rato a los ojos o cotillara su *look*. Eso impedía que lo recorriera con los ojos o se fijara en su pelo castaño claro recogido a la última moda.

Era un tipo discreto y reservado Kenan Yaman, ponía distancias con el mundo y ella lo entendía perfectamente. Cuando tenías esa estampa, esa altura y esa presencia física, llamabas la atención de la gente y muchos no dudaban en invadir tu espacio, ella lo sabía, así que no lo culpaba por andar siempre como un fantasma silencioso, cumpliendo con su trabajo a la perfección, pero sin dar demasiado margen de acercamiento a los demás.

A ella la miraba poco a los ojos, sin embargo, jamás la perdía de vista, y cuando estaban en público era igual que un muro sólido a su lado, nadie traspasaba sus barreras, respetaban su espacio vital y eso no tenía precio.

Por lo general se ocupaba personalmente de su seguridad y, aunque combinaba la responsabilidad con otros compañeros igual de profesionales, siempre pasaba por su casa a última hora de la tarde para ver qué tal había ido la jornada y para organizar las actividades del día siguiente.

En casi ocho meses había aprendido a confiar ciegamente en él.

—El señor Cunningham viaja en el mismo avión —le anunció de repente, acercándose a su asiento y ella sintió náuseas.

—Nos cambiamos de vuelo, no tienes porqué pasar por esto, Chloe —Laura se puso de pie empezando a perder los nervios y ella bufó mirando por la ventana.

—Laura, ocupa mi asiento, yo voy con la señora Miller —Kenan Yaman se sacó la chaqueta y clavó los ojos a la asistente, que agarró sus cosas y se puso dos asientos por detrás.

—¡Chloe Miller! —exclamó un segundo después Daniel Cunningham, deteniéndose junto a sus butacas—. Menuda sorpresa.

—Hola, Daniel.

—No me has llamado después de lo que pasó en Los Ángeles. Eres muy desconsiderada.

—No quiero hablar contigo.

—No digo para hablar, ya sé que conmigo prefieres hacer otras cosas.

—Déjame en paz ¿quieres?

—Cada día más agria, como todas las putas actrices.

—¿Perdone? —Kenan se puso de pie y lo miró desde su altura y a muy corta distancia. Chloe se fijó por primera vez en que le sacaba una cabeza y estiró la mano para sujetarlo por la camisa, pero él la ignoró con los ojos fijos sobre Daniel, que soltó una risa tonta y se apartó para mirar a su alrededor.

—¿Ahora te tiras a este armario de tres cuerpos?

—¡Dani! —la voz de una chica detuvo la escena y Daniel estiró el brazo para agarrarla por el cuello y pegarle un beso en los labios.

—Aquí estoy, muñequita, solo estaba saludando a mi ex.

—Oh, señorita Miller, soy una gran admiradora suya —comentó la chiquilla siguiendo a su novio hasta sus asientos. Ella bufó y cerró los ojos contando hasta diez.

—Lo siento —susurró Kenan Yaman volviendo a su sitio y mirándola de soslayo—. A partir de ahora intentaremos prever estas cosas.

—No podíamos saberlo, no pasa nada, y gracias.

—No he hecho nada.

—Sí que lo ha hecho, solo con estar aquí me ha evitado tener que pedir ayuda a la tripulación. Daniel es inofensivo, pero puede llegar a ser muy pesado.

—Basta con ser tajante.

—Eso intento.

—Claro. El cinturón —le indicó con la cabeza que se abrochara el cinturón de seguridad y ella obedeció sintiendo como el aparato empezaba a moverse.

—¿Podríamos tutearnos?. No suelo tratar de usted a nadie que trabaje conmigo.

—No trabajo con usted, trabajo para usted.

—¿O sea que no?

—Dejemos las cosas como están ¿le parece?

Chloe asintió completamente perpleja y, sin saber qué responder a eso, se movió incómoda en el asiento, pegó la cara a la ventanilla y vio el despegue con una desazón enorme subiéndole por todo el cuerpo.

Agarró su Ipad, se puso música, cogió el guion y se concentró en estudiar sin volver a abrir la boca.

5

—Deberías quedarte con algún modelito de la nueva temporada, es un regalo, Chloe, no entiendo…

—No necesito más ropa.

—Ya, pero es una gentileza de Jean Paul Gaultier en persona, deberías…

—No voy a aceptar algo que no me convence y que encima se quedará en el vestidor meses y meses. Mejor que se lo regale a alguien que lo vaya a lucir más.

Miró a Laura, que aún se emocionaba con los regalos de los diseñadores, y salió del Museo del Louvre poniéndose las gafas de sol. Una guía oficial los había acompañado en una visita semi privada y había disfrutado muchísimo de la experiencia. Le encantaba el arte, había estudiado historia del arte en la universidad de Nueva York y, aunque nunca tenía el tiempo suficiente para disfrutar de sus pasiones pictóricas, se consideraba una pequeña experta, una apasionada y concienzuda coleccionista, y esa mañana en el Louvre había sido la mejor mañana de toda su corta estancia en París.

Llegó al coche que los esperaba para llevarlos a comer y se detuvo buscando a Kenan Yaman con los ojos. Él, impecablemente vestido y con las gafas de sol puestas, se detuvo para prestarle atención.

—Me gustaría ir andando al restaurante.

—Es un buen trecho.

—Unos veinte minutos y hace un día estupendo para caminar.

—Hacen cuatro grados, Chloe —Se quejó Laura y ella la miró.

—No tienes que venir conmigo, de hecho, me vendrá bien pasear sola. Os veo a todos en el restaurante.

Observó cómo su asistente se subía al vehículo con el segundo guardaespaldas y cómo Kenan, sin abrir la boca, se disponía a seguirla por las calles de París.

En un principio quiso pedirle que la dejara sola de verdad, pero prefirió callarse y caminar imaginando que era una turista americana y solitaria disfrutando de sus vacaciones por la Ciudad de la Luz.

Llevaban una semana en Francia y no había vuelto a intentar acercarse a él. Su negativa al tuteo y esa respuesta tan franca en el avión le había dolido de verdad. Ella estaba acostumbrada a que todo el mundo, en todas partes, quisiera ser su amigo, o al menos ser alguien de su confianza, y que ese individuo, que cuidaba las veinticuatro horas del día de su seguridad, entraba y salía de su casa y conocía todos los detalles de su intimidad, la hubiera apartado de ese modo, la tenía aún perpleja.

En París, por descontado, se había limitado a vigilarla con su profesionalidad habitual. El rodaje al aire libre en Versalles les había traído algún que otro contratiempo con los fans y la prensa, pero él lo había resuelto a las mil maravillas y sin rechistar.

Era el mejor en su trabajo, pero no compartían nada más y empezaba a sentirse incómoda. Ella solía ser una persona solitaria, porque a pesar de estar siempre rodeada de gente, estaba bastante sola y, si encima los que tenías al lado ponían barreras invisibles para no intimar contigo, acababas sintiéndote aún más huérfana y aquella sensación no le gustaba en absoluto, así pues, caminando dos pasos por delante de él por las frías calles parisinas, empezó a calibrar seriamente la posibilidad de prescindir de sus servicios y buscarse otro equipo de seguridad. Total, seguro que tenía miles de ofertas de trabajo.

—No puedo comer así —Pegó la espalda al respaldo de la silla y miró hacia la mesa donde Kenan y Phil, los dos escoltas, esperaban sentados sin comer ni beber, a que ella terminara con su almuerzo. Bufó y miró a Laura a los ojos—. Diles, por favor, que vengan, se sienten y coman con nosotros. Esto es absurdo

—Son unos profesionales —susurró a su lado James, su jefe de prensa, moviendo la cabeza—. Déjalos en paz.

—Es ridículo que estemos comiendo a un metro de distancia y ellos se comporten como los guardias de corps de la reina. Es muy incómodo.

—Deberías estar acostumbrada.

—Nunca había tenido unos escoltas así de estrictos, en serio… y te aseguro que es cosa del señor Yaman, al que al parecer no le gusta nada mezclarse con gente como yo.

—¿Gente como tú? ¿Estás loca?, si todo el mundo mataría por mezclarse con gente como tú.

—Ya, ya… ¿Qué pasa? —observó a Laura, que venía con cara de circunstancia, y la animó a hablar.

—Dice que no, muchas gracias. Están de servicio.

—¡¿Qué?! Están a mí servicio y los invito a sumarse al almuerzo ¿Este tío de que va?

—Chloe…

Laura intentó detenerla, pero ella, con un cabreo insólito subiéndole por el pecho, se levantó y caminó hacia la mesa viendo como los dos se ponían de pie muy educados. Ignoró a Phil y se dirigió directamente a Kenan Yaman.

—¿Tampoco pueden comer con nosotros?

—Estamos de servicio y…

—Y no somos autómatas. Este restaurante es de un buen amigo mío, es seguro y discreto, no veo ningún peligro en que se sumen a mi mesa y podamos disfrutar todos juntos de una comida como personas normales. ¿Qué coño le pasa?

—Estamos trabajando y, con o sin su consentimiento, cumpliremos con nuestro deber de velar siempre y en todo momento por su seguridad.

—La madre que lo parió… —bufó completamente impotente, sosteniendo la mirada penetrante y firme de ese hombre, hasta que no pudo más, giró sobre sus talones, volvió a la mesa, agarró su bolso y se encaminó hacia la puerta.

—¡Chloe! ¿adónde vas?, no has comido nada —gritaron Laura y James, pero ella los ignoró saliendo a la calle con muy malas pulgas— ¡Chloe!

—Se me ha quitado el hambre.

Contestó dejándolos plantados y llamando un taxi con la mano. El vehículo se detuvo, ella saltó dentro y antes de que Kenan Yaman pudiera tocar la puerta, se la cerró en la cara pidiendo al taxista que acelerara hacia su hotel.

No se volvió para ver la cara de enfado del escolta, pero se la imaginó y sonrió pensando en que así aprendería alguna cosa sobre ella. Que sería joven, rica y famosa, pero no era estúpida, ni superficial, ni una inútil, y mucho menos una diva a la que tuviera que tratar con esa condescendencia insoportable.

6

—Aquí está la rescisión del contrato, las llaves, todos los dispositivos digitales, los informes correspondientes y cualquier material sensible sobre su…

—¿Cómo dice?

Levantó los ojos del texto y se sacó las gafas para mirar a Kenan Yaman de frente. Él, vestido de sport, había entrado sin llamar en su despacho y había interrumpido sin mediar palabra la

lectura de guion que estaba haciendo con una *script* de la productora, así que frunció el ceño y él hizo lo mismo sin moverse.

—Estoy trabajando, deme una hora y lo hablamos.

—Dentro de una hora no estaré aquí.

—¿Y para qué quiero yo todo eso?

—Mi empresa rescinde cualquier actividad contractual con usted, señora Miller, solo vengo a despedirme.

—¡¿Qué?! —movió la cabeza y miró a su compañera con cara de pregunta.

—Ya me ha oído. En cuanto salgamos de aquí un nuevo equipo de seguridad tomará el relevo. Buenas tardes.

—Eh, eh, eh… un momento —se puso de pie y levantó una mano—. Tracy, por favor, ¿puedes darme un minuto? Ahora continuamos.

—Claro —ella salió y Chloe caminó hacia Kenan Yaman con las manos en las caderas.

—¿Está rescindiendo el contrato? ¿por qué?

—Son motivaciones profesionales, no es nada personal. En el informe lo tiene todo —Tiró la carpetita en la mesa e hizo amago de marcharse otra vez.

—No quiero leer un triste informe, sea valiente y dígamelo a la cara, Kenan. Ya tengo claro que usted no me soporta, pero al menos me merezco saber porqué una empresa a la que pago una fortuna rescinde un contrato sin previo aviso y sin siquiera negociarlo conmigo. ¿Qué coño ha pasado?

—En ocho meses hemos conseguido un desarrollo profesional satisfactorio, a pesar de la dificultad que tiene usted para asimilar un servicio de escoltas permanente, sin embargo, lo que ocurrió en París fue muy grave…

—¿París?, ¿qué pasó en París que fue tan grave?

—Subió a un taxi sola e impidió que hiciera mi trabajo. Si llega a pasarle algo, si llega a sufrir algún percance, toda la responsabilidad hubiese recaído sobre mí y…

—No tengo cinco años.

—No, pero me pagan por procurar su seguridad de forma permanente y si usted no colabora, no puedo garantizarla, por lo tanto, rescindimos el contrato.

—Madre mía —soltó una risa involuntaria y él giró hacia la puerta—. Soy una persona, señor Yaman, una mujer adulta de veintiocho años que, de vez en cuando, necesita hacer su vida y subirse a un taxi sola.

—Perfecto, ajuste esos detalles con su nueva empresa de seguridad y todos en paz. Que tenga un buen día.

—¿Ya está? ¿y quienes son los de esa empresa de seguridad?

—La hemos buscado nosotros y la ha aprobado su agente y su abogado, se trata de una empresa de élite. Seguro que estará muy a gusto con ellos.

—Y seguro que usted estará muy a gusto con sus nuevos clientes.

—¿Perdone?

—Nada. Muchas gracias por sus servicios y que tenga un buen día.

—Mire, señora Miller —volvió sobre sus pasos y se le acercó para mirarla desde su más de metro noventa de estatura. Ella cuadró los hombros y le sostuvo la mirada—. Esto no es nada personal, yo solo me limito a hacer mi trabajo, algo que usted, desde un principio, no ha comprendido en su magnitud. Yo no soy su amigo, ni su colega, ni su compañero, ni su asistente; era su escolta. Un escolta con la tremenda responsabilidad de cuidar de su integridad física, todo

lo demás me es indiferente, lo que no quiere decir que no la "soporte" o me caiga mal o no me guste su compañía. Simplemente estaba aquí para protegerla y cuidar de usted y de su entorno, no para confraternizar, tomar copas o compartir comidas que podían distraerme de mi tarea. ¿Está claro?

—Clarísimo —dio un paso atrás y tragó saliva—, pero usted debería entender que las personas más cercanas que tengo, mi verdadero entorno, son precisamente las personas que trabajan para mí, por lo tanto, soy incapaz de separar los roles y actuar como si usted fuera un ente inanimado que camina a mi lado, o dos pasos por detrás, solamente para en caso de peligro reaccionar y protegerme.

—Eso es exactamente lo que soy y usted, con sus años de experiencia en este mundo, debería saberlo.

—Disculpe si la fama y el éxito no han conseguido deshumanizarme hasta ese punto.

—Mire, no voy a discutir con usted.

—Por supuesto.

—Adiós, señora Miller.

—Adiós, señor Yaman.

Observó como salía por la puerta sin una sonrisa o una muestra de humanidad, tras ocho meses compartiendo tiempo, viajes y compañía, y se acercó a la ventana para mirar el paisaje de Manhattan bajo sus pies. Llovía y la ciudad estaba preciosa a esas horas de la tarde, pero ella sintió que se le caía el alma a los pies, retrocedió y cogió un paquete de pañuelos de papel, sacó uno y se echó a llorar.

7

—Lo que te cabrea es que no te baile el agua, como todo el mundo.

—Lo que me cabrea es trabajar con gente que me trate como si fuera idiota.

Se miró en el espejo y sonrió a Evelyn, su estilista, dando el visto bueno, se acercó al espejo y se quitó un poco de carmín con una toallita antes de seguir hablando con su hermana Brittany que, como siempre, tenía opinión para todo, especialmente si podía ir en su contra.

—Desde que naciste estás acostumbrada a que el universo de adore, Chloe, para una vez que alguien no es amable contigo deberías estar agradecida, así puedes probar lo que significa ser un mortal corriente y moliente.

—Eso es muy injusto, además de ser falso. No sé ni para qué me molesto en contarte mis cosas.

—Porque soy tu conexión a tierra, hermanita, también deberías estar agradecida de tenerme. Ese exjefe de seguridad tuyo y yo, somos las únicas personas que te tratamos con normalidad.

—Bueno, es igual, ya pasó…

—No pasó, porque te duele que fuera tan tajante y brusco contigo, oh diosa de Hollywood… ¿No te lo habrás tirado?

—Te he dicho que ni siquiera me dejaba tutearlo, que no me dirigía la palabra ¿cómo me iba a acostar con él? Es inútil hablar contigo, Britt, hasta otra.

—Espera, mamá dice que vas a salir con ese tío tan bueno de Juego de Tronos.

—Sí ¿qué pasa?

—No irás a caer otra vez con un inglés.

—Es escocés y no, solo iremos a cenar y, de hecho, estará a punto de llegar, así que… ¿necesitas algo más?

—Necesito saber si me vas a apoyar en la agencia inmobiliaria. Tengo una semana para aportar los avales o me quedaré sin casa.

—Vale —cerró los ojos mirando la hora—. Papá no quiere que te avale porque dice que esa casa no te la puedes permitir y que la acabaré pagando yo.

—Papá es un egoísta y tú estás forrada, no veo cual es el problema.

—El problema es que, por una vez, tal vez, deberías ser un poco más amable.

—Si tengo que besarte los pies, vete a la mierda, Chloe. Una amiga trabaja en la NBC de Lincoln y estará encantada de hacerme una entrevista hablando de ti. Me han ofrecido mucha pasta y me encantará contar tus miserias en horario de máxima audiencia, incluso puedo invitar a mi excuñado Daniel a sumarse a la fiesta.

—¿Y por qué no me lo has dicho antes? —soltó con sorna—. Avísame cuándo salgas en la tele de Nebraska y te veré encantada.

—¡Vete a tomar por el culo!

Le chilló desde su casa de Lincoln, la capital de Nebraska, y Chloe soltó el teléfono con un escalofrío por todo el cuerpo. Era increíble el odio pertinaz que su hermana le profesaba y que iba en aumento según pasaban los años. Era increíble que Brittany, la segunda de las tres hermanas Miller, a la que le habían dado todo gracias a que su hermana pequeña ganaba mucho dinero desde los catorce años, no consiguiera centrarse en su vida y siguiera odiando al mundo entero, porque no solo la odiaba a ella, también odiaba a su hermana mayor, a sus padres y a todas sus antiguas compañeras de universidad.

Brittany era una mujer de treinta años, guapa y con muchas habilidades profesionales, sin embargo, ni trabajaba, ni amaba, ni crecía, ni maduraba, y cargaba a toda su familia con sus problemas sin tener jamás una palabra amable para ellos. Un verdadero desastre.

Su padre era de la opinión de que tenían que dejarla sola, de que no la ayudaban nada resolviendo sus historias mientras ella se comportaba como una insufrible niña mimada, pero a Chloe siempre le había dado lástima, y no es que la quisiera con locura, de eso nada porque siempre era muy cruel con ella, simplemente es que le daba pena y, de vez en cuando, procuraba tenderle una mano, aunque la mayoría de las veces se llevara una bofetada a cambio.

Como siempre le decía Penny, su hermana mayor, esa era la falta de afecto que se había asentado en su vida y que la empujaba a buscar la complicidad y el amor en todo el mundo, incluso en su insoportable y envidiosa hermanita Britt.

—Laura, necesito un favor, pero ya para mañana —llamó a su asistente y miró a su nuevo guardaespaldas, Paul, que la estaba esperando con el telefonillo en la mano—. Habla con Frank, el contable, y pídele que avale a mi hermana Brittany para la compra de su casa. Que ella se ocupe de los detalles y haga algo.

—¿Al final le vas a comprar la casa?, porque ya sabes que ella no puede pagarla.

—Lo sé, pero es igual, en principio la avalaremos y ya iré viendo, y si no cumple, pues tendré una casa en las afueras de Lincoln.

—Vaya por Dios —bufó Laura— ¿Ya ha llegado Richard?

—Creo que sí, espera ¿qué pasa, Paul?

—Te esperan abajo ¿le digo que suba?

—No, gracias, ya bajo yo, que me espere en el vestíbulo, gracias. Chao, Laura, nos vemos mañana.

—Uy, ya me contarás.

—Ya, ya —salió al rellano y miró a Paul a los ojos mientras él metía la llave en el ascensor—. Voy sola, no quiero asustar a mi amigo apareciendo con escolta ¿ok?

—Lo que tú mandes —dejó que entrara y pulsó el botón de la planta baja—. Me quedo de guardia, si necesitas que te recoja, o lo que sea, me llamas.

—Muchas gracias, buenas noches.

—Buenas noches.

Las puertas metálicas se cerraron y pensó un segundo en Richard, su amigo escocés, un actor muy de moda que la había invitado a salir cuatro veces y con el que todavía no se había acostado. Para ser actriz y vivir en el peculiar mundo del artisteo era bastante rara con el tema de las relaciones íntimas, y no es que fuera una mojigata, es que ella necesitaba sentir algo más para llevarse a alguien a la cama.

—Vaya… —el ascensor se detuvo en seguida y se sorprendió, porque se trataba de la primera planta de su dúplex, es decir, se detenía en su misma casa, y aquello le pareció muy raro. Las puertas se abrieron y la figura enorme y espectacular de Kenan Yaman se le hizo visible de inmediato.

—Buenas noches —él frunció el ceño y dio un paso atrás, pero ella le hizo un gesto para que entrara—. No sabía que bajaba.

—Salí directamente desde arriba ¿qué hace usted aquí?

—Tenía que tratar unos temas con su nuevo equipo de seguridad.

—Ah, genial —bajó la cabeza y él pulsó el botón del vestíbulo— ¿Hay algún problema?

—No, son ajustes rutinarios con el nuevo sistema de alarmas.

—Ok.

—¿Sale sin escolta?

—¿Cómo dice?

Lo miró entornando los ojos y de repente el ascensor se paró, los dos dieron un pequeño salto y ella se agarró a la barra de sujeción que tenía al lado. Kenan Yaman hizo amago de tocar el panel de control a la par que se quedaban completamente a oscuras.

—Es un corte de electricidad —susurró, encendiendo la linterna del móvil

—Ya lo veo —ella retrocedió y se pegó a la pared sintiendo cómo se le empezaba a contraer el pecho.

—¡Chloe, Chloe! Dime algo —oyó la voz de Paul desde el descansillo y se acercó a la puerta.

—Estoy aquí dentro, pero estoy bien, no te preocupes.

—Tranquila —gritó—. Ya te tengo, te has quedado en la planta veintiséis.

—No estoy sola, el señor Yaman está conmigo.

—… —se hizo un silencio—. Me alegro. Intentaré abrir las puertas, te sacaremos de ahí.

—¡No! —intervino Kenan—. Estos ascensores inteligentes son imprevisibles, si vuelve la luz de repente nos puede pillar en mitad de la evacuación y… vamos a esperar.

—Puedo abrir para ver si estáis entre dos plantas o…

—Estamos entreplantas, eso seguro y forzar el sistema en medio de un apagón no me parece lo más inteligente.

—Ok, pero…

—No —dijo Chloe—. Déjalo, él tiene razón, una vez en Singapur pasó algo similar y al final fue una tragedia de la que nos libramos de milagro. Esperaré, estoy bien, vuelve a casa.

—Estaré cerca por si necesitas algo.

—Vale, gracias —volvió al fondo y miró a Kenan encogiéndose de hombros.

—Será solo un segundo —dio al timbre de alarma que conectaba con el vestíbulo y no obtuvieron respuesta, así que tras unos segundos interminables agarró el móvil e hizo una llamada—. Hola, estoy en el edificio de la señora Chloe Miller, en Tribeca, ha habido un corte de electricidad, se ha parado el ascensor, estamos en la planta veintiséis y no responden al timbre de… ¿qué?… ok, ok.

—¿Qué ocurre?

—En mi oficina, en el Lower East Side, también están a oscuras. Tal vez sea un apagón general.

—Vaya por Dios.

—Bienvenidos a Nueva York.

Se permitió bromear y Chloe movió la cabeza, parpadeó e intentó verlo, pero no conseguía acostumbrarse a la oscuridad y optó por cerrar los ojos y rezar. No solía tener claustrofobia, pero estar en la planta veintiséis de un edificio, encerrada a oscuras en un ascensor, en medio de un apagón neoyorkino, no la tranquilizaba en absoluto.

—Tranquila, seguro que pasa en seguida.

—El de 1977 duró un día entero, el de 1999 diecinueve horas, el del 2003 seis…

—Ya veo que está muy bien informada.

—Madre mía —agarró su móvil y marcó el número de Richard Madden—. Hola, Rick, lo siento, estoy atrapada en el ascensor, no sé cuánto puede tardar esto, así que…

—Tampoco será mucho, te espero aquí abajo, es interesante ver todo esto a oscuras.

—¿O sea que las calles también están a oscuras?

—Como una boca de lobo.

—Vaya por Dios. Lo siento mucho.

—Es divertido, estoy viendo un clásico apagón de Nueva York.

—Vale, pues paciencia.

—¿Estás sola?

—No, estoy con un antiguo escolta.

—¿En serio? Si quieres sigamos hablando.

—Mejor que no, no tengo mucha batería y prefiero reservarla por cualquier cosa.

—Tú mandas, yo te esperó aquí abajo con el conserje.

—Hasta ahora —bufó y observó como Kenan mandaba mensajes y revisaba Internet— ¿Tiene batería?

—El 55%.

Respondió sin mirarla. Ella se cruzó de brazos y guardó silencio. Ya bastante estresante era quedarse encerrada en un ascensor a esa altura, como para encima tener que soportar el trago con un señor que acababa de dejar de trabajar para ella, que no la tragaba y que, seguramente, no se molestaría en hablarle. Miró su propio móvil y vio que la cobertura estaba bajando muy

rápido, otra consecuencia, pensó, del apagón, si estaba siendo masivo en Manhattan o en todo Nueva York.

El de agosto del año 2003 había afectado a todas las capitales del noroeste de los Estados Unidos y del este de Canadá, casi cincuenta millones de personas que se habían quedado sin luz durante seis horas. Por aquel entonces ella tenía trece años y estaba en Nebraska, pero lo recordaba perfectamente.

—Me han dicho que las amenazas se han multiplicado —susurró de pronto él mirándola de reojo y ella asintió—. Los radicales adeptos a Trump son peligrosos, espero que haya avisado a las autoridades.

—Se avisa inmediatamente, las amenazas hablan de todo tipo de torturas sexuales antes de quemarme viva, así que no las dejamos pasar. El FBI se ocupa de mi caso.

—Lo sé… y ¿no ha pensado en dejar de meterse con Trump?

—Antes muerta. No he conseguido algo de reconocimiento público para ahora no aprovecharlo en visibilizar y denunciar los horrores que está cometiendo esta administración.

—Y encima es amiga de los Obama.

—Tengo ese honor —miró la hora y comprobó que ya habían pasado quince minutos, se miró así misma, se subió un poco el vestido y se sentó en el suelo—. Vaya mala suerte. ¿Lo esperan en algún sitio?

—Sí, pero ya he avisado. Es fuerza mayor —respiró hondo y la imitó sentándose junto a la puerta—. Creo que tiene una cobertura de seguridad muy sólida, pero no debería dejar de tener cuidado.

—¿Me va a dar la noche hablando de eso?

—Ok —sintió que soltaba una risa grave y muy bonita y lo buscó con los ojos. Llevaba botas, unos vaqueros desteñidos, una camiseta blanca, una chaqueta de punto beige, un par de collares étnicos y también unas pulseras de colores junto al reloj.

—Mi terapeuta cree que usted es de origen turco.

—Y tiene razón. Mis abuelos maternos llegaron de Turquía después de la segunda guerra mundial y mi padre emigró desde Estambul en los sesenta.

—¿Y su nombre tiene algún significado?

—¿Kenan? Procede del hebreo Cainan, que significa nube.

—Es muy bonito.

—¿Sabe lo que significa Chloe? —Ella negó con la cabeza. Estaban completamente a oscuras, pero ya se había acostumbrado a la penumbra y podía distinguir muy bien su cara perfecta de dios turco—. Deriva del nombre griego Khloe, que significa brote verde. En la mitología griega Chloe, también conocida como Deméter, es la diosa de la agricultura.

—¿En serio?, nunca me había molestado en buscarlo ¿Cómo es que sabe esas cosas?

—Investigo a fondo a mis clientes —sonrió y miró el móvil—. Me he quedado sin cobertura, la cosa debe ser más seria de lo que creía.

—¿Cuánto tiempo lleva trabajando en seguridad privada?

—Diez años.

—¿Y le gusta?

—Bueno… no está mal.

—Ya, pero ¿la empresa es suya?

—Mía y de dos socios que estuvieron conmigo en las fuerzas armadas.

—¿En qué división?

—Marines.

—Vaya ¿entró en combate?

—Estuve en Irak, en Afganistán y en otros lugares de los que no puedo hablar.

—Nunca me cuente algo de lo que no puede hablar… ahora no podré dormir hasta que me lo suelte todo —sonrió y estiró las piernas.

—Sí se lo contara tendría que matarla —bromeó y ella se echó a reír.

—Muy gracioso.

—¿Tenía una cita?

—Sí, el pobre me espera abajo.

—¿No será Daniel Cunningham?

—No, es un compañero de trabajo. Rodamos juntos el año pasado.

—Me alegro por usted.

—Daniel parece un capullo integral, pero cuando lo conocí, hace casi seis años, era un cielo, un chico estupendo educado en Eton y en la London Academy of Music and Dramatic Art. Tenía mucho talento, pero, lamentablemente, su carrera no acabó de despegar y eso ha afectado a su carácter. Siento que lo haya conocido en su peor momento.

—Me es indiferente Daniel Cunningham, me da igual que sea un capullo integral, aunque no me gustaba nada cómo se dirigía a usted.

—Bueno, el típico niño pijo que disfruta siendo grosero y diciendo palabrotas, a veces es insoportable, pero no es mala persona.

—Se casaron muy jóvenes.

—Yo tenía veinticuatro y el treinta. Afortunadamente no tuvimos hijos. Mi madre me contó que usted tiene hijos.

—Una niña de ocho años.

—Hala, qué bien, ¿cómo se llama?

—Inci, significa Perla —se apresuró a explicar antes de que ella abriera la boca—. Y es una gran fan suya.

—¿En serio?, vaya honor, me encantaría conocerla ¿Vive en Nueva York?

—En Brooklyn.

—Podría presentarnos.

—¿Y cómo es que se dedicó desde tan joven a la actuación? —cambió de tercio y Chloe asintió.

—Me gustaba desde pequeña, estaba en grupos de teatro, de danza, hacía ballet desde los cinco años y tenía una madre con sueños de actriz. Empezó a llevarme a castings para publicidad y de repente, a los trece, me ficharon para una serie en Los Ángeles. Lo demás ya es historia.

—Una gran historia.

—Muchas gracias.

—Es verdad.

—Bueno, me gusta mucho mi trabajo y soy perseverante y responsable, eso ayuda, aunque también he tenido crisis y he pensado en dejarlo ¿sabe? A los dieciocho lo aparqué todo, me vine a Nueva York y me metí en la universidad. Estudie Historia del arte y teatro, estuve tres años intentando ser una chica normal, pero al final me ofrecieron una serie de la BBC en Londres, me gradué y me fui a Inglaterra. Allí seguí estudiando arte dramático y conocí a Daniel.

—Lo cuenta como si hubiese sido muy fácil.

—Tampoco vamos a dramatizar… he tenido mucha suerte.

—La suerte sin talento no sirve para nada.

—Es usted muy amable, quién lo iba a imaginar.

—Madre mía —sonrió y ella siguió el gesto completamente embobada. Era guapísimo, y cuando estaba relajado y sonriente, podía iluminar el mundo entero—. Yo tengo un primo actor, uno muy famoso en Turquía, bueno, uno ya muy famoso en el mundo entero porque se ha convertido en estrella de culebrones.

—¿En serio?, ¿cómo se llama?

—Un momento —miró el teléfono y leyó un mensaje—. Parece que vuelve la cobertura, el mensaje es de hace una hora, al parecer toda la isla está a oscuras.

—¿Una hora? ¿cuánto llevamos aquí? —miró el reloj—. Casi dos horas. Mis padres deben estar muy preocupados, no se me ocurrió mandar un mensaje para avisar que estaba aquí con usted.

—Le escribiré a su madre, igual con algo de suerte…

—Señor Yaman… —animada por el ritmo que estaba tomando la conversación, esperó a que acabara de escribir y buscó sus ojos— ¿Me haría un favor?

—Claro.

—¿Podríamos tutearnos?. Me es muy, muy incómodo andar con estas formalidades, y como ya no trabaja conmigo… o para mí —corrigió y él sonrió—, creo que podríamos saltarnos las buenas maneras y empezar a tratarnos como la gente normal.

—Le dije que no era nada personal.

—Vale, ahora estamos en otro nivel y podríamos tratarnos de tú y por nuestros nombres ¿Qué te parece, Kenan?

—Me parece perfecto.

—Muchas gracias.

—Tienes razón, eres muy perseverante.

—Ya te digo, ¿qué edad tienes?

—Treinta y cinco.

—Fuiste un padre muy joven.

—No, ya había vivido suficiente.

—Yo quiero tener hijos, tres o cuatro, me gustan mucho los niños, pero aún no encuentro al padre adecuado.

—Seguro que hay una larga lista de hombres que matarían por ser los adecuados.

—¿Tú crees? —de pronto le salió la vena coqueta y se arregló el pelo detrás de la oreja—. Ojalá fuera más sencillo acceder a esa lista y quedarme con uno.

—Ligas sin mover un dedo, no te quejes, Chloe.

—Pero ¿liga Chloe, la chica de Nebraska a la que le gustan los niños, los perros y el arte o… la Chloe de las películas y las portadas de revista?

—Todos los famosos tenéis la misma paranoia, deberíais hacer un grupo de WhatsApp —se echó a reír a carcajadas y Chloe con él—. Tendrías que relajarte y dejarte llevar.

—Sobre todo ahora que no te tengo a ti pegado a mis talones y espantándome al personal.

—Pues no me hace ninguna gracia la relajación que has impuesto en una semana a tu equipo de seguridad. No es una buena idea. Debes tener cuidado, todo el mundo parece verlo menos tú.

—Lo sé, pero es que me agobia ir a todas partes con dos escoltas que incluso me esperan en la puerta de los lavabos ¿Sabes lo humillante que es eso?

—Ok… de acuerdo… puede ser, pero es necesario.

—Quiero hacer un curso de defensa personal.

—Genial, pero no creo que puedas defenderte sola.

—¿Te apuestas algo? Podría machacarte en un pis pas, soy cinturón marrón de karate ¿sabes, listillo?

—¿Cinturón marrón?, qué miedo.

—¿Tú qué eres?, vamos, no seas modesto, habla.

—Quinto Dan en Karate, cinturón negro de Kick Boxing y también boxeo ¿Por qué crees que pagabas una fortuna por mis servicios? —bromeó guiñándole un ojo.

—Mmm… podrías entrenarme tú.

—No tengo tiempo para eso, pero podemos buscar un buen entrenador.

—¿Lo harías por mí?

—Por supuesto.

—Muchas gracias.

—De nada…

De repente un pequeño ruidito y se encendieron las luces de emergencia, los dos se pusieron de pie de un salto y el aparato dio un pequeño salto antes de ponerse en marcha muy despacio. Kenan la señaló y le indicó que se quedara pegada a la pared.

—No me gusta ese ruido, siéntate en el suelo y si pasa algo esconde la cabeza entre las piernas.

—¿Qué puede pasar?

—¡Ahora!

Le ordenó y ella obedeció viendo como se encendían todas las luces y el ascensor volvía a saltar y a ponerse en macha más rápido, cada vez más rápido, tanto, que él también se sentó en el suelo mirando el panel donde los pisos pasaban vertiginosos ante sus ojos.

Chloe no lo dudó y se le acercó gateando, él la miró, estiró la mano y la abrazó contra su pecho. De pronto estaba asustada y feliz a la vez, porque estaba claro que iban en caída libre y aquello era horrible, pero morir entre sus brazos y sobre su pecho, que olía deliciosamente, le pareció la mejor de las opciones.

—¡Joder! —exclamó con los ojos cerrados, y aferrada a ese cuerpazo, cuando al fin el ascensor se paró en seco.

—Vamos, arriba.

La cogió del brazo y la puso de pie a la par que las puertas metálicas se abrían. En seguida se dieron cuenta de que no estaban en el vestíbulo, pero no les importó, él la agarró de la mano y la sacó al rellano respirando hondo. Habían pasado un susto tremendo, pero se alegraba de haberlo pasado con él, que era seguro y fuerte, y tan sereno.

—Octava planta, si sigue cayendo igual no lo contamos.

—Gracias a Dios funcionaron los frenos de emergencia —susurró indicándole las escaleras— ¿Subes o bajas?

—Bajo a ver qué tal está mi cita.

—Han pasado más de tres horas, debe estar dormido —bromeó y ella se quedó enganchada en sus preciosos ojos marrones, sin capacidad para andar o reaccionar, aunque no hizo falta porque de la nada apareció Paul.

—¡Coño! Creí que no parabais. El ruido era alucinante —se le acercó y la miró de arriba abajo— ¿Estás bien?

—Perfectamente, gracias. Voy a ver si Richard…

—Se ha ido hace una hora, tenía un vuelo a Inglaterra a las seis de la mañana. Subió al dúplex a pie solo para disculparse.

—Qué majo, en fin, pues…

—Siento que se te haya chafado la noche del sábado —murmuró Kenan Yaman haciendo amago de irse y ella le sonrió de oreja a oreja.

—Ha sido mi mejor noche de sábado en años. Muchas gracias.

—Lo mismo digo.

Le guiño un ojo, se dio la vuelta y bajó las escaleras a la carrera hacia el *hall*, ella tragó saliva, miró a Paul y le hizo un gesto para subir andando a casa. No pensaba volver a subirse a ese ascensor hasta que alguien le asegurara de que estaba en perfecto estado.

8

—Ni una lágrima, ni una protesta, ni un desmayo, ni un ataque de ansiedad. Increíble.

Kenan Yaman resopló y cogió una botella de agua, la bebió de un trago y luego miró a su hermana Nihan, que lo observaba atenta y sin abrir la boca.

—Cuando se apagaron las luces pensé que me iba a tocar lidiar con una caprichosa estrella de Hollywood en estado de pánico, pero no hizo falta. Es una tía serena y muy fuerte.

—Siempre me ha parecido que es una mujer de carácter.

—Lo es. He tenido clientes que por mucho menos me han montado unos escándalos considerables. A una Kardashian la tuvimos que evacuar de unos grandes almacenes al borde de la histeria porque una dependienta la roció sin querer con perfume.

—Bueno, parece que Chloe Miller es diferente. Una valiente y potente chica de Kentucky.

—Nebraska.

—Eso…

Nihan lo observó con atención y él miró hacia la calle pensando en la preciosa cara de Chloe Miller, en ese cuerpazo de escándalo que tenía, en sus ojos verdes, y en ese aire serio y melancólico que a veces la hacía parecer ausente o indiferente a todo lo que pasaba a su alrededor.

—¿A qué hora viene? Me estoy poniendo nerviosa.

—Estará al caer —miró la hora—, y no te pongas nerviosa, es una persona muy normal.

—Si tú lo dices… hala, ahí la tenemos.

Nihan Yaman se puso de pie y caminó por su gimnasio directo hacia esa chica, que era una de las actrices más famosas del mundo, viendo como ella entraba seguida por cuatro personas, dos mujeres y dos tipos trajeados que se imaginó eran su equipo de seguridad, vestida con ropa de deporte, una gorra de béisbol y una enorme sonrisa en la cara.

—¡Hola!, soy Chloe —le ofreció la mano—. Tú debes ser Nihan, te pareces un montón a tu hermano.

—Sí, encantada —Por un momento le impresionó lo guapa que era al natural, con la cara lavada y una coleta, y se la quedó mirando con la boca abierta, hasta que ella dio un paso atrás para presentarle a sus acompañantes.

—Estas son Laura y Evelyn, mi ayudante y mi estilista, quieren entrenar conmigo, si a ti no te importa, y estos son Paul y Kevin, mis escoltas.

—No me importa, sois todos bienvenidos, por favor, pasad…

—Buenos días —Kenan interrumpió las presentaciones y se dirigió a Chloe, que le regaló una sonrisa luminosa de las suyas, dejándolo un par de segundos fuera de juego—. ¿Os ha costado llegar?

—No, Kev es de Brooklyn.

—Genial, pues os dejo con la mejor entrenadora de defensa personal de Nueva York, yo me voy. Pasadlo bien.

—¿No te quedas con nosotras?

—No, es mejor que os vayáis conociendo. Otro día.

—Vaya… —Chloe se puso seria y todos guardaron silencio un poco sorprendidos—. Ok, pues, muy bien, muchas gracias.

—Otro día dejaré que me machaques —bromeó al ver su cara de desconcierto, miró a su hermana y se despidió con la mano—. Te veo esta noche en el hospital, adiós.

—Kenan —lo siguió hasta la puerta y él se detuvo para prestarle atención— ¿Hospital? ¿pasa algo?

—Mi padre está ingresado, gracias por preguntar.

—Bueno, si puedo hacer algo, yo…

—Muy amable, muchas gracias, pero estamos bien.

—Vale… —resopló, miró al infinito con un gesto muy propio suyo y Kenan sintió cómo se le paralizaba el pulso—. Te quería invitar a cenar o a comer algo.

—¿Por qué?

—¿Por qué?, pues tal vez porque pasamos una experiencia muy fuerte juntos, porque durante ocho meses fuiste un escolta perfecto y no me aceptaste ni una Coca-Cola, porque ahora has organizado con tu hermana estas sesiones de defensa personal para mí… no sé, por mil motivos, si quieres te hago una lista y te la mando por email.

—Oye, yo… —sonrió y quiso estirar la mano y abrazarla, pero obviamente no podía hacerlo, era mejor mantener las distancias. No podía dar un paso más hacia ella, no era lo correcto, ni lo cuerdo, y sin querer se apartó.

—Ok, mensaje recibido. Eres el primer tío, en toda mi vida, que me rechaza una invitación y me lo merezco por gilipollas. Hasta otra, Kenan.

—Chloe, vamos…

—Si no te importa, te mencionaré en mis memorias. El primer y mayor corte de mi vida en un gimnasio de Brooklyn, con un individuo con el que creía estar entablando una amistad.

—Me pasaré por tu casa a comer, llamaré a Laura para ajustar agendas.

—No, Kenan, ahora ya no me apetece, muchas gracias, y tampoco se trataba de ajustar agendas con Laura, esta era una invitación privada, algo entre tú y yo ¿sabes?, pero es igual. Adiós.

—Chloe…

—Adiós.

La vio caminar con energía hacia la sala privada que había reservado Nihan para su clase intensiva de defensa personal, y se sintió el tipo más miserable del mundo, pero no hizo nada y salió a la calle convencido de que era mejor así. Ella vivía rodeada de gente, de actividad, de fiestas, de halagos y de focos, seguro que se olvidaba pronto de la afrenta y de él, que no era nadie, solo uno más en la interminable ristra de caras que pululaban a su alrededor.

9

—¡¿Le has prestado el Karl Lagerfeld?!

—Se lo voy a regalar.

—¡Chloe! —Laura la miró y dio una patada en el suelo como una niña pequeña.

—Si lo querías tú habérmelo dicho.

—No, pero es que… —bufó indignada delante de uno de los vestidores y Chloe se tiró al suelo para hacer un estiramiento. Había empezado el rodaje de la segunda película de la franquicia y estaba bastante molida—. Apenas la conoces.

—Llevamos dos meses entrenando con ella, es encantadora, la considero una amiga, necesitaba un maldito traje para una boda y le gustó ese. No seas pesada.

—Le quedaría enano.

—Para mí es un vestido largo y para ella de cocktail —se echó a reír viendo que a Laura no le hacía ninguna gracia—. Si quieres un vestido, o cuatro, o veinte, puedes coger los que quieras, cariño, no seas niña.

—Me gustaría que te cortaras más con la gente.

—Me sobra de todo, no puedo ser egoísta.

—Encima el hermano…

—El hermano no tiene nada que ver en esto.

Se puso seria de golpe, se levantó y se fue al cuarto de baño, puso la ducha a tope y se metió debajo cerrando los ojos, intentando pensar en el trabajo, en el guion, en la aventura sexual que había tenido con un músico muy guapo de Manchester, con él que había pasado un rato muy agradable, aunque no pensaba volver a llamarlo.

Harry se llamaba y era un ídolo de jovencitas. Tenían la misma edad y era un bombón, pero no le decía nada, no le aportaba nada, no había química, y era una pena, porque tenía muchas ganas de sentar la cabeza y enamorarse.

Salió de la ducha y pensó en Kenan Yaman, al que no había vuelto a ver desde aquel primer día en el gimnasio de su hermana.

Tras ese primer curso intensivo de seis horas convenció a Nihan para que dejara Brooklyn dos días por semana y fuera a Tribeca a entrenarla. Le ofreció un buen sueldo como entrenadora personal fija, y ella aceptó de inmediato, facilitándole las cosas y evitándole, de paso, el riesgo de acabar encontrándose con Kenan en el gimnasio.

No quería verlo, la había rechazado un montón de veces, por mil motivos, y se sentía hasta humillada. Y no es que quisiera casarse con él o algo parecido, simplemente le hacía ilusión

tenerlo en su vida, sin embargo, él la había evitado de todas las formas posibles y ella tenía un límite. Solía ser muy tolerante con la gente, pero cuando te trataban así solo te quedaba una opción: plegar y largarte corriendo.

Con Nihan, por el contrario, habían conectado muy bien, se habían hecho muy amigas, llevaban dos meses viéndose con frecuencia, no solo por los entrenamientos, también para comer o desayunar, para salir de compras o ir a un estreno, y le gustaba mucho. Era una chica guapísima, fuerte, que también había estado en el ejército y que tenía las cosas muy claras.

Con ella era fácil establecer vínculos, no se cerraba en banda y no la trataba como a una caprichosa y superficial actriz, no, Nihan la trataba de igual a igual, no tenía prejuicios contra ella y eso era muy gratificante. Eso ella lo valoraba por encima de todas las cosas, porque en su posición era muy difícil conocer gente normal y hacer amigos, y estaba muy agradecida de que le estuviera dando una oportunidad a pesar de su hermano, porque estaba segura de que a Kenan Yaman no le hacía ninguna gracia esa amistad que habían desarrollado sin ningún esfuerzo.

Por supuesto, Nihan nunca hablaba de Kenan y ella jamás se lo había mencionado, era como si no existiera, y mejor así.

A pesar de todo le gustaba ese hombre, sentía mariposas en el estómago cuando pensaba en él, y en condiciones normales ya hubiese intentado besarlo, pero estaba claro que no podía ser. Por lo que sabía estaba casado, tenía una hija y para ella eso era sagrado. Jamás miraba a un tipo comprometido, nunca, y mucho menos a uno que evidentemente no la soportaba, así que era mejor interactuar con Nihan como si no tuviera un hermano que la había rechazado un millón de veces.

—Chloe, te llama Nihan…

—Ok, gracias —acabó de vestirse y cogió el móvil—. Hola, guapa, ¿qué tal?

—No muy bien, mi padre murió anoche.

—Ay, Dios mío —se sentó en la cama con una mano en el pecho—. Lo siento mucho, lo siento muchísimo.

—Gracias… en fin, como habíamos quedado esta tarde.

—Por favor, no te preocupes ¿Estás bien?, ¿tu madre?

—Mi madre muy entera, estaba muy malito y al fin ha descansado. Los hermanos estamos bien, todos creemos que es mejor así, llevaba en coma inducido mucho tiempo.

—Lo siento muchísimo —se echó a llorar y respiró hondo— ¿Puedo hacer algo por ti?, ¿necesitas alguna cosa?, lo que sea.

—No, cielo, muchas gracias.

—Me gustaría ir al funeral, me gustaría darte el pésame y un abrazo.

—Lo hemos enterrado esta mañana, ha habido una misa ortodoxa y ahora nos vamos a casa para comer y recibir a la familia y los amigos. No tienes que venir, pero si es lo que quieres, serás bienvenida.

—Muchas gracias, envíame las señas y de verdad, lo siento mucho.

—Lo sé, un beso, me encantará verte. Adiós.

—Adiós —colgó con una congoja enorme en el pecho y pensó en Kenan, buscó su número en la agenda decidida a llamarlo, pero se detuvo y tiró el aparato sobre la cama.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Laura.

—Ha muerto el padre de Nihan. Avisa a Paul para que pida un coche. Voy a Brooklyn a dar el pésame y a estar con un rato con ella.

—¿En serio?, tienes un montón de…

—Sólo será una hora… ¿qué pasa? —se puso de pie frunciendo el ceño.

—No sé, no sé, tú misma. ¿Te acompaño?

—Si quieres estaría bien, al fin y al cabo, ella también es tu entrenadora.

—Claro, pero deberías prestarme algo negro.

10

Llegaron a Brooklyn y el chófer encontró en seguida la casa de los Yaman, pero ningún espacio para aparcar, así que se despidió preparado para volver a recogerlos en cuanto le avisaran. Chloe lo agradeció y se acercó a la vivienda agarrada al brazo de Laura y seguida por Paul, que además de estar trabajando, también quería dar el pésame a Nihan y a Kenan.

La puerta principal estaba abierta y había muchísima gente entrando y saliendo, era un agradable día primaveral y la tarde se había quedado estupenda, así que un montón de niños jugaban en el jardincito mientras los adultos hablaban con una copa o una taza de café en la mano. Si no hubiese sido por las tristes circunstancias que los habían reunido allí, aquello parecía más una barbacoa dominical, que un velatorio.

Pisaron el recibidor y el corazón se le disparó en el pecho, por supuesto estaba muy triste por su amiga, pero estaba aún más nerviosa ante la perspectiva de ver a Kenan y explicarle su presencia allí. De pronto calculó que era inapropiado que hubiese ido y dio un paso atrás mirando a Laura a los ojos.

—Tal vez deberíamos irnos, esto parece mucho más familiar de lo que imaginaba.

—Te lo advertí, vamos —Laura se dio la vuelta para volver a la calle y de repente alguien la sujetó por el brazo.

—Chloe, gracias por venir —Nihan la abrazó y ella devolvió el abrazo con los ojos cerrados—. Laura, Paul.

—Te acompañamos en el sentimiento, Nihan.

—Muchas gracias y muchas gracias por acercaros, es un detalle.

—Solo queríamos darte un abrazo, nos marchamos en seguida.

—¿Qué?, no, por favor, pasa a saludar a mi familia, mi madre está deseando conocerte.

—¿A mí?, pues otro día nos vamos a comer o…

—No.

La agarró de la mano y se la llevó hacia un salón muy luminoso, que tenía unas puertas de cristal abiertas hacia un patio trasero lleno de flores.

Sin querer observó la decoración, que le pareció muy bonita y con un claro sabor a Turquía, y en seguida empezó a notar las miradas curiosas de la gente sobre ella. Estaba acostumbrada a despertar interés, pero se había imaginado que, con una falda negra, una blusa blanca, sin maquillaje y el pelo recogido, iba a pasar desapercibida, más aún tratándose de un funeral, sin embargo, no fue así y empezó a sentirse fuera de lugar de inmediato.

—Mamá, esta es mi amiga Chloe.

—Hola, querida, encantada —la señora, que era guapísima, se puso de pie para abrazarla y a Chloe se le saltaron las lágrimas—. Muchísimas gracias por venir.

—Lo siento muchísimo, señora Yaman, la acompaño en el sentimiento. Ojalá la hubiese conocido en otras circunstancias.

—Bueno, la vida es así. Eres muchísimo más guapa en persona, pero te lo dirá todo el mundo.

—Muy amable. Estos son mis amigos, Laura y Paul —dio un paso atrás para dejar que ellos la saludaran y levantó la vista a tiempo de ver entrar en el salón a Kenan, que en cuanto la vio frunció el ceño, se dio la vuelta y desapareció.

—Tomad algo, hay algunas delicias turcas y otros platos que seguro os encantan. Nos han traído muchísima comida. Nihan, sírveles un café o una copita de lo que les apetezca.

—Muchas gracias, solo hemos pasado a saludar, nos vamos en seguida.

—Hola… —dos chicas igual de guapas que Nihan se pusieron a su lado y le sonrieron—. Dalia y Nadia, las hermanas de Nihan. Madre mía, eres guapísima.

—Hola, encantada.

—Tenéis que comer algo, es la tradición.

Nihan y sus hermanas los llevaron a una habitación contigua para servirles algo de picar y volvió a ver a Kenan hablando con unos hombres en el jardín. Laura abrió la boca impresionada por lo guapos que eran todos y ella bajó la cabeza arrepintiéndose muchísimo de estar allí. Había sido un tremendo error ir a un acto tan íntimo y, cuando empezaron a rodearla varias adolescentes para mirarla de cerca y pedirle *selfies*, se quiso morir y decidió que ya era suficiente y tenían que marcharse.

—Ya está bien, dejad a la señora en paz —habló Kenan con autoridad al ver que Paul no podía con la avalancha de niñas revolucionadas, y ellas lo obedecieron de inmediato—. Estamos de luto ¿sabéis?

—Lo siento mucho, no pensé… en fin, nosotros nos vamos. Siento… —no se atrevió a mirarlo a los ojos y agarró la mano de Laura—, siento las molestias. Ya nos vamos. Adiós.

—No es tu culpa, Chloe, tómate algo —la detuvo Nihan y ella negó con la cabeza.

—Hola, soy Tarkan, el otro hermano de Nihan.

—Encantada —levantó los ojos y se encontró con un tipo altísimo y muy atractivo, mucho más moreno que Kenan y Nihan, y le dio la mano—. Siento mucho vuestra pérdida.

—Muchas gracias, esta es mi hija Fatmagül y está deseando darte un beso y pedirte una foto —se giró para enseñarte a su hija y ella se inclinó para acariciarle la cara.

—Hola, Fatmagül, qué nombre más bonito tienes.

Se pasó un rato con la niña y con los hermanos Yaman, que eran cinco, aunque ella solo habló con cuatro y sus respectivas parejas, porque Kenan, en cuando dispersó el revuelto, se había largado sin dedicarle ni un saludo.

Era horrible lo de ese hombre, que siempre la hacía sentir como una idiota, y se maldijo mil veces por haber tenido la mala idea de ir hasta la casa de sus padres en un momento tan delicado. Solo la absolvía el hecho de que actuaba con la mejor de sus intenciones y para estar con Nihan, a la que consideraba su amiga, jamás para interrumpir el día de luto y volverse el centro de atención involuntario de todo aquello.

—Qué lástima que no te haya podido conocer Inci, la hija de mi hermano Kenan —le susurró Nadia—. Te adora, pero su madre no la ha dejado venir.

—De milagro la dejó ir a la misa y al entierro —opinó Dalia con su bebé en brazos.

—Bueno, hay gente que no le gusta que sus hijos participen en entierros y… —Laura las miró y ellas negaron con la cabeza.

—No es eso, se trata simplemente de fastidiar a mi hermano. El fin último de su vida es hacerle la vida imposible y sabe que privarlo de la presencia de su hija en un momento así es terrible para él.

—¿Divorciados? —preguntó Laura.

—No, nunca se casaron, ese es el gran problema, nunca le puso un anillo en el dedo.

—Hay gente muy rencorosa.

Chloe lo escuchó todo sin intervenir y buscó con los ojos a Kenan, que andaba por ahí recibiendo abrazos y charlando con la gente muy serio, muy dolido, claro, y se le partió el corazón.

Ella no sabía nada de su vida, nada en absoluto, y por eso lo juzgaba sin conocimiento. Era muy injusta con él y sintió cómo se le abría un enorme agujero en el pecho al intentar comprender por lo que estaría pasando.

—Ya nos marchamos y quería decirte que siento haber interrumpido vuestro luto, lo siento de veras. Solo quería dar el pésame a tu familia personalmente y no imaginé…

—Claro, tú nunca imaginas —le soltó desde su altura y mirándola a los ojos. Ella solo se acercaba para ser amable y él la recibía así. Bajó la cabeza y se dio la vuelta para salir de allí—. Dónde apareces, en cualquier parte, a todas horas, siempre llamas la atención y se provoca un revuelo, incluso en un velatorio. Deberías tenerlo en cuenta.

—Lo siento mucho, no era mi intención.

—Con decir lo siento no se arreglan las cosas.

—¿Por qué me hablas así?, ¿por qué me tratas así? —se detuvo, volvió sobre sus pasos y se le puso delante—. No sé qué te he hecho, en serio, pero si te he hecho algo, perdóname, perdona por existir y por ser una molestia tan grande para todo el mundo.

—¿Ese es un diálogo de alguna película de las tuyas?, porque suena muy dramático.

Guardó silencio, respiró hondo y se alejó de él sintiendo cómo las lágrimas empezaban a subirle por la garganta. No pretendía responder a eso, que le pareció cruel y mezquino, y lo cierto es que le dolía demasiado como para cabrearse y mandarlo a la mierda.

Entró en un pasillo que no conocía y se quedó quieta intentando orientarse. Aquella casa era enorme y con una distribución un poco anárquica, así que trató de situarse los segundos suficientes para que él la alcanzara y le hablara por la espalda.

—Es por la derecha.

—Gracias —asintió sin mirarlo y dio un paso, pero la detuvo por el brazo.

—Reconozco cuando me comporto como un capullo integral, pero es un día complicado para mí. Mis sinceras disculpas.

—Siento tu perdida. Adiós.

—No te marches así, venga, mírame.

—¿Para qué?, ¿aún te queda munición para desahogarte conmigo? Porque si se trata de usarme como *sparring* no estoy por la labor.

—Si tú supieras…

—¿Si yo supiera?, solo sé que desde que te conozco me tratas como a un zapato, como a una imbécil, como a una mujer insoportable con la que no puedes compartir ni una brizna de complicidad. Y no voy a decir nada más porque ha muerto tu padre y lo siento mucho, pero eres… me duele cómo eres… hasta otra.

—Mierda, Chloe…

—Ya me voy, no te preocupes ¡No me toques! —lo esquivó hecha una furia cuando la agarró por la muñeca—. No hace falta, se dónde está la salida. ¡Paul!

—Quieta, no montes un escándalo.

—¿Un escándalo yo?.

—Sí, tú, venga… tranquila, ya he dicho que lo lamento.

—Suéltame, capullo condescendiente, puedo salir sola, no es necesario que me eches a patadas.

Se apartó empujándolo con las dos manos, aunque era una mole de noventa kilos, y él levantó las palmas intentando establecer la paz, aunque ya era demasiado tarde. Sin saber cómo estaba llorando y se limpió las lágrimas con la manga de la blusa, queriendo insultarlo al menos en cuatro idiomas, retrocedió y Kenan Yaman dio un paso hacia ella, la agarró por la nuca y la metió con un movimiento preciso y rápido en una habitación.

Antes de poder parpadear ya estaba dentro de un cuarto solitario, vio cómo cerraba la puerta de una patada y lo siguiente fue sentirlo encima, sin mediar palabra, para besarla cómo hacía siglos que no la besaban.

Sin soltarla del cuello la apoyó contra la pared de una forma un poco brusca, se inclinó y le atrapó los labios con la boca abierta, se los lamió y luego se los separó para plantarle un beso muy enérgico, sin sacar la lengua en ningún momento, al contrario, recorriéndole cada rincón de la boca con una ansiedad deliciosa. Sabía y olía a las mil maravillas y se aferró a su camisa para besarlo con la misma locura hasta que tuvo que parar para poder respirar.

—No entiendes nada, Chloe —le susurró encima de la boca—. No entiendes que me alejo de ti porque te deseo demasiado, que no quiero verte porque me vuelves loco, que no puedo tenerte cerca porque solo quiero hacerte el amor…

—Hagamos el amor, yo también te deseo —se pegó a él y percibió perfectamente su monumental erección.

—Mi vida es demasiado complicada y no puedo complicármela más.

—No me importa lo complicada que sea… en serio… Kenan… mírame —le sujetó la cara, se perdió en sus enormes ojos marrones y le sonrió—. Tampoco pretendo que te cases conmigo.

—Yo tampoco pretendo dejarme llevar y salir escaldado.

—No soy tan mala persona.

—Eres una gran persona, pero tenemos vidas muy diferentes y sería una estupidez perder la perspectiva. Me gustas mucho, pero no creo que encaje en tu vida, ni tú en la mía.

—¿Estás seguro? —sonrió coqueta y retrocedió buscando un punto de apoyo, se subió la falda y se sacó las medias y las braguitas ante la cara descompuesta de Kenan, que se lamió los labios empezando a perder el control— ¿Vamos a ver cómo encajamos? Ven aquí.

—No me hagas esto, hoy no.

—Por supuesto, tienes razón… perdona…

Hizo amago de vestirse y él la alcanzó, la levantó a pulso y la empotró contra la pared abriéndose los pantalones del traje con una mano. No hizo amago de besarla, soltó un quejido profundo y la penetró con un movimiento seco. Ella cerró los ojos, sintiendo cómo la llenaba entera, porque era enorme en todos los sentidos, y pensó que se rompería en dos de un momento a otro.

Lo siguiente fue el mejor polvo que había tenido en toda su vida. Ni palabras de amor, ni juegos preliminares, ni caricias banales, no, directo al grano y con tanta potencia que perdió el

sentido un par de veces, o eso sintió, disolviéndose de puro placer con él dentro, como llevaba semanas deseando.

11

—Es muy acogedor.

Chloe entró en el apartamento y dejó la comida en la cocina americana, sin dejar de observar lo bonito y ordenado que tenía todo. Kenan puso el vino blanco en la nevera y se sacó la chaqueta con una sonrisa.

—Eres muy ordenado, eso me gusta.

—Si vives en un piso pequeño tienes que ser ordenado.

—No es tan pequeño. Me encanta.

Caminó despacio por el salón grande y que tenía dos ventanas a la calle, miró las estanterías llenas de libros y de marcos con fotos de la familia, se fijó en que leía mucho a Stephen King y sonrió viendo la colección completa de los libros de Juego de Tronos, de George R.R. Martin. Luego echó un vistazo a la habitación de su hija Inci, que era pequeñita, pero muy bonita y muy de princesas, y se asomó al dormitorio principal con gran curiosidad, comprobando que era sobrio y con pocos muebles.

A saber: una cama baja y enorme, sin cabecero, una sola mesilla y un televisor de plasma. Un vestidor diminuto con un altillo lleno de trastos deportivos, se giró hacia él y sonrió.

—¿En qué piensas?

—En cuántas mujeres habrán pasado por esa cama.

—Madre mía.

—Eres un dios turco de cuento de hadas, no quiero ni imaginar lo que habrá pasado en esa cama.

—¿Un dios turco?

—¿Te has mirado en un espejo? —le guiñó un ojo—. El otro día vi a tu primo, el actor famoso de telenovelas turcas, me lo enseñó tu hermana en Internet, y sois igualitos. Te pareces más a él que a tus hermanos.

—Bueno…

—Podrías triunfar como galán de telenovelas turcas, mi agente dice que están dando más dinero que HBO.

—No sirvo para ser actor.

—Me temo que él tampoco —se echó a reír y Kenan con ella—. Lo siento, no sé si es una cuestión cultural o qué, pero es que apenas gesticulan y siempre es el mismo plano… en fin… no quiero ser mala, es que, desde nuestro punto de vista profesional, es un poco raro, sin embargo, ya ves, arrasando en todo el mundo y tu primo es una mega estrella.

—Lo sé ¿Comemos?, me muero de hambre. Te van a encantar estos bocadillos, es el mejor pastrami de Brooklyn.

—No como carne, por eso he traído mi ensalada de…

—Joder, Chloe, pensé que querrías probarlo.

—No, y no te preocupes, yo ya estoy servida.

Se fue a la cocina, sacó la ensalada que le había preparado Gini, su chef, y buscó platos y cubiertos para poner la mesa. Kenan la siguió con los ojos en silencio, sin moverse, hasta que se le acercó por detrás y la abrazó muy fuerte, sujetándola por el vientre. Chloe sintió su calor pegado al cuerpo y suspiró.

—No me puedo creer que Chloe Miller esté en mi piso.

—Ya me tienes muy vista…

—No así.

Deslizó los dedos por dentro de su vaquero y le sujetó las braguitas de algodón, las enredó en un dedo, mientras la hacía caminar al borde del orgasmo hasta su habitación, y una vez allí la tiró literalmente encima de la cama. Se puso de rodillas y se entretuvo en sacarle las botas, los pantalones, las braguitas, la camiseta y el sujetador con una parsimonia un poco exasperante. Ella se movió incómoda varias veces, pero tuvo paciencia y dejó que se recreara hasta que volvió a ponerse de pie y empezó a desnudarse con la misma tranquilidad.

Sin quitarle los ojos de encima, levantó las manos y se deshizo el moño hípster, dejando libre esa melena salvaje y abundante que tenía. De verdad parecía un dios oriental, pensó ella prendada de ese pelo castaño y ondulado, hasta que tuvo que ver cómo se sacaba la camiseta y los pantalones de pie, tirando las botas a un lado, antes de lanzarse encima de ella con una ansiedad feroz.

Antes de poder hablar, ya la había penetrado sujetándola por el trasero, y le llenaba la boca con esos besos impetuosos, vehementes, que la volvían loca. Era la tercera vez que se acostaban, y seguía sin pillarle el punto exacto, pero no le importaba nada, porque él llevaba la voz cantante, se mostraba firme y dominante, y aquello era lo único que necesitaba en ese momento.

—Madre mía —susurró mirándolo a los ojos. Había tenido al menos dos orgasmos y él aún seguía dentro de ella, llenándola entera, se incorporó y lo besó en los labios. Kenan Yaman se apartó un poco y le lamió los pechos con la boca abierta—. Me vas a matar.

—Schhh…

La giró y la elevó por las caderas, la acomodó como le vino mejor y la penetró por detrás, alcanzó la vagina sin ningún problema, y se balanceó dentro de su cuerpo con ella bien sujeta por el vientre, muy fuerte, hasta que la hizo gritar de placer y caer boca abajo en la cama jadeando e implorando una tregua.

—Se ha roto el preservativo —anunció tendiéndose a su lado y Chloe lo miró de reojo.

—Que romántico.

—En serio.

—Schhh, es igual, me da igual, déjalo ¿quieres? —extendió la mano y le acarició la cara—. Así te quedas conmigo un poco más, no me importa.

—Chloe…

—De verdad —se le acercó y se le acurrucó en el pecho pensando, en serio, que no le importaba nada que eyaculara dentro de ella. Por primera vez en su vida el hecho le pareció totalmente natural, y sonrió acariciándole los collares étnicos que llevaba—. ¿Y estos collares tan chulos?

—Son turcos.

—¿Los compraste allí?, ¿vas mucho a Turquía?

—He estado solo dos veces en Estambul y me encantaría volver muchas más.

—Podríamos ir juntos, yo nunca he ido.

—Ya veremos.

—¿Cómo que ya veremos?. En estos casos suelen decirme: Por supuesto, Chloe ¿cuándo nos vamos? —bromeó y él soltó una risa suave— ¿Eh?, ¿de qué te ríes?, es verdad.

—Lo sé, pero tú y yo ya veremos. Me muero de hambre, vamos a comer.

—Trae la comida a la cama.

—No, no me gusta que luego las sábanas huelan a comida.

—Madre mía, eres una cajita de sorpresas.

Se levantó y se puso un albornoz que le extendió con una sonrisa. Apenas podía andar, estaba molida, pero satisfecha y feliz, y llegó a la cocina americana dispuesta a comerse todo lo que tuviera delante. Sirvieron los platos, él agarró su teléfono móvil y frunció el ceño.

—¿Qué pasa?, ¿va todo bien?

—Un mensaje de la madre de mi hija, mañana no podré presentarte a Inci, dice que tiene un cumpleaños.

—¿Y no lo sabía hasta ahora?

—Esto va así…

Marcó el número de teléfono y se fue hacia su habitación, cerró la puerta y Chloe oyó en seguida el tono alterado con el que se dirigía a su ex, bajó la cabeza, se sirvió un poco de agua y descubrió las fotos del ejército que tenía junto al equipo de música, se acercó a verlas y entonces él apareció serio y bastante tenso.

—Dice que es el cumpleaños de una prima y que no se lo puede perder. Es increíble.

—Pero ¿no tenías este domingo con ella?

—Es igual.

—¿Cómo que es igual?, si hay unas visitas acordadas y…

—Es igual, Chloe. Gracias —levantó la mano para hacerla callar y ella cerró la boca—. Siento mucho que hayas venido a pasar el fin de semana a Brooklyn para conocerla y que no pueda ser, lo siento de veras, pero no quiero hablar más del asunto, por favor.

—Por supuesto.

—Gracias.

—Y no me importa nada haber venido a pasar el finde a Brooklyn, llevo toda la semana queriendo estar contigo.

—Ya, ya —sonrió y le hizo un gesto para que comiera—. ¿Qué tal con el guaperas sueco de tu peli?

—Es un tío muy majo, muy simpático y tiene mucho talento. Es una gozada, pero yo solo quería verte a ti —se le acercó coqueta y lo abrazó por la espalda—. Solo a ti, señor Yaman.

—Que embaucadora, mis hermanas dicen que ese sueco resucita a los muertos y que tú eres una mujer afortunada.

—No es mi tipo y… ¿estás celoso? —buscó sus ojos y él entornó los suyos— ¿No serás de esos que creen que los besos en las películas van en serio? Es trabajo.

—¿Trabajo?, ¿besarte con Skarsgård es solo trabajo?, ¿qué un tío de esos te meta mano es solo trabajo?. Imposible.

—Claro que sí, porque encima nos tocamos con treinta personas rodeándonos, se llama profesionalidad y disciplina.

—Claro.

—¡Kenan!

—Yo, ni trabajando en medio de un estadio repleto de gente podría evitar empalmarme contigo. Estás muy buena.

—No sé cómo tomarme eso.

—Es igual, sigue comiendo.

—¿Estás bien? —lo abrazó fuerte, se puso de puntillas y le besó el cuello.

—Sí.

—Cuándo Inci pueda, yo vendré de donde sea para conocerla, no te preocupes.

—Lo sé, gracias. Ahora a comer, que necesitarás fuerzas.

12

—Merhaba! —exclamó y saltó para atraparlo con las dos piernas. Kenan la besó en los labios y entró en la casa moviendo la cabeza.

—¿Estás aprendiendo turco?

—Solo hola y adiós, me lo ha enseñado Elma Pattinson, mi terapeuta.

—¿Y cómo se dice adiós?

—Güle güle o algo así, pero no importa porque acabas de llegar y te tengo para mí sola todo el día, ya te diré adiós mañana.

—Eres una niña muy traviesa, señorita Miller.

—Contigo sí… —dejó que la posara en el suelo y observó cómo miraba a su alrededor con el ceño fruncido— ¿Qué?

—¿Estás completamente sola?

—Sí, es nuestro día especial, salvo el servicio de seguridad que está en el vestíbulo y en el rellano, los demás disfrutan de un viernes festivo, incluso Benji se ha ido a casa de Laura.

—Ok… —se sacó las gafas de sol y la miró de arriba abajo. Ella llevaba un pantaloncito mínimo de algodón blanco y una camiseta sin mangas del mismo color.

—Quería ponerme lencería fina, pero la verdad es que no tengo.

—Tú no necesitas nada de eso porque eres perfecta.

Le sonrió y lo vio acercarse de dos zancadas, antes de que la tocara ya estaba teniendo un orgasmo y ronroneó de placer cuando la inmovilizó con una mano, mientras con la otra se abría los vaqueros y la penetraba mirándola a los ojos, contra el respaldo de un sofá.

Hacer el amor con él era siempre así: salvaje, y lo adoraba. Se miraban y se excitaban, se rozaban y ya estaba al borde del abismo, la penetraba y ella se abría de una forma que jamás había experimentado con nadie, queriendo fundirse con él, queriendo morirse en sus brazos y que no saliera nunca más de su cuerpo.

Estaban locos el uno por el otro y llevaban un mes de desenfreno total.

Después de esa primera vez en casa de sus padres casi no se habían vuelto a separar. Cada uno en su casa y con sus respectivas obligaciones, pero buscando cualquier hueco para estar juntos, a cualquier hora, y aquello la había convertido en la mujer más dichosa del universo.

Estaba perdiendo totalmente la chaveta por ese hombretón varonil, guapísimo y un poco dominante, que hacía lo que quería con ella, y se sentía dichosa. Nunca había tenido una pareja sexual tan intensa, un hombre tan potente al lado, tan masculino, y llevaba cuatro semanas sintiéndose la chica más sexy y femenina del planeta.

—Hola… —giró la cabeza y se apartó el pelo de la cara para mirarlo. Él, completamente desnudo, le acariciaba la espalda con mucha devoción, con mucha suavidad, y se incorporó un poco para sonreírle.

—Tienes el trasero más perfecto que he visto en toda mi vida —deslizó los dedos y le cogió los glúteos con propiedad—, y me cabe entero en una mano.

—Vaya, qué interesante.

—En pantalla eres una diosa, pero al natural eres… insuperable.

—Oh, qué galante —se le acercó y se le acurrucó en ese pecho cubierto por una brizna de vello castaño claro preciosa, que era el lugar más acogedor de todo el mundo—. Si a ti te gusto, con eso me vale.

—Demasiado me gustas y encima hueles así de bien —aspiró el aroma de su pelo y le besó la cabeza—. No te imaginas lo duro que era estar a tu lado, tú oliendo así, y yo con ganas de comerte de arriba abajo.

—¿En serio? —lo miró a lo ojos y le sonrió— ¿Por eso eras tan amable y considerado?

—No empecemos.

—Vale.

—Ya sabes que solo intentaba protegerte y protegerme a mí.

—Lo sé ¿Alguna noticia de la boda?

—Inci me ha mandado un *selfie* vestida de dama de honor. Al menos su madre la deja usar en teléfono móvil que le compré.

—¿Puedo verla?

—Claro —buscó el móvil y le enseñó la foto de su preciosa hija. Una niña guapísima que parecía una princesa. Tenía sus ojos, pero en lo demás era igualita a la familia de su madre, Kimberly De Luca, una chica italiana de Brooklyn que esa mañana se había casado por la iglesia con su jefe, el doctor Peter Bielecki.

—Es una muñeca.

—Lo es —sonrió con amargura y Chloe se le abrazó más fuerte—. A ver si durante la luna de miel su abuela me deja ver a la niña porque…

—¿Finalmente no lo habéis arreglado con los abogados? —se incorporó muy seria—. Kenan…

—No quiero empeorar las cosas, ya sabes cómo va esto.

—No quieres empeorar las cosas y de ese modo esa mujer gana terreno, te manipula y utiliza a una niña de ocho años para fastidiarte. No puedes seguir así, tienes que plantarte de una vez, buscaremos un buen abogado de familia. Mi padre es abogado, hablaremos con él.

—No te he pedido ayuda —se apartó y se levantó de la cama—. Y no me digas lo que me dice todo el mundo. He venido para estar contigo tranquilamente y sin interferencias ajenas.

—Te quiero y quiero lo mejor para ti —se oyó diciendo aquello y se le subió el corazón a la garganta, pero no reculó, a pesar de la cara de desconcierto de él—. Me importas, quiero ayudar, y cómo todos los demás, creo que ha llegado la hora de dar un golpe en la mesa.

—No lo entiendes, se trata de mi hija.

—Por eso mismo hay que establecer un convenio regulador justo, que Kimberly tenga que respetar y cumplir, podemos…

—No, no quiero hablar de eso. ¿Quieres comer algo?

—Kenan…

—No pretendas solucionar la vida de todo el mundo, Chloe, a veces es imposible.

—Nada es imposible salvo la muerte, y no me pidas que no quiera ayudarte a ti, que ahora mismo eres lo primero para mí. En mi posición puedo hacer algunas cosas y trato de hacerlas, y en este caso creo que podemos…

—Si doy un paso en falso no me dejará verla.

—Tenéis la custodia compartida, puedes exigir tus derechos sin tener que lidiar personalmente con ella cada vez que quieras hablar con Inci, para eso están los abogados.

—Si conocieras a esa mujer, no lo verías tan sencillo. Está loca.

—Pero, lamentablemente, es la madre de tu hija…

—Muy a mi pesar —interrumpió—. Yo nunca la hubiese elegido como madre de una hija mía, pero pasó así, y lo único que intento desde que nació es hacer las cosas bien para no correr el riego de perderla. No puedo dejarla sola a merced de Kimberly ¿no lo ves?

—Por supuesto que lo veo —se le acercó y se le abrazó con los ojos cerrados—. Por supuesto que lo entiendo. Tú sabes mejor que nadie lo que tienes que hacer, no me hagas caso, pero ten en cuenta que estoy aquí para lo que sea.

—Gracias ¿Comemos algo?

—Puedo preparar un poco de pasta y una estupenda ensalada tropical.

—¿Encima sabes cocinar? —entornó los ojos y volvió a tirarla a la cama. La acarició desde los muslos hasta los pechos con las manos abiertas y se puso entre sus piernas sonriendo de oreja a oreja—. ¿Qué es esto?, ¿me he sacado la lotería contigo?

—Bueno…

—Schhh —la penetró y ella arqueó la espalda sintiendo como le succionaba los pezones con energía, enredó los dedos entre su pelo suelto y largo y gimió de puro y desatado placer.

13

—Creo que mi matriz lo quiere, se aferra a él y a su semen.

—¡¿Qué?! —exclamó Elma Pattinson con la boca abierta—. Es la cosa más bestial que te he oído decir en ocho años.

—He roto dos diafragmas en dos meses, alguna vez lo intentamos con preservativos y también se rompieron, al menos tres. Creo que las señales están claras. Amo a ese hombre, estoy muy enamorada, lo deseo y quiero que me deje embarazada. A lo mejor es mi reloj biológico sonando fuerte.

—¿Y por qué no usas píldoras anticonceptivas?

—Porque no me parecen saludables, pero en cuanto acabemos la sesión tengo hora con mi ginecóloga y le pediré una receta.

—Muy bien.

—Es el mejor sexo que he tenido jamás, lo adoro, lo quiero, lo deseo y mi cuerpo lo necesita como respirar. Quiero a su bebé, no, a unos seis por los menos —la miró y se echó a reír.

—Tienes veintiocho años y una carrera fulgurante. Una docena de contratos firmados.

—Cumplo veintinueve dentro de un mes y podría dejar de trabajar el resto de mi vida. Tengo dinero, inversiones y alguna productiva empresa en Internet. Ahora mismo podría retirarme a Estambul, a un palacio frente al Bósforo, con Kenan y una docena de hijos igualitos a él.

—¿Y él que opina?

—Él no opina, ya sabes que es hermético y cómo un muro de piedra. No hablamos de eso abiertamente, pero siento que me quiere y alguna vez le he dicho que quiero tener hijos.

—¿A sus hijos?

—No, eso no.

—Me has contado que tiene muchísimos problemas con su hija, a lo mejor no quiere o no necesita tener más niños.

—Los problemas no son con su hija, sino con la madre de su hija, y conmigo jamás sería así. Sé que es un padrazo, que le gustaría tener una familia y podría tenerla conmigo. En este momento no creo que podamos estar mejor y más unidos. Somos una sola persona, y no es solo por el sexo —le guiñó un ojo.

—Os sigo en la prensa y se os ve tan guapos, hacéis una pareja maravillosa, Chloe.

—Pues él odia esas fotos, a los *paparazzis* y ser el centro de atención, la verdad es que lo lleva muy mal. Si el acoso sigue así un día matará a alguien. Yo solo espero que pronto se aburran de la novedad y nos dejen en paz.

Salió del despacho de Elma flotando, como solía pasar desde que estaba con Kenan Yaman. Casi dos meses de luna de miel permanente.

Miró a Paul y a Laura, les sonrió y se subió al coche para ir a la consulta de su ginecóloga en Manhattan, iban con la hora justa y no quería llegar tarde. Hacía mucho que no se hacía un control ginecológico y quería hablar tranquilamente con ella. Necesitaba urgentemente un poco de orientación y los anticonceptivos porque, aunque sus óvulos estaban preparados para ser fecundados, no era una decisión que pudiera tomar sola, sin hablar antes con Kenan, por lo tanto, tenía que poner medios hasta que estuvieran los dos preparados para tener un bebé.

Se estiró en su asiento y pensó en sus ojazos, en su boca, en su pelo suelto, en su cara perfecta, su perfil, sus pestañas, su sonrisa, su barba, ese cuerpo rotundo que no podía ser más delicioso… en su aroma, y se le contrajo el vientre. Lo necesitaba a cada minuto y nunca dejaba de desearlo, nunca, por eso él, que aseguraba le pasaba lo mismo, se había negado rotundamente a volver a trabajar para ella. No podía hacerlo, no era profesional, le dijo, y se limitaba a ser su novio, un novio atento y protector, a veces demasiado protector, pero su pareja y nada más, y ella había terminado por aceptarlo.

Laura se movió y le puso delante la Tablet con las últimas imágenes que les habían hecho corriendo por Central Park, y después besándose como dos adolescentes en el parque. Movió la cabeza y fijó la vista en el paisaje.

Lamentablemente, hacía tres semanas, los habían pillado muy acaramelados en un concierto de Bruce Springsteen. En la zona VIP alguien los había grabado y fotografiado de lleno y habían sido portada en las revistas de medio planeta. A Kenan el tema casi le cuesta un infarto, se había cabreado muchísimo y había montado un pequeño escándalo, pero no era culpa suya, así que

acabó por aceptarlo con resignación, sin embargo, no estaba cómodo, se quejaba y protestaba por todo, y habían dejado de hacer vida normal desde entonces.

Incluso una comida familiar en casa de su madre en Brooklyn había acabado con media docena de *paparazzis* en la puerta, esperándolos para fotografiarlos mientras se subían al coche, y aquello lo había sacado de sus casillas.

Estaban justo en ese momento en que cualquier personaje público veía peligrar su nueva relación amorosa por culpa del acoso y el derribo de la prensa, ya lo había vivido antes, pasaba continuamente, pero ella confiaba en que lo superarían juntos.

—Nihan… —respondió al móvil entrando en el *parking* de la clínica— ¿Qué tal?

—Bien ¿y tú? Nadia confirma que va el domingo, en total seremos veinte ¿podrás con tanta gente?

—Por supuesto, y no estaré sola, viene una chef que suele trabajar conmigo y un par de camareros. Mándame una lista con cualquier alergia alimenticia, preferencia, fobia o hábito de tus hermanos y sobrinos, no quiero correr riesgos.

—Qué pija eres, Chloe —se echó a reír—. La gente invita a su casa y no se preocupa por esas cosas.

—¿Cómo qué no?. Cada vez que voy a alguna parte tengo que confirmar que soy vegana, pero que, aun así, odio el aguacate.

—¡Dios!, estás a otro nivel. ¿Has hablado con mi hermano?

—No desde esta mañana, tenía un servicio con un presidente de visita en la ONU y yo he estado con pruebas de vestuario ¿por qué?

—Creo que ha habido movida con la nueva señora Bielecki.

—¿Qué?. No me lo puedo creer —se bajó del coche y entró al ascensor para subir a la consulta— ¿Otra vez?

—Ya sabes que esta tarde Kenan podía recoger a Inci del cole y algo pasó, porque se ha enterado medio Brooklyn.

—Madre mía, cómo no la deje venir el domingo, a tu hermano le arruina la comida. A este paso no la conoceré nunca, ya ha habido tres intentos fallidos.

—Es una hija de puta, Chloe, espera siempre lo peor de esa mujer. Te dejo, tengo la última clase.

Se despidió de Nihan, que al igual que toda su familia, estaba muy contenta de que estuviera con Kenan, y entró en la sala de espera de la doctora Hamilton saludando a la enfermera, que la hizo pasar en seguida a una habitación privada para que tuviera más intimidad y se pudiera cambiar tranquilamente.

Se desnudó, se puso la bata de papel y llamó a Kenan, pero él no contestó, así que cruzó los dedos deseando que todo fuera bien a esas horas de la tarde, y luego pasó a la consulta de la ginecóloga, que la recibió con un par de besos y mucha alegría.

—¿Por qué quieres anticonceptivos ahora?

—Hemos roto dos diafragmas.

—Eso es imposible.

—Te doy mi palabra de honor. Quiero quedarme embarazada antes de un año, pero, de momento, la píldora es la opción más efectiva ¿no? ¿Gloria? —se movió incómoda al sentir cómo le tocaba el cuello del útero y se incorporó un poco para buscar sus ojos— ¿Qué pasa?

—Relájate, Chloe, por favor —siguió con la exploración y tras unos minutos se apartó sacándose los guantes de látex—. Ya es tarde para la píldora y para cualquier otra cosa, cariño, estás embarazada.

—¡¿Qué?! —se le subió el corazón a la garganta y miró al techo intentando respirar—. ¿Estás segura?

—Al cien por cien, pero te haré una ecografía. Tranquila, no llores.

—Es de felicidad, tengo muchas ganas de tener un bebé.

—Enhorabuena.

Gloria Hamilton se entretuvo en hacerle una ecografía, que confirmó un embarazo de cuatro semanas, y luego le mando una ristra de exámenes y unas pautas de alimentación y ejercicio. Todo parecía ir bien, y cuando salió de la consulta le costó horrores mantener la boca cerrada y no contárselo a Laura y a Paul como le apetecía, pero quería decírselo a Kenan antes que a nadie.

—Hola, mi amor, ¿va todo bien? —respondió a su llamada en el coche y él respiró hondo antes de hablar— ¿Qué tal con Inci?

—¿Dónde estás?, te he llamado cuatro veces.

—Tenía terapia y una cita con mi ginecóloga, te lo conté esta mañana, y lo siento, pero no vi tus llamadas.

—¿Dónde estás ahora?

—¿Pasa algo?

—Estoy esperándote en tu casa, Chloe ¿a qué hora vienes?

—Unos diez minutos, aunque iba a pasar a buscar algo especial para la cena.

—No hace falta, ven de una vez ¿quieres?

14

—¿Qué pasa?

Entró en su casa, saludó a Benji, que fue el único que corrió a recibirla, y miró a Kenan, que se paseaba por el salón visiblemente alterado. Dejó el bolso en un sofá y dio un paso hacia él para darle un beso, pero él retrocedió y levantó una mano.

—Necesito hablar contigo en privado ¿puede ser aquí o nos vamos a otro sitio?

—¿Pasa algo?

—Chloe, por favor.

—Claro —se giró hacia Laura y Paul invitándolos a irse y en ese mismo instante supo que algo iba muy mal. Esperó a que se marcharan y buscó sus ojos con el corazón en la garganta—. ¿Si quieres podemos subir a mi cuarto?

—No, no quiero subir. Escucha… —respiró hondo—. He tenido una tarde horrible. Kimberly se presentó en el colegio de Inci y me montó un escándalo considerable, afortunadamente la niña estaba en clase de ballet, pero el efecto para mí es el mismo.

—Lo siento…

—Déjame hablar, por favor —subió el tono y ella se calló—. Ha decidido pedir la custodia exclusiva de Inci, ahora que está casada con un médico y tiene una casa enorme con todas las comodidades. Puede hacerlo y seguro que la conseguirá porque, según su abogada, yo tengo una vida desordena, un piso de soltero pequeño e insuficiente para atender a mi hija, y un ritmo de vida inadecuado. He llamado a mi abogado y dice que me prepare para perderla y para luchar por conseguir alguna visita al mes, tal vez con supervisión, y a capricho de la madre.

—Tienes que buscar otro abogado, Kenan.

—Ese no es el puto problema, el puto problema es que es cierto, no tengo cómo demostrar que soy un padre apto, con una vida estable, y como esto siga así, dice que su marido adoptará a la niña y no volveré a verla más.

—No puede hacer eso.

—Tú qué coño sabes.

—Mi padre es abogado y eso, estando su padre biológico y legal vivo, no puede hacerlo de buenas a primeras. No vivimos en una selva.

—Mira, no voy a discutir también contigo, estoy agotado, solo he venido porque…

—Y puedes mudarte aquí o compramos una casa en Brooklyn o en Long Island, lo que sea necesario, y podrás tener un hogar más grande, estable e infinitamente más cómodo que el que ellos puedan darle.

—No estoy pidiendo tu ayuda económica, Chloe. No me ofendas con eso.

—Nada más lejos que querer ofenderte —se limpió una lágrima rebelde y se desplomó en un sofá—. Solo intento que sepas que no estás solo en esto, que estamos juntos y que puedes contar conmigo para lo que sea. Podemos solucionarlo, podemos darle el hogar…

—No, no podemos, esto es un asunto mío, personal. No estoy insinuando que compres una mansión en Long Island y nos vayamos a vivir todos juntos para darle en las narices a mi ex.

—Vale, perfecto.

—Esto es algo que debo solucionar yo solo y, para empezar, tenemos que dejar de vernos, necesito concentrarme en todo este tema y dedicar toda mi atención a mi hija.

—¿Estás rompiendo conmigo?

—No voy a involucrarte en mis problemas, no tienes porqué verte salpicada de la mierda que me rodea. No me parece justo.

—Las parejas están para eso, para apoyarse en los momentos difíciles, a mí no me importa…

—No somos una pareja, llevamos dos meses viéndonos y tú, mañana o pasado, te largas a rodar a Europa y no vuelvo a verte. Dejemos las cosas como están ¿quieres? Sinceramente, no tengo energía para lidiar con esto —agarró el teléfono móvil de la mesa y Chloe lo miró sin poder dar crédito a lo que estaba oyendo—. No llores, no vale la pena, dentro de una semana ni te acordarás de mi nombre.

—Si tú supieras —lo parafraseó y se puso de pie—. Adiós, Kenan y mucha suerte con todo.

—No se trata de ti, no hagas un drama de todo esto, por favor. Somos adultos, los dos tenemos experiencia, mucha vida detrás y no necesitamos una despedida lacrimógena.

—Sigues sin saber nada de mí, sigues subestimándome y pensando que no soy más que una actriz de cine famosa, con dinero, fama y sin sentimientos a la que todo le importa un carajo, pero ya no importa. Vete, por favor, yo tampoco tengo energía para lidiar con esto.

—No tienes ni idea de por lo que estoy pasando.

—Y no ayuda nada a que lo entienda, o pueda apoyarte, si me apartas de tu vida, pero bueno, no soy nada tuyo, me ha quedado clarísimo.

—Lo que ha precipitado este último conflicto ha sido precisamente el tenerte en mi vida, el salir en las putas revistas y televisiones de todo el país pasándomelo en grande contigo… —se detuvo y bajó la cabeza—. No quiero hacerte daño, pero esto es así, mi hija está por encima de cualquier otra cosa, de cualquier otra persona, tú lo sabes muy bien, y si para protegerla y mantenerla conmigo tengo que sacrificar a mi entorno lo hare. Inci es lo único que me importa.

—Por supuesto.

—Adiós… —dio dos pasos y se giró hacia ella, pero sin mirarla a los ojos—. Lo del domingo queda anulado, mi familia me apoya en esta decisión y lo mejor es que te olvides de todos nosotros.

—Muy bien.

—Le pediré a Paul que recoja algunas cosas mías que me dejé arriba y me las mande a casa.

Ella asintió, él también, y se quedó quieta, observando cómo se marchaba dando un portazo.

De pronto se sintió mareada, agotada, cayó de rodillas al suelo y se dobló para llorar con toda el alma, como nunca lo había hecho antes, con un dolor tan concreto, y tan profundo, que se asustó.

15

Dos años después…

—Esto es increíble.

Se detuvo en la entrada a la Mezquita Azul, la mezquita más importante de Estambul, y levantó los ojos para admirarla en toda su magnitud.

—Tiene más de veinte mil azulejos azules en la cúpula, por eso se le llama Mezquita Azul —susurró su guía con una sonrisa—. Todos los azulejos fueron traídos de la ciudad de Iznik, la antigua Nicea, al noreste de Turquía.

—Maravillosa.

—La iluminación de la mezquita proviene de sus más de doscientas vidrieras y de las lámparas de araña que cuelgan del techo.

—¿En qué año se construyó?

—En el siglo XVII, entre 1609 y 1617.

—Mami…

—¿Qué, mi amor? ¿tienes sed? ¿y tú, Nicky?

Se inclinó para atender a los niños y su madre y la niñera se apresuraron en sacar de las mochilas los biberones con el agua. Ya tenían un año y cuatro meses, pero seguían usando biberón y negándose a probar el vaso de aprendizaje que les había comprado en la farmacia.

—Son guapísimos —la guía, que era una dama turca muy educada y cariñosa, se acercó y les sonrió—. Es una bendición tener gemelos, así se acompañarán siempre.

—De momento se ignoran la mayor parte del tiempo, pero poco a poco se hacen más caso.

—¿Cómo os llamáis?

—Nicholas y Alexander —contestó la abuela orgullosa y Chloe movió la cabeza—. Cumplieron un año el 18 de junio, ya son unos hombrecitos.

—Un año y cuatro meses, si son unos bebés.

—La verdad es que sí.

Chloe observó a sus hijos y se le llenó el corazón de amor. No podía quererlos más, era imposible amar más a una persona, y se inclinó para comérselos a besos.

El 18 de junio de año 2017, Nicholas y Alexander Miller habían nacido en el St Mary's Hospital de Londres. Su primera intención había sido dar a luz en casa con la ayuda de una matrona, un gran riego tratándose de gemelos, así que al final había desistido y había ingresado en el hospital más exclusivo de Londres para dar a luz a sus niños a través de una cesárea.

Cuando los bebés vinieron al mundo, ya llevaba siete meses viviendo en Inglaterra.

Tras el abandono de Kenan Yaman, al que por aquel entonces consideraba el único y gran amor de su vida, tuvo que entender que estaba sola con su embarazo, que él jamás la había querido, que ni siquiera la consideraba una novia o una pareja estable, y que lo mejor era alejarse de Nueva York y empezar a construir una nueva vida lejos de él y de su familia, que de pronto también le dieron la espalda como si tuviera la peste, y de cualquier recuerdo que le hiciera daño… y en aquellos días todo le hacía mucho daño.

En cuanto él salió por la puerta supo que nunca, jamás, le hablaría de su embarazo, ya bastante tenía él con sus dramas paternos como para involucrarlo en algo que no le incumbía en absoluto. No eran pareja, no le debía ninguna lealtad, ninguna amistad, la había tratado, otra vez, como a un zapato viejo, y ella tenía dignidad, una que a veces tardaba en reclamar lo suyo, pero la tenía, y sabía que no quería a ese hombre en su vida.

Kenan Yaman siempre había sido distante, hermético, siempre la había puesto en su sitio, nunca le había dicho un te quiero o le había hablado de un futuro juntos.

Mientras ella se enamoraba locamente de él, él continuó con los pies en la tierra y las ideas claras. Siempre la dejó al margen de su vida y, aunque la relacionó con su familia y la hacía sentir muy a gusto y protegida, la pura verdad es que no la amaba, no la quería, y se lo había dejado meridianamente claro cuando rompió con ella de forma tajante y definitiva, tras dos meses compartiéndolo casi todo. Una verdadera pena.

Después de aquella horrible despedida, se pasó diez días en la cama, llorando, vomitando y durmiendo, sintiéndose sola y echándolo de menos. Diez días que acabaron cuando Laura llamó a su madre y ella apareció en Manhattan con su energía habitual para sacarla del abismo.

Mary Miller llegó a Nueva York decidida a arrancarla de la depresión y, cuando se enteró de su embarazo, los intentos se redoblaron, la sacó de la cama, la metió bajo la ducha y se la llevó al médico para hacer las pruebas y exámenes correspondientes. Veinte días después, sabiendo que lo que traía eran gemelos, cerró su casa, agarró su maleta, a su perro y se largó a Inglaterra.

No se despidió de nadie, tampoco de la que creía su amiga, Nihan Yaman, que nunca más contestó a sus llamadas o mensajes. Nihan se posicionó, por supuesto, al lado de su hermano y le dio la espalda sin mediar palabra, algo que ella no entendería jamás, y con ese otro dolor, dejó Manhattan destrozada y sin ganas de mirar atrás.

En Londres la cosa mejoró ostensiblemente. Contra todo pronóstico, Daniel Cunningham le prestó todo su apoyo y hasta su madre, una conocida ginecóloga británica, se hizo cargo de su embarazo.

Daniel, que en el fondo era un buenazo, la ayudó a buscar una casa preciosa en Chelsea, le consiguió decoradores y servicio doméstico de confianza, la visitaba con frecuencia y la obligaba

a salir al teatro, a pasear o a visitar alguna exposición. Se comportó como un gran amigo, jamás podría olvidarlo, y como un gran caballero, porque cuando se publicaron sus primeras fotografías embarazada, iba paseando con él por Hyde Park y todo el mundo dio por hecho que el bebé era suyo, y él jamás lo desmintió, dándole con ese gesto una cobertura que la protegió del escándalo y las especulaciones sobre su maternidad en solitario durante meses.

En realidad, le importaba un carajo que supieran que era madre soltera. Estaba orgullosa de su embarazo, de sus hijos y de la decisión de criarlos ella sola, pero que Daniel no se desmarcara de su posible paternidad frenó durante mucho tiempo los chismes y los cotilleos a su costa, y eso no tenía precio. Lo querría el resto de su vida por eso y, de hecho, era el padrino de Nicholas, que se llamaba Nicholas Daniel en su honor.

Su exmarido se había portado como un gran señor y todo su entorno cercano también. Sus padres estaban como locos con sus nietos, que eran los primeros que tenían, y se habían trasladado con ella a Inglaterra para ayudarla en sus primeros meses de vida, también su hermana Penny, Laura y Evelyn, que estaban encantadas de vivir en Londres y ayudarle con los gemelos, y todo su pequeño círculo social que era mínimo, pero que valían su peso en oro.

Gracias a todos ellos había superado la depresión y se había podido enfrentar al nacimiento de los niños fuerte y preparada. Dejó aparcado el trabajo un año entero y se concentró en sus preciosos angelitos, que eran el vivo retrato de su padre, aunque eso a ella le importaba bien poco. Le daba igual mirarlos y ver en los dos a Kenan Yaman en estado puro. Tenían sus ojazos oscuros, su pelo castaño y ondulado, sus rasgos, su sonrisa, eran como dos gotas de agua, y él era un hombre guapísimo, así que solo podía darle gracias mentalmente por la maravillosa aportación genética que había hecho a sus retoños.

—¿Se van a quedar muchos días en Turquía, señora Miller? —preguntó la guía y ella negó con la cabeza.

—Lamentablemente no, nos marchamos mañana.

—Es su cumpleaños —intervino su madre—. Hoy cumple treinta y uno y se quería regalar una casa con vistas al Bósforo.

—¿En serio?. Feliz cumpleaños.

—Muchas gracias.

—Una casa frente al Bósforo es el sueño de cualquiera.

—Bueno, es una idea, no sé si tendría tiempo ni de venir por aquí, pero me gustaría intentarlo.

—Llevamos cuatro días mirando propiedades, pero no le ha gustado ninguna. Tal vez la próxima vez —apuntó su madre sacando a los niños del carrito para que caminaran un poco.

—Y ¿por qué una casa en Estambul? ¿tiene ancestros turcos que no conozcamos?

—No —contestó Chloe siguiendo con los ojos a los enanos, que en cuanto ponían pie en tierra se lanzaban como locos a caminar—. Yo no, pero el padre biológico de mis hijos sí, y me gustaría acercarlos a sus raíces.

—Eso es maravilloso.

—Bueno, de momento solo es una idea, ya veremos. ¡Niños!

Dejó a la guía con la palabra en la boca y corrió para cogerlos a los dos de la mano. Miró al frente y localizó la Mezquita de Santa Sofía a la par que dos figuras sospechosas levantaban las cámaras y empezaban a hacerles fotos.

Tenía advertidos legalmente a todos los medios, del mundo entero, sobre la publicación de imágenes de sus hijos. Cualquier movimiento en ese terreno era susceptible de ser denunciado y de momento estaban respetando su intimidad, pero Turquía era otro mundo, se lo habían

advertido, y al parecer un par de *paparazzis* querían saltarse las reglas y captar imágenes de su visita a la ciudad. Una visita que estaba siendo muy promocionada por el propio Ministerio de Cultura turco, que le había cerrado monumentos para ella sola y le había puesto todos los medios, incluida una guía oficial privada, para que disfrutara junto a su familia, y a todo lujo, de su valiosísimo patrimonio artístico.

—Vamos, enanitos, vamos a buscar a la abu.

—Abu —repitió Alex y Chloe sonrió dando la espalda a los reporteros.

—Vamos a volver a la mezquita y ya nos vamos a comer. ¿Os gusta Estambul?

—¡Sí! —asintieron los dos muy convencidos.

—Me alegro mucho.

16

—¡Están guapísimos!

Gritó Rachel, su agente, desde Los Ángeles, y Chloe sonrió mirando en el ordenador las portadas de varias revistas donde aparecía con Nicky y Alex caminando frente a la Mezquita Azul. Las fotos se las habían hecho de espaldas, los niños estaban riquísimos, y la imagen en pleno Estambul era imponente, así que no tenía pensado demandar a nadie.

—La verdad es que están para comérselos —asintió y miró con atención, una vez más, a sus pequeñajos. Con sus pantaloncitos vaqueros, sus polos de distinto color, sus zapatillas de deporte, sus pelitos castaños y ondulados al viento, caminando con sus pasitos inseguros por ese esplendoroso paisaje, cada uno sujeto a una mano.

—Es la mejor edad, con los pañales debajo de los vaqueros. Deliciosos, Chloe, no me extraña que estés loca por ellos.

—Muero de amor ¿y tú cómo estás? —miró a Laura, que había dejado su teléfono en manos libres para que pudieran hablar las tres, y le guiñó un ojo porque sabía que apenas soportaba a Rachel.

—Oye, tía, y tú, menudo tipazo, Anna dice que quiere matarte… después de un embarazo de gemelos y estás más buena que antes. El vestido me chifla, ¿de quién es?

—De nadie conocido, lo compré en una boutique de Estambul, hacía mucho calor, necesitaba algo fresco y compré el primero que me gustó ¿Qué me cuentas?

—Acabas el rodaje con Branagh según lo previsto ¿no? Dicen que están encantados contigo, como siempre, tenemos pendiente la colaboración en Nueva York con Katherine Bigelow y Martin McDonagh quiere saber si estarías dispuesta a rodar fuera de Reino Unido, ah, y lo más importante, la gente de Nolan me ha mandado un guion.

—Mándame el guion de Peter y sí, creo que dentro de una semana está liquidado lo de Branagh. Si Dios quiere en diez días nos vamos a Manhattan y hago lo de Katherine, ya se lo he dicho a ella personalmente. Dile a Martin McDonagh que no podría estar más honrada de trabajar con él, pero que el año que viene lo tengo complicado, no voy a hacer más de dos películas y si es posible aquí en Londres, porque no pienso separarme de mis hijos.

—Puedes llevártelos de viaje mientras no empiecen a ir al cole. Todo el mundo lo hace.

—Yo no, no quiero hacerlos peregrinar por los rodajes, así que, de momento, sigo decidida a dedicarles todo mi tiempo. El trabajo es secundario, Rachel, al menos hasta que sean más mayores, ya lo sabes y espero que se lo transmitas a todo el mundo.

—Ok, no voy a intentar disuadirte, aunque Frank dice que eres una madre dependiente y controladora, y que necesitas desconectar trabajando.

—Dile a Frank que se meta en sus asuntos —sonrió y movió la cabeza— ¿Nada más?

—No, cariño, eso era todo. Sigue bien y manda besos a mis chiquitines.

—Adiós.

—Adiós, Laura, cuida bien de mi chica.

Laura colgó y se estiró en el sofá resoplando.

Desde el embarazo, hasta ese mismo día, la gente seguía presionándola con guiones y propuestas de trabajo, cuando había dejado clarísimo que necesitaba, que quería, dedicar tiempo a sus niños. Eran dos, ella una madre soltera y, aunque tenía una ayuda impagable al lado, ella era su madre, ella los necesitaba, ellos la necesitaban, y no pensaba renunciar a las mieles y sinsabores de la maternidad por el puñetero trabajo que ya bastante vida le había quitado.

—No te enfades, Laurita.

—Es que esta mujer es odiosa, lo único que la salva es que es la mejor agente de actores del mundo, pero, yo me pregunto, ¿y si no lo fuera?… seguro que estaría más sola que la una.

—Ay, Dios —se echó a reír, acarició a Benji, que se había acurrucado a su lado, y puso la tele. Los niños estaban dormidos, su madre en una cena con unas amigas y podía darse el gusto de tomar una copa de vino tranquilamente antes de irse a la cama.

—Gracias a Dios mañana empiezas a las doce.

—Sí, que alegría.

—Vaya… —Laura se incorporó al ver que el móvil vibraba sobre la mesa y luego la miró con los ojos muy abiertos—. Es Nihan, Nihan Yaman.

—¡¿Qué?! —el corazón le dio un vuelco y se puso tensa.

—Paso de cogérselo.

—No, no, contesta y a ver qué quiere —Por supuesto pensó en Kenan, y se puso de pie muy nerviosa.

—Hola —pulsó el manos libres y se hizo un silencio—. Hola, ¿quién es?

—¿Laura?, soy Nihan, Nihan Yaman, no sé si te molesto o si estás o no en Nueva York, no sé nada, pero se me ocurrió llamarte porque necesito hablar con Chloe ¿Sigues trabajando para ella?. Su antiguo teléfono ya no funciona y en su casa tampoco…

—Claro que sigo trabajando para ella —interrumpió y Nihan suspiró.

—¿Y puedes pasármela?

—Estamos en Londres, aquí es tardísimo, no creo que pueda atenderte. Déjame el mensaje y mañana se lo paso.

—No, por favor, estuve el tiempo suficiente al lado vuestro como para saber que esa es tu respuesta automática para quitarte a alguien de en medio. No quiero dejarle un mensaje, es personal y muy importante. En serio.

—¿Estuviste el tiempo suficiente a nuestro lado?. No lo recuerdo, solo recuerdo que cuando ella intentó localizarte hace dos años, varias veces, no le contestaste ni a los WhatsApp —Chloe le hizo un gesto para que no siguiera por ahí, pero Laura ni la miró—. Así, pues, déjame el mensaje y ya se lo pasaré mañana, o mándale un email a su página WEB, adiós, Nihan.

—Me lo tengo merecido, lo sé, pero eran tiempos complicados y sé que Chloe lo entendería si me dejara explicárselo, sin embargo, hoy no quiero hablar de eso, necesito decirle algo muchísimo más serio. Por favor.

—… —Laura guardó silencio y Chloe asintió—. Espera, voy a ver si sigue despierta. No te aseguro nada.

—Muchas gracias, gracias, Laura.

Esperaron unos minutos eternos en silencio. Chloe se acercó a la ventana para comprobar que seguía lloviendo, respiró hondo, lo pensó bien y decidió que podía hablar con Nihan. Ya había pasado mucho tiempo y ella no era rencorosa, al contrario, necesitaba cerrar heridas y esa era una buena oportunidad para cerrar esa, además, parecía importante, así que se acercó a la mesa, se armó de valor y habló alto y claro.

—Nihan…

—Hola, Chloe, gracias por contestar ¿Cómo estás?

—¿En qué te puedo ayudar?

—Bueno, es un poco delicado, pero lo hago por mi madre. Anoche no durmió nada y hoy… en fin, lleva toda la mañana llorando.

—¿Y yo qué puedo hacer?

—Anoche vimos unas imágenes tuyas hechas en Estambul, por cierto, enhorabuena por tus hijos, no pude decirte nada en su momento porque… bueno, ya sabes… en fin… mi madre…

—¿Qué pasa?

—Mi madre dice que son nuestros.

—No entiendo —miró a Laura y ella se puso de pie.

—Es una forma de hablar, ella dice que son nuestros, de nuestra familia, que son Yaman. Dice que son idénticos a Kenan cuando era pequeño, por lo tanto, cree que tus gemelos son hijos de mi hermano, sus nietos. Hasta ayer no habíamos visto ninguna imagen de ellos y, aunque se os ve de espaldas, andando y paseando por la Mezquita Azul, ella jura que son de Kenan. A la pobre casi le da un infarto.

—¿Solo con verlos de espaldas? —fingió un tono de lo más ligero, aunque era ella la que estaba sufriendo un principio de infarto, y se desplomó en un sofá—. Esto es muy extraño, no entiendo nada, Nihan, no sé ni qué responder a eso y aquí es tardísimo, así que…

—Dime la verdad ¿son de Kenan?

—¿En serio?

—Supongo que no tengo derecho a preguntarte algo tan personal después de lo que pasó, pero es vital para la tranquilidad de mi madre, y la nuestra, porque lleva horas muy afectada.

—Lo que pasó, como tú lo llamas, fue tan doloroso, y a mis ojos tan injusto, que no había vuelto a pensar en tu hermano, ni en ti, en dos años, y ahora no pretendo hablar de la paternidad de mis hijos con una perfecta desconocida. Esto es completamente absurdo y, lo siento por tu madre, que no tiene culpa de nada, pero me parece increíble que me llames a estas horas de la noche para preguntarme semejante barbaridad. Adiós, Nihan.

Colgó y se tapó la cara, sintió la mano firme de Laura en la espalda y se echó a llorar pensando en las consecuencias que podría traer aquello, aunque se recompuso rápido. Sabía que nadie podía obligarla a revelar algo semejante y, además, tenía perfectamente blindada la situación jurídica de sus hijos, que eran solo suyos, y en cuya partida de nacimiento aparecía en la casilla de padre: desconocido.

Se puso de pie limpiándose la cara con la manga del jersey y cuadró los hombros intentando espantar los fantasmas de un pasado que no permitiría volver a sobrevolar su vida.

—No pasa nada, una chorrada como cualquier otra. La gente es increíble, en serio. Me voy a dormir. ¿Qué? —la observó de arriba abajo y Laura tragó saliva extendiéndole su Tablet.

—No te va a gustar.

—¿Qué pasa ahora?

Miró la pantalla y vio el titular del periódico The Sun del día siguiente:

"El padre biológico de los gemelos de Chloe Miller es un hombre de origen turco —confirma Fátima Yilmaz, la guía oficial del ministerio de cultura que la acompañó durante su visita turística por Estambul—. *La señora Miller me dijo que soñaba con comprar una casa frente al Bósforo porque quiere acercar a sus hijos a las raíces de su padre"*

—La madre que la parió.

Bufó y leyó el pie de una foto dónde aparecía con Daniel paseando por Londres— *"¿Qué tendrá que decir Daniel Cunningham al respecto?"*

—Mierda.

17

—¿Dónde te metes?

—Estoy trabajando, Nihan ¿qué quieres? ¿Va todo bien?

—Va todo bien, bueno, no lo sé. Tenemos que hablar.

—¿Mamá está bien?

—¿Has visto las imágenes de Chloe Miller en Estambul?

—No —oír ese nombre le produjo la reacción de siempre, es decir, de desazón, y se apartó un poco del vestíbulo dónde estaba esperando a un cliente, frunciendo el ceño—. Y no puedo hablar ahora, estoy en Washington.

—Llámame en cuanto puedas, Kenan, es importante.

Su hermana colgó y él volvió al impresionante hall del Ritz-Carlton Georgetown de Washington, dónde su cliente, un banquero europeo de visita en los Estados Unidos, estaba a punto de aparecer.

Se arregló la corbata y cuadró los hombros intentando concentrarse en el trabajo, algo imposible cuando Chloe Miller aparecía en la palestra. Esa misma mañana, desayunando, había visto su imagen de refilón en televisión y había cambiado de canal. Al parecer estaba rodando una gran producción cinematográfica con un director muy importante de Gran Bretaña, dónde vivía desde hacía dos años, desde que se habían separado, desde que la había dejado más preocupado por el futuro de su hija, que por esa relación impetuosa, apasionada y llena de sensualidad que habían establecido sin ningún esfuerzo.

Trabajar con ella ocho meses ya había puesto su vida del revés, porque era imposible permanecer impasible ante esa mujer, que era preciosa, sexy, divertida, inteligente, fuerte y con mucho talento. Era directa y complicada como cliente, pero como mujer era excepcional, y haber

acabado siendo amantes había sido un regalo inconmensurable… aún la deseaba, aún añoraba su piel, su cuerpo perfecto, su boca jugosa y generosa, sus besos, su voz, y esa forma natural y tan intensa con la que se entregaba, con la que lo amaba, porque nunca había ocultado que se había enamorado de él.

Hacer el amor con ella no tenía parangón, ese había sido su mayor enganche, eso quería pensar, y por eso no la podía olvidar, aunque el haber roto con ella, algo que tarde o temprano iba a suceder, había sido la mejor decisión de su vida.

Se había vuelto loco por ella, pero, lo supo siempre, desde el minuto uno lo tuvo claro, sabía que acabarían separados y si te he visto no me acuerdo. Chloe Miller era una puñetera estrella de cine. Era rica, famosa, preciosa y deseada por millones de personas, y no iba a sostener por mucho tiempo un romance con un ex escolta que, además, cargaba con una mochila llena de problemas familiares que lo convertían en un tipo incómodo y aburrido.

En dos meses había intentado llevar una vida normal con ella, habían salido, viajado, se habían separado poco, pero ese ejército de personas que la rodeaban, la prensa que los acosaba y todo lo demás, lo había superado rápido. Con o sin sus problemas por culpa de Kimberly De Luca, lo suyo estaba destinado a fracasar, y mejor antes que después.

La puta lástima es que no podía dejar de pensar en ella e incluso no había vuelto a salir más de una vez con la misma mujer, y aquello era inhumano, triste y hasta poco saludable. Necesitaba encontrar a alguien, enamorarse y sentar la cabeza, necesitaba olvidar a la dichosa señorita Miller, a la que veía a diario en la prensa, en la calle sonriéndole desde enormes carteles publicitarios, o en la televisión.

Eso no hay cuerpo que lo aguante, le decía su hermano, y tenía razón.

Vio aparecer al cliente y lo escoltó hasta el coche, se subieron al vehículo y en el camino al aeropuerto se cruzaron con dos vallas publicitarias de Chloe Miller, la primera de una película y la segunda de un perfume carísimo, de una marca francesa que la había fichado después de su embarazo, porque encima eso, había tenido unos gemelos con otro tío del que se negaba a dar su nombre, pero que todo el mundo suponía era el gilipollas de su ex, Daniel Cunningham.

Había estado con él dos meses y a los diez minutos había tenido hijos con otro. Algo demasiado duro y jodido como para soportarlo con algo de tranquilidad. Cerró los ojos y, haciendo un esfuerzo sobre humano, olvido a la mujer de sus sueños, y se concentró en el trabajo.

—Nihan, no quiero saber nada de la señora Miller, solo te llamo porque…

—¿Ya estás en Nueva York?

—Estoy en casa, en Brooklyn, me cambio y voy a ver a mamá.

—Ok, eso está mucho mejor, te espero aquí.

Sin más explicaciones le colgó y él se metió bajo la ducha cada vez más intrigado, se vistió, mandó un mensaje a Inci, luego salió a la calle y se encaminó a casa de su madre sin entretenerse demasiado, entró por la puerta trasera, se fue directo a la cocina y ahí se las encontró a todas, a sus tres hermanas y a su madre, con cara de funeral alrededor de la mesa.

—¿Qué pasa? Me estáis asustado.

—Me alegro, porque es algo serio.

—¿De qué estás hablando, mamá?

—Tengo dos nietos que quiero recuperar y tú te encargarás de hacerlo.

Le acercó varias revistas dónde Chloe Miller aparecía de espaldas, caminando delante de la Mezquita Azul en Estambul. Estaba preciosa, muy sexy, con un vestido de verano en tonos azules, sandalias planas, el pelo claro recogido en un moño y un niño en cada mano. Los

pequeñajos ya caminaban e inconscientemente se preguntó qué edad tendrían, porque la fecha de su nacimiento seguía siendo todo un misterio.

—¿Qué pasa con ella?

—Esos niños son nuestros, son Yaman, si no lo ves es que estás ciego.

—Mamá…

—Son tus hijos, Kenan, no tengo la menor duda —le acercó el álbum de fotos dónde salía andando a esa misma edad, de la mano de su padre, y tuvo que reconocer que el parecido era bastante razonable—. Tu pelo, tus andares, son tuyos.

—¿Qué andares? En las fotos no…

—Hemos visto el reportaje en video, lo han sacado mil veces por televisión. Ya está en YouTube —Nadia le acercó la Tablet y se lo enseñó—. Ese pelo es Yaman, es inconfundible, y mamá tiene razón, son tuyos. Creo que es obvio.

—Madre mía —se pasó la mano por la cara y se le subió el corazón a la garganta.

—Y eso no es todo, lee esto: *"El padre biológico de los gemelos de Chloe Miller es un hombre de origen turco* —confirma Fátima Yilmaz, la guía oficial del ministerio de cultura que la acompañó durante su visita turística por Estambul—. *La señora Miller me dijo que soñaba con comprar una casa frente al Bósforo porque quiere acercar a sus hijos a las raíces de su padre"*

—Portada del periódico The Sun de esta mañana. No se habla de otra cosa ¿En qué mundo vives?

—He estado trabajando —leyó aquello y volvió a mirar con atención a los niños que, en realidad, eran Yaman por los cuatro costados.

—¿Por qué te habrá ocultado algo tan serio? —quiso saber Nihan— ¿Nunca te insinuó nada? ¿Lo hacíais con protección?

—¿Perdona? —La miró horrorizado.

—No te ofendas tanto, es una pregunta normal, algo deberías pintar tú en todo eso —bramó Nadia y él se puso las manos en las caderas—. Kenan ¿podrían ser tuyos? ¿existe esa posibilidad? ¿hay una probabilidad real de que la dejaras embarazada?

—Sí —contestó rotundo, pensando en las veces que habían tenido algún desliz en ese sentido y las cuatro bufaron como confirmando la evidencia.

—Dos más dos, esos niños son tuyos. En realidad, Chloe nunca ha dicho la fecha exacta de su nacimiento, no consta en ninguna parte, y se marchó a Londres nada más romper contigo, así que…

—Haz lo que tengas que hacer, Kenan, pero quiero a mis nietos de vuelta, al menos quiero que sepan que tienen a su familia aquí, que tienen un padre, una abuela, unos tíos y unos primos. Me da igual los problemas que llegaras a tener con esa muchacha, me da igual que sea famosa, lo único que me importa ahora es aclarar este asunto.

—Cielo, maravilloso. Muchas gracias.

Kenneth Branagh se le acercó tras decir corten, y le besó las manos. Ese hombre, que era un director increíble, siempre la trataba de maravilla, era muy fácil trabajar con él, y le agradeció el gesto ejecutando una pequeña reverencia.

—Gracias a usted, milord.

—Una hora y te volvemos a llamar, prometo dejarte libre antes de las cuatro de la tarde. Come algo.

—Gracias.

Se sujetó la falda del vestido victoriano que llevaba puesto y se acercó al área del catering dónde había una zona vegana con muy buena pinta. Laura se había empeñado en que le trajeran la comida de uno de sus restaurantes favoritos de Londres y se lo agradeció mentalmente, porque esa mañana no estaba con ella en el rodaje, se había quedado en casa para supervisar las obras de su futuro solárium.

Miró el maravilloso entorno que la rodeaba, una fabulosa mansión del siglo XVIII, enclavada en el corazón de Buckinghamshire, que por un momento calibró en comprar, y luego decidió comer al aire libre acompañada por Elizabeth, su coach de acento británico, que era una tía estupenda y una madre con la que siempre podía hablar de niños, papillas, pañales o biberones.

—Señorita Miller —un guardia jurado vestido de uniforme se le acercó muy cortés y ella lo miró con cara de pregunta—. Siento importunarla, pero hay alguien en la entrada que pregunta por usted, dice que es personal.

—¿Por mí?. Imposible.

—Le aseguro que es así, señorita.

—A lo mejor te traen algo —opinó Elizabeth.

—Ok, pues no está mi ayudante, voy a localizar a mi escolta. Un momento, por favor.

Se puso de pie con el teléfono en la mano y llamó a Peter, su escolta, para que se hiciera cargo de la visita, pero él le contestó desde el *parking* externo diciéndole que estaba cambiando el coche de lugar y que tardaba al menos diez minutos en llegar. Ella le colgó y caminó hacia la entraba de esa zona acotada y privada dedicada al rodaje y entonces lo vio, imposible no verlo, y se quedó sin aire en los pulmones.

Kenan Yaman en persona, con su más de metro noventa de estatura, esa pinta espectacular que solía tener y vestido de sport, esperando al lado de la garita de seguridad con las manos en los bolsillos. Llevaba vaqueros desteñidos y una chaqueta de ante marrón, gafas de sol y el pelo castaño sujeto en su coleta *hípster*.

No se lo pensó dos veces, se sujetó la falda de seda del vestido y caminó hacía él decidida. No tenía nada que ocultar, no podía parecer insegura, ni maleducada, y decidió sobre la marcha que lo mejor era encararlo de una vez porque, lógicamente, se imaginó de inmediato el motivo de su inesperada visita.

—Señor Yaman, buenos días —se acercó mirándolo a los ojos y él reculó un poco sorprendido.

—Chloe…

—¿En qué puedo ayudarlo?

—¿Volvemos a tratarnos de usted?

—Creo que nunca debimos de dejar de tratarnos de usted.

—Ok, lo siento —se sacó las gafas de sol y le clavó esos inmensos ojos marrones, idénticos a los de sus hijos, y ella sintió un escalofrío por toda la espalda—. Tengo que hablar contigo.

—Estoy trabajando —se miró el traje de época, se tocó el recogido primoroso que llevaba y Kenan asintió—. Si llamas a Laura, ella puede…

—La he llamado mil veces y no me contesta, por eso he cogido un maldito avión y he cruzado medio planeta para verte en persona.

—Vaya… —frunció el ceño ante el tono y él respiró hondo.

—Tú y yo sabemos por qué estoy aquí y te pido, te suplico, que me dediques diez minutos de tu valioso tiempo. Por favor.

—¿Crees que después de dos años, y de cómo me trataste la última vez que nos vimos en Manhattan, tengo tiempo para esto? ¿En serio?

—No te traté de ningún modo, Chloe… —se calló al ver su cara de espanto y bajó el tono—. Si no creyera que me merezco unos segundos de tu tiempo, no hubiese movido un montón de contactos para encontrarte en este rincón perdido del mundo.

—Vale, genial, tienes un gran concepto de ti mismo, y eso es bueno, pero no para mí. Estoy trabajando, estoy ocupada y lo último que hubiese querido en la vida es volver a verte. No tengo nada más que hablar contigo. Adiós.

—Tenemos dos hijos, ni siquiera lo sabía y ahora necesito que me mires a los ojos y me lo confirmes.

—¿De dónde sacas eso?

—Vamos, no insultes mi inteligencia negando la evidencia.

—¿Lo has leído en la prensa?

—Cuándo te vi embarazada en las revistas di por hecho que era de Cunningham, como todo el mundo. Me jodió, pero ya no estabas conmigo y enterré el tema, pero ahora he visto las fotos de Estambul, las declaraciones de esa funcionaria y… sé sumar dos más dos, Chloe.

—¿Señorita Miller? —una chica de producción se acercó, buscó sus ojos y ella la miró al borde del desmayo—. ¿Está usted bien?

—¿Qué pasa?

—Vamos a empezar.

—Ok, gracias, ya voy.

Dio un paso atrás y observó a Kenan Yaman con ganas de echarse a llorar, pero se contuvo y respiró hondo varias veces antes de hablar. Miró a su alrededor y vio que había mucha gente pendiente de ellos, así que se le acercó y le habló con toda la calma que fue capaz de reunir.

—Tengo trabajo, no puedo hacer esperar al equipo, sin embargo, si quieres, luego podemos hablar, dame tu número de teléfono.

—No voy a moverme de aquí, tampoco tengo a dónde ir. Esperaré.

—Puedo pedir que te desalojen.

—Pero no lo harás.

—Mira… —se le acercó y lo señaló con el dedo—. No me lo pongas difícil, Kenan, porque yo te lo puedo poner mucho peor. Mis hijos tienen un padre biológico que eres tú, no voy a negarlo, pero eso no significa nada en absoluto. Ellos son míos y de nadie más y, si tú solo necesitabas confirmar la evidencia, pues ya la tienes confirmada. Ahora puedes largarte de vuelta a casa con las personas que de verdad te importan y dejarnos a nosotros en paz. Si hace dos años mi presencia en tu vida te perjudicaba, hoy por hoy, con mis hijos de por medio, mucho más. Adiós.

—Gracias —soltó con lágrimas en los ojos y ella parpadeó sorprendida.

—Ok… debo irme.

—Eres la mejor madre que podía soñar para mis hijos, Chloe, y saber que ellos… en fin… —se enjugó las lágrimas con la manga y Chloe sintió perfectamente cómo se le caía el alma a los pies— ¿Cómo se llaman?, dicen que Nicky y Alex, pero… ¿cuándo nacieron?, en ninguna parte aparece la fecha exacta.

—Nacieron el 18 de junio del 2017 en Londres. Nicholas nació a las 12:12 de la mañana y Alexander tres minutos después —se echó a llorar y se puso las manos en las caderas—. Son unos chicos estupendos, muy listos, muy cariñosos, y se parecen muchísimo a ti.

—Madre mía… —miró al cielo intentando atajar las lágrimas y Chloe siguió el movimiento con el corazón encogido—. Gracias.

—De nada. Tengo que trabajar, la maquilladora me va a matar. Adiós, Kenan.

—No tengo ningún derecho, pero me gustaría conocerlos.

—Kenan…

—Creo que en otra vida lo hice todo mal, porque en esta nací para estar apartado de mis hijos, pero… en fin… tengo derecho a intentarlo.

—¿Señora?

Peter, su escolta, llegó a su lado y le preguntó si estaba bien, ella asintió y giró hacia el set de rodaje acompañada por la chica de producción, allí la maquilladora puso el grito en el cielo y la maquilló otra vez mientras le repasaban el peinado y le alisaban el vestido.

Se puso delante de la cámara y clavó la secuencia que le faltaba, repitieron solo una vez y Branagh dio por acabado su trabajo. Todos aplaudieron y ella siguió sin reaccionar, como en trance, incapaz de quitarse de la cabeza los ojos de dolor de Kenan Yaman, el hombre al que más había querido en toda su vida.

19

—¡No me jodas!

Exclamó Laura y se quedó quieta, con la boca abierta, cuando vio que se bajaba del coche con Kenan Yaman.

No había tenido corazón para dejarlo tirado en Buckinghamshire y había decidido invitarlo a su casa y no dilatar más una situación que pensaba resolver de todas maneras.

Ella no era Kimberly De Luca, ella no era de esas mujeres que utilizaban a sus hijos para manipular o hacer daño a sus parejas, o exparejas. Odiaba ese perfil de tías que pretendían perjudicar, o conseguir a un hombre, a través de los niños. Eso era patético, antiguo y estúpido, y ya que Kenan se había enterado de la existencia de Nicky y Alex, y ella le había confirmado que eran suyos, pensaba hacer las cosas bien, como la mujer adulta y responsable que era.

—Hola, Laura ¿qué tal?

—¿De dónde sales tú, Kenan?

—Fue a buscarme al rodaje ¿dónde están los niños? ¿ya han vuelto del parque?

—¿Al rodaje?

—Sí, y viene a conocer a sus hijos.

—¡¿Sus hijos?! —Exclamó Laura y los siguió con los ojos sin poder dar crédito a lo que estaba pasado.

Chloe, que se había pasado casi todo el trayecto en coche a Londres en silencio, mirándolo de reojo y percibiendo perfectamente el tenue y delicioso aroma de su colonia, entró en el salón y le hizo un gesto para que la siguiera al jardín trasero.

Afortunadamente, algunas de esas propiedades de Chelsea tenían un jardincito estupendo en la parte de atrás, y en el suyo los gemelos se lo pasaban en grande, incluso en verano habían puesto una piscina de plástico, y se imaginó que, a esas horas, antes del baño, estarían entretenidos con la abuela y la niñera.

—¡Mami! —gritaron los dos al verla y ella se puso de rodillas para abrazarlos y comérselos a besos.

—¿Qué estáis haciendo, granujillas?

—¿Kenan? —su madre dio un paso y se puso la mano en la boca mirando al ex escolta— ¿Qué haces tú aquí?

—Mary, encantado de verte.

—Ha venido a conocer a los niños. Mirad chicos, este es mi amigo Kenan y tenía muchas ganas de conoceros ¿le decís hola?

—Hola, hombrecitos —él se arrodillo a su lado, rozándole la pierna y tratando de no llorar, y los pequeños lo miraron con atención—. Sois unos chicos muy mayores ¿cuántos años tenéis?

—Uno —dijeron al unísono y enseñando sus deditos, y él soltó un bufido y se pasó la mano por la cara para limpiarse las lágrimas.

—Guau, qué mayores.

—Tienen un año y medio —sonrió Chloe— ¿Le dais un abrazo a Kenan?

—¡Sí!

Soltaron los dos muy convencidos, se le acercaron y lo abrazaron con mucha fuerza, como solían hacer con todo el mundo, pero él no lo sabía, y se echó a llorar a la par que los estrechaba contra su pecho besándoles la cabeza.

Chloe se sentó en el césped y miró a su madre, que también lloraba como una magdalena, y resopló sintiendo como un enorme peso la abandonaba reconciliándola con el mundo. Era importante para los niños conocer a su padre, para él mucho más, y supo, sin ningún género de dudas, que acababa de hacer lo correcto.

—Estoy muy orgullosa de ti —su madre entró en la cocina y se la quedó mirando—. Lo mejor que podías hacer era contarle lo de los niños.

—Se presentó en Buckinghamshire con las ideas claras, yo no dije nada, salvo confirmarle lo que ya sospechaba.

—Pero lo has hecho, podías haberte negado o…

—No te creas, mi primer impulso fue negarlo, pero no le podía hacer eso, y a los niños tampoco.

—Están como locos con él, es muy niñero.

—Es un tipo familiar, ya te lo había dicho.

—¿Y habéis hablado de vosotros?

—¿De nosotros?

—De lo que pasó.

—No, eso ya es agua pasada. No hay un nosotros, nunca lo hubo, así que no hay nada de qué hablar…

—Ya se han dormido —Kenan entró en la cocina seguido por la niñera y las miró con su sonrisa de anuncio. Chloe asintió y se concentró en sacar la cena del horno—. Son incansables.

—Un poco brutos, pero los chicos son así. Yo solo he tenido niñas, pero es lo que dicen —Mary cogió una copa de vino y se despidió con la mano—. Voy a llamar a tu padre, hasta luego.

—Buenas noches.

—Chloe, yo también me voy, he quedado con Susy para ir al cine.

—Claro, Roberta, pasadlo bien. ¿Sabes dónde está Laura?

—Tenía una cita.

—Ah, claro, gracias.

Puso la bandeja con lasaña encima de la mesa de la cocina, intentando no pensar en que Kenan Yaman estaba allí, en carne mortal, y derrochando ese encanto masculino que siempre la había descolocado, y sacó dos platos, los puso encima de unos individuales, respiró hondo y lo miró a los ojos. Él la estaba mirando fijamente y se puso un poco nerviosa, pero lo disimuló bien y se sentó en una silla.

—Si te gusta la lasaña, coge un poco. Ha quedado muy buena.

—Has conseguido un hogar perfecto aquí —se lavó las manos y luego se sentó frente a ella—. Es muy bonito, y muy acogedor, supongo que habrá sido muy difícil al principio con dos bebés.

—He tenido mucha ayuda.

—Me imagino, pero seguro que tú estabas en todo.

—Era lo que más me apetecía en el mundo.

—Siempre has sabido cuidar y hacer feliz a la gente que te rodea.

—¿Qué tal está Inci? —cambió de tema y él tomó un trago de agua sin quitarle los ojos de encima— ¿Pudiste solucionar los problemas con su madre?

—Cambié de abogado —sonrió, pero ella se mantuvo seria—. Un cliente se hizo cargo de mi caso y la denunciamos por incumplimiento del convenio regulador. Tardamos mucho, la niña y nosotros tuvimos que pasar por un peritaje sicológico, pero gracias a Dios al final, tras un año de pleitos, conseguí mantener la custodia compartida y el cumplimiento de las visitas.

—Me alegro mucho.

—Ella ha tenido otra hija y eso ha contribuido a establecer un poco la paz. Supongo que después de diez años jodiéndome la vida sigo sin fiarme demasiado, pero ahora, al menos, no tolero nada y cualquier conflicto se soluciona a través de los abogados.

—Como tiene que ser.

—Exactamente, tú me lo dijiste desde un principio, pero vivía completamente manipulado y no supe gestionarlo. Lo siento mucho.

—¿Qué?

—Siento mucho que la locura de vida que llevaba por culpa de Kimberly nos separara.

—Yo creo que había mil cosas más que nos separaban, no era todo culpa de Kimberly ¿Quieres un poco de vino?

—¿Mil cosas más?

—¿Tenemos que hablar de eso después de dos años?

—Por favor.

—Tú sabes mejor que yo que era lo que nos separaba porque, en realidad, fuiste tú el que rompió conmigo argumentando que no éramos una pareja, que teníamos vidas diferentes, que no me querías en tu vida, ni volver a verme. Yo, hasta ese mismo momento, estaba feliz contigo, enamorada y soñando con mil planes de futuro, y sí creía que tenía una pareja, pero… no quiero

hablar de esto —se levantó y buscó una servilleta de papel para enjugarse las lágrimas—. A mí me sigue haciendo daño, lo siento.

—A mí también me hace daño, por eso necesito…

—Sinceramente, Kenan, me importa poco lo que necesites. Fue horrible lo que pasó, acababan de decirme que estaba embarazada y tú, el amor de mi vida, me dejaba de repente, gritándome un montón de cosas y recordándome que no éramos nada y que yo no te importaba un carajo.

—No era lo que sentía, no lo era, te lo juro por Dios. Solo estaba protegiéndote.

—¡¿Qué?! ¿protegiéndome? —soltó una risa y él se puso de pie— ¿Sabes cuántos tíos dicen eso para quitarse a una mujer de encima?

—No es mi caso, yo no soy así y tú lo sabes. Tú me conoces.

—Yo no te conozco en absoluto, pero es igual. Suficiente por hoy, estoy agotada, me voy a la cama. Te puedo pedir un coche, si quieres.

—Kimberly me dijo que iba a pedir la custodia exclusiva alegando que yo no era apto para cuidar de mi hija, no solo porque no tuviera una casa familiar o un trabajo de nueve a cinco, fundamentalmente porque estaba contigo y ella consideraba que no eras una buena influencia para la niña. Amenazó con llevarte ante un tribunal para que te pidieran pruebas toxicológicas y sicológicas que demostraran si estabas capacitada o no para compartir tiempo con Inci.

—No puede ser cierto.

—Para su abogada y para ella una estrella de tu importancia no tenía una vida ordenada, ni saludable, ni moralmente decente, y amenazó con hacer el proceso público. Es capaz de todo y no podía permitir que te perjudicaran por mi culpa, por eso…

—Soy la persona sicológica y físicamente más saludable del mundo, me hubiese dado igual que me llevaran ante un tribunal para hacerme esas pruebas, si es que algún juez hubiese admitido semejante estupidez. Son argumentos absurdos y pasados de moda, producto de la ignorancia y el prejuicio.

—Ahora lo veo, pero en ese momento no. Es lo que tiene el miedo, te paraliza, y opté por sacarte de mi vida, pensé que era lo mejor para ti.

—A la que deberías denunciar por conducta inmoral, por manipulación y utilización de una menor es a ella. No sé cómo nunca la has llevado delante de un juez por todo lo que te ha hecho pasar. Sin contar con el daño sicológico que le ha infringido a vuestra hija por culpa de esta guerra absurda que mantiene contra ti. ¿Qué le has hecho para que te odie tanto?

—Era mi novia en el instituto, rompimos cuando me fui a la universidad, volvimos cuando me alisté en los Marines, rompimos mil veces más y cuando me licencié se quedó embarazada. No quería un hijo con ella, y encima no creía que el bebé fuera mío, así que pedí una prueba de paternidad. Ese gesto sumado al hecho de que no me quise casar con ella desató la tercera guerra mundial.

—Una guerra muy larga.

—Si no estuviera Inci, yo…

—Ok, lo entiendo.

—Lo irónico es que esta mañana llegué a Londres pensando en que iba a tener que pelearme contigo, contratar un abogado y exigirte unas pruebas de paternidad, esta vez para demostrar que tus hijos sí eran míos, pero…

—Gracias a Dios yo no soy Kimberly De Luca, ni nadie parecido a ella.

—Gracias a Dios y te amo por eso.

—Kenan… —se cruzó de brazos y tragó saliva—. No, por favor.

—Estaba enamorado de ti mucho antes de conocerte y después, cuando trabajé para ti, cuando viví contigo y llegué a conocerte de verdad, supe que te amaría el resto de mi vida.

—Hace dos años hubiese matado por oír eso —en enjugó las lágrimas y forzó una sonrisa—. Ahora es un poco tarde, han pasado muchas cosas, lo he pasado fatal y no pienso dar ni un solo paso atrás.

—¿Hay otro hombre?

—No tienes ningún derecho a preguntarme eso.

—¿Es Daniel Cunningham?

—Daniel es un buen amigo que en mis momentos más bajos me tendió la mano, me acogió en su ciudad y me facilitó las cosas. Me protegió y se preocupó de mí cuando tú me echaste a patadas de tu vida.

—Si me hubieras dicho que estabas embarazada…

—Entonces te habrías quedado conmigo por los niños, no por mí, y eso es lo último que una mujer puede desear.

—Yo te amaba, Chloe, todo lo hice por amor.

—Pues lo disimulabas muy bien. Nadie me ha tratado, en toda mi vida, con tanta distancia como tú.

—Estaba muerto de miedo, nunca me había enamorado y tú, joder, tú eras Chloe Miller.

—Solo era una chica locamente enamorada de ti, Kenan y tú lo sabías, porque nunca te lo oculté.

—Lo siento, me equivoqué en todo. Lo siento mucho.

—Está bien, gracias por explicarme lo que pasó, creo que a partir de ahora podré empezar a superarlo —le sonrió y cogió el teléfono móvil— ¿Tienes hotel o vas a buscar uno? Tengo una suite en el…

—¿Qué pasará a partir de ahora con los niños?

Susurró con una congoja enorme y Chloe observó su aspecto de dios turco, sus brazos fuertes y acogedores, ese cuerpo que había deseado tanto, su boca, su cara, y por un momento tuvo el impulso de mandar todo al carajo y saltar a sus brazos, pero se contuvo y se obligó a recordar por todo lo que había pasado.

—Por mi parte podrás verlos siempre que quieras, a ellos les vendrá bien tenerte en sus vidas, pero debes tener claro que no habrá convenios reguladores, ni visitas programadas, ni abogados. Nicholas y Alexander son míos, solo míos, llevan mi apellido y su padre biológico, a efectos legales, no existe. Eso está muy atado, mi padre se ocupó de blindarlos legalmente, y no pienso pleitear contigo.

—¿No sabrán que soy su padre?

—Demos tiempo al tiempo, acabas de aparecer en nuestras vidas.

—Ok —se estiró y sacó el móvil—. Tengo hotel, llamaré a un coche.

—No, yo te llamo uno, vendrá en seguida —se concentró en la aplicación y notó como se le acercaba demasiado.

—Te quiero, siempre te he querido y no pienso rendirme contigo. Fueras o no la madre de mis hijos, te querría igualmente, y si he venido es para recuperaros a los tres.

—Kenan.

—Muchas gracias por todo. Esperaré fuera.

Se inclinó, le besó la cabeza y salió de la casa con paso firme. Chloe lo siguió con los ojos y tuvo que sujetarse a la encimera para no caerse al suelo.

20

25 de diciembre. Navidad en Nueva York y Chloe Miller creía estar viviendo su propio cuento de navidad.

Bajó las escaleras hacia la primera planta del dúplex, seguida por Benji, y se encontró a sus padres frente al enorme árbol, tomando una taza de chocolate mientras charlaban tranquilamente, les sonrió y repasó con los ojos los regalos que ya estaban montados para los niños: un triciclo para cada uno y un tren de plástico con su gran vía circular. Lo demás eran todo paquetes primorosamente envueltos por ella misma, porque se había negado en redondo a contratar una empresa de esas que te envolvían los regalos de navidad.

Cuando no era madre y tenía muchas prisas pagaba por ese servicio, pero ya no, ahora disfrutaba como una loca de montar el arbolito, de comprar y envolver los regalos personalmente. Era una gozada y no pensaba renunciar a ello.

—¿Ya estarán por despertar? —preguntó su padre.

—En seguida.

—Será el último año que no los tendremos a las seis de la mañana bajando a ver qué les ha traído Papá Noel, el próximo año seguro que ya entienden de qué va esto de la navidad y lo disfrutan más —apuntó su madre— ¿Quieres un chocolate?

—Sí, pero yo me lo sirvo, no os mováis.

Fue a la cocina, le puso un cuenco con comida a su perro y se sirvió una taza de chocolate pensando en los últimos dos meses, que habían sido una verdadera locura.

Hacía dos meses que Kenan Yaman había vuelto a su vida y apenas se habían separado de él. En Londres se había integrado inmediatamente a sus rutinas, llegaba pronto para ocuparse de los niños, se iba tarde, después de acostarlos, y así durante una semana, el tiempo que tardó en decirle que tenía previsto volver a Manhattan para cumplir con algunos compromisos profesionales y pasar la navidad con sus padres. Él, entonces, se apuntó a volver con ellos en el mismo avión y así lo hicieron.

Era increíble con los niños y ellos lo adoraban. Como era tan grande, y tan fuerte, los manejaba a los dos a la vez, siempre los llevaba juntos, se los colgaba del hombro, de las piernas, de los brazos, los perseguía por el parque, les enseñó a chutar una pelota y a correr sin miedo, porque llevaban muy poquito tiempo andando solos. Si se caían los tranquilizaba con voz serena y muchos besos, si lloraban los abrazaba fuerte y les canturreaba canciones turcas. Era adorable y Chloe lloraba mucho viendo aquello, la conmovía muchísimo, y se alegraba infinitamente de que sus hijos tuvieran un padre así.

Su buena disposición y ese enorme amor que desplegó en seguida con Nicky y Alex eran genuinos, no hacía ningún esfuerzo por ser así, era evidente que disfrutaba con ellos, y mil veces le había agradecido la oportunidad que le estaba dando de ver crecer a sus gemelos. Era un padre

increíble y cuando, hacía unos quince días, oyó que los niños lo llamaban papá, ni se enfadó, ni trató de corregirlo, se calló y dejó que la naturaleza siguiera su curso.

No sabía lo que estaba pasando, pero estaba decidida a dejar que pasara. Se había tirado dos años fingiendo que estaba sola y que no necesitaba de nadie más para criar a sus hijos, pero cuando experimentó el alivio de tener a alguien al lado que los quería al mismo nivel que ella, que los cuidaba, y que mataría por protegerlos y hacerlos felices, dio gracias a Dios y se dejó llevar. Si Kenan hubiese sido diferente, seguramente nada hubiese cambiado, pero como era así, ella no pensaba contenerlo.

Tomó un sorbo de chocolate y miró por la ventana, fuera caía agua nieve y la casa estaba muy silenciosa. Había dado el día libre a todo el personal, sin excepciones, y esperaba pasar una navidad lo más apacible y familiar posible. Esos eran sus planes y confiaba en que pudiera ser así.

Regresó al salón y subió a la segunda planta para esperar a que los niños despertaran. Se habían acostado un poco tarde y tardarían en levantarse, pero mejor así, porque Kenan quería llegar a tiempo de ayudarlos a abrir los regalos.

Entró en la habitación de los pequeños y recogió del suelo un jersey que él se había olvidado allí, se lo llevó a la nariz y aspiró con placer su aroma, cerró los ojos y pensó en los besos que se habían dado en el ascensor, la tarde anterior, después de que él interviniera y la salvara de una horda de fanáticos de Trump que, al saber que estaba en Nueva York, habían acudido a su edificio para increparla, tirarle huevos y amedrentarla.

Todo había pasado muy rápido, y no quería culpar a nadie, pero sus escoltas habían estado muy lentos y esa gente se le había echado encima en el corto trayecto entre el coche y el portal sin que nadie los detuviera.

Gracias a Dios iba sola, sin los niños, o la cosa hubiese sido realmente aterradora.

—¡Puta, traidora! ¡fuera de los Estados Unidos!

Empezaron a gritar cuando pisó la acera, apareciendo de repente por todas partes. Eran unos diez, pero le parecieron mil, y los esquivó como pudo hasta que dos les cortaron el paso y Peter, el guardaespaldas, se quedó paralizado, solo un segundo, pero, el suficiente para que alguien la empujara y le escupiera los zapatos.

Ella retrocedió asustada, sintiendo como un huevo le caía de lleno a la pobre Laura, y a punto había estado de ponerse a chillar, sin embargo, una mano firme la sujetó con fuerza por los hombros, apartó a esa gentuza de un empujón y la sacó de la refriega en una milésima de segundo.

—¡Llama a la policía, Graham! —oyó que Kenan gritaba hacia el conserje ya dentro del portal y antes de mirarla a los ojos— ¿Estás bien?

—Sí, gracias.

—¿Seguro?, ¿alguien te tocó?, dime ¿alguien te ha hecho daño?

—No, no, estoy bien, ha sido muy rápido.

—Ok.

La agarró de la mano, mientras fuera seguía el escándalo, llamó al ascensor, la metió dentro y pulsó su planta sin mirarla a la cara. Ella se cruzó de brazos un poco conmocionada y entonces él pulsó el botón del *stop*, el aparato se detuvo dando un salto y antes de poder decir nada se giró, la agarró por el cuello y le plantó un beso de los suyos: directo, enérgico, posesivo y delicioso.

Chloe lo agarró de las muñecas para detenerlo, pero era imposible, era enorme y muy fuerte, y al final se dejó llevar por su lengua y su saliva y esa pasión animal que desplegaba, lo sujetó por las solapas de la chaqueta y él bajó las manos para sujetarle el trasero antes de inmovilizarla contra la pared, le separó los muslos con una pierna y fue entonces cuándo oyeron los gritos del conserje por el intercomunicador.

—¡¿Va todo bien?! ¿os habéis vuelto a quedar encerrados?

—No, Graham, va todo bien. Tranquilo.

—¿Y por qué no va?, tengo a gente esperando.

—Ya va —Kenan extendió la mano y lo puso otra vez en marcha, sin soltarla, y se inclinó para seguir besándola hasta que llegaron a su casa.

Una vez allí no habían vuelto a hablarse, ni a mirarse, y ella había acabado en su cuarto más excitada de lo que recordaba haber estado en mucho tiempo, y deseando cogerlo por un brazo y aprovecharse de él en cualquier rincón de la casa.

—Mami…

—¡Hola, mis amores! ¡Es navidad! Ha venido Papá Noel y os ha dejado muchos regalitos en el árbol.

—¿Papá?

—Sí, pero no vuestro papá, Papá Noel, ¿os acordáis de que venía hoy?

—¡Sí!

—Vamos a ver qué os han traído, pero antes un abrazo muy grande —Los abrazó a los dos, se los comió a besos y su madre apareció para ayudarla a cambiarlos.

—Uy, el timbre —exclamó Mary saliendo al pasillo— ¿Hay que bajar a abrir?

—No, será Kenan y tiene llaves. Justo a tiempo.

Los cogieron en brazos y bajaron las escaleras despacio hasta la primera planta del dúplex, y antes de llegar al último escalón vio como su padre abría la puerta principal y dejaba entrar a Kenan Yaman, que no venía solo, sino con Inci de la mano.

Chloe sintió un vuelco en el corazón y casi se echa a llorar. Era la primera vez que la veía en persona y se le llenó el corazón de ternura, dejó a los niños en el suelo y le sonrió.

—¡Hola, Inci, qué alegría conocerte!. Feliz navidad. Estos son Nick y Mary, mis padres, estos peques Nicky y Alex, y este perrito es mi Benji. ¿Te gustan los perros?

—Sí —saludó ella un poco tímida y Kenan se arrodilló a su lado, abriendo los brazos hacia los gemelos.

—Mira, princesa, estos son tus hermanitos. Dales un beso. Hola, chicos —abrazó a los gemelos, que corrieron a agarrarse a su cuello, y Chloe se tapó la boca con los ojos llenos de lágrimas, su padre se acercó y la abrazó por los hombros.

—Son muy chiquitines.

—Claro, solo tienen un año y medio, tienes que ayudarnos a cuidarlos porque a veces son un poco traviesos.

—Qué lindo es —se abrazó al cuello de Benji, que no dudó en lamerte la cara, y la abuela Mary intervino para romper el hielo.

—Ya está bien de saludos, hay que ver lo que os ha traído Papá Noel, el arbolito de navidad está lleno de regalos. Vamos a verlo, ¿te vienes, Inci?

Le ofreció la mano, ella asintió y se la llevó al salón seguida por el abuelo y los pequeños. Chloe respiró hondo con las manos en las caderas y luego miró a Kenan, que se había puesto de pie sin quitarle los ojos de encima.

—Qué bien que hayas podido traerla.

—Luego nos vamos todos juntos a casa de mi madre ¿no? Tus padres me dijeron que se apuntaban.

—Después de comer.

—Claro —hizo amago de moverse, pero él la detuvo, la abrazó por el cuello y la estrechó contra su pecho. Chloe cerró los ojos y se dejó llevar.

—Te amo y no pienso prescindir nunca más, jamás, de estos momentos, de nuestros hijos, ni de ti. ¿Estás conmigo, señorita Miller?

—Eres un cabezota.

—¡Papá! —gritó Inci ensenándole su muñeca nueva.

—¡Vaya! Que preciosidad —comentó Chloe acercándose a ella para darle un beso en la frente— ¿Me habrá traído algo a mí? Igual no he sido tan buena.

—Sí —le dijo ella muerta de la risa.

—Vamos a ver ¿y a vosotros, granujillas?

Entró en el salón y vio a los niños abriendo los regalos con la ayuda de los abuelos. Alex ya estaba separando muy concentrado los vagones del tren, mientras su hermano prestaba atención a toda la avalancha de cuentos que les habían regalado.

Era muy feliz, y muy afortunada, lo supo en ese mismo instante. Ni la fama, ni el dinero, ni las películas, ni los aplausos, su mayor premio era ese momento, esa familia, sus hijos sanos y fuertes, y ese hombre que le había cambiado la vida y al que seguía amando con toda su alma.

Levantó los ojos y lo observó con atención, él le clavó los ojos y le sonrió, ella le guiñó un ojo y le devolvió la sonrisa sabiendo que tampoco podría, nunca más, separarse de él.

EPÍLOGO

Un año después

—Madre mía, Chloe —la agarró por detrás con las dos manos y le acarició el vientre, se inclinó y le besó el cuello—. Estás preciosa embarazada, aşkım (1)

—Si aún no se me nota.

—Estás radiante.

La apartó de la enorme mesa llena de comida y le dio la vuelta para besarla con su ímpetu habitual. Chloe sonrió sobre su boca y lo empujó con las dos manos.

—Mi vida, estamos rodeados de gente.

—Todos saben que estoy loco por ti.

—Ya, pero me da un poco de vergüenza.

—Subamos a la habitación, no te toco desde…

—Ayer por la noche. Vamos, no seas pesado. ¿Dónde están los niños?

—¡Chloe! —Inci llegó corriendo y se le abrazó a la cintura—. ¿Me vas a peinar tú? La abuela me quiere hacer dos trenzas.

(1)Aşkım. En turco: Mi amor

—Huyamos, pues —bromeó y volvió a mirar a su marido a los ojos—. Kenan, cariño, ¿dónde están tus hijos?

—¡Papá!

Oyeron la vocecita de Alex y en seguida el comedor se llenó de gente. El pequeño corrió para enseñarle una piedra que se había encontrado en el jardín, él lo cogió en brazos para prestarle atención y Chloe vio aparecer detrás a Nihan con Nicky en brazos y al resto de la parentela, que empezaron a ocupar sus puestos en la mesa sin dejar de charlar y reírse, y alborotar, como solía pasar con una familia tan grande.

Sonrió y miró por la ventana el precioso paisaje que tenía delante, el maravilloso Bósforo. Estaban en Estambul, estrenando casa nueva y habían invitado a sus dos familias a pasar las navidades todos juntos en Turquía.

Los Yaman habían llegado casi al completo, los Miller no, solo sus padres y su hermana Penny con su nuevo novio, y se lo estaban pasando en grande.

En Estambul había mucha familia de su suegro, el fallecido Tarkan Yaman, y habían podido conocer a la mayoría. Estaban muy ilusionados con la experiencia de reencontrarse con hermanos y primos perdidos, especialmente su suegra, y ella se sentía muy afortunada de poder haberlos reunido allí, en su nueva casa. Una casa que no podrían visitar demasiado por culpa del trabajo, pero que esperaba poder aprovechar y disfrutar en las ocasiones señaladas.

Miró a Inci y la animó a subir a su cuarto para peinarla. Era una bendición tenerla con ellos de forma permanente desde hacía casi ocho meses.

En cuanto se habían casado, en marzo del 2019, en una ceremonia secreta y privada en Londres, sin apenas invitados y en la más estricta intimidad (dijo la prensa de todo el mundo), Kenan había pedido la custodia exclusiva de su hija. Kimberly se acababa de divorciar de su reciente marido y esperaba otro hijo de su nuevo novio. Inci andaba un poco desorientada con la situación, su madre empezó a hablar de meterla un internado y Kenan ya no pudo más y solicitó una revisión del convenio regulador.

Fue entonces cuando Kimberly De Luca le pidió directamente que la ayudara a financiar un nuevo negocio en Brooklyn, Chloe accedió de inmediato, convenció a Kenan, que al principio de negó en redondo, y en un mes tenían firmado el nuevo convenio regulador, la custodia exclusiva, y se llevaron a Inci a casa. La mayor alegría de su vida, sobre todo para su padre, que no se podía creer semejante milagro.

En agosto, ya de vuelta en Manhattan para quedarse, supo que estaba embarazada otra vez. Ambos querían más hijos y era el resultado natural de una vida plena, apasionada y llena de amor.

Ambos estaban viviendo un sueño, ella había acabado su última película y se había retirado para cuidar del embarazo y de los niños, también de su guapísimo y sexy marido, que la tenía loca de amor, y él continuaba con su empresa de seguridad, aunque según decía, a la única que le interesaba vigilar era a su mujer, que lo tenía alerta las veinticuatro horas del día.

Nada era perfecto, ni una balsa de aceite, por supuesto, porque ambos eran personas independientes y con mucho carácter, pero estaban juntos, bien, enamorados, se querían y su familia era lo más importante. ¿Qué más se podía pedir?

—Quiero cortarme el pelo —le dijo Inci mientras ella le hacía un moño de bailarina.

—¿Por qué? Tienes un pelo precioso y si te lo cortas ¿cómo te voy a poder hacer estos recogidos tan chulos?

—No muy corto, solo como tú, hasta los hombros.

—Bueno, se lo comentaremos a tu madre a ver qué opina.

—Le dará igual.

—Eso no lo sabemos.

—Quiero volver de las vacaciones de navidad con un nuevo *look*.

—Ok —le sonrió a través del espejo y le besó la cabeza—. Pero si lo hacemos será en Nueva York y con mi peluquero…

—Inci, princesa, baja al comedor, vamos a empezar a comer en seguida. Aşkım, tú no te muevas.

Kenan entró en su dormitorio con vistas al Puente del Bósforo y se dirigió a ellas con su autoridad habitual. Inci salió corriendo hacia las escaleras y él cerró la puerta de una patada, empezando a desabrocharse los botones de su camisa blanca inmaculada. Chloe sonrió y movió la cabeza.

—No voy a mirarte, no caeré otra vez. Tengo mucha hambre y hay un montón de gente esperándonos para comer.

—Schhh.

—Kenan… —observó su cuerpazo y cómo levantaba las manos para desatarse la coleta *hípster* y ya supo que estaba vendida—. Mi amor…

—Cuánto más hables, más tardamos. Ven aquí.

La dio la vuelta y deslizó la mano por debajo de la falda hasta sus caderas y desde ahí hasta las braguitas, se las arrancó de un tirón y volvió a ponerla de frente para plantarle un beso demoledor. Ella le sacó la camisa y le besó el pecho sintiendo como la levantaba y la penetraba a la par que la acomodaba sobre la cama.

—Ya eres mía, Chloe Miller, no puedes luchar contra mí.

—En eso tienes razón.

Se desplomó, porque no se sentó, se desplomó en el asiento del avión y se tapó la cara con la chaqueta. No quería ver a nadie, ni hablar con nadie, mucho menos firmar autógrafos o hacerse *selfies*, solo le apetecía morirse, literalmente, y no pensaba mostrarse educada, ni amable, ni cercana. Ese día no.

—Es Robert… —su hermano Stellan le extendió el teléfono y ella lo miró con el ceño fruncido—. Quiere hablar contigo.

—¿Quiere hablar conmigo? ¡Déjame en paz, Robert! —gritó al móvil y Stellan movió la cabeza—. Dile que nos deje en paz de una puñetera vez.

Oyó que Stellan decía algo en voz baja, pero no quiso prestar atención, se puso el cinturón de seguridad, se acurrucó en la almohada y cerró los ojos decidida a dormir hasta llegar a Portland. El médico le había dado unos somníferos y se había tomado dos juntos, algo prohibido y peligroso, pero no le importaba, solo le importaba poder dormir y olvidarse de todo.

Sintió como el avión empezaba a coger pista e inconscientemente quiso estirar la mano y agarrar la de Robert, su entrenador, su amigo, su cómplice, su mentor, su amante. Ese hombre con el que había perdido la virginidad a los diecisiete años, cuando él ya tenía más de cuarenta, y que se había transformado en su universo absoluto desde el primer día que lo conoció.

A los doce años ya era una futura estrella del tenis sueco. Todo el mundo apostaba por esa chiquilla de Estocolmo que no hacía más que darle a la raqueta desde los cinco años. Sus padres, ambos profesores de educación física, habían criado cuatro hijos deportistas, pero solo ella había despuntado lo suficiente como para entrar en la élite del tenis, y se habían empleado a fondo en apoyarla y llevarla a los altares.

A los quince ya era número uno mundial en su categoría, ya salía en los periódicos, ya la recibía la familia real sueca para felicitarla y entregarle trofeos, ya empezaba a ser una imagen jugosa en los medios de comunicación, y empezaron a llover los contratos publicitarios. Fue entonces cuando sus padres decidieron contratar un entrenador de élite, alguien con experiencia, para que se ocupara de su carrera en todos los aspectos. Un profesional de primer nivel que la acogiera y la convirtiera en lo que llegó a ser: la mayor estrella femenina del tenis sueco en décadas.

Cuando cumplió los dieciséis años, Robert Sarkisian, un ex número uno del circuito, apareció en su vida y prácticamente la adoptó. Él empezó a viajar con ella, él cuidaba hasta el último detalle de su vida, sus comidas, sus costumbres o aficiones, él la guiaba, arropaba, mimaba y protegía. Era un tipo increíble, un entrenador exigente y firme, pero comprensivo y cariñoso, y en cuestión de meses invadió completamente su existencia.

No era guapo, ni siquiera joven, era un estadounidense de origen armenio bastante poco atractivo, pero tan carismático, que Giselle Erikson, la chica más deseada del mundo del deporte, se enamoró rápidamente de él.

A los diecisiete empezó su locura absoluta de amor por ese hombre que le doblaba la edad de sobra, que estaba casado y era padre de tres hijos a los que ella consideraba casi sus hermanos, pero no le importó, era demasiado cría para que le importara y, muy a su pesar, porque lo

lamentaría el resto de su vida, empezó a perder la chaveta por Robert Sarkisian, que cometió el terrible error de dejarse querer:

—¿Cómo puedo rechazarte si eres la chica más guapa del mundo? ¿te has mirado en un espejo, Giselle? Eres perfecta.

Decía Robert manteniéndola a raya, hasta que un buen día ella lo besó y desencadenó una locura que duraría más de diez años. Un romance prohibido con un hombre mayor, dominante y celoso, que casi acaba volviéndola loca, porque nunca quiso dejar a su mujer, ni comprometerse con ella, ni reconocer que la amaba. Nunca, a pesar de que la utilizaba como quería, y que le había impedido volar y enamorarse de otra persona, dio un paso y oficializó aquello de alguna manera, ni le dio seguridad, ni estabilidad, ni amor sincero.

Cuando perdió la virginidad fue en Dubái, durante un torneo internacional. Él dormía en la habitación contigua y se acercó para darle las buenas noches, y entonces ella lo recibió vestida solo con una camisetita de deporte, prácticamente desnuda y dispuesta a llevárselo a la cama. Él cerró la puerta con seguro, la agarró por los brazos y la tiró encima de unas suavísimas sábanas de seda para hacerle el amor con prisas y sin ninguna paciencia.

Ella lo deseaba, ella había provocado el encuentro y se sintió dichosa de poder entregarle su virginidad, pero cuando se lo contó a su hermano Stellan él a punto había estado de denunciarlo por abuso de menores, porque no solo se había aprovechado de una chica de diecisiete años, sino que, lo peor, es que había mantenido sexo con una menor a su cargo, y eso era un delito.

Finalmente, había averiguado que si las relaciones eran consentidas, y lo habían sido, no había nada que alegar en contra de Robert, convenció a su hermano y le hizo jurar que no se lo diría a nadie. Él, como siempre, cumplió su promesa, y ella se lanzó a vivir como la amante de su entrenador, con una alegría y una dicha difícilmente explicables.

Por aquel entonces empezaron a compartir habitación con normalidad, despertó a una sensualidad sin límites y se volvió adicta a él. Lo amaba, lo idolatraba, lo deseaba todo el día y esperaba cualquier momento para hacerle el amor en secreto, siempre en secreto, porque él le dejó bien claro que no pensaba dejar a su familia por ella, que era una diosa maravillosa, pero solo era una cría con la que no se pensaba casar y mucho menos formar una familia.

A los dieciocho, Robert Sarkisian ya actuaba como su padre, empezó a tomar decisiones financieras y profesionales propias, dejándola al margen de todo y tratándola con algodones, aislándola, alejándola de su familia y de sus amigos, y tomando las riendas de toda su existencia con mano firme.

Era un embaucador, un encantador de serpientes, y convenció a todo el mundo de que estaba haciendo lo más adecuado para la estrella, que él mejor que nadie sabía velar por sus intereses y era cierto, aunque su decisión de explotar su físico y sus encantos femeninos en grandes posados para revistas de moda o de deportes, empezaron a desvirtuar su imagen y a cabrearla lo suficiente como para empezar a tener conciencia de lo que estaba pasando a su alrededor.

El día que se vio desnuda de espaldas, cubierta de arena, en una revista muy prestigiosa, pero no deportiva, la cosa empezó a chirriarle, y cuando le puso encima de la mesa un contrato para hacer un desnudo integral en la revista *Play Boy*, echó el freno de golpe y empezaros los problemas.

Él quería explotar su belleza, deseada por millones de personas alrededor del mundo, y ella no quería ser carne de cañón para tipos salidos que se masturbaban mirándola y que luego se lo contaban con lujo de detalles a través de sus redes sociales. No quería que en las pistas preocupara más hasta donde le llegaba la faldita o si al saltar se le movía el pecho, no quería que

la miraran con ojos lascivos, ni que la trataran como a un trozo de carne, y se negó en redondo a realizar el desnudo, asunto que la alejó de su amante que, tuvo que reconocer, le daba mucho morbo verla desnuda en la prensa o en Internet, porque luego disfrutaba mucho más acostándose con el objeto de deseo de medio planeta.

Se iniciaron desde ese momento unos años de conflictos. En cuanto ella espabiló y tomó las riendas de su carrera todo empezó a estropearse, pero nunca dejaron de acostarse. No podía desengancharse de ese hombre, y él utilizaba esa baza para mantenerla controlada. No la dejaba ver a nadie, menos tener sexo con otros hombres (aunque eso ella se lo había saltado muchas veces), la perseguía por los hoteles y la encerraba lejos de la gente, era morboso y apasionado, y a ella le gustaba porque lo quería, y cuando una lesión tremenda en la rodilla la alejó para siempre del circuito profesional, fue él el que se ocupó de cuidarla, buscarle los mejores especialistas y ayudarla a reconducir su carrera que, sin proponérselo, siguió el cauce más natural: el mundo de la moda.

En la actualidad, a los veintiséis años, llevaba dos trabajando como modelo sin dejar de lado el tenis y el deporte, colaboraba en torneos benéficos y apoyaba muchas causas solidarias entorno al mundo deportivo y el estilo de vida saludable, y no se podía quejar. Era una chica joven que lo tenía todo, que triunfaba en lo que se proponía, que había creado cuatro líneas de ropa y a la que le llovían los contratos, pero a la que la vida amorosa acababa de darle el mayor revés posible porque Robert Sarkisian, tras diez años juntos, nueve como amantes, le había anunciado que se casaba con otra persona, su cuñada pequeña, a la que había dejado embarazada.

Hacía un mes se había presentado en su piso de Londres, le había echado un polvo memorable y luego, mientras aún seguían desnudos en la cama, le había confesado su aventura amorosa con la hermana pequeña de su mujer, Anya, también de origen armenio, a la que había dejado embarazada.

Según él, la propia Anya se lo había soltado a su hermana, lo que había desatado la tercera guerra mundial. Su mujer lo había dejado, le había pedido el divorcio y él iba a cumplir como un hombre y se iba a casar con la muchacha, que solo tenía veinte años. Fin de la historia.

Esas habían sido sus palabras y ella lo había echado a patadas a la calle, no sin antes quitarle las llaves, las tarjetas de crédito, y todo lo que lo relacionara con ella. Lo despidió oficialmente de sus funciones profesionales y pidió a sus abogados que lo desvincularan de sus negocios y de sus actividades benéficas. Tenían muchos asuntos en común, pero en cuestión de días se lo quitó de en medio sin piedad y sin querer volver a verlo en la vida.

El disgusto casi le cuesta la salud, porque ella públicamente parecía una chica fuerte, optimista y siempre sonriente, pero en lo referente a los sentimientos era muy vulnerable, y se había hundido en una depresión horrible, eso sí, sabiendo que separarse de Robert Sarkisian era lo mejor que le podía pasar en la vida. A partir de la ruptura tenía un millón de posibilidades por delante y quería ser feliz, disfrutar de su juventud y de todo lo que había conseguido, necesitaba recuperar la autoestima y la fortaleza, y su sicóloga le había recomendado un retiro terapéutico en los Estados Unidos, concretamente en Portland, en un rancho donde podría descansar, aislarse, relajarse y empezar a rehacerse de arriba abajo.

La relación extrema y completamente insólita con Robert la había hecho feliz, pero era una historia tóxica que le había robado mucho tiempo, muchas emociones, sentimientos y mucha entereza. Necesitaba empezar de cero y estaba decidida a ponerse manos a la obra, encima no lo iba a hacer sola, porque Stellan, su hermano mellizo, se venía con ella al rancho para apoyarla

en la tarea, y aquello no la podía hacer sentir mejor. Adoraba a Stellan y con él al lado todo, siempre, iba bien.

—Media hora, dormilona.

—¿Perdona? —Se incorporó y miró a su hermano,

—Falta media hora para aterrizar ¿quieres un café?

—¿He dormido cinco horas y media?

—Exactamente, qué envidia me das.

—Joder, lo último que recuerdo son las pistas de Nueva York. Caí redonda, que bien.

—Genial, pero empieza a espabilar que aún nos queda un largo trecho hasta llegar a *Green Mountain*.

1

—¿Señor y señora Erikson? —preguntó la recepcionista del rancho y los dos se echaron a reír.

—Stellan y Giselle Erikson —puntualizó Stellan apoyándose en el mostrador—. Hermano y hermana, hemos pedido dos habitaciones contiguas.

—Oh, claro, por supuesto. Un momentito, por favor —se inclinó para hacer una llamada interna y ellos se miraron a los ojos.

—Como si no nos pareciéramos un huevo —comentó en él sueco y ella asintió.

—Hay muchas parejas que se parecen ¿te acuerdas de Ingrid Löfven? Se buscó un novio que era su clon…

—¡Buenas tardes!

De la nada apareció una mujer de mediana edad muy guapa, especialmente pequeña y menuda, vestida como una hippie de los años setenta, que se acercó a Giselle y le cogió las manos antes de pegarle dos besos. Ella se los devolvió y observó con una sonrisa como repetía el saludo con Stellan.

—Bienvenidos a *Green Mountain*, os estábamos esperando. Me llamo Kirsten, Cate y yo hicimos un master en Cambridge y me dijo que eras una de sus pacientes más queridas, también me dijo que te traías a tu maravilloso hermano contigo. Cuidaremos muy bien de los dos.

—Gracias, sí, llevo con Cate prácticamente toda la vida.

—Os hemos preparado un programa de reposo estupendo. Esta es Lili, vuestra asistente personal —les presentó a una chica oriental vestida con una especie de kimono—. Ella se ocupará de toda vuestra estancia, cualquier cosa acudid a Lili, y aquí tenéis la agenda de vuestras próximas seis semanas con nosotros.

—¿Seis semanas? Imposible —cogió la carpetita y leyó un larguísimo programa lleno de terapias, talleres, visitas al sicólogo, yoga, taichi, masajes y un largo etcétera de actividades que rechazó de plano—. Lo siento mucho, solo disponemos de dos semanas de vacaciones.

—El programa dura siete semanas y por petición de Cate lo ajustamos a seis.

—Debe haber un error, yo no puedo…

—Es igual, lo importante es empezar y ya iremos hablando —la interrumpió con mucha autoridad y ella frunció el ceño—. El tiempo del que dispongas es lo de menos, todo se puede reorganizar ¿no?

—No.

—Está bien, ya iremos hablando, Kirsten —terció Stellan al ver su cara de enfado y la abrazó por los hombros—. Los dos estamos muy justos de tiempo, Cate lo sabía, pero al parecer no lo ha tenido en cuenta.

—Si Cate dice que seis semanas es lo que le conviene, será por algo.

—Voy a llamarla —hizo amago de coger el móvil, pero su hermano se lo impidió.

—Estamos cansados, parece que hace una eternidad que salimos de Londres y ahora solo nos apetece comer y dormir, ya hablaremos del programa mañana.

—Claro, podéis cenar, dormir y mañana será otro día. Necesitamos vuestros móviles.

—¿Cómo dices?

—Os los entregaremos una vez al día, por la mañana o por la noche, cuando vosotros queráis, pero solo durante quince minutos, sino es imposible desintoxicarse y desconectar.

—Me estoy arrepintiendo de haber venido —soltó Giselle moviendo la cabeza y Kirsten se echó a reír.

—Eres sincera y eso me gusta. Ya verás que dentro de un par de días ni te acuerdas del teléfono móvil.

Los condujeron directo a sus cuartos en la segunda planta y con unas vistas espectaculares hacia el famoso Monte Hood, y Chloe se tiró en la cama cerrando los ojos. Sabía que necesitaba desconectar y descansar, reiniciarse y empezar de nuevo, pero no estaba segura de poder sobrevivir sin Internet y sin el teléfono, de hecho, su agente se moriría del disgusto por no poder hablar con ella, ya bastante cabreada estaba porque se había tomado un descanso de dos semanas finalizando el mes de agosto, como para encima tener que decirle que estaría fuera de cobertura durante todo el día.

Se levantó y se empezó a desnudar mirando el paisaje esplendoroso que tenía delante. Le habían dicho que en Oregón se esquiaba de maravilla, aunque no era temporada para eso, y se acercó al ventanal que se abría a una pequeña terracita de madera para otear el horizonte y aspirar un poco el aire puro. De repente se acordó de Suecia y se soltó el pelo, se puso boca abajo y se lo revolvió antes de estirarse y localizar a un tipo moreno y desgarbado acercándose por los jardines hacia su posición.

Dio un paso atrás, porque estaba ya sin pantalones, y lo siguió con los ojos: un chico joven, de piel tostada, pelo oscuro, una altura bastante razonable y el aspecto de ser operario o encargado de mantenimiento. Eso pensó sin poder quitarle los ojos de encima, porque iba cargado con un montón de trastos, hasta que oyó la voz de Stellan a su espalda.

—¿Cuánta pasta has pagado por este lujo rural?

—No preguntes.

—Vale, me voy a duchar, en quince minutos te recojo y bajamos a cenar. He leído que los comedores son áreas de descanso y se puede hablar con los otros pacientes.

—¿Pacientes? —se giró hacia él olvidándose del chico de pelo largo y se sacó la camiseta— ¿Ahora somos pacientes?

—Ni idea, eso me lo he inventado, dice huéspedes en el folleto que encontré en mi mesilla de noche, por cierto, tienes mejores vistas que yo —se asomó a la terraza y soltó un bufido de admiración—. Menudo bombón. ¡Hola!, me llamo Stellan.

—Hola, soy Jason —saludó el chico y Giselle se giró hacia el enorme cuarto de baño estilo japonés sin bañera que también tenía vistas hacia la montaña.

—Creo que me lo voy a pasar muy bien en Portland, hermanita. ¿Has visto que tío más bueno? Ven, asómate.

—No gracias y me alegro por ti, pero yo voy a pedir que me cambien a una suite con bañera.

—No seas quejica, parece que hubieras nacido en el Palacio de Drottningholm. Deja ya de protestar, date una ducha y en paz. Creo que todas las habitaciones son iguales. Vengo en quince minutos y luego bajamos a ver si veo a ese bombón de cerca.

—Ok, ok, ok…

Repitió intentando calmarse. Lo observó salir, acabó de desvestirse y se metió debajo de la ducha caliente que, increíblemente, era deliciosa, cerró los ojos y pidió a Dios paciencia para aguantar con fortuna las próximas dos semanas que les quedaban por delante.

2

Arquitecto emocional.

Giselle leyó el folleto donde el currículum de ese hombre se desgranaba al detalle y luego levantó la cabeza para observarlo con atención: un tipo de más de sesenta años, con aspecto cansado, vestido con un pantalón de pana desgastado y una camisa de franela a cuadros en la misma línea. Llevaba gafas ópticas y se fijó que una de las patillas la tenía sujeta con celo.

Vaya por Dios, pensó, con unas ganas tremendas de salir corriendo de allí para hacer precisamente eso, correr un rato por el bosque que rodeaba el hotel, la clínica o como se llamara aquello, dónde ya llevaban dos días de actividades varias que la estaban sacando un poco de quicio.

El yoga lo tenía chupado, no le podían enseñar nada, los masajes eran estupendos, pero ninguno como el masaje sueco que le daba tres veces por semana su fisioterapeuta en Londres, las charlas sobre alimentos saludables antiestrés ya las había oído antes, y ahora el dichoso arquitecto emocional, que no tenía aspecto de ser un hombre muy feliz o satisfecho.

—¿Puedes hablarnos un poco de ti, Giselle? —oyó de repente y prestó atención—. Por favor.

—Me llamo Giselle, nací en Estocolmo, aunque desde hace unos años vivo en Londres. He jugado al tenis toda la vida y desde hace dos me dedico a la moda, a mi fundación y a algunas actividades empresariales.

—Ok, gracias, eso es lo que haces ¿puedes hablarnos un poco más de ti?

—Ya sé por dónde vas, pero no me apetece ahondar demasiado en mí misma. Tengo una vida muy ordenada y aburrida.

—Y ¿por qué has venido hasta Portland desde Londres?

—Me lo recomendó mi terapeuta.

—¿Por qué?

—Tengo fatiga emocional y un poco de depresión.

—¿Por qué? —insistió, ella suspiró, miró a las otras tres personas que la acompañaban en la terapia grupal y bajó la cabeza.

—Una relación sentimental muy larga ha acabado de forma abrupta y me he hundido un poco, pero ya me siento mejor, solo necesitaba tomar distancia y descansar.

—¿Qué sientes?

—Dolor, abandono, no sé, traición, deslealtad. Lo normal.

—¿Quieres hablar de eso más ampliamente?

—No, gracias, no quiero darle más vueltas al asunto.

—¿Prefieres no pensar en ello?

—Así es.

—Muy bien, gracias, Giselle.

Ese hombre, el arquitecto emocional, le sonrió y dio la palabra a otro de los asistentes con mucha amabilidad. El elegido se puso una mano en la boca y empezó a sollozar sin control, incapaz de articular palabra, algo que a ella la hizo sentir muy incómoda y fuera de lugar, sobre todo porque nadie lo consolaba y el espectáculo se alargó y se alargó hasta que acabó la sesión, se pusieron de pie y cada uno siguió a lo suyo como si tal cosa.

—Es un poco sádico o masoquista todo este rollo —le soltó a Kirsten en el comedor, cuando ella se le acercó para preguntar cómo se sentía.

—¿Por eso no participas en las terapias?

—Participo, he ido a tres en dos días.

—Vale, muy bien, pero al parecer no hablas, ni te abres, es importante…

—Voy al sicólogo desde los doce años, mis padres nos llevaron por norma a todos los hermanos. Sé expresarme, sé contar mis problemas, sé abrirme, pero no he venido a eso, he venido a descansar y a oxigenarme un poco. No quiero regodearme en mis problemas y hurgar más en la herida.

—Hay un programa que al venir aceptas de forma tácita.

—Genial, entonces me largo. Al parecer me he equivocado viniendo hasta aquí.

—Como tú prefieras, Giselle.

Kirsten la dejó sola, ella asintió y buscó a su hermano con los ojos, pero no lo encontró. Seguro que ya andaba perdido con Jason por ahí. Ni setenta y dos horas en Portland y ya había ligado, y eso que tenía a su novio esperándolo en Inglaterra. Era increíble.

Se fue a su cuarto, se puso ropa de deporte, las zapatillas de *running* y decidió salir a correr por los alrededores. Lo único que solía relajarla era machacarse físicamente, el deporte claro, aunque también el sexo, porque solía ser una persona muy activa a nivel sexual y llevaba un tiempo largo sin practicarlo, concretamente desde hacía cinco semanas, más o menos el tiempo que llevaba sin ver a Robert, la *sex machine* por excelencia.

Sonrió, mirando el exuberante paisaje que tenía alrededor, y pensó en llamar a su amigo Alex, un actor sueco muy de moda con el que se había acostado un par de veces en Londres. Él era guapísimo, un dios escandinavo de dos metros de estatura que te dejaba sin habla, sobre todo en el dormitorio, pero con el que compartía pocas cosas salvo el amor por el deporte y el sueco (porque hablar en tu lengua materna siempre era un alivio y un placer) en lo demás diferían bastante porque él era muy frío, muy poco comunicativo, nada familiar, y se pasaba la vida trabajando, ni siquiera tenía casa propia porque vivía de hotel en hotel… un desastre total.

De todas formas, en cuanto recuperara el móvil, lo llamaría y con algo de suerte, si lo pillaba en los Estados Unidos, podría quedar con él y plantearle una sesión maratoniana de buen sexo

en algún lugar bonito, en Nueva York, por ejemplo, o dónde él quisiera, total, si dejaba Portland de inmediato aún le quedaban diez días más de vacaciones.

—Desde luego estás en plena forma…

Oyó la voz a su espalda y vio a uno de sus compañeros de la última terapia desnudándola con la mirada. Se trataba del llorón de la última sesión, que ahora estaba tranquilo y relajado, sentado en un mirador junto al hotel. Giselle frunció el ceño y paró el cronómetro que llevaba en el brazo.

—¿Ya te encuentras mejor?

—No tanto como tú, esos pezones ponen firme a cualquiera, Giselle. Tengo un avión privado disponible, si quieres, te llevo a París a cenar y te enseño lo que sé hacer con un cuerpazo como el tuyo.

—Ni en tus mejores sueños, chaval.

Respondió y movió la cabeza muy cabreada, puso otra vez el cronómetro en marcha y continuó su camino, no sin antes mirarlo a los ojos con desprecio.

—Si hablas a sí a las mujeres, nunca tendrás a una de verdad, so capullo.

El otro soltó una serie de improperios, por supuesto muy machistas, y ella bajó la pequeña cuesta que llevaba a la parte trasera del complejo a la carrera, sin parar, con la adrenalina a tope y pensando en por qué siempre se tenía que cruzar con gentuza así, daba igual dónde estuviera.

—¿Ha pasado algo con Greg?

—¿Perdón?

Se detuvo al oír esa voz tan bonita y se giró para mirar de frente a un chico joven vestido con vaqueros y una camisa a cuadros. Piel tostada, pelo largo recogido con una coleta *hípster* tan de moda, y que ella tanto odiaba, y unos enormes, brillantes y dulces ojos oscuros que le provocaron un sentimiento de confianza instantáneo.

—Greg —le indicó con la cabeza hacia el mirador—. He visto que hablaba contigo. ¿Te ha dicho algo inapropiado?

—Un poco, pero ya está controlado ¿por qué?

—Es un adicto al sexo y por más que viene por aquí siempre acaba cagándola —sonrió y Giselle se echó a reír.

—Pobre hombre, fue un poco grosero, pero estoy acostumbrada y, si se hubiera pasado un poco de rosca, le hubiese dado una buena paliza. No te preocupes.

—No me cabe la menor duda. Daniel —pronunció el nombre en español y le extendió la mano—. Encantado.

—Igualmente. Giselle.

—Sé quién eres, todo el planeta sabe quién eres.

—Bueno…

—Es broma —sonrió con esos ojos tan luminosos y Giselle se obligó a mirar hacia otro lado— ¿No tienes nada a estas horas?

—¿Del programa? —él asintió agachándose a recoger unos trastos de pintor—. No, bueno, no lo sé, ya me he aburrido del dichoso programa, necesitaba salir a correr y, si todo va según lo previsto, mañana me largo sin mirar atrás.

—Vaya, ¿qué ha pasado?

—Nada nuevo bajo el sol, es aburrido y jamás debí haber venido.

—¿Y por qué viniste?

—Me lo recomendó mi terapeuta, pero está claro que ha errado el tiro. ¿Te ayudo?

—¿En serio?. Genial, gracias, mi ayudante ha desaparecido y tengo que meter estos trastos en ese cobertizo antes de que se ponga a llover.

Lo ayudó a llevar unos botes de pintura, unos papeles y otros artilugios a un cobertizo cercano, los dejó en el suelo y observó con sorpresa que el sitio era una especie de taller, un atelier de artista, y se puso las manos en las caderas antes de hablar.

—Vaya, que bonito ¿trabajas aquí?

—A veces.

—¿Cómo que a veces?

—Suelo trabajar en mi casa, en la ciudad, pero de vez en cuando vengo aquí, echo una mano, ayudo en lo que puedo y trabajo en mis cosas. En Portland no tengo un espacio tan grande como este.

—¿O sea que eres artista?

—En realidad soy diseñador de videojuegos, la pintura y la escultura son mi pasión secreta —se enderezó y se estiró mirándola con una gran sonrisa— ¿Qué?

—Que no eres un paciente como yo.

—Tú no eres una paciente, eres una huésped y no, no lo soy, solo soy un trabajador más.

—Ok, pues es impresionante —caminó por el taller oyendo cómo se ponía a llover y de repente se sintió muy bien. Le solía pasar con la lluvia y miró a su interlocutor con una gran sonrisa— ¿Por qué *Daniél* y no *Dániel*? —susurró, diferenciando la pronunciación española de la inglesa, y él sonrió.

—Porque nací en Costa Rica.

—¿En serio? Conozco Costa Rica, estuve allí haciendo un reportaje para *Sports Illustrated,* es precioso.

—He ido muy pocas veces, llevo la mayor parte de mi vida en Oregón y sí, recuerdo ese reportaje tuyo en Costa Rica… im-pre-sio-nan-te —bromeó y Giselle fingió ofenderse.

—Muy gracioso, en fin, te dejo trabajando. Eres muy bueno —señaló los cuadros con un dedo e hizo amago de irse—. Hasta otra.

—¿Por qué no le das otra oportunidad al programa?

—Creo que ya sé de que va y, en serio, no sirvo para estar encerrada hablando de mis problemas o para hacer yoga o TaiChi, que ya los hago en casa, o para aprender recetas de comida saludable. Tengo una fundación dedicada a los deportes y la alimentación saludable ¿sabes? En resumen: no es lo que yo esperaba.

—¿Y qué esperabas?

—Deporte al aire libre, caminatas, escalada, paseos, meditación en la naturaleza, montar a caballo, estar con animales. Mi terapeuta me dijo que tenían una granja llena de animales y en dos días no he visto ni un gato. Solo quería descansar y desconectar, alejarme del mundo real, no sentarme delante de gente como Greg, el adicto al sexo que me mira como al pavo de acción de gracias, para hundirme en la miseria.

—Entiendo…

—¡Gigi! ¿qué haces tú aquí? —su hermano apareció de la nada y la hizo saltar y volverse hacia él con cara de pregunta.

—¿Y tú?

—Vengo con Jason.

—Ah, ok, hola, Jason —extendió la mano hacia el nuevo mejor amigo de su hermano y este le sonrió—. Encantada, me llamo Giselle.

—Lo sé, estoy enamorado de ti desde hace años, bueno, en el mejor sentido ¿sabes?

—Ok.

—¿Ya os conocéis? —Jason miró a Daniel y él asintió saludando a Stellan.

—Sí, de casualidad, pero ya me iba.

—Nuestra perra Mimi ha tenido cachorros, si quieres, puedo llevarte a verlos y de paso te enseño las caballerizas —le dijo Daniel y ella sonrió—. En serio, no te vayas sin conocer nuestros caballos.

—¿Irte?, ¿adónde? —su hermano frunció el ceño y ella le hizo un gesto tranquilizador.

—Nada, luego hablamos. ¿Dónde están esos cachorritos?

—Sígueme. Jason, tú, por favor, prepara los colores que usaremos mañana, no quiero perder toda la mañana con eso.

—Claro, adiós.

Giselle se despidió con la mano y salió directo a la lluvia, abrió los brazos y me mojó viendo como Daniel no decía nada, pero se reía con paciencia.

Era un tipo majo ese *Daniel* en castellano, encima estaba como un tren y era bastante alto, algo que le solía gustar en los hombres. Se le acercó, se le puso al lado y corrieron juntos hasta alcanzar el hotel.

3

—Sé que un clavo no saca otro, ese planteamiento es absurdo e inmaduro, solo es de gente dependiente y sin muchas luces, por supuesto que no va conmigo, pero a veces pienso que solo el amor de otra persona podría salvarme de la dependencia que siento por Robert.

—¿Y?

—¿Y? —se enderezó en la silla y miró a Kirsten a los ojos. Esa mujer era insufrible, la había presionado un montón para que se quedara allí y resulta que en la terapia individual no la ayudaba nada y la miraba con muy malas pulgas—. No entiendo.

—Supongo que hablas de esto porque ya has encontrado a otra persona.

—Hablo de esto porque me lo has preguntado tú.

—Solo te he dicho que habláramos de lo que te apeteciera.

—Y me ha salido esto porque no me apetece nada hablar contigo, ni estar aquí. De hecho, para mí se ha acabado.

—Creí que ibas a cumplir las dos semanas de estancia.

—Sí, pero no será gracias a ti, al arquitecto emocional o a todas esas chorradas que ofrecéis por aquí. Dije desde el minuto uno que venía a descansar y a despejarme y…

—Y llevas una semana haciendo vida de granjera.

—Exactamente.

—No has venido hasta aquí, pagando una fortuna, solo para montar a caballo y estar con los animales, eso lo podías hacer en cualquier parte del mundo, aquí vienes a algo más y no pienso rendirme contigo.

—¿Qué quieres de mí, Kirsten? —se puso de pie y ella no se movió.

—Quiero que te des una oportunidad, te abras, te limpies y empieces de cero con un nuevo plan de vida donde tus dependencias y tus penas queden atrás.

—¿Y tú puedes conseguir todo eso?

—Si me dejaras al menos lo podríamos intentar. ¿Por qué no vuelves a sentarte y me dices exactamente qué te pasa?

—Ya lo sabes, mi novio, bueno, mi amante durante diez años, el hombre que ha gobernado mi vida, mi cuerpo y mi carrera durante una década, me ha dejado de la noche a la mañana por otra.

—¿Y qué te duele más? ¿el abandono o el tiempo perdido?

—Bueno —volvió a su sitio y respiró hondo—, creo que el tiempo perdido.

—El caso es que no existe el tiempo perdido. Todo lo que vivimos nos curte, nos enseña, nos hace más fuertes, y más sabios, y encima tú eres muy joven para poder empezar de nuevo.

—Perfecto, pero yo quiero olvidarlo y no puedo, y me ahoga esa sensación de añoranza que tengo por un tipo que solo me ha utilizado.

—Y ¿qué quieres hacer? —se levantó, agarró una banqueta y se le puso más cerca—. Si yo fuera Robert ¿qué me dirías?

—Ya he probado con eso…

—Vale, ahora pruébalo conmigo, por favor. ¿Qué me dirías?

—Te diría que eres un cabrón egoísta, machista, manipulador. Un hijo de puta de cincuenta y dos años que me ha absorbido hasta las entrañas solo por deporte. Que eres muy poco hombre, un inútil y un acomplejado que me ha utilizado para sentirse más macho, más joven, y más poderoso, cuando en realidad no eres más que una puta mierda.

—¿Qué me preguntarías?

—¿Por qué lo hiciste?, ¿qué te hice yo para merecerme este daño?, ¿por qué me impediste vivir mi vida si nunca te ibas a quedar conmigo?

—Y yo podría preguntar: ¿por qué continuaste tú conmigo?

—Porque me sentía segura y… —notó que estaba llorando y cogió un pañuelo de papel—. Me gustaba estar contigo.

—¿Me amabas?

—No lo sé.

—¿Te gustaba el sexo conmigo?

—Sí.

—Además del sexo ¿qué te daba?

—Nada más.

—Lo tienes muy claro.

—Clarísimo.

—Entonces estás en muy buen camino, Giselle. El sexo saludable y libre está disponible, es hermoso, y podrás conseguirlo en cuanto levantes la cabeza y mires a tu alrededor. Y si es de la mano del afecto, el amor y la amistad, muchísimo mejor.

—Eso lo sé, aún estando con Robert he tenido muchas aventuras, pero él siempre conseguía eclipsarlas y atraerme a su lado. Siempre lo hace, por las buenas o por las malas me obliga a romper con otros hombres, y yo siempre he sido incapaz de defenderme.

—¿Sigues temiendo que aparezca?

—Por supuesto, por eso necesitaba alejarme de Londres, necesitaba escapar lo más lejos posible y ponerme a salvo para ver si se olvida de mí.

—¿Ponerte a salvo? —le agarró las manos y ella ahogó un sollozo.

—Soy la persona más fuerte e independiente del planeta, lo tengo todo, una familia, a mi hermano Stellan, mis amigos, mi éxito profesional, pero con él me desvanezco, me disuelvo, me siento débil y la única forma de resistir a su acoso y derribo es poner tierra de por medio.

—Entiendo. Ven aquí.

La abrazó con mucha fuerza, aunque era increíblemente pequeña y menuda, y Giselle lloró muy a su pesar un buen rato, sin contenerse, hasta que Kirsten le dio un vaso de agua y dio por acabada la sesión, animándola a salir a correr, a montar a caballo o a hacer lo que le apeteciera antes de la cena, sin presiones y con total libertad.

Ella abandonó la consulta y salió al pasillo respirando hondo.

Estaba agotada después de haber soltado aquello, que estaba muy lejos de su intención, porque había decidido no ahondar más en la herida de Robert, y se metió las manos en los bolsillos decidiendo qué quería hacer. Caminó hacia la terraza, aspiró el aire puro de las montañas y se decidió por lo obvio, bajó las escaleras y se fue directo al taller de Daniel, su nuevo amigo, que seguro ya estaba guardando sus trastos y preparándose para cenar.

Era un chaval estupendo aquel morenazo nacido en Costa Rica, que había propiciado que pudiera salir a montar, que pudiera estar con los perros de la casa, que la había acompañado a una jornada de caminata por el campo, siempre sereno y sonriente, como ajeno a todos los males del universo, aunque por otra parte era profundo y reflexivo.

Le encantaba y estaba segura de que a él ella le gustaba, pero no había querido saltarse las reglas de la amistad para agarrarlo por la camiseta y llevárselo a su cama.

Quería ser una buena chica con Daniel que, en realidad, era un chico muy diferente a los hombres que ella conocía, disfrutaba y desechaba sin piedad, él era de otra pasta y prefería no mezclar las cosas. Aunque se moría por un poco de contacto físico tras tantas semanas en el dique seco, estaba guardando las distancias y no le iba del todo mal.

—¿Daniel?

—Hola ¿qué tal la terapia con Kirsten?

—Esa mujer está loca, pero es buena —contestó entrando en el cobertizo.

—¿Loca?

—Tío, es un poco rara y tan sabelotodo. Parece que maneja la verdad absoluta del universo y es condescendiente, dos cualidades que no llevo demasiado bien. ¿Qué tal tú?

—Y ¿por qué hoy ha ido bien?

—No sé, tocó algo aquí dentro y me explayé, supongo que eso es bueno.

—Claro que es bueno —se agachó para recoger unos papeles y la miró de soslayo—. Ella es de las mejores en su campo, lo mismo que el doctor Hopper, el arquitecto emocional…

—¿El arquitecto emocional?, por Dios, si hasta el nombre es ridículo, pomposo… en fin… ¿cómo puede ese hombre ayudarme a construir nada si parece más echo polvo que yo?

—No es cierto.

—Lleva las gafas sujetas con celo y va vestido como en el Oxford de los años treinta.

—¿Tanto te importan esas minucias?

—No, solo me fijo en la gente, sobre todo en la que me mira desde su atalaya de perfección y pretende ayudarme a salir de mis neuras.

—Yo solo te digo que tienes mucha suerte de tenerlos a mano, a ellos y al resto del equipo médico, deberías estar agradecida de que te hayan aceptado aquí.

—¿De que me hayan aceptado aquí?. Cualquiera con treinta mil dólares puede venir a uno de sus programas.

—Vale, pero no es solo cuestión de dinero.

—¿Tú te has tratado con ellos?

—Se podría decir que sí…

—¿Se podría decir?

—¿O sea que ha ido bien?, me alegro mucho —cambió el tema y se fue hacia el fondo del taller poniéndose unos guantes—. He reservado la pista de tenis para que juegues mañana con tu hermano.

—Muchas gracias, Daniel, eres un sol, no sé qué habría hecho si tú no estuvieras aquí.

—Ya, ya…

—En serio… —se le acercó por la espalda y observó cómo se movía concentrado en sus cosas—. He venido buscando una solución y no la he encontrado, pero te he encontrado a ti y te estás portando de cine conmigo. Muchas gracias.

—No es para tanto, y no sigas diciendo que no has encontrado lo que buscabas porque…

Se giró hacia ella con esos ojazos oscuros tan enormes y gesticulando con esa suavidad que lo hacía único, y ella sintió perfectamente cómo algo la empujaba con fuerza hacia él, cruzó la distancia que los separaba, lo agarró por la pechera de la camiseta, se le pegó al cuerpo y lo besó.

Daniel levantó las manos y no la abrazó, pero devolvió el beso cuando ella separó la boca y le lamió los labios con la lengua ansiosa. De repente lo deseaba un montón y mandó al carajo sus buenas intenciones, lo empujó contra la pared y se rozó con sus caderas sin soltarlo, hasta que él suspiró, bajó las manos y la agarró por el trasero con propiedad.

Lo siguiente fue un poco desquiciante e infantil, intentando desnudarse a manotazos para acabar en el suelo de madera encima de él, sacándose la camiseta y el sujetador de un tirón, sintiendo su erección monumental contra sus vaqueros, muy caliente, hasta que consiguió bajarle los pantalones y guiarlo con mano firme para que la penetrara sin mayores florituras.

—Eres perfecta —susurró él tocándole los pechos con las dos manos—, y tienes esta piel tan suave, tan hermosa…

—Vale, vamos…

Se inclinó en medio del balanceo para besarlo y él se detuvo, la sujetó por las caderas y la puso de espaldas sobre las tablas para colocarse encima y poseerla con una fuerza descomunal. Mordiéndola, lamiéndola y comiéndole la boca con tal ansiedad, que tuvo un orgasmo mucho antes de que él alcanzara el suyo y consiguieran llegar juntos a un clímax desatado que la hizo gritar de puro y auténtico placer.

4

—Tienes buen apetito, no sabía que las modelos podíais comer así.

La miró con los ojos entornados y ella asintió dando un mordisco a su bocadillo de pastrami, estiró las piernas y se quedó admirando el precioso paisaje que tenían bajo sus pies: el suave, verde y esplendoroso bosque que rodeaba *Green Mountain*.

—Antes que modelo soy deportista y me alimento bien. No fumo, no bebo, no tomo drogas, pero me encanta comer.

—Y yo que me alegro, es gratificante ver comer con ganas a una mujer.

—Tengo un montón de amigos varones que comen como pajaritos, y muchísimos, de ambos sexos, que no comen apenas, pero que se ponen hasta arriba de Don Perignon o de Gin Tonics, cuando están cargados de calorías vacías. Los trastornos alimenticios no son solo patrimonio femenino.

—En eso llevas razón, pero en mi mundo los tíos comen como bestias y las tías se pasan la vida a dieta.

—¿Qué mundo es ese?

—El mundo normal, el de la gente de a pie.

—¿Mi mundo no es normal?

—No como el mío, desde luego.

—Que prejuicioso —sonrió y él se quedó prendado de esos ojos tan dulces, y tan claritos que tenía—, pero te lo voy a perdonar. ¿Crees que puedo quedarme los cachorritos de Mimi?

—¿Todos?

—Sí, sería incapaz de elegir uno.

—Y sus dueños tampoco, dudo mucho que los separen, aquí hay espacio para criarlos a todos juntos.

—Ya, y lo entiendo.

—¿Tienes mascotas?

—Hace seis meses murió mi perro Toby, tenía catorce años y todavía no puedo asimilarlo.

—Vaya, lo siento.

—En Estocolmo tengo dos caballos y en casa de mi madre de todo, desde tortugas a gatos, pasando por conejos y patos, pero sobre todo cuatro perros que no me dejan llevarme a Londres. Si tuviera una casa en el campo adoptaría todos los animales que pudiera, pero, de momento, vivo en Londres, en un apartamento, y es verdad que no me puedo hacer cargo de cuatro perros, encima viajo demasiado… en fin, antes de venir aquí la gata de una amiga tuvo gatitos y cuando vuelva me quedaré con uno… ¿qué? —lo pilló observándola con la boca abierta y él sonrió.

—Te lo dirán constantemente, pero eres preciosa.

—¿Tienes mascotas en tu casa de Portland? —ignoró el comentario y él negó con la cabeza.

—No, no tengo tiempo para cuidarlos y también viajo demasiado.

—Pero ¿no trabajas en casa?, ¿vas a una oficina?

—Trabajo principalmente desde casa, donde tengo un pequeño estudio, pero viajo mucho haciendo presentaciones, acudiendo a reuniones con otros creativos y diseñadores o viendo clientes.

—¿Te gusta tu trabajo?

—Me encanta ¿a ti el tuyo?

—En general sí. ¿Qué estudiaste?

—Oficialmente soy licenciado en ingeniería informática, pero también estudié bellas artes y diseño industrial.

—Vaya, un portento y encima con esos ojazos.

Acabó el bocadillo, dejó la botellita de agua a un lado y gateó hasta él mirándolo a los ojos. Habían salido de caminada por el bosque y llevaban una hora descansando en un claro lejos del mundanal ruido, solos y rodeados por el rumor de los árboles y el olor a tierra mojada. Un marco bucólico y muy romántico que al parecer la señorita Erikson no pensaba desaprovechar.

—Me encanta el tono de tu piel, de tu pelo, de tus ojos —le acarició la cara y suspiró—. Si algún día tengo hijos me gustaría que fueran como tú.

—Eso se puede solucionar fácilmente —sonrió y ella lo besó despacito en los labios.

—Lo tendré en cuenta.

—Tú sí que eres perfecta.

—Te deseo un montón, Daniel.

—¿No te gustan los halagos?

—¿Cómo dices? —le sacó la chaqueta y lo intentó con la camiseta, pero se detuvo para prestarle atención.

—No te conozco mucho, pero me da la sensación de que no te gusta oír lo guapa que eres, aunque la verdad es que eres una de las mujeres más increíblemente hermosas del mundo.

—Yo no pedí ser así, ni he trabajado para conseguirlo, me tocó en el reparto de la naturaleza y prefiero obviarlo. No es importante para mí y gracias, pero hay millones de chicas muchísimo más guapas que yo, lo que pasa es que son anónimas.

—Vale.

—Vale…

Repitió y se sacó la camiseta sonriendo, luego el sujetador y se puso de pie para quitarse los pantalones y las braguitas sin dejar de mirarlo a los ojos. Él tragó saliva y la observó embobado, sin saber muy bien qué hacer, hasta que ella se le montó encima abriéndole los pantalones.

—Me encanta tenerte dentro de mí.

—Nunca una chica se había quedado desnuda para mí en medio del bosque, yo…

Sintió su intimidad ardiente, soltó un quejido y se corrió antes de lo previsto, pero a ella no le importó, o eso pareció, porque sonrió y se echó sobre la hojarasca completamente desnuda, como en un cuadro renacentista, sonriéndole y acariciándole el abdomen con suavidad.

Él giró la cabeza y se deleitó en ese cuerpo perfecto, suavísimo y sensual que tenía, en la piel inmaculada y tibia, en sus muslos redondeados y tersos… ese pubis palpitante, que lo llamaba a gritos. Sus caderas, su abdomen tenso y acogedor, el ombliguito redondo, la cintura estrecha y esos pechos firmes y abundantes que se cimbreaban levemente con su ritmo respiratorio y que le ofrecían unos pezones sonrosados y erectos que lo hicieron tragar saliva… el cuello fino y delicado, esa cara perfecta, como dibujada por el mejor pintor de todos los tiempos, el pelo rubio y ondulado, la boca jugosa y esos ojos celestes, transparentes, que sonrieron al descubrir que ya estaba excitado otra vez.

—Ven aquí…

Susurró, sonriendo de oreja a oreja, y separó levemente las piernas, él soltó un gruñido, se le echó encima y la tomó con un salvajismo y una ansiedad difícilmente tolerables.

5

—¡¿Te acostabas con Robert Sarkisian?! —preguntó a punto de echarse a reír y ella asintió—. Si es un viejo gordo, calvo y decadente.

—No siempre lo fue.

—No, claro que no, hace treinta y cinco años, cuando era una estrella del tenis, no lo era, pero…

—El físico no es importante.

—Ok, pero ¡Robert Sarkisian!

Giselle lo observó con paciencia y salió de la cama para buscar algo de comer. Daniel la miró y movió la cabeza sin poder dar crédito a lo que le acababa de contar, su historia de diez años con Robert Sarkisian, el motivo principal del hundimiento que la había llevado a ese retiro en Oregón.

—Tú eres… eres… preciosa, no me puedo creer que yo esté ahora mismo contigo, mucho menos te veo con ese viejales calvo y…

—Ya te vale, creí que esas minucias no te importaban.

—No, pero esto es pasarse cuatro pueblos.

—Lo sé, supongo que para el resto del mundo es así, yo veo mucho más en él, bueno, veía…

—Muy bien.

—Al final me ha hecho bien venir hasta aquí y ahora estoy muchísimo mejor. Llevo días sin acordarme de él.

—Me alegra oír eso —aceptó un poco de fruta y se acercó para besarle la mejilla—. Es un alivio que ya no te quejes de todo.

—Valió la pena esperar un poco y ver cómo mejoraban las cosas. Normalmente no soy tan paciente, pero lo hice más por ti que por los terapeutas o Kirsten…

—Ok, gracias por lo que me toca.

—Solo soy sincera.

Le acarició el pelo oscuro, largo y suelto, y le sonrió satisfecha.

Finalmente, había acordado un programa de cuatro semanas con Kirsten, no siete, ni seis como ella quería, pero al menos había accedido a cuatro porque la veía mejor y más cooperadora, y había sido testigo de su mejoría, le dijo durante un paseo por el bosque las dos solas. Ese había sido un acuerdo satisfactorio para ambas partes y ya había pasado un mes en Portland, perdida en el campo y sin apenas darse cuenta.

En realidad, se sentía muchísimo mejor, más liviana, más limpia de muchas cosas, y adoraba no estar pendiente del móvil, de las redes sociales, del ordenador, del trabajo, de Robert y de todo ese mundo asfixiante que la rodeaba en Londres.

Hacía unas dos semanas que el oxígeno había vuelto a su cuerpo y era otra persona, o eso creía, pero el responsable de todo aquello era principalmente Daniel, ni los médicos, ni los terapeutas, ni los monitores, no, el mejor bálsamo había sido conocer a Daniel, que era como un ángel, un dios en la cama, y un amigo que esperaba conservar el resto de su vida, porque sabía hablar, sabía escuchar, y ella se había abierto completamente con él.

—¿Qué opinan tus padres de tu relación con Sarkisian? —interrumpió sus divagaciones y ella suspiró y se le acurrucó en el pecho.

—Ya te imaginarás, más o menos como tú. Mi padre me dejó de hablar un año entero cuando supo lo que estaba pasando. En un principio quiso denunciarlo por estupro y yo me opuse como una loca, lo amenacé con no verlos más, con no hablarle nunca más y… bueno, me porté como

una idiota, pero estaba enamorada, o creía estar enamorada, y antepuse al capullo de Robert por encima de todo lo demás. Me arrepiento tanto de todo eso…

—Eh, no llores, solo estamos charlando. ¿Giselle?

—Sí, no lloro, es que me siento fatal cada vez que lo pienso.

—Eras joven y los jóvenes cometen errores. Él que debió comportarse como un adulto responsable fue el puto Sarkisian, no tú.

—Yo estaba obnubilada, pero era consiente de que estaba actuando mal acostándome con un tío casado, que me doblaba la edad y que…

—Bueno, no hablemos más de él. Que le den.

—No me has dicho qué edad tienes.

—No me has preguntado. Treinta y dos.

—¿Y tú no has tenido ninguna historia vergonzosa como la mía?

—No es vergonzosa, es insólita —estiró la mano y le acarició la cadera desnuda—. Tienes un cuerpo digno de ser pintado, Giselle, deja que te dibuje.

—Ya estamos.

—¿Qué?, ¿ya te lo han pedido antes?

—Demasiadas veces.

—¿Te molesta deslumbrar a los demás?

—Me molesta que me traten como a un objeto, yo no pedí ser así, soy mucho más que un cuerpo o una cara.

—Nadie discute eso. Eres preciosa y lo eres porque dentro de ti hay una luz que resplandece y que yo necesito inmortalizar de alguna manera.

—Eres un embaucador ¿sabes?

—Hablo en serio.

—Vale, pero no tenemos mucho tiempo.

—Solo un boceto, luego haré un cuadro y te lo enviaré a Londres.

—No, si haces un cuadro me lo tienes que llevar personalmente a Londres. Mi casa es tu casa.

—Hecho —se giró hacia la mesilla de noche y sacó un cigarrillo liado a mano, lo encendió y el olor provocó que Giselle se sentara y lo mirara con los ojos abiertos como platos— ¿Quieres una calada?

—¿Marihuana? ¿en serio?

—Sí ¿qué pasa?, ¿quieres o no?

—Por supuesto que no, soy una deportista, una que tiene una fundación dedicada a fomentar la vida sana y que lucha contra las drogas ¿Estás loco?

—No es una drog…

—¡Claro que lo es!. El consumo de marihuana está relacionado con un mayor riesgo de ataques cardíacos en adultos, irrita los pulmones, su humo contiene los mismos productos químicos cancerígenos que el humo del tabaco, sin contar con los efectos sicológicos, porque también puede producir psicosis temporal y…

—Eso en dosis muy altas y a saber, porque los beneficios terapéuticos son mucho más altos que esos efectos secundarios tan negativos que te han contado.

—¿Qué me han contado?

—Aquí hay dos terapeutas que tratan con marihuana a sus pacientes.

—Lo sé y no por eso me convence a mí, así que, por favor, apaga eso.

—Vale, Pipi Calzaslargas, no te me pongas tan guerrera.

—¿Pipi Calzaslargas? —sonrió y él le guiñó un ojo— ¿Te refieres a Pipi Långstrump?, ¿la niñita sueca de las trenzas pelirrojas?

—Exactamente.

—Eso suena un poco racista, no porque sea sueca, soy… —la tiró encima de la cama y se le puso entre los muslos para mirarla a los ojos desde muy cerca.

—Eres mi Pipi Calzaslargas y no estoy siendo racista, señorita deportista del primer mundo nacida en Suecia. Relájate un poco y háblame en sueco, anda.

—Ingen.

—¿Qué?

—Que no… háblame tú en español.

—No sé mucho español, pero puedo decirte que estás muy *rica*…

Ella se echó a reír y él la agarró por los glúteos y la penetró mirándola a los ojos. Giselle arqueó la espalda y separó las piernas para sentirlo más adentro, hizo amago de besarlo, pero él se apartó, salió de su cuerpo sin desviar la mirada, y con un movimiento muy rápido la puso bocabajo, la sujetó por las caderas y se las levantó a la par que se le ponía detrás, pegado, deslizando los dedos despacio por su abdomen hasta los pechos y los pezones, gesto que la hizo gemir y levantar el trasero de forma completamente instintiva.

—Esta es la manera más natural de follar, Giselle, porque es la más animal, la que los primeros hombres utilizaron por puro instinto ¿sabes?, y me da que te gusta mucho. ¿Quieres que te folle así?

—Sí…

—Genial.

La penetró y ella se agarró al cabecero de metal de la cama con las dos manos, sintiendo como los pezones se le irritaban con el roce feroz contra el colchón, porque aquello era feroz y potente, delicioso y muy animal, sí, muy animal, y gritó un par de veces corriéndose, mordiendo la almohada, mientras él no se detenía, al contrario, iba *in crescendo*, dominándola completamente, y llevando el ritmo que le venía mejor, hasta que eyaculó soltando un gruñido desgarrado contra su pelo.

—Eres la tía más guapa, sensitiva y sexual con la que he estado en toda mi vida.

—Espero que eso sea un halago… —se quedó inerte en la cama, sin poder moverse, y él se acostó a su lado y le despejó el pelo de la cara para mirarla a los ojos.

—Es un halago. Creo que has nacido para que te follen de todas las formas posibles. Es mirarte y desearte y tener la necesidad brutal de poseerte.

—No sé qué decir a eso… suena bastante machista, pero…

—Son cosas que se dicen en la intimidad y cuando estás a gusto con alguien, jamás en público, y lo negaré si lo cuentas por ahí.

—Y yo que pensaba compartirlo en Instagram.

Se echó a reír, ella con él y cerró los ojos sintiéndose serena y a gusto, muy segura. Se desplazó un poco y se acurrucó sobre ese pecho moreno, suave y oloroso que Daniel tenía, y que era por sí solo un remanso de paz. Se lo besó con la boca abierta, se lo lamió y lo olisqueó observando de reojo esa cara perfecta que tenía, luego cerró los ojos y se durmió.

6

—Te veo muy bien, Giselle, me da hasta pena que te marches —le soltó Kirsten observándola fijamente, como solía hacer, y Giselle sonrió.

—Lo cierto es que me siento muy bien.

—Puedes volver cuando quieras por aquí, siempre serás bienvenida.

—Muchas gracias, estoy segura de que volveré antes de lo que te imaginas, yo… —se lo pensó un poco y decidió contarle lo que estaba pasando, aunque aún no lo había hablado ni con su hermano—. He conocido a alguien, llevamos viéndonos dos semanas, así que…

—¿Has conocido a alguien? ¿dónde? ¿aquí?

—Claro, no he salido a ninguna parte.

—Vaya, creí que habíamos acordado que te tomarías un tiempo para curar lo de Robert antes de…

—No lo he planificado.

—Pero podrías haberlo evitado ¿o no?

—Imposible, ha sido muy potente, muy intenso, muy directo y no pude darle la espalda.

—Supongo que ya ha habido sexo —ella asintió— ¿Y cómo ha ido?

—Ya te lo he dicho, muy potente, muy intenso. Increíble.

—¿Te has enamorado?

—¡No! —negó con la cabeza—. Nos estamos conociendo, pero creo que podría tener recorrido y convertirse en algo importante. Es el primer hombre menos de treinta y cinco años con el que tengo una aventura, creo que ese es un buen comienzo.

—Sí, es un buen comienzo, pero ahora estábamos construyendo tu bienestar individual.

—Y seguiré trabajando con eso, encima él vive aquí, así que en cuanto me vaya tomaré distancia y veré hacia dónde sigo andando.

—¿Vive aquí? ¿en el complejo?

—En Portland.

—¿Quién es?, ¿un huésped?, ¿un compañero de terapia?

—No, trabaja para ti, así que no voy a decirte quién es, no pienso violar su derecho a la intimidad.

—No me importa que te estés acostando con un colaborador nuestro, Giselle, esto no es una cárcel, ni un internado, solemos respetar la vida privada y las decisiones de todo el mundo.

—Y yo que me alegro, pero por mi boca no sabrás nada. En fin —se puso de pie—. Tengo yoga dentro de quince minutos.

—Muy bien, dame un abrazo. Ha sido un placer trabajar contigo —la asió con fuerza y luego la cogió de las manos mirándola a los ojos—. Te veo esta noche en mi casa, a las siete, sed puntuales y ya que tienes un "ligue" por la zona, puedes traerlo si quieres.

—No, gracias —se echó a reír—. No hace falta, te veo para la cena. Hasta luego.

Salió de la consulta, dónde había pasado muchas tardes de su estancia en *Green Mountain*, y se fue directo a la terraza dónde darían la clase de yoga al aire libre, aunque hacía bastante frío. Lo del frío no le importaba, al contrario, y se acercó muy animada hasta allí, con varios minutos de antelación, calibrando la posibilidad real de anular todo lo que tenía pendiente y

quedarse dos semanas más por allí. Incluso podía invitar a Daniel a algún hotelito privado y romántico lejos de todo aquello para encerrarse a hacer el amor durante horas y horas. Esa sería una buena opción, aunque la opción más realista era quedarse en *Green Mountain* y seguir alternando sus calientes y explosivos encuentros sexuales con las terapias y el trabajo de él.

—¿Estás segura? ¿dos semanas más? —preguntó Stellan cuando fue a su habitación a contárselo y ella asintió— ¿Por qué?

—Esta noche llamaré a Mary para que lo arregle, puedo aplazar casi todo lo que hay pendiente y…

—¿Por qué? —repitió y se le acercó secándose el pelo con la toalla—. Hace un mes querías salir corriendo de aquí y ahora…

—Y ahora me siento bien, he desconectado, he aprendido un montón y… en fin… me he enrollado con alguien.

—¡¿Qué?! ¿con quién?

—No pienso decírtelo.

—¿A mí? ¿en serio?

—Daniel.

—¿De verdad?, pero si es un pipiolo.

—Tiene treinta y dos años.

—Para ti casi es un niño.

—Lo sé y ha sido un descubrimiento, así que he pensado quedarme un poco más y dar una oportunidad a lo que sea esto.

—Estás chiflada.

—Chiflada o no, tengo derecho, ahora que vuelvo a ser yo, a pasarlo bien y a hacer lo que me apetece.

—Gigi…

—Oye, tú has tenido un rollo con Jason y yo no he dicho nada, aunque adoro a Andrew.

—Andrew y yo nos estamos tomando un descanso.

—Vale, lo que tú digas…

—Ok, quédate si quieres, pero yo me tengo que marchar mañana a Nueva York.

—Por supuesto, no pasa nada.

Se abrazaron, ella volvió a su cuarto a vestirse para la cena de Kirsten, que solía invitar a los pacientes la víspera de su marcha a un encuentro informal en su casa, y sonrió pensando en que esa mujer tan fuerte y decidida, tan a su aire, estaba casada con el famoso doctor Hopper, el arquitecto emocional. Se había enterado por casualidad esa misma mañana y seguía sin poder creérselo, porque eran como la noche y el día.

Así supo que *Green Mountain* era propiedad de los dos, aunque también contaban con un pequeño número de promotores que financiaban ese proyecto de bienestar personal que tanto éxito tenía entre los ricos y famosos, porque estaba claro, hippies o no, con celo en las gafas o no, esa gente cobraba una fortuna por sus programas de ayuda que solo eran accesibles para gente con mucha pasta y, por lo tanto, debían estar forrados.

—¿Daniel?

Lo miró de arriba abajo cuando le abrió la puerta principal de la casa de Kirsten, y él dio un paso atrás completamente asombrado.

—¿Qué haces tú aquí? —fue su respuesta y Giselle lo miró muy confusa.

—Venimos a una cena con Kirsten.

—Pero tú no te vas hasta pasado mañana.

—Nos vamos mañana —intervino Stellan, sujetándola por la cintura para entrar en esa espectacular casa de piedra y madera, acristalada por todas partes, que estaba en la zona más alta del complejo— ¿Podemos pasar?

—No sabía… claro, adelante.

—¿Qué haces tú aquí? —le susurró pasando por su lado, pero él se calló al ver aparecer a Kirsten vestida con una túnica de seda azul cielo.

—¡Los guapos hermanos Erikson! —exclamó—. Entrad, por favor. Dani, sírveles una copa de vino, tu padre está a punto de bajar. Espero que os guste la comida mexicana, chicos.

—¿Tu padre?

Lo miró con los ojos abiertos como platos y él se escabulló hacia el mueble bar bajando la cabeza. Giselle se empezó a sentir de pronto muy mal, mareada, y entró en ese espectacular salón con vistas al Monte Hood con la clara sensación de que todo empezaba a ir muy mal.

—¡Hola! —una chica morena muy guapa apareció por su espalda con una bandeja llena de delicias y Kirsten la llamó con la mano.

—Lupe, ven, te presento a Giselle y Stellan Erikson. Se nos van ya de *Green Mountain* tras una estancia estupenda con nosotros.

—Encantada de conoceros.

—Igualmente.

—Lupe es chef en uno de los restaurantes mexicanos más famosos de Portland, pero, como además tenemos la suerte de que es la prometida de Dani, ha tenido la deferencia de venir hoy hasta aquí para hacernos la cena.

—Es un placer, Kirsten, lo sabes. Cariño ¿puedes poner esto ahí? —Giselle siguió a la chica con los ojos y vio cómo se dirigía a Daniel así de cariñosa y acariciándole el brazo. Retrocedió y Stellan la sujetó por los hombros.

—¿Su padre? ¿su prometida? —susurró a su hermano, que movió la cabeza.

—¿No lo sabías?

—Por supuesto que no.

—Buenas noches, bienvenidos.

De la nada apareció el doctor Hopper, con su aspecto desaliñado de siempre, y les puso unas copas de vino en la mano a la par que otros pacientes, o huéspedes como se empeñaban en llamarlos, llegaban puntuales a la cena.

A partir de ese momento exacto Giselle ya no oyó nada más. Todo se convirtió en una nebulosa oscura, muy desagradable, que le impidió seguir las charlas o las risas con algo de normalidad, y que solo la hacía pensar en por qué y cómo había llegado a confiar en alguien del que no sabía ni el apellido, en alguien del que no sabía prácticamente nada, en alguien a quien que le había dicho barbaridades sobre sus propios padres, a pesar de lo cual, le había seguido ocultado quién era.

—¿O sea que tú no has estado todo el tiempo aquí? —oyó que Lupe preguntaba a Stellan y subió los ojos para mirar a Daniel, que permanecía mudo y sentado en su lado opuesto de la mesa.

—Estuve las primeras dos semanas, las otras dos no, vine este fin de semana para despedirme, recoger a Gigi y disfrutar un poquito más del rancho.

—¿Trabajas en los Estados Unidos?

—En realidad entre Londres y Nueva York.

—Es abogado y trabaja para una gran multinacional sueca —susurró Kristen y todos asintieron.

—Una de alta tecnología, incluidos los videojuegos —habló Giselle por primera vez en toda la noche y miró a Daniel—. No sé si te lo había comentado, Daniel.

—Sí, claro —respondió él mirando el plato.

—Y tú sin contarme que eras hijo de Kirsten y Bob.

—¿No lo sabías? —preguntó Kirsten y Daniel se apoyó en el respaldo de la silla muy incómodo.

—No y ha sido una tremenda sorpresa saberlo después de un mes.

—Pero ¿sois amigos? —interrogó Lupe, la chica mexicana inmediatamente en guardia y su "prometido" la miró de soslayo. Giselle observó la cara de Kirsten y sonrió.

—No, no somos amigos, si lo fuéramos habría sabido de quién era hijo.

—¿Cuántos hijos tenéis?

Quiso saber uno de los invitados y Kirsten contestó que cuatro, dos adoptivos, de diferentes nacionalidades, y dos biológicos. Que Daniel había nacido en Costa Rica y que lo habían traído a Oregón a los seis meses… que era un artista, que estaba haciendo un mural en el rancho, que tenía su taller en el complejo, pero que en realidad era un diseñador de videojuegos muy importante que trabajaba para una compañía japonesa desde Portland.

Un montón de datos que ya no le interesaban, así que se calló y siguió probando la comida sin apetito y con ganas de salir huyendo de ahí cuanto antes.

—Giselle —oyó su voz por la espalda y se giró hacia él poniéndose la chaqueta— ¿Ya os vais?

—… —guardó silencio y lo miró de arriba abajo—. No soy una mojigata, ni una santa, no me importa si tienes prometida y aun así hayas decidido acostarte conmigo como doce veces. No me parece bien, pero ese no es mi problema, sin embargo, que me ocultaras quiénes son tus padres y me permitieras explayarme y hablar pestes de ellos en tu propia cara me parece de lo peor, así que, por favor, no vuelvas a dirigirme la palabra.

—Oye, solo estábamos pasándolo bien, tú te ibas a largar a las dos semanas y…

—No me interesa, adiós.

—Amor —Lupe llegó por un pasillo y se le abrazó al pecho. Era muy bajita y morena, muy guapa, tenía un aire a Kirsten, y observó con un poco de lástima como se aferraba a él intentando marcar el territorio. Un territorio que, estaba segura, era invadido constantemente por otras mujeres—. Tu madre te llama.

—Ya voy, gracias. Giselle, dame un minuto…

—¿Puede alguien llamar a mi hermano, por favor?. No sé dónde se ha metido.

Lupe la miró con muy malas pulgas, agarró a su novio de la mano y se lo llevó. Ella sintió cómo se le caía el alma a los pies, porque había pensado que había encontrado algo diferente y valioso en ese tío tan increíble, pero se lo tragó y salió hacia una galería acristalada que rodeaba toda la casa, intentando recuperar un poco la calma.

Estaba lloviendo, pensó en la primera vez que lo había visto, y de pronto se le llenaron los ojos de lágrimas.

En un mundo perfecto ella se habría quedado dos semanas más allí, o tres, o el resto del año, o lo habría invitado a Londres. Podrían haber empezado una relación seria, podrían haberse enamorado, haber sido muy felices, haberse comprometido, tenido hijos y vivir como las personas normales, pero no, eso no iba a tenerlo nunca porque su mundo perfecto no existía, los

hombres que le importaban solían quedarse con otra que no era ella, y debía empezar a aceptarlo de una puñetera vez.

—¿Dónde estabas? Llevo quince minutos buscándote.

—¿Qué? —se giró hacia su hermano y comprobó que había recorrido varios metros de la galería—. Yo también estaba buscándote.

—¿Qué coño…? —Stellan levantó una mano para hacerla callar y los dos oyeron una discusión muy tensa entre Kirsten y Daniel. Su hermano hizo amago de irse, pero ella lo detuvo por el brazo.

—¿No le habías dicho que eras nuestro hijo? —inquiría Kirsten con voz contenida.

—No.

—¿Te acuestas con ella y no se lo dices?

—¿De qué coño estás hablando?

—Esta misma tarde me contó que había conocido a alguien y que creía que podía llegar a ser importante. Ese alguien eres tú, evidentemente, solo hay que ver cómo se ha puesto al verte aquí y con Lupe.

—Ya basta, no tengo porqué…

—Esa chica es caprichosa, inestable, frágil y vulnerable, cómo la mayoría de nuestros pacientes, es increíble que te relacionaras con ella y encima le ocultaras que eres nuestro hijo, como si no conocieras el material sensible con el que trabajamos aquí.

—Son personas, mamá, no material sensible.

—Esa pobre chica es una bomba de relojería, la han utilizado física y emocionalmente toda su vida, ella cree que es fuerte y autosuficiente, pero es mentira. Es débil, un soplido y colapsará.

—Tú no la conoces, ha ido a tus putas terapias por puro compromiso, no es esa mujer débil de la que hablas.

—La mayor tragedia de la señorita Erikson es ser tan guapa y deseable que todo el mundo hace lo que sea por tenerla, por llevársela a la cama o por conseguir su atención, y ella ha aprendido a relacionarse así con los demás, a través de su sexualidad, y tú, mi inteligente hijo, has hecho lo mismo que los otros hombres de su vida, utilizarla, porque tu deseo primó a su bienestar.

—No ha sido así…

—Giselle Erikson es un ser al que hay que reconstruir desde los cimientos, una causa perdida, y no quiero que te acerques nunca más a ella, jamás podrá darte una relación normal y estable. No puede, no sabe y nunca podrá, lleva demasiado tiempo fuera de control, tiene la cabeza y los principios trastocados, es un desastre, te volverá loco y no pienso consentirlo, así que ahora mismo te despedirás de ella para siempre.

—¡Vamos! —ordenó de pronto Stellan y ella se dio cuenta de que estaba paralizada y llorando como una idiota. ¿Cómo su propia terapeuta podía hablar de ella de ese modo?—. Giselle, vamos. ¡Giselle!

—Dios bendito ¿Qué hacéis vosotros dos aquí?

Kirsten Hopper abrió la puerta que daba a la galería y se los quedó mirando con la boca abierta. Daniel apareció en seguida, la apartó y trató de acercarse a ellos, pero Stellan Erikson, que era un tipo enorme de casi dos metros de estatura, y temible cuando se enfadaba, se giró y los señaló con el dedo.

—Como vuelvas a acercarte a mi hermana te rompo la cara, y lo mismo tú, doctora Hopper, no intentes, nunca más, acercarte a nosotros o te demandaré.

Acto seguido miró a su hermana, ella asintió, la abrazó y corrieron juntos hacia el hotel sin hablar, no hizo falta. Llegaron allí, hicieron las maletas y abandonaron *Green Mountain* esa misma noche.

7

—Giselle, quieta, estás espectacular…

Dejó que Charlotte Tilbury en persona le repasara el maquillaje y luego caminó hacia la pasarela intentando no mover las alas, porque pesaban un montón.

Alguien le arregló la vaporosa capa blanca que arrastraría varios metros, le enderezaron el precioso sujetador cuajado de cristalitos, el bikini diminuto, y cerró los ojos. Estaba un año más en el prestigioso desfile de Victoria's Secret, se estaba consolidando como un ángel de la firma, esta vez nada menos que en Nueva York y, sin embargo, seguía todo el espectáculo como si le estuviera pasando a otra persona.

—Doce centímetros de tacón, no lo olvides.

Le dijo alguien al oído y ella avanzó hasta su posición sintiendo la música en directo y los aplausos. De pronto la adrenalina hizo su efecto y se emocionó, dio el primer paso y salió a la luz de los focos sonriendo de oreja a oreja, balanceándose con la pieza más importante del desfile, mientras un ejército de cámaras de televisión y de fotos inmortalizaban el gran momento de la noche.

Al llegar a la mitad del recorrido se le ocurrió mover un poco los hombros al ritmo de la música y la gente estalló en una gran ovación que la llevó en volandas al final de la pasarela, donde guiñó un ojo y tiró besos a las cámaras antes de girarse como una campeona para volver hasta la cabecera de la misma, donde se encontró con sus famosas compañeras, con las que posó radiante para dar por acabada una gala mágica que se le había pasado muy rápido después de tantas horas de ensayos y ayunos.

—Hamburguesa, patatas fritas y aros de cebolla, por favor —pidió al camarero del Hotel Plaza, donde se había celebrado el desfile, y su hermano y su madre se echaron a reír— ¿Vosotros queréis algo?

—No, gracias ¿no tenemos que ir ahora al *after party*?

—Seguro que no habrá comida suficiente y me muero de hambre —miró el *backstage* lleno de gente y sonrió a unos invitados famosos mientras se colocaba las zapatillas de deporte—. Ahora me iría gustosa a correr un rato por Central Park.

—Vamos, yo te acompaño —susurró su madre en sueco y se le sentó al lado—. Ha sido un exitazo, tengo mil mensajes de Estocolmo, ¿te ha escrito tu padre?

—Supongo —miró por encima el móvil y vio cuarenta mensajes sin leer, alguno de su padre, que ahora vivía en París con su penúltima (porque nunca había una última) novia—. Sí que me ha escrito.

—Giselle, todo en orden ¿Puedo empezar mi noche libre?, mañana hay que madrugar y… —preguntó Mary, su ayudante (y mejor amiga desde el instituto) y ella le hizo un gesto con la mano para que se marchara.

—Diviértete, cariño, no apagues el móvil y nos vemos mañana.

—Ok, hasta mañana —le dio un beso en la mejilla, se despidió con la mano de todo el mundo y salió corriendo. Giselle miró a su madre y suspiró.

—Princesa, tenemos tu vestido aquí —Julien Macdonald, el diseñador más prometedor del momento, se le acercó con dos de sus ayudantes y el vestido de noche, ceñido y plateado, en una percha.

—No creo que me pueda subir a otros tacones.

—Tenemos unos de ocho centímetros ¿Cuánto mides con solo ocho centímetros?

—Uno ochenta y tres —se apresuró a contestar uno de los ayudantes—. Es perfecto para nuestro largo.

—Ok, estupendo, te lo dejamos aquí. En media hora salimos hacia el *after party.*

—Genial, pero después del *photocall* me largo porque estoy agotada y mañana cojo un avión a las nueve de la mañana.

—Por supuesto, angelito.

El diseñador se fue y ella se comió con ganas la hamburguesa, las patatas fritas y los aros de cebolla, antes de sacarse el albornoz y embutirse el modelito que le quedaba literalmente como un guante, apenas se podía mover con algo de soltura, pero eso era lo de menos, parecía Rita Hayworth y eso era lo único que le importaba a todo el mundo.

—Hej, älskling —oyó a su espalda y se giró para ver quién la llamaba cariño, en sueco, en pleno Manhattan, y se encontró con su amigo Alex—. El ángel más angelical de todos.

—¡Hola! —se acercó y le pegó un abrazo, él la estrechó contra su pecho y le besó la cabeza—. Madre mía, que bien hueles siempre, señor Skarsgård.

—Lo mismo digo. He visto a tu madre y a Stellan en el bar charlando con unos japoneses.

—Están relacionándose, ya sabes lo entusiastas que son ¿Qué tal estás?

—No tan bien como tú —sonrió con esa dulzura suya y ella ladeó la cabeza—. No me llamas nunca, ¿cuánto tiempo llevas en Nueva York?

—Una semana. No te llamo porque no sé dónde andas metido. He oído que te has echado una novia muy famosa.

—¿En serio?, pues yo no he oído nada.

—Muy gracioso —observó como la cogía por las caderas y la pegaba a su cuerpo con propiedad. Era altísimo y levantó la cabeza para mirarlo a los ojos—. Hoy no, corazón, estoy en otra dimensión últimamente.

—¿Otra dimensión?, ¿no dejarás que me lleve a la cama a un ángel de Victoria's Secret después del desfile? ¿en serio? Eso es muy cruel.

—Lo siento, pero seguro que tienes otras opciones —se apartó mirando a su alrededor y él sonrió.

—¿Qué pasa?, ¿tienes a otro esperando?

—No.

—¿Entonces?

—Estoy con un nuevo plan de vida que incluye una especie de celibato.

—No, venga, no me pongas más cachondo.

—No, va en serio.

—¿Y eso? —se cruzó de brazos y entornó los ojos.

—Es un programa terapéutico nuevo. He dejado a mi sicóloga de siempre, estoy con una especialista oriental muy buena y trato de sanar muchos aspectos de mi vida, empezando por no irme a la cama con tíos buenos como tú a la primera de cambio.

—¿Qué?

—No soy una adicta al sexo ni nada parecido, no te asustes, simplemente he dado un giro más espiritual a mi vida y estoy fenomenal. ¿Qué tal tú? No paras de trabajar, macho, te veo en todas partes…

—¿Un giro más espiritual?, me parece perfecto, pero los extremismos siempre son malos ¿qué ha pasado?

—Pues… —miró a esa gente tan elegante, tan perfumada, y tan glamurosa que bailaba en el centro del *after party*, y pensó en Kirsten Hopper y en cómo la había definido aquella inolvidable noche en su casa de Portland—. No ha pasado nada, solo he buscado una nueva terapeuta, sabes que siempre he dependido de ellas.

—Y yo que lo siento, simplemente deberías vivir y disfrutar a tope, empezando por venirte conmigo.

—No…

—¡Alex! —unas chicas saltaron para subírsele a la espalda y él se echó a reír con su encanto habitual—. Vamos a una fiesta en casa de Anna Wintour ¿Te vienes, Giselle?

—No, gracias, no puedo, hace dos horas que debería estar en la cama, así que todo vuestro. Bombón —se acercó a ese espectacular dios escandinavo y le acarició la cara antes de darle un beso fugaz en los labios—. Ya tienes plan. Yo, en cuanto esté mejor, te llamo, lo prometo.

Lo dejó debatiéndose entre dos súper modelos y se fue a buscar a su hermano y a su madre, que parecían estar encantados en la fiesta. Se despidió de ellos, llamó a un coche, salió a la calle, donde un par de *paparazzis* le hicieron fotografías, y a los que sonrió amablemente hasta que apareció su transporte, y se subió pensando en lo guapo y sexy que era Alex, un tipo, por otra parte, con el que jamás una se podría plantear una relación seria y estable, que era su gran reto en ese momento.

Cerró los ojos y sintió el agotamiento que llevaba encima. Una semana con ensayos, sesiones de fotos y entrevistas por el dichoso desfile de Victoria’s Secret. Una oportunidad por la que la mayoría de las modelos mataba, pero que a la hora de la verdad era un trabajo duro y extenuante.

Sonrió pensando en su hermana Ingrid, que no podía aceptar aquello de ser modelo como un trabajo de verdad, y quiso verla a ella con tacones y cambiándose de ropa y de maquillaje mil veces al día mientras posabas en eternas sesiones de fotos o cruzabas pasarelas con vestidos que no siempre eran cómodos o bonitos, o que pesaban, como las alas de Victoria’s Secret, y pareciendo siempre lozana, fresca y feliz.

Obviamente, aquello no era ir a una oficina de nueve a cinco, estar en un quirófano o picar piedra en una carretera, pero sí era un trabajo serio al que había que sumar, además, interminables horas de vuelo y noches de hotel que acababan por desquiciarte.

—Señorita Erikson, han dejado esto para usted —el recepcionista del hotel le acercó un paquete cilíndrico y ella frunció el ceño—. Las flores, las cestas de frutas y los bombones se los hemos subido a su suite, pero esto lo trajeron hace media hora.

—Gracias. Buenas noches.

Subió al ascensor cada vez más cansada, llegó a la suite y cuando abrió la puerta efectivamente se encontró con montones de rosas y regalos, además de cajas con ropa, zapatos, maquillaje o lencería, que la firma les regalaba por su participación en el desfile.

Entró esquivando la ingente cantidad de paquetes y bolsas primorosas y contestó al teléfono para hablar con su agente.

—Hola, Clare.

—¿Dónde te metes, Gigi?. Te he buscado por todas partes hasta que Alexander Skarsgård me ha dicho que te habías ido a dormir.

—Skarsgård —respondió, pronunciando bien el apellido, y puso el cilindro de medio metro sobre la cama, agarró la parte superior e intentó abrirlo.

—Como sea ¿Estas bien?

—Agotada.

—Lo sé, si quieres cambio la salida de mañana.

—¿En serio?

—Claro, te has portado como una campeona esta semana, te mereces un respiro. Cambio los billetes a las dos de la tarde ¿ok?, luego te mando un mensaje con los detalles de la confirmación, ahora a descansar.

—Gracias, guapísima. Buenas noches.

Tiró de la tapa y volcó el cilindro encima del edredón, de dentro cayó una especie de pergamino pequeñito y la mitad de un lienzo. Lo sacó entero, agarrando el papel más pequeño y lo leyó intentando desenrollar aquello que olía a pintura acrílica, óleo o algo parecido.

"No puedo dejar de pensar en ti. Tenemos una charla pendiente. Estoy en Nueva York, llámame e iré dónde me digas. Daniel Hopper"

El corazón le dio un vuelco, porque hacía casi tres meses que hacía un gran esfuerzo por no pensar en él, y en todo lo que había ocurrido en *Green Mountain*, y miró el número de teléfono sin intención alguna de llamarlo, tiró el papel al suelo y desenrolló el lienzo, que era bastante grande.

—Madre mía…

Susurró, viendo un retrato suyo espectacular, en tonos pastel, que era tan realista que parecía una fotografía.

Aparecía abrazada a uno de los cachorros de Mimi y sonreía al pintor con los ojos brillantes, muy feliz y relajada. Era una obra increíble, pero la soltó como si le quemara y la tiró también sobre la alfombra.

Respiró hondo con las manos en las caderas, intentando relajarse, y se desplomó en la cama con los brazos en cruz, bocabajo, con los ojos cerrados, oyendo en su cabeza otra vez las duras palabras de Kirsten Hopper: "La mayor tragedia de la señorita Erikson es ser tan guapa y deseable que todo el mundo hace lo que sea por tenerla, por llevársela a la cama o por conseguir su atención, y ella ha aprendido a relacionarse así con los demás, a través de su sexualidad… es un ser al que hay que reconstruir desde los cimientos y no quiero que te acerques nunca más a ella, jamás podrá darte una relación normal y estable. No puede, no sabe. Es un desastre".

Se dio cuenta de que estaba llorando y se giró en la cama para mirar el techo. Hacía tres horas estaba encima de la pasarela más importante del mundo, cerrando el desfile más importante del mundo, siendo a la vez aplaudida, admirada y deseada por cientos de personas y, sin embargo, ahí estaba, sola en una habitación de hotel, con un vestido carísimo que ni siquiera le gustaba, lloriqueando otra vez por las palabras de esa mujer que no había actuado ni como

sicóloga ni como experta, que simplemente se había comportado como una madre neurótica a la que le aterraba que alguien tan horrible como Giselle Erikson se acercara a su guapo y talentoso hijo.

Stellan seguía queriendo denunciarla al colegio de sicólogos y terapeutas de Oregón por su comportamiento, por hablar así de su paciente a una tercera persona, rompiendo un montón de códigos éticos, pero ella no quería remover las cosas. Comprendía que había hablado la madre y no la especialista, y solo necesitaba enterrar el episodio y no volver a pensar nunca más en esa gente.

Lo cierto es que el golpe la había partido en dos y había llorado por la reacción de Daniel, que tampoco había actuado como ella hubiese querido, pero a la mierda con los dos, al menos aquello había servido para dar un giro a su vida y para buscar ayuda en personas que la entendían de verdad. Eso era lo único importante y no pensaba darle más vueltas.

Se levantó de la cama, se sacó el vestido, agarró el lienzo y la nota y los tiró en una papelera, volvió a la cama, puso la tele y se quedó dormida de inmediato.

8

—Me ha mandado ya tres cuadros, no sé si considerarlo acoso.

Su madre miró el lienzo abierto y tomó un sorbo de ponche sin atreverse a opinar. Giselle se cruzó de brazos y observó una vez más esa preciosa pintura de Daniel Hopper, donde ella aparecía de perfil, con el Monte Hood de fondo, con una apacible sonrisa que le daba un aire muy etéreo, muy mágico, y que le había llegado esa misma mañana a su apartamento de Estocolmo.

—Me mandó uno a mi hotel de Nueva York, otro al piso de Londres y este aquí ¿de dónde saca mis señas?

—Pues a mí parece una ofrenda de paz preciosa.

—¿Ofrenda de Paz?

—Te los manda con una nota proponiendo quedar para hablar, es un gesto amistoso, original y muy bonito que deberías tener en cuenta. Queda con él.

—En ninguna nota de las que adjunta pide disculpas, solo dice que quiere hablar. ¿Este tío quién demonios se cree que es?

—Yo lo llamaría y vería de qué quiere hablar.

—Tú es que eres una buenaza, mamá.

—Por una vez en tu vida deberías hacer caso a la buenaza de tu madre, coger ese teléfono y llamarlo. No pierdes nada.

—Fue muy feo lo que pasó en Oregón.

—Han pasado tres meses, no seas tan rencorosa.

—¿Rencorosa yo? ¿sabes acaso…?

—Solo sé que la que soltó pestes por la boca fue su madre, no este chico, así que tampoco es para crucificarlo. Habla con él y zanja el tema de una vez, no seas niña.

La dejó sola en la cocina y ella miró la cantidad de cacharros y platos que estaban dispuestos para la comida de navidad. Era nochebuena y al día siguiente toda la familia estaría allí para repartir los regalos y ponerse hasta arriba de los manjares navideños preparados por su madre, y por su abuela, que era la que más disfrutaba de las fiestas.

Se acercó al ventanal de la cocina y se quedó mirando la nieve con la mente en blanco. No tenía muchas ganas de pensar, ni de dar más vueltas a lo que había pasado en *Green Mountain*, pero Daniel Hopper se lo estaba poniendo muy difícil si aparecía de cuando en cuando con sus paquetes cilíndricos y sus lienzos. Era un pesado tocapelotas y estaba empezando a enfadarse.

Agarró el teléfono móvil, buscó el papelito dónde venía su número y lo marcó suponiendo que estaría en Portland en navidad.

—Soy Giselle Erikson.

—¿Giselle? —preguntó con esa voz serena y ella sintió un pequeño pellizco en el estómago.

—Esta mañana he recibido tu tercer cuadro y quiero que me digas ahora mismo de dónde sacas mis direcciones y mi paradero. ¿Cómo sabías que estaba en Suecia?

—¿Qué tal estás?

—Contesta a mi pregunta.

—En tu ficha de *Green Mountain* aparecen todos tus datos y direcciones…

—¿Has robado información confidencial?

—Técnicamente no, porque soy yo el que lleva todo el archivo digital del complejo.

—La madre que te…

—Y saber tu paradero es solo cuestión de lógica —interrumpió.

—¿También mi hotel de Nueva York?

—Mi hermana era una de las productoras del desfile de Victoria's Secret y me dijo dónde alojabais las modelos.

—Muy bonito.

—Es la verdad.

—No sé si creerte.

—No tengo por qué mentir.

—No sé, a mí me parece que sueles mentir con facilidad.

—Yo nunca te he mentido, simplemente no te conté quienes eran mis padres, un dato personal que no suelo contar a ningún huésped de *Green Mountain*, y que existía Lupe, pero esa es otra cuestión.

—¿Otra cuestión?

—Giselle, tú eres una chica famosa, liberal y adulta, que iba a dejar Portland en dos o tres semanas, no tenía por qué contarte nada de mi vida personal.

—Yo a ti te conté cosas que no le he dicho a nadie.

—Esa fue tu elección, yo no te presioné…

—Vaya, que fácil es verlo así.

—Solo digo lo que pasó.

—En fin, no pienso discutirlo contigo. Solo te pido que dejes de enviarme cuadros porque los rompo todos, así que no malgastes tu tiempo conmigo.

—No me importa si los rompes, solo necesito que sepas como te veo yo.

—Ok, adiós.

—¿Pode…?

No lo dejó acabar y colgó lamentando haber llamado sin pararse a pensar que ahora, encima, iba a tener su número de teléfono personal porque había olvidado activar el sistema de llamada anónima. Una auténtica y soberana gilipollez.

9

—Hogar dulce hogar…

Oyó la voz y antes de poder enderezarse y reaccionar, sintió a Robert pegado a su espalda, sobándose contra su trasero y besándole el cuello con la boca abierta. Se puso tensa, se dio la vuelta con violencia y lo apartó de un empujón.

—¡No me toques!

—No te pongas así, palomita, solo estoy saludando.

—Aléjate de mí.

—Gigi…

Ella apartó la mirada de ese ser repugnante que tenía delante y luego la desvió hacia los guardias de seguridad del hotel que los observaban con atención, respiró hondo y giró hacia los ascensores para subir a su suite antes de acabar montando un escándalo en público.

—Solo quiero hablar contigo —le cortó el paso y ella se cruzó de brazos—. Tenemos muchos temas pendientes.

—Creo que voy a contratar escolta privada.

—Cuando estabas conmigo no la necesitabas.

—¿Qué tal está tu mujer, Robert? ¿ya ha dado a luz?

—Le queda muy poco, gracias por preguntar —se le acercó y ella retrocedió—. Te echo de menos y sé que tú a mí, no me hagas perder más el tiempo y subamos a la habitación ¿quieres?

—¿A mi habitación?

—¿Te estás haciendo la dura conmigo? Porque los dos sabemos adónde nos llevará esto.

—No voy a acostarme contigo, gilipollas ¿de qué vas?

—No te comportes como una cría caprichosa conmigo, Giselle, conmigo no. Entra al puto ascensor y subamos a tu suite ¡Ya!

—Eres lamentable —dio un paso atrás y lo observó con desprecio de arriba abajo. En realidad, nunca se había fijado en lo poco atractivo que era, con ese aspecto descuidado y decadente de un hombre que había vivido demasiado y demasiado mal—. ¿Ya te has tomado la Viagra y por eso te alteras tanto?

—Contigo no necesito la Viagra, palomita, sabes que me pones cachondo nada más verte. Vamos —la sujetó por la cadera, deslizó la mano y le apretó el trasero con violencia—. Te voy a follar hasta que…

—¡Suéltame!

—¡Giselle! Quieta, estás montando un numerito.

—¡Que no me toques, imbécil!

Lo empujó con las dos manos, él trastabilló y se recompuso con una cara de furia total. Nunca le había pegado, pero muchas veces había estado a punto, y ella había llegado a disfrutar de esos ataques de ira que siempre terminaban con unos encuentros sexuales extremos y duros de los que salía sintiéndose fatal.

—¡¿Qué ocurre aquí?!

La voz le pareció ajena en ese lugar y en ese momento, y se volvió hacia ella con el ceño fruncido, para mirar a la cara al hombre que de repente se puso delante de Robert Sarkisian con una autoridad inaudita.

Era alto, moreno y joven. Era fuerte y resuelto, era Daniel Hopper en persona, y observó con perplejidad como enfrentaba a Robert y éste retrocedía intimidado y completamente sorprendido.

—¿Qué te pasa, capullo? ¿no te das cuenta de que quiere que la dejes en paz?

—¿Y a ti quién coño te ha dado vela en este entierro?. Te estás confundiendo, amigo, y es mejor que no te metas dónde no te llaman. Giselle, ven aquí.

—Él único confundido aquí eres tú, amigo —recalcó la última palabra y estiró la mano hacia atrás para cogerla del brazo antes de girarse y mirarla a la cara— ¿Estás bien?

—Sí, gracias.

—¿Conoces a este payaso? ¿te estás acostando con él? —chilló Robert y el gerente del hotel, acompañado por dos guardias de seguridad, se les acercaron muy serios—. Serás zorra, Giselle.

—¡¿Qué?!

Se adelantó para abofetearlo, pero no hizo falta porque Daniel fue más rápido, se volvió veloz y le asestó un puñetazo en plena cara que lo tiró al suelo de espaldas. Todo el *hall* del hotel ahogó un grito y los guardias lo contuvieron mientras alguien atendía a legendario Robert Sarkisian, que era incapaz de ponerse de pie sin ayuda.

—¡Soltadlo!, es mi novio y ese hombre me ha faltado al respeto no sé cuántas veces en cinco minutos —empujó a los guardias de seguridad y se agarró al brazo de Daniel—. Sacadlo de aquí si no queréis que llame a la policía y empiece a poner denuncias a todo el mundo.

—Señorita Erikson… —intervino el gerente.

—No sé cómo permite la entrada de ese individuo para que me acose en su hotel. Échelo a la calle o le juro por Dios que los demandaré y se enterará toda la prensa del país.

—Ahora sí que te vas a enterar, Giselle, ahora sí que voy a ir contra ti con todo lo que tengo. Venía en son de paz, pero tu amiguito acaba de cagarla medio a medio —chilló Robert, rojo por el esfuerzo—. Te voy a arruinar la vida.

—Señor, por favor —observó cómo lo sacaban a la calle, respiró hondo, porque estaba temblando como una hoja, y buscó los ojos oscuros de Daniel.

—¿Estás bien?

—Yo sí ¿y tú?

—Vamos… —lo agarró de la mano y se acercó a los ascensores, esperó con calma a que llegara uno, entró y se apoyó contra la pared metálica guardando silencio hasta que se cerraron las puertas— ¿Qué coño estás haciendo en Nueva York?

—Trabajo aquí.

—¿Ah sí? ¿desde cuándo?

—Diciembre.

—¿Y cómo sabías que yo estaba aquí?

—Leo la prensa, Instagram y tus redes sociales.

—No sé qué contestar a eso —lo calibró con los ojos claros entornados y él le sostuvo la mirada con serenidad y cara de inocente—. Gracias por intervenir, se me estaba llendo de las manos.

—Lo sé, es un tipejo peligroso.

—De lo peor —llegaron al *penthouse* dónde estaba su suite, salió al rellano, se dio la vuelta y lo miró.

—Estoy en Manhattan, vivo en el Midtown, puedo llegar dónde quieras en seguida, y lo haré si me llamas para hablar conmigo. Es lo único y lo último que te voy a pedir, Giselle, lo prometo.

—Bueno, ya que estás aquí ¿por qué no pasas y acabamos con esto? —soltó por impulso, y aún un poco conmocionada por la escena con Robert, y él asintió—. Mary, mi ayudante, se ha ido de compras y como habrás podido comprobar estoy sola. Es un buen momento para hablar.

—Muy bien, gracias.

—¿Quieres tomar algo?, ¿hielo para la mano? —observó de reojo como él se masajeaba los nudillos y tiró el abrigo y el bolso encima de un sofá.

—No, gracias.

—Yo me voy a tomar algo —puso el calentador del servicio de té y esperó a que estuviera listo para servirse una infusión. No quería admitirlo, pero había pasado miedo de verdad con Robert, que era capaz de violentarla sin mucho esfuerzo.

—¿Siempre se ha comportado así contigo?

—¿Robert?, no, no siempre, pero sí muchas veces, en cuanto no podía controlarme montaba en cólera y…

—¿Y tú cedías?

—A veces sí, a veces no.

—¿Y hoy hubieses acabado cediendo?

—Ya ves que no, pero… en fin, no es asunto tuyo. Dime de qué querías hablar conmigo.

—Hombre, está claro. Tu salida de *Green Mountain* no fue la más amistosa, ni la más agradable, y apenas puedo dormir desde entonces.

—Tú no tuviste toda la culpa.

—No, pero lo que haga mi madre, en parte, me hace sentir responsable.

—Mira, ¿sabes qué?, ya tengo olvidado todo aquello, me jodió, por supuesto, no estoy acostumbrada a abrirme a nadie y resulta que para una vez que lo hago de verdad, las dos personas en cuestión me fallan, pero no quiero, ni puedo, dar más vueltas al tema.

—Yo nunca traicioné tu confianza… espera —la vio sonreír y levantó una mano—. No te dije que mis padres adoptivos eran los Hopper porque no suelo decírselo a nadie en *Green Mountain*, los huéspedes entráis y salís, y a nadie le interesa saber quién soy o qué hago allí.

—Te estabas acostando conmigo.

—De forma completamente libre y saludable, no había nadie más que tú y yo allí, daba igual quienes fuéramos en nuestra vida normal.

—Esa era mi vida normal, tal vez la tuya no, pero la mía sí, y encima te conté cosas muy íntimas.

—Tienes toda la razón, me equivoqué y lo siento mucho. Yo tengo mis motivos, que son los que acabo decir, pero me equivoqué al no hablar claramente contigo. Lo hice muy mal y me arrepiento muchísimo, pero ya no puedo cambiar lo que pasó, solo puedo pedirte perdón e intentar enmendar de algún modo el daño que te pude hacer.

—Bueno…

—Mis hermanos y yo odiamos *Green Mountain*, colaboro con Kirsten y Bob porque me dejan tener allí mi taller y porque me gusta estar en el rancho, pero la pura verdad es que no llevo demasiado bien el trato con sus pacientes y mucho menos que esos pacientes sepan quién soy, prefiero mantener mi anonimato y así el trato funciona bien, bueno, funcionaba bien hasta que te conocí a ti.

—Solo bastaba decirlo con naturalidad, a mí me hubiese dado igual que fueras su hijo.

—¿Estás segura?

—Por supuesto, no es que sean el rey y la reina de Inglaterra —sonrió y él relajó los hombros e iluminó toda la suite con esa sonrisa cálida y preciosa que tenía.

—Lo gestioné fatal, lo siento.

—Lo peor es que me dejaste hablar pestes de ellos en tu cara.

—Mucha gente lo hace, no te preocupes.

—Me dio mucha vergüenza, aunque más vergüenza me dio oír a tu madre definirme como una mujer caprichosa y llena de problemas, un desastre, alguien al que no debías acercarte nunca más.

—Ella es dramática y exagerada, pero esa noche rebasó todos sus límites. Lo siento mucho.

—Ok, muchas gracias por insistir en mantener esta charla, te lo agradezco mucho, pero tengo un compromiso y en media hora vendrán mi estilista, mi ayudante y…

—Gracias por escucharme. Necesitaba hablar mirándote a los ojos y pedirte disculpas, o iba a acabar pegándome un tiro.

—No será para tanto.

—Aún no me puedo creer que alguien como tú estuviera conmigo, seguro que todo fue producto del aislamiento y tu cabreo constante por tener que quedarte allí, pero…

—No soy una extraterrestre, Daniel, estuve contigo porque me gustabas mucho y porque apareciste en el momento oportuno.

—Tú eres quién eres y yo soy quién soy, no soy idiota.

—Empiezas a tratarme como lo hace todo el mundo y voy a cabrearme de verdad.

—Ok, lo siento, solo intento ser sincero.

—Casi todos los hombres me tratan como a un artículo de lujo al que conseguir tirarse se convierte en el mayor logro de sus vidas, y ya sabes lo que opino al respecto.

—Yo no soy como los demás.

—Me alegro por ti —le sostuvo la mirada y suspiró— ¿Cómo está Lupe?

—La misma noche que te marchaste de *Green Mountain* rompimos, fue consciente de que esta vez era diferente y de que tú no eras una aventura más.

—¿O sea que no era la primera vez?

—No.

—… —guardó silencio sin saber qué decir y él dio un paso al frente.

—Tarde o temprano iba a ocurrir. Giselle… —hizo amago de tocarla y ella lo esquivó.

—En serio, tengo un evento dentro de dos horas y…

—¿Cómo estás? —buscó sus ojos y ella respiró hondo.

—¿Que cómo estoy?, estoy mejor. De hecho, gracias a las palabras de tu madre me he replanteado mi vida, he hecho algunos cambios y me siento muy bien así. No estoy de acuerdo con ella en muchas cosas, como en esa idea absurda que tiene de que utilizo mi sexualidad para relacionarme con los demás, eso es falso, injusto y deja claro que no me conoce en absoluto, pero, aparte de eso, presté atención y tomé nota. Cómo dice mi abuela: “no hay mal que por bien

no venga", y lo que opina Kirsten sobre mí me humilló y me hizo daño, pero acabó por despertarme.

—Siento tanto…

—¡Giselle! ¿estás bien?, el conserje me ha dicho que… —Mary entró sofocada en el saloncito y se los quedó mirando indistintamente—. ¿Va todo bien?

—Perfectamente, no te preocupes. Este es Daniel Hopper, el hijo de mi terapeuta de *Green Mountain*, pero ya se iba.

—Me dijeron que Robert…

—Sí, se comportó como un cerdo, pero afortunadamente Daniel andaba por aquí y me echó un cable.

—Gracias a Dios, vaya susto, tu hermano me dijo que si lo veíamos por Nueva York le avisara.

—Dejemos a Stellan en paz, ¿a qué hora viene el coche?

—Dentro de dos horas, los chicos están subiendo con la ropa y el calzado.

—Estupendo, acompaña a Daniel a la puerta, por favor, voy a darme una ducha.

—Claro —Mary miró a Daniel y él frunció el ceño un poco desconcertado—. Después de ti.

—Me ha alegrado verte, Giselle, y gracias por la oportunidad, ya sabes, de hablar.

—De nada, gracias a ti y saluda a tus padres de mi parte. Adiós.

—Ok, pero…

Lo dejó con la palabra en la boca, se metió en el dormitorio y cerró la puerta con el corazón encogido. Odiaba comportarse como una diva insufrible y distante, pero a veces no cabía otra opción.

10

—El libro se va a retirar, es injurioso y atenta contra la intimidad de mi hermana, cualquier juez…

—Hemos pagado una fortuna al señor Sarkisian por sus memorias —interrumpió el abogado de la editorial y Giselle lo miró por primera vez a la cara—, y lo hemos hecho después de estudiar minuciosamente las implicaciones legales.

—No sé qué implicaciones legales habéis estudiado, pero está claro que estáis cometiendo una cagada monumental.

El carísimo abogado que habían contratado para ocuparse del dichoso y vergonzoso libro de memorias de Robert Sarkisian, se estiró en la silla y miró a los representantes de la editorial arqueando las cejas.

—Confiesa un delito de estupro que, ya que él saca a la luz, nosotros llevaremos a los tribunales.

—En la mayoría de los países el delito prescribe cinco años después de que la supuesta víctima haya cumplido los dieciocho años y, en este caso, la supuesta víctima cumple hoy, precisamente, los veintisiete. Felicidades, señorita Erikson.

—Será hijo de puta —exclamó Stellan en sueco y todos lo miraron frunciendo el ceño, sin entender lo que estaba diciendo.

—Depende de dónde presentemos la demanda.

—Eso ya no es asunto nuestro, nosotros publicamos libros y este no lo vais a parar.

—Embargaremos la publicación y tendrás que comértelo con patatas, Charles, es una vergüenza.

—¿No os importa publicar a un abusador de menores? —preguntó su hermano y el editor se encogió de hombros.

—Ha jurado ante notario que fueron relaciones consentidas, de hecho, según él, se extendieron durante diez años.

—¿Relaciones consentidas por una persona en plenas facultades emocionales y síquicas?, porque cualquier siquiatra forense lo pondría en duda, teniendo en cuenta la relación de sometimiento y control que ese hijo de la gran puta mantenía conmigo desde que yo tenía dieciséis años.

Al fin se decidió hablar, se puso de pie y miró a todos los presentes con los ojos entornados. La mayoría eran hombres y no se atrevieron a mirarla a la cara.

—Intentad sacad el puñetero libro y yo os freiré a demandas, me da igual ganarlas o perderlas, mi objetivo ahora es hundir vuestra reputación —miró hacia la ventana y vio que estaba despejado y ventoso, un típico y precioso día primaveral en Londres—. Unos editores que publican literatura infantil y que, sin embargo, no dudan en publicar las memorias de un degenerado, de un abusador de menores confeso. Buenas tardes.

Salió de la sala de reuniones con mucha energía y miró a Mary para que la siguiera. Stellan salió detrás de ellas y cinco minutos después su equipo jurídico, que entraron en el ascensor sonriendo de oreja a oreja.

—Acaban de pedir calzoncillos limpios para todos —bromeó Ted Harrison y ella movió la cabeza—. Has estado brillante, Giselle.

—No lo pretendía, solo pretendo que se jodan por gilipollas. Menuda banda de impresentables.

—El juez Tommilson parará la tirada, no llegarán a las librerías, ni a las plataformas digitales.

—Vale y si no, los destrozaremos igualmente —Stellan asintió saliendo del edificio y ella se despidió de los abogados viendo llegar su coche, aunque antes se detuvo porque Ted Harrison la sujetó por el codo.

—Giselle, feliz cumpleaños.

—Muchas gracias, qué amable.

—Me gustaría invitarte a cenar —sonrió muy seductor y ella se quedó pensando en que, efectivamente, se daba un aire a John John Kennedy. El fallecido hijo del presidente estadounidense que, a ojos de Mary, era clavadito a su elegante letrado—. Podemos ir en el helicóptero del bufete donde quieras, me han dicho que te encanta Roma, puedo recogerte en tu casa dentro de una hora.

—Muchas gracias, pero ya tengo planes.

—No va contra ningún código de conducta que tu abogado te pida una cita.

—Solo he dicho que tengo otros planes.

—Lo sé, pero… —la observó con ojos brillantes y sin querer desvió los ojos hacia su blusa de seda abierta hasta el tercer botón, gesto involuntario que ella se tomó fatal—. Estoy prendado de ti desde que te vi jugar en Wimbledon hace diez años, tengo derecho a intentarlo.

—¿En serio?, ¿de verdad estás intentando ligar conmigo después de lo que he tenido que oír allí arriba?. Joder, tío, espero que seas más hábil litigando. Adiós.

—Giselle.

Susurró y ella le dio la espalda para subirse al coche. Seguro que era la primera vez que a ese niño bonito de Cambridge lo rechazaban, pero no le importó lo más mínimo. Era increíble que le saliera con eso en un momento así y lo quiso estrangular.

—¿Te ha pedido una cita? —interrogó Mary y ella asintió poniéndose el cinturón de seguridad.

—Puedo pedir un cambio de abogado —comentó Stellan abriendo su portafolios.

—No, déjalo, me da igual, dicen que es el mejor en su campo. ¿Nos vamos a comer?

—Tu madre e Ingrid están en Kensington de compras y en media hora nos esperan en el restaurante de Harrods.

—¿Vamos a comer en Harrods? —interrogó su hermano frunciendo el ceño y ella sonrió.

—A mamá le encanta comer allí y a mi me da igual.

—Ok, pues como unos putos turistas. Genial.

—No seas cascarrabias.

—Es nuestro cumpleaños, Gigi, podríamos haber escogido un sitio con más glamur.

Giselle le acarició la pierna y se concentró en mirar el atestado tráfico de la City de Londres, dónde estaba la dichosa editorial que le había comprado a Robert Sarkisian los derechos de sus memorias.

“Sus memorias”, era de una arrogancia tal escribir unas memorias a los cincuenta y tres años, y sin haber hecho nada considerable en la vida, que se había reído un buen rato cuando la llamó para contarle el asunto, sin embargo, la risa se había desvanecido cuando dos semanas después su agente se había enterado de que el libro en realidad hablaba sobre ella, su carrera y su jugoso romance, que había empezado cuando no era más que una cría.

Robert, divorciado, casado con una nueva esposa de veinte años, padre ya de cuatro hijos y en la ruina total (o eso decía) después de que ella lo apartara de su vida y de sus negocios, había optado por contar con pelos y señales su historia de amor, su despertar al sexo de la mano de un tipo maduro y experto como él, sus encuentros sexuales, a veces salvajes y en público, sus peleas, sus reconciliaciones, sus distanciamientos, sus romances con otros hombres famosos, la relación con sus padres… en resumen, se atrevía a hablar de ella casi en primera persona y la dejaba como una loca obsesiva y vengativa que lo había abandonado en la cuneta cuando él se había enamorado de otra mujer.

El primer manuscrito había llegado a sus manos y casi vomita leyéndolo, lo que provocó que emprendiera acciones legales inmediatas contra él.

Por su parte Robert, que empezó a salir en la prensa y en la tele adelantando el contenido del libro, la presionó para quedar y le dijo mirándola a los ojos que había decidido vender sus memorias después de cómo lo había humillado en Nueva York, cuando ese novio suyo lo había insultado y dado un puñetazo en el *hall* de un hotel. Eso había propiciado su venganza, pero estaba dispuesto a retirar el manuscrito si se desnudaba y le hacía una buena mamada esa misma tarde en su casa.

—Iba en son de paz a Manhattan, palomita —le dijo mirándola de arriba abajo—, pero el imbécil que te tiras metió la pata y tú no me diste mi lugar. ¿No sabe acaso ese gilipollas quién soy yo?

—¿Y quién eres tú?

—Lo sabes perfectamente. Venga, ábrete la blusa y enséñame lo que tienes para mí, seguro que te has puesto lencería de chantilly ¿verdad, princesa? Siempre te ha encantado calentarme en público.

—Mira, Robert, he venido para que intentes razonar, pero como veo que sigues siendo un capullo integral, te advierto de que mis abogados no permitirán que saques tu libro, tendrás que devolver el adelanto a la editorial y si no lo haces, te arruinaré igualmente, porque te demandaré por injurias, calumnias y por intromisión a mi intimidad, por cientos de miles de libras, tú eliges.

—Si nos vamos ahora a tu casa, te desnudas y me haces una buena mamada, estoy dispuesto a reconsiderarlo. Después nos vamos una semanita a Dubái, me compensas por todos estos meses en el dique seco y en paz.

—Tú a lo tuyo ¿no? ¿Qué piensa tu mujercita de todo esto?

—Ella no opina, no todas las mujeres son unas zorras manipuladoras y marimandonas como tú, Giselle.

—Mmm, genial.

—Dame lo que quiero, y tú deseas más que a nada en el mundo, y ya hablaremos del puñetero libro.

—Estupendo, o sea: una mamada, una semana de desenfreno en Dubái y supongo que también dinero.

—Eso es, chica lista, primero voy a follarte hasta que me aburra, y después te diré la suma que vas a ingresar en mi cuenta sin rechistar, o tendrás que atenerte a las consecuencias y ver como todo el mundo lee los detalles más íntimos y escabrosos de tu puta vida.

—Gracias. ¿Lo tienes todo, Jeff? —se puso de pie y buscó con los ojos a Jeff Peters, el detective privado que había contratado el bufete para el caso. El chico, que estaba justo en la mesa de al lado, también se levantó y asintió con una media sonrisa—. Perfecto, esto va a quedar genial en los tribunales, Robert. Adiós.

—Ningún tribunal aceptará una grabación hecha de forma ilegal, no seas estúpida, Giselle.

—No importa, la adjuntaremos igualmente, aunque antes, gilipollas, la haré pública en todas partes. Serás *trending topic* en el mundo entero y a ver cómo se lo explicas a tu mujer y a tus hijos.

Acto seguido salió del restaurante muy satisfecha y sus abogados fueron a saco contra él, aunque él los ignoró y, lo peor de todo, no informó de sus intenciones a la editorial y a última hora, a una semana de que el libro saliera a la calle, habían tenido que mantener una reunión con ellos para intentar llegar a un acuerdo. Desde luego, Robert Sarkisian las había cagado de todas, todas, y ahora su editorial tenía un marrón encima que no sabían cómo solucionar.

—Perfecto, Jason ya ha embarcado —comentó Stellan llegando a Harrods y Giselle le prestó atención—. Mañana por la mañana lo tendremos aquí.

—¿Y qué opina Andrew de que venga? —preguntó Mary.

—Está un poco celosillo, pero, por otra parte, le pone un montón conocer a mi ligue americano. Seguro que se caen genial.

—Vaya, qué suerte, Dave a mí me mataría.

—¿Jason? ¿qué Jason? —preguntó Giselle entrando en el elegante centro comercial.

—El de *Green Mountain*.

—¿Viene a Londres?, no me habías contado nada —de inmediato pensó en Daniel y sintió un pellizco en el estómago.

—Sí, viene a montar la exposición de un amigo y le he ofrecido quedarse en mi casa.

—¿En serio?, vaya, pues me gustaría saludarlo.

—Organizaré algo para que lo veas. Mirad, allí están esas dos.

Levantó la cabeza para saludar a su madre y a su hermana, y rememoró una vez más los ojos oscuros, la piel tostada y la sonrisa cálida de Daniel Hopper, del que no había vuelto a tener noticias desde su último encuentro en Nueva York, hacía ya tres meses.

Tras el incidente con Robert, su charla y todo lo que habían aclarado, no había dejado de pensar en él ni un solo día. Ni uno solo, y le gustaba recordar la intimidad y la buena energía que habían compartido.

Ya no quería acordarse de su madre y de su dura salida de la clínica, prefería no pensar en eso, y había decidido recordarlo con ternura y algo de añoranza porque ese tío, tal vez, había sido el único hombre en muchos años que le había removido un montón de cosas, y no eran cosas físicas, que también, sino otras cosas muchísimo más importantes y que la habían hecho, a pesar de todo, muy feliz.

11

Salió de Green Park, donde las hamacas estaban ya llenándose de gente para comer tomando el sol, y cruzó Picadilly a las malas, no esperó el semáforo y se metió corriendo en Mayfair para callejear un rato antes de entrar en casa. Había salido a hacer *footing* sola hasta Westminster y había vuelto con los cascos puestos, muy relajada, porque hacer ejercicio era lo único que la salvaba de toda esa locura que la rodeaba.

Estaban acabando mayo y la agenda la tenía repleta de compromisos, también familiares, porque estaban organizando una gran fiesta de cumpleaños para su madre en julio, en Estocolmo, y aquello ya parecía una boda real con tantos preparativos y tantos invitados, encima lo del puñetero libro de Robert, y la prensa, que ya empezaba a acosarla para interesarse por su opinión al respecto.

—Hola —se detuvo a dos calles de su casa para contestar a su abogado, paró el cronómetro y se dobló para intentar recuperar el ritmo respiratorio.

—Giselle ¿te pillo en mal momento?

—No, vengo de correr, dime —levantó los ojos y se fijó en el local donde se había detenido: una primorosa galería de arte de esas que se veían de tanto en tanto por las calles de Mayfair.

—Han paralizado la publicación del libro, se ha embargado la primera edición en papel, la digital y hemos pedido la destrucción de los ejemplares y del manuscrito electrónico.

—¿En serio? —sonrió y se asomó para mirar los cuadros que se vislumbraban a través del enorme y precioso ventanal de la galería—. Me alegro mucho.

—Es una noticia maravillosa, ese tipo no se podía salir con la suya. El informe de los peritos es demoledor, conminan a que se retiren los capítulos dedicados a ti si quieren publicar la biografía, pero si los retiran no queda libro, así que no ha habido dudas por parte del juez, tampoco por parte de la editorial, que ahora mismo está cortando cabezas a diestro y siniestro.

—Vaya, muchas gracias y enhorabuena.

—Ahora llamo a tu hermano.

—Mil gracias, en serio, es gran un alivio.

—Lo sé… Giselle, deberíamos celebrarlo.

—Claro, claro, díselo a Stellan y lo organizamos, ahora estoy hasta arriba de… un momento… —de pronto vio dos cuadros que le sonaron un montón y no pudo evitar abrir la puerta y entrar en la galería para comprobar de qué iba la exposición que anunciaban en la puerta—. Tengo que dejarte y mucha gracias otra vez.

—Gise…

Oyó que decía Ted Harrison, pero no le importó, le agradecería eternamente que retiraran el libro y todo lo demás, pero en ese momento no podía pensar en eso.

Entró en el local, que olía a vainilla y estaba fresquito y bien iluminado, y se acercó a dos de los cuadros que presidían la exposición.

—Lo siento, señorita, pero la inauguración es esta tarde. Mañana estaremos abiertos al público.

—¿Eh?, perdón, lo siento, yo… —se sacó las gafas de sol y miró a la encargada con cara de disculpa, descubriendo que estaba rodeada de cuadros de Daniel Hopper—. ¿Quién es el artista?

—Es un artista estadounidense, desconocido aún en Inglaterra, pero, como le digo, no inauguramos hasta esta tarde. Mañana, si quiere, será un placer recibirla.

—Son de Daniel Hopper ¿verdad?

—¿Lo conoce?

—Sí y me encanta —se giró buscando algo concreto y vio dos acuarelas donde aparecía ella, una de perfil y otra de espaldas, y el corazón le dio un vuelco.

—¿No tiene invitación para la inauguración?

—Lamentablemente no, ¿puede darme una?

—Es una inauguración privada, pero si me deja sus datos, y tenemos un hueco, podría avisarle para hoy o para que venga a visitarnos otro día.

—Estupendo, vivo aquí al lado, así que puedo pasarme en cualquier momento.

—Me dice su nombre y un email de contacto, por favor —sacó un boli y miró su carpetita.

—Giselle Erikson y mi email es…

—¿Giselle Erikson? —la chica la miró con atención y movió la cabeza con una sonrisa—. Claro, lo siento, señorita Erikson, no la había reconocido.

—Ya, con estas pintas —se miró la ropa de deporte y se tocó la gorra—. Vengo de correr y ha sido una gran sorpresa ver por casualidad los cuadros de Daniel Hopper aquí.

—Es un artista maravilloso, estamos muy ilusionados con ser los primeros en traerlo a Londres y, no se preocupe, la anoto en la lista invitados, será un placer que venga esta tarde con un acompañante.

—Mil gracias ¿Está Daniel en la ciudad?

—No me han confirmado nada, pero en principio creo que no, él vive…

—En Nueva York, lo sé, muchas gracias. Nos vemos esta tarde.

Salió de la galería muy animada y se puso en marcha para volver a casa y anular todo lo que tenía para esa tarde. No pensaba perderse la inauguración y quería comprar algunos cuadros. Él no lo sabía, pero ella había recuperado los retratos que le había enviado hacia meses y los tenía enmarcados en su dormitorio. Le encantaba verlos, le encantaba como la había pintado, y se había convertido en su mayor fan.

—No me puedo creer que no me hayas dicho que Daniel Hopper exponía aquí, a dos manzanas de mi casa, y que vengas a la inauguración sin avisarme.

—¡¿Qué?! —Stellan dio un salto y se giró hacia ella abriendo mucho los ojos— ¿Qué haces tú aquí?

—Me enteré por casualidad de lo que estaba pasando y conseguí un par de invitaciones.

—No pensé que te interesara nada de ese tío.

—No soy rencorosa y en Nueva York me dio una explicación plausible. Ya no estoy enfadada con él y me gusta mucho su trabajo. Hola, Andrew.

—Hola, Gigi, estás espectacular, como siempre.

El novio de su hermano la miró de arriba abajo y le dio un beso en la mejilla. Lo cierto es que se había cambiado dos veces de ropa antes de decidirse por un sencillo vestidito de cóctel, y no se podía creer lo nerviosa que estaba.

En teoría, Daniel Hopper ni siquiera estaba en Londres, pero la sensación de tenerlo cerca había ido en aumento desde que había visto la galería y tenía mariposas en el estómago, lo cual era muy agradable. Miró a Mary y le acarició el brazo antes de dejarla con su hermano y con Andrew para ir a ver sola y tranquilamente los cuadros de la segunda planta que, según el catálogo, eran los más grandes y valiosos de la exposición.

Llegó arriba, la chica de la mañana la saludó con mucho aspaviento, le puso una copa de champagne en la mano y le agradeció que diera algo de publicidad al evento. Una petición directa y honesta que no dudó en satisfacer, porque, aun en contra de todos sus principios, se hizo un *selfie* junto al cartel de la muestra y lo colgó en su Instagram saltándose a su *community manager*, a Mary, a su agente y a todos los demás.

—Vaya, es precioso.

—Aún no tengo ofertas sobre él.

—Apúntamelo a mí, Grace, por favor, y el vertical de la escalera —asintió, mirando el cuadro de dos por dos que era un hermoso paisaje del bosque que rodeaba *Green Mountain*, por el que había corrido tantas veces y donde había tenido un inolvidable encuentro romántico con Daniel, y suspiró—. Me encanta.

—Perfecto.

—Voy a repasar los otros una vez más y… —miró el reloj, ya llevaba una hora y media ahí y ya era más que suficiente—, y me voy. Se me ha hecho un poco tarde.

—Tenemos una cena ahora en Covent Garden, si quieres venir, estaríamos encantados…

—Mil gracias, pero no puedo, mañana cojo un avión muy temprano.

—Muy bien, te dejo sola.

—Gracias, Grace.

Caminó hacia el final de ese enorme salón, que ocupaba toda la segunda planta del local, para mirar otra vez dos cuadros que le gustaban, y se entretuvo en una obra de las grandes, que era un maravilloso paisaje de Manhattan, muy realista, que se imaginó presidiendo su despacho de la fundación.

Era espectacular, te hipnotizaba y no te podías separar de él. Respiró hondo y siguió admirando los detalles, percibiendo que alguien se había acercado y se estaba mostrando tan interesado como ella en la obra, así que decidió moverse y bajar corriendo a buscar a Grace, pero no pudo, porque la voz suave y con acento estadounidense que le habló desde su derecha la dejó clavada en su sitio.

—Es el más nuevo y no sé si es de mis favoritos.

—Pues a mí me encanta.

Movió la cabeza y le sonrió. Daniel Hopper, vestido con vaqueros, una camiseta beige y una chaqueta de punto del mismo color, la miraba con las manos a la espalda.

Sus preciosos ojos oscuros, su sonrisa cálida y acogedora, el pelo suelto y revuelto, y esa actitud suya tan serena, que la dejó de inmediato fuera de juego. Dio un paso atrás y se cruzó de brazos.

—¿Qué hace Giselle Erikson con una copa de champagne? —estiró la mano y se la quitó.

—No sé, me la dieron cuando llegué y no supe dónde dejarla —observó como la ponía en el poyete de la ventana y suspiró—. Qué alegría verte, todo el mundo pregunta por el artista.

—Hay un montón de prensa en la puerta y solo preguntan por ti.

—¿En serio? —se asomó a la ventana y pudo ver en la calle, que era bastante estrecha, a varios reporteros esperando con las cámaras en la mano—. Joder, lo siento, no sé cómo acaban encontrándome, claro que…

—Lo pusiste en Instagram, lo vi hasta yo.

—Menuda mierda.

—¿Menuda mierda?, es perfecto, no podría tener una publicidad mejor. Muchas gracias.

—Bueno, si sirve de algo.

—¿Qué tal estás, Giselle? —se apoyó en la pared y la miró con una media sonrisa.

—¿Cómo estás tú?. Esta exposición es la bomba, tu trabajo es espectacular y me han dicho que esta galería es de las más vanguardistas de Londres. Enhorabuena.

—Bueno, ha ido todo muy rápido, acabo de aterrizar de Nueva York, vengo desde el aeropuerto ¿sabes?, y aún no lo asimilo. Dame un poco de tiempo.

—¿Acabas de llegar?

—Tenía trabajo, Jason vino antes con los cuadros.

—¿Jason?, claro, si está en casa de mi hermano, pero ninguno me dijo que eran tus cuadros. Serán cabrones.

—Lo son… —se echó a reír y ella siguió el gesto sin poder apartar la vista—. Supongo que pensaban que no soy santo de tu devoción.

—Eso es agua pasada.

—¿En serio?

—Claro.

—¿De verdad?

—De verdad.

—¡Daniel! —de pronto apareció Grace taconeando y los interrumpió, Giselle se apartó y observó como él reaccionaba y le prestaba atención—. Ya veo que os habéis saludado, me alegro, pero tengo a mucha gente que quiere conocerte.

—Ya, yo… —la miró y Giselle le sonrió.

—Baja y atiende a tu público, luego te veo.

—No te vayas —le clavó los ojos oscuros y ella asintió.

—Me quedo hasta que acabes, te doy mi palabra de honor.

Le guiñó un ojo y desapareció con Grace, que se lo llevó para presentarle a la gente que llenaba el local. Ella esperó un rato y también bajó para buscar a su hermano y a sus amigos, y se pudo deleitar observándolo de lejos, con ese aire apacible y suave que desprendía a cada paso, hablando con sus admiradores, explicando su obra y desenvolviéndose con tanta seguridad.

Era un artista estupendo y de pronto se sintió muy orgullosa de él, aunque apenas lo conocía, y se acordó de Kirsten, que era una madre protectora y un poco loca, pero una madre al fin, que solo había querido proteger a ese hijo suyo tan especial y deslumbrante arrastrándola a ella por el suelo, pero con la única intención de defender a su retoño. Algo que seguramente nadie le podría reprochar jamás.

—¿Estás seguro de que es hetero?

—Sí —estaba convenciendo Stellan a uno de sus amigos y ella los miró sonriendo.

—No puede ser verdad, es demasiado artista, demasiado guapo y tan dulce. Quiero a ese cowboy para mí.

—Nació en Costa Rica —apuntó Giselle cogiendo un vaso de agua de una bandeja.

—Pero se crio en Oregón, un cowboy por los cuatro costados, mirad como le quedan los vaqueros…

—Si tú lo dices.

—El caso es que no me creo que sea hetero.

—Lo es.

—Ay, Stellan, calla ya.

—Es la pura verdad, se acostaba con ella —señaló a Giselle y ella asintió.

—Todo el mundo se acostaría con ella, eso no me vale. Voy a preguntarle —Los dos observaron cómo se iba detrás de Daniel y se echaron a reír.

—Qué cabezota. ¿Te vienes a cenar con nosotros, Gigi?

—No sé, ya se me ha hecho muy tarde.

—¿Has hablado con él?

—Sí.

—¿Y?

—Nada, todo normal.

—¿Todo normal?. Se te cae la baba con ese tío, te he estado espiando.

—No es verdad.

—Te conozco mejor que nadie en el mundo, a mí no me puedes engañar, pequeñaja —la agarró por el cuello para besarle la cabeza y se detuvo cuando Daniel Hopper se les acercó un poco agobiado.

—No os habéis ido, estupendo ¿podéis sacarme de aquí? Esto empieza a ser claustrofóbico.

—Vamos, tío.

Asintió Stellan y llamó con la mano a Andrew, a Jason y a Mary, que se acercaron en seguida, recogieron sus chaquetas y salieron a la calle por la puerta principal, donde se encontraron con varios *paparazzis* que dispararon las cámaras en cuanto la reconocieron.

Giselle no se amilanó y, como solía hacer, los saludó con la mejor de sus sonrisas, caminando detrás de su hermano, que siempre hacía de pantalla.

Anduvieron un par de metros y de repente se acordó de Daniel Hopper, se giró hacia él y lo vio encendiendo un cigarrillo y entornando los ojos por culpa de los *flashes*, lo esperó, le ofreció la mano y él se la cogió con total naturalidad.

—¡¿Tu novio, Giselle?!, ¡¿es tu novio?!

Gritaron los reporteros, pero ella no respondió, feliz por sentirlo tan cerca. Le apretó la mano y él devolvió el gesto besándole los dedos.

12

—Jamás creí que alguien te pudiera obnubilar de esa manera, jamás imaginé que no te importara que tu trabajo se viera ensombrecido por…

—No está ensombrecido por nadie, Kirsten, no seas injusta, gracias a ella no se habla de otra cosa por aquí.

—Porque todo el mundo habla del nuevo juguete de Giselle Erikson, un novio desconocido que pinta cuadros. Podrías hacer tartas y te prestarían la misma atención, y no me llames Kirsten, que soy tu madre.

—Ok, ok, es imposible hablar contigo.

—Llevas dos meses en Europa, te necesitamos aquí, ¿qué pasa con tu trabajo, Daniel?

—Puedo trabajar desde cualquier parte y, como tú bien sabes, llevo toda mi vida deseando darle prioridad al arte, esta es mi gran oportunidad de…

—Quieres darle prioridad a ella, que dentro de nada te desechará como a un pañuelo de papel.

—Me encanta tu nivel de confianza y optimismo, madre. Te voy a dejar.

—El sexo no lo es todo, cariño, no lo es, mira…

—Adiós.

Le colgó y miró la hora, las diez de la noche y empezaba a ponerse en sol en Estocolmo.

Los días eran larguísimos en Suecia en pleno mes de julio y volvió a la casa de Greta, la madre de Giselle, para seguir disfrutando en la terraza trasera de una animada partida de Trivial con todos los hermanos Erikson, que se habían reunido en Estocolmo para celebrar el sesenta cumpleaños de la matriarca, una mujer bellísima, adorable y muy cariñosa, que lo había recibido con los brazos abiertos.

Salió al jardín y se encontró a Giselle saltando de felicidad porque acababa de ganar la partida a sus hermanos. Estaba preciosa vestida con un pantaloncito de deporte corto, una camiseta sin mangas y descalza, el pelo sujeto en una coleta alta y nada más. Ella era hermosa, era como un ángel, pero al natural era mucho más que eso, y sintió cómo se le disolvía el corazón de amor cuando lo miró con sus ojazos celestes y le sonrió.

—Nos merecemos la revancha —protestó Magnus, el hermano mayor, mirando a su mujer—, pero esta vez que sea individual, los equipos son una mierda.

Todo el mundo se echó a reír y empezaron a hablar en sueco muy rápido, él no entendió nada, pero sonrió igualmente sentándose al lado de Giselle, que estiró los brazos, lo agarró por el cuello y le dio un beso en los labios.

—¿Qué quería tu madre?

—Saludar —se perdió en sus ojos transparentes y le acarició la mejilla.

—¿Sólo saludar?, has vuelto muy serio.

—Con Kirsten siempre es igual, no te preocupes.

—Vale ¿Quieres tomar algo?

—Una cerveza estaría bien.

—Perfecto. A ver, ¿quién quiere beber algo más?

Se puso de pie y se fue a la cocina seguida por sus cuatro perros, que la seguían a todas partes, de la nada aparecieron dos gatos y también se fueron detrás de ella, que no dudó en coger a uno para comérselo a besos. Daniel respiró hondo y oteó el horizonte desde aquella terraza que tenía unas vistas espectaculares hacia el Mar Báltico, estaba como en el paraíso, y así se sentía.

Tras su encuentro fortuito en la galería de Londres no se separaron más. Llevaban dos meses juntos, aunque al principio más como amigos que como otra cosa.

La misma noche del reencuentro Giselle los invitó a su casa, los atendió de maravilla y se mostró muy atenta con él, pero cuando llegó la hora de irse le explicó que no estaba preparada para tener una relación, que estaba intentando tomarse las cosas con calma y que, a pesar de que él le seguía gustando una barbaridad, no lo iba hacer perder el tiempo, porque no estaba lista para salir con nadie.

Aquello lo alteró aún más. Desde que la conocía no había hecho otra cosa que desearla, estaba loco por esa mujer inalcanzable con la que había compartido más en dos semanas, que en cuatro años con su ex. Algo los unía de una forma brutal, algo los convertía en una sola persona y no pensaba renunciar a eso si existía la más mínima posibilidad de reconquistarla, así que decidió quedarse una semana más en Londres como un buen amigo, para asentar aquella relación extraordinaria que tenían, y que se había destrozado hacía ocho meses.

Como ella era la chica más generosa que había conocido en toda su vida, de repente todo su mundo se llenó de luz. En cuestión de horas se volcó con él y con su trabajo, consiguió entrevistas y reuniones con pasantes de arte, con galeristas, dio a conocer su trabajo a sus famosos y ricos amigos, se esforzó por dar publicidad a su obra y encima procuró hacerles, a él y a Jason, su estancia en Londres lo más confortable posible.

No volvieron a gastar dinero y tanto ella como su hermano, que era otro tío increíble, los acogieron como a su familia. Nunca le podría agradecer esos primeros días mágicos en Inglaterra, que pronto se convirtieron en semanas, porque desde Londres surgieron citas en otras ciudades del Reino Unido, en París y por supuesto en Estocolmo. Ella decía que solo había dado el primer empujoncito, pero la verdad es que con semejante estrella al lado la vida se te facilitaba de una forma extraordinaria.

Al mes de estar en Londres, viéndose de forma regular, ella dio un paso atrás y le dijo que le tocaba volar solo porque no quería que su nombre empañara su verdadero talento.

—Eres un artista maravilloso, Daniel, todo el mundo está fascinado con tu trabajo, y yo me retiro porque no quiero que luego te relacionen solo conmigo, no quiero perjudicarte y luego estas cosas pasan factura. La prensa y…

—Te quiero.

Le soltó él, dio un paso al frente, la agarró por el cuello y le pegó el beso que llevaba semanas queriendo darle. Ella se lo devolvió sonriendo sobre sus labios y lo abrazó muy fuerte.

—No digas eso.

—Es la verdad, y te quiero no solo por todo lo que estás haciendo por mí, te quiero porque eres tú, una inspiración para mí, para tanta gente, porque eres preciosa y dulce, generosa y la mujer a la que más he deseado en toda mi vida.

—Daniel…

—Me da igual esperarte un año o dos, tengo paciencia y no pienso rendirme contigo.

—Te he echado tanto de menos.

—Entonces ¿qué estamos esperando?

Se la llevó a su dormitorio, cerró la puerta de una patada y la tiró encima de la cama, ella se echó a reír y abrió los brazos para recibirlo. Antes de darse cuenta le estaba mordiendo los pezones, mientras le rompía las braguitas y la penetraba sin sacarte ni las botas.

La deseaba tanto que no se desnudó, no tenía tiempo pasa eso, solo la dejó a ella tibia y desnuda encima del edredón y la penetró con ansiedad y locura, y con esa lujuria desatada que no inhibía ni escondía delante de ella, porque con Giselle era libre de hacer lo que realmente quería, lo que realmente le apetecía, sin pensar en lo correcto o lo propio, y eso no tenía precio.

Después de ese reencuentro no se separaron más, se mudó a su casa y desde entonces, hacía un mes, vivía en un estado de borrachera total, loco de amor por esa mujer maravillosa con la que nunca tenía suficiente, aunque ella se lo daba todo, porque era cariñosa y atenta con todo el mundo, pero en la intimidad era generosa, caliente y extremadamente sensual, algo que lo mantenía en un limbo amoroso que no había aspirado a tener ni en sus mejores sueños.

Un mundo feliz que sus padres no aprobaban desde Oregón, porque a sus ojos había abandonado demasiadas cosas para poder vivir así: un trabajo bien pagado, el rancho, sus amigos, su familia y hasta a Lupe, que seguía viendo a su madre con regularidad, en un intento inútil por volver a llevarlo al redil.

Lo que no sabían ellos, que se habían pasado toda su existencia diciéndole a los demás cómo debían mejorar sus vidas, es que la suya estaba justo donde debía estar, porque el trabajo bien remunerado lo tenía esclavizado, odiaba cada vez más el rancho y a sus huéspedes, no tenía tiempo para ver a su familia y amigos, y a Lupe la había dejado de querer hacía muchos años, muchísimo antes de conocer a Giselle Erikson, aunque había seguido con ella por inercia y por una mal entendida lealtad.

Ya tenía treinta y tres años, era libre, no tenía ningún compromiso con nadie y llevaba un par de años intentando enfocar su carrera solo en el arte. Todo el mundo lo sabía, todo el mundo salvo sus padres, en realidad salvo su madre, que profesionalmente podría ser una innovadora, pero que a nivel familiar era la clásica madre aterrada por perder a sus polluelos de vista.

Kirsten Hopper solo aspiraba a tener a sus hijos cerca, emparejados con las personas que ella creía apropiadas, guiando sus carreras y sus aspiraciones, aunque todo eso no lo había podido lograr jamás, porque sus hijos mayores no lo habían consentido y el pequeño, o sea él, tampoco, y eso la tenía rabiosa y frustrada en Portland, desde donde no paraba de llamar para intentar arruinarle sus ilusiones y su amor por Giselle.

—¿Te piensas quedar a vivir en Londres, Daniel? —preguntó Ingrid, la hermana de Giselle, sacándolo de sus pensamientos y él asintió— ¿Y tu trabajo en el mundo de los videojuegos?

—Lo puedo hacer desde cualquier rincón del mundo, mientras haya WiFi, claro.

—Londres es un buen sitio para vivir —apuntó Stellan—. Es, y siempre será, el centro del universo.

—Eso es Nueva York, hermanito.

—Sería para John Lennon —Stellan se echó a reír y se levantó para ayudar a Giselle, que venía con una bandeja llena de bebidas—. Lo importante aquí es su arte y en Inglaterra está arrasando.

—Lo importante aquí es que se quiere quedar con Gigi —susurró Ingrid—, y eso ya tiene mérito.

—¿Qué? —Giselle los miró a todos.

—Dice Daniel que se queda a vivir en Londres.

—¿En serio? —lo miró a él entornando los ojos y él asintió, aunque aún no habían tenido tiempo de hablar de eso— ¿De verdad?

—Claro.

—¿En serio?

—Sí.

—Entonces habrá que celebrarlo.

13

—Cierra la gala como está, no quiero más cachorros de la jet set y de la aristocracia europea pululando por ahí. No tienen un duro y solo traen problemas.

—Claro —contestó Andrea, la relaciones públicas de su fundación, y ella asintió mirándose en un espejo, estaba prácticamente desnuda, rodeada de un montón de gente y no la dejaban ni hablar por teléfono tranquila.

—Ya sabes lo que pasó el año pasado con esa chusma y no donaron ni un céntimo, solo fueron por la barra libre.

—Ya te digo, aún tengo pesadillas con todo el alboroto. No te preocupes, Giselle, la lista queda cerrada así. ¿Cuándo vuelves de Ibiza?

—A tiempo, estaré dos o tres días y luego me voy a Suecia, te veo dentro de dos semanas, tú tranquila.

—¿Qué tal tu chico?

—Él, perfecto, trabajando mucho, se va esta noche a Nueva York y ya lo echo de menos.

—No me extraña, es un encanto.

—Lo es.

—¿Viste ayer la entrevista de Robert Sarkisian …? los inversores empiezan a preocuparse. Mucha gente me ha preguntado si piensas hacer algo.

—No veo sus entrevistas, pero sé de qué van y dile a los inversores que es un mentiroso y que cada vez que abre la boca tiene interpuesta una demanda, que no se preocupen, ya se cansará, al menos eso espero.

—Ok, muy bien, mañana hablamos.

—Gracias por todo, Andrea, un beso.

Colgó y regresó al centro del estudio donde el artista y diseñador sueco Gustav Cedergen estaba confeccionando un bikini de cinta aislante sobre el cuerpo de su compañera, otra modelo sueca que había accedido a hacer esa sesión de fotos con la prenda de moda del año, las cintas de colores con las que podías ir completamente desnuda por la calle, o por la pasarela, provocando un pequeño escándalo, revuelo que Gustav adoraba.

Se sacó el albornoz y se quedó solo con el tanga plateado que le habían dado, suspiró observando el trabajo de su compatriota, que estaba tapando las zonas estratégicas del cuerpo de Agatha, y pensó en Daniel, que a esas horas estaba encerrado en el estudio pintando.

Se habían pasado un mes de vacaciones por las Islas Baleares y las griegas, disfrutando muchísimo, pero llegado septiembre había vuelto al trabajo con sus videojuegos y su pintura. Tenía un montón de compromisos profesionales, ella también, y se veían poco, pero lo suficiente como para estar cada día más unidos y enamorados, aunque ella aún no se lo había dicho, no le había dicho que lo quería porque no se sentía cómoda hablando de esas cosas, prefería demostrarlo con hechos, pero era consciente de que él empezaba a impacientarse por su silencio.

Miró el teléfono móvil con la intención de llamarlo, pero dos asistentes le hicieron abrir las piernas y los brazos para empezar con el diseño de su bikini. Cerró los ojos y pensó en todo lo que había cambiado su vida desde hacía poco más de cuatro meses, desde que se habían reencontrado gracias a sus cuadros, y no se habían vuelto a separar.

Su terapeuta le había aconsejado dejarse de miedos, de desconfianzas e intentarlo con él, y al principio se había mostrado muy prudente, pero en cuánto le puso un dedo encima no pudo parar y se entregó a una época de amor y pasión que jamás había experimentado antes.

Estaba feliz, enamorada, Daniel era lo mejor que le había pasado en la vida, y experimentar aquello la hizo comprender que lo que había vivido con Robert Sarkisian no había sido ni remotamente algo parecido al amor, había sido lujuria y dependencia, pero jamás amor, ni respeto, ni ternura, y saberlo con certeza la destrozó.

Afortunadamente, estaba fuerte y en plenas facultades, y remontó en seguida para seguir viviendo a tope con Daniel Hopper, que además de ser adorable, guapo, sexy y cariñoso, era un artista estupendo, un tipo serio y profesional, muy inteligente, un hombre brillante que la deslumbraba día tras día con su personalidad. Estaba orgullosa de él, lo amaba y esperaba ser capaz de decírselo cuanto antes.

Lástima que todo aquel buen momento que le estaba regalando la vida, y que se merecía tras tantos años de trabajo y desamor, continuaba empañado por Robert que, furioso por el asunto de sus memorias, la había demandado pidiéndole ingentes cantidades de dinero por daños y perjuicios, por despido improcedente, por daños morales, por mil motivos que se dedicaba a contar en entrevistas cutres, en periódicos y televisiones, haciéndola parecer una ninfómana sin escrúpulos ni corazón.

Todo su discurso se sostenía en sus historias sexuales, en sus conquistas fuera de la cancha, en sus celos enfermizos, en mostrarla como una loca mimada y llena de problemas que había tonteado con todo. Jamás especificaba con qué, pero insinuaba cosas que sus abogados le obligaban a rectificar de inmediato.

Era una guerra interminable que la estaba empezando a volver loca, porque Daniel también se volvía loco, y no quería que sufriera por ella o, peor aún, que acabara haciendo algo que le arruinara la vida, porque cada vez que pasaba algún episodio de esos, él juraba que lo iba a partir en dos en cuanto lo tuviera delante. Y no eran amenazas vanas, ella lo sabía, y eso no la dejaba dormir tranquila.

—Té verde con hierbabuena —Mary se acercó con un vaso enorme de su bebida favorita y le acercó la pajita a la boca—. Vaya, estás maravillosa, pareces una diosa griega.

—En pelota picada, esas cintas no se pueden considerar nada…

—Pues no y no me hace ni pizca de gracia —Daniel apareció de la nada en el estudio y se le acercó con las manos en los bolsillos y el ceño fruncido—. Por favor, Giselle.

—¡¿Qué?! —se echó a reír, pero él continuó serio—. Es arte, estas cintas son…

—¿Necesitas esto?, ¿en serio? Toda esta mierda parece un calendario para camioneros.

—¿Perdona?

—Ya me has oído.

—Es trabajo.

—¿Trabajo? Me parece que sería hasta más honesto que este tío te fotografiara desnuda, que es lo que realmente quiere hacer.

—Oye, chaval… —Gustav Cedergen se levantó del suelo y se puso las manos en las caderas. Daniel dio un paso hacia él y lo miró desde su altura.

—De chaval nada, soy Daniel Hopper, su novio.

—Enhorabuena, pero estamos trabajando ¿sabes? Giselle, manda a tu semental a casa ¿quieres? —se dirigió a ella en sueco y ella entornó los ojos.

—No es ningún semental al que mande a nada, no seas capullo, Gustav.

—A mí me hablas en cristiano, chaval —puntualizó Daniel sin moverse y el diseñador lo ignoró y se dirigió otra vez a ella en sueco.

—Oye, preciosa, te comprometiste a hacer este posado, he traído a veinte personas de tu confianza para tenerte a gusto, no me vengas ahora con gilipolleces porque a este mocoso le dé por ponerse celoso ¿No sabe con quién coño se acuesta?

—¿Y tú sabes con quién coño estás hablando? —se deshizo de las manos de los ayudantes y se le acercó cada vez más cabreada—. Este puto posado lo hago gratis y por deferencia a ti, así que no te atrevas a faltarme al respeto.

—Nadie te está faltando al respeto, solo digo que si está con una súper modelo debería asimilar que hacéis estas cosas.

—Mira, tío, ¿sabes qué? Haz tus puñeteras fotos de una vez y así nos podemos ir.

—No pienso hacer nada con el niño bonito este mirándome con cara de asesino, dile que te espere abajo.

—Ya te ha dicho su nombre.

—Me da igual, es él penúltimo y ya dura demasiado, así que dentro de nada no nos hará falta acordarnos de su nombre.

—Serás…

—Nos conocemos, Gigi, así que no me emociona nada que ahora tengas un novio joven y guapo, a ver si llega a navidades y entonces volvemos a hablar.

—¡¿Qué?!

—Y te digo otra cosa, Robert Sarkisian sería un cabrón, pero sabía sacarte partido.

—Vete a tomar por el culo.

Le soltó en inglés, se dio la vuelta, agarró el albornoz, se lo puso y miró a Daniel, que estaba tenso y algo desconcertado, pero que se mantenía firme en su lugar, como un cowboy de las películas antiguas, gesto que la emocionó muchísimo.

Se le acercó y lo cogió de la mano para salir de ahí sin despedirse.

14

—Gustav quiere matarte…

Celia Newman, una de las pocas amigas de verdad que tenía en el mundo de la moda, se sentó en el suelo abriendo una botella de champán y Giselle la miró y se encogió de hombros.

—Ya sé que te da igual, Gigi, pero ese tío es un peligro público, ya te está poniendo a parir por ahí.

—Es igual, ya estoy acostumbrada, mira el ensañamiento de Robert, que no me deja en paz. No sé cuántas veces lo he visto esta semana en la portada del The Sun.

—Por Dios, qué repelente, siempre te dije que no me gustaba nada y que te la iba a acabar jugando —George, su maquillador, estiró las piernas y pidió una copa de champán—. En este puto mundo nuestro poca gente vale la pena.

—Por eso nuestra Giselle se ha buscado un buen amor fuera de nuestro puto mundo —Celia le guiñó un ojo y ella sonrió pensando en Daniel, que había salido a tomar una copa con unos amigos estadounidenses que estaban de paso en Londres—. Menudo bomboncito tu cowboy, es guapo y sexy, y…

—¿Dónde está?

—Ha salido con unos amigos.

—¡Mirad!

Joselyn, su estilista, con su ayudante y Mary, entraron en su salón cargadas de ropa y cajas de zapatos, y todos se pusieron a aplaudir. De hecho, el motivo principal de ese encuentro en su piso de Londres era ver la primera colección de Joselyn como diseñadora, y tanto ella como Celia se levantaron de la alfombra muy animadas para empezar a probarse los modelitos.

—Guau, es espectacular —cogió un vestido largo y lo acarició con placer—. Seda salvaje, me encanta.

—Es el vestido de novia con el que quiero cerrar el desfile, Gigi, y sería perfecto que lo llevaras tú.

—Por supuesto, cuenta con ello.

—¿Y yo? —Celia se puso las manos en las caderas.

—Tú lo abres y así consigo deslumbrar a todo el mundo.

—Genial, vamos, sácalo todo.

Joselyn y su ayudante empezaron a desplegar los vestidos encima de los sofás y Mary se sirvió una copa de champán viendo cómo ella se desvestía y se quedaba en braguitas para esperar a que le dieran la primera pieza de la colección. Había mucha ropa y se probó varios trajes y zapatos, a la par que George tomaba notas y comentaba los detalles del posible maquillaje.

Una noche muy divertida que de repente quedó suspendida en el aire cuando oyó la voz de Daniel a su espalda.

—¿Hola? —preguntó, más que saludó, y ella le sonrió sacándose un vestido estilo vintage lleno de perlitas.

—¡Hola!, vuelves pronto. Todavía queda algo de cena y hay champán y cervezas ¿quieres tomar algo?

—No, gracias —la escrutó de arriba abajo y ella se miró así misma. Estaba en *topless* y no hizo nada por cubrirse, aunque él la miraba con ceño fruncido—. Buenas noches.

—Buenas noches —contestaron todos y Giselle agarró una camiseta y salió detrás de él.

—¡Daniel! —entró en el dormitorio y lo vio tirando la chaqueta al suelo— ¿Pasa algo?, ¿estás bien?

—No sé, me cuesta acostumbrarme a ver a mi novia desnuda delante de todo el mundo, habitualmente, incluso en el salón de su casa.

—Las modelos siempre nos desnudamos delante de todo el mundo. No puedo vestirme y desvestirme entre traje y traje, sería una pérdida de tiempo y una locura. Todos los de ahí fuera están acostumbrados a…

—Yo no estoy acostumbrado, lo siento.

—Vale… —respiró hondo y observó en silencio cómo se quitaba los zapatos y se tiraba encima de la cama agarrando el mando a distancia—. Ya casi hemos terminado, no tardaré mucho… ¿qué tal están tus amigos?

—Bien, gracias.

—Oye ¿te has cabreado de verdad? Porque si es así tenemos un problema.

—¿Ah sí?

—Sí, porque si estás conmigo tendrás que acostumbrarte a que me desnude delante de otras personas, que me cambie en medio de un ejército de diseñadores, modelos, maquilladores o fotógrafos, o que salga ligera de ropa encima de una pasarela. Lo del otro día con los bikinis de Gustav Cedergen pasa, porque ese tío es un borde y un maleducado, pero ya está, ya es suficiente, no puedo estar lidiando contigo cada vez que…

—¿Ya es suficiente? —interrumpió con el ceño fruncido y Giselle respiró hondo.

—No quiero discutir contigo por esto, es mi trabajo, las cosas funcionan así y es mejor que le quites importancia o te pasarás la vida cabreado.

—Soy un ser humano.

—Lo sé, pero eres un ser humano inteligente, sensible, razonable y un artista. No me vengas precisamente tú con estas chorradas o acabaremos fatal.

—Todo el mundo cree que acabaremos fatal, así que, que sea lo que Dios quiera.

—Daniel…

Lo miró a los ojos y se le llenó el corazón de ternura. Era tan guapo, y tan sensible, tan especial y único, que apartó la tensión y se subió a la cama, se le acercó gateando, se le montó encima y le acarició la cara con las dos manos, luego se inclinó y le dio un beso que él respondió sujetándola por el cuello.

—Normalmente no salgo ni medio segundo con un hombre celoso, porque con mi trabajo su vida, y de paso la mía, se pueden convertir en un infierno, sin embargo, contigo estoy dispuesta a todo, incluso a soportar que no lleves demasiado bien algunas cosas, pero, cariño, tienes que empezar a poner algo de tu parte y relajarte o…

—O acabaremos fatal, ya lo sé…

—No, o vas a sufrir gratuitamente porque no puedo dejar mi trabajo, no puedo y no quiero. Esta es mi vida y estoy feliz de compartirla contigo, pero solo si eres capaz de aceptarla con naturalidad.

—Cualquier tío llevaría fatal que…

—Es trabajo, Daniel, solo trabajo.

—Ok —le acarició los muslos—. Ok, lo sé, solo dame un poco de tiempo.

—Sé, que si existe alguien capaz de dar normalidad a todo esto eres tú, que eres el tipo más sereno e inteligente que conozco, además, yo soy la persona más fiel del universo. Que no me importe enseñar mi cuerpo, que es una parte intrínseca de mi trabajo, no significa que sea una irresponsable, solo significa que para mí es un acto natural…

—No me preocupa que tú me seas infiel, lo que de verdad me jode es que ya bastante tengo con saber que hay millones de gilipollas que te desean cuando te ven en un desfile, en una valla publicitaria o en una revista, como para encima tener que verte desnuda en tu entorno laborar o aquí, en el salón de tu casa durante una cena con tus amigos.

—Ok —se acordó de Robert Sarkisian, que disfrutaba precisamente con el hecho de que ella fuera el objeto de deseo de los demás, y lo mucho que a ella incomodaba eso, y miró a Daniel a los ojos—. Lo entiendo, tal vez en tu lugar sentiría lo mismo y lo tendré en cuenta. Ahora, no le demos más vueltas ¿quieres?

—No le doy más vueltas, pero es un impulso irrefrenable. No llevo muy bien ese mundo de desparpajo y exhibicionismo que te rodea ¿sabes?… soy de Portland —soltó una risa y ella sonrió de oreja a oreja.

—Vale, poco a poco —suspiró—. Me encanta verte sonreír… —se le acercó y lo besó mirándolo a los ojos.

—Te amo, Giselle.

—Schhh…

Lo besó otra vez y él intentó tomar el mando, pero no lo dejó. Se sacó la camiseta y bajó la boca por su pecho, cubriéndolo con el pelo suelto, y le lamió el abdomen y el ombligo hasta que notó que una erección gigantesca estaba a punto de romper sus vaqueros. Le abrió los botones con calma, le bajó los calzoncillos y se inclinó para lamer su pene con parsimonia, tranquilamente, a la par que él se deshacía en suspiros y quejidos de placer.

Era delicioso tenerlo a su entera disposición y lo lamió, mordisqueó y comió con ganas hasta que él eyaculó al borde del abismo, agarrándola con fuerza por el pelo.

—Vale, señor Hopper, voy a acabar la prueba, despido a la gente y vuelvo contigo ¿me esperarás despierto?

—¿Tú qué crees?

15

—Madre mía…

Levantó la cabeza y un dolor descomunal le partió el cráneo en dos. Cerró los ojos y respiró hondo intentando situarse: estaba en Ibiza, llevaban dos días de trabajo en la playa y estaba agotada porque los cambios de ropa, de maquillaje y las sesiones de fotos habían sido interminables.

Ok, era eso y tal vez algo de resaca, aunque ella no bebía alcohol, pero sí recordó que habían salido a tomar algo a un *beach club* y tal vez… ¡mierda! Se incorporó de golpe y corrió al baño a vomitar recordándolo todo: Robert Sarkisian había aparecido allí por sorpresa y la había perseguido y acosado, habían discutido, luego se habían calmado, le había jurado que iba en son de paz y finalmente, para no empeorar más las cosas, había acabado tomado algo con él, en un intento vano por firmar un armisticio. ¿También se habían besado?… se miró y vio que estaba

completamente desnuda, y no recordaba cómo demonios había regresado al hotel, cómo se había sacado la ropa y cómo se había dormido en aquella cama gigantesca con vistas al Mediterráneo.

Regresó al dormitorio sujetándose a la pared, porque se sentía fatal, y miró todo con ojo clínico. Al menos estaba sola, aunque una imagen fugaz de Robert tocándola le provocó un principio de infarto.

No, no, por favor… susurró y buscó un albornoz, localizó su teléfono móvil y llamó a Mary.

—Cielo ¿tú volviste conmigo al hotel anoche?

—Sí y te dejé hablando con Robert en el bar, me dijiste que todo iba bien y que solo necesitabas aclarar algunas cosas con él ¿por qué?

—Porque acabo de despertarme con una resaca de campeonato, desnuda en la cama, y no recuerdo absolutamente nada.

—¿En serio?

—Creo que me acosté con él.

—Buenos, vosotros…

—¡No!, ahora no dejaría que me tocara ni en sueños —pensó en Daniel, que estaba en los Estados Unidos resolviendo unos temas de trabajo y su mudanza definitiva a Londres, y se le cayó el alma a los pies—. Madre mía, Daniel…

—A ver ¿qué síntomas tienes, Giselle?

—Una resaca o algo parecido, nunca he tenido una, pero me duele la cabeza horrores, he vomitado, tengo el cuerpo revuelto y no recuerdo absolutamente nada. No sé lo que hice anoche.

—¿Qué es lo último que recuerdas?

—Pues… —rememoró su encuentro con Robert en la terraza de ese *beach club* y luego cómo la abordaba, primero con mal talante y después con mucha amabilidad, muy cariñoso, coger un taxi para ir al hotel juntos y ya nada más—. Lo último que puedo recordar es estar hablando con Robert en el bar del hotel.

—Puedo dar fe de que no tomaste alcohol en toda la noche, como siempre, yo estaba contigo ¿Recuerdas pedir algo en el bar con él delante?

—No…

—Ok, vístele y no te duches, te voy a llevar a un hospital.

—¡¿Qué?! ¡¿por qué?!

—No quiero ponerme en lo peor, pero todo esto me huele fatal. No tendrías porqué tener una resaca, ni amnesia, y prefiero que comprobemos algunas cosas.

Mary le colgó y ella se fue a duras penas de vuelta al cuarto de baño, muy mareada y ya asustada, con una sensación de agobio creciente en el pecho, se inclinó en el lavabo y devolvió mucho rato, luego se incorporó, se lavó la cara y se sentó en el suelo para marcar el número de teléfono de Daniel, pero él no contestó.

Le dejó un mensaje de voz, se abrazó las piernas y se echó a llorar.

16

—Sé lo que pasó, Giselle, me encontré con ese impresentable saliendo de tu suite, vanagloriándose de haber pasado la noche contigo. Eran las ocho de la mañana y tú estabas desnuda en la cama, así que, por favor te lo pido, si tienes algo de compasión y respeto por lo que siento por ti, déjame en paz y no me vuelvas a llamar. No quiero saber nunca más nada de ti. Adiós.

Colgó el teléfono y se tapó la cara con las dos manos. Acababa de llegar a Nueva York y en cuanto había encendido el móvil le entraron al menos veinte llamadas perdidas de Giselle, y un montón de mensajes, así que, tras pensárselo bien, decidió llamarla y dejarle claro que no quería volver a verla en lo que le restara de vida.

Lamentablemente, estaba fuera de cobertura y tuvo que optar por un mensaje de voz, porque no quería alargar más la agonía y necesitaba soltárselo todo de una maldita vez.

Se levantó del suelo y se acercó a la ventana para mirar la calle. Hacía calor, a pesar de estar ya en octubre, y amenazaba tormenta, así que abrió de par en par las ventanas para que el aire entrara en el apartamento y le diera algo de consuelo, pero no funcionó.

Cerró los ojos y se vio otra vez en ese pasillo del Hard Rock Hotel Ibiza, llegando como un imbécil para sorprender al amor de su vida y quedarse con ella unos días, porque llevaban unas semanas muy duras de trabajo y se habían visto poco, así pues, en un arranque romántico había cogido el primer vuelo a Madrid y de ahí a Ibiza en unas catorce horas de periplo cruzando medio planeta para encontrársela desnuda en la cama, después de haber pasado la noche con el cabronazo de Robert Sarkisian, el tipo que más daño le había hecho en toda la vida, pero al que, al parecer, ella no podía olvidar.

Jamás podría quitarse del cuerpo la sensación que experimentó al verlo salir de la habitación cerrándose la camisa y descalzo, con esa pinta de sátiro playboy de los años setenta que tenía, con su calva, sus bigotes, el sudor en la frente, la ropa de lino arrugada y la sonrisa despreciable que le dedicó cuando lo descubrió con cara de idiota de pie en medio del pasillo.

—Vaya, vaya ¿a quién tenemos aquí? Creo que llegas un poco tarde, muchachote.

—¿Qué coño estás haciendo tú aquí?

—Tú qué te crees, disfrutando con mi princesa. Nos echamos mucho de menos ¿sabes?

—No puede ser cierto.

—¿Qué no?, échale un vistazo y verás lo satisfecha que la he dejado. A esa solo yo le sé dar lo que necesita.

—Serás hijo de puta —intentó agarrarlo y él se escabulló.

—Mira, tío, no tengo nada contra ti, tú solo eres uno más en la extensa lista de conquistas de Gigi. Ella es así, la conozco. Elige, consume, se divierte y luego me llama a mí, que soy el que le enseñó todo eso que sabe y que vosotros, los de paso, disfrutáis tanto, para que vuelva a su cama.

—Cabrón.

—En serio, no te agobies y sigue con tu vida o te va a destrozar, como a todos los demás. No vale la pena, es una zorrita caprichosa y se cansa pronto, anoche estaba como una perra en celo y me dijo que es porque se aburre mucho contigo.

Antes de que siguiera hablando le pegó un puñetazo y lo tiró al suelo con la nariz rota, pero él ni siquiera se molestó en defenderse y se echó a reír mientras se arrastraba por la pared hacia el ascensor.

—Ya de cría era una calentorra, le va el rollo, le encanta el sexo y tú, mi querido cowboy, no estás a su altura, nunca lo estarás y lo sabes mejor que nadie.

Lo siguiente fue verlo entrar en el ascensor y desaparecer como un puto cobarde, que es lo que era. Él giró hacia la suite, entró despacio y se encontró a Giselle boca abajo, completamente desnuda sobre la cama. Las sábanas estaban revueltas y ella dormía profundamente, con el pelo rubio y largo tapándole la cara.

Era una imagen hermosa, como esculpida en mármol, una mujer preciosa, tan perfecta, tan femenina, y tan satisfecha…

No atinó a despertarla, miró a su alrededor y respiró hondo, volvió sobre sus pasos y salió de allí queriendo matar a alguien, queriendo tirarse por un acantilado por idiota, ingenuo y estúpido.

Todo su entorno había puesto en duda su relación con esa diosa de las revistas, con esa mujer que aún siendo anónima hubiese sido inalcanzable, y él la había defendido a capa y espada porque creía conocer a Giselle, creía conocer de verdad a la chica sencilla y cariñosa que amaba, a esa que odiaba que la trataran como a un trofeo, como a un cuerpo perfecto o una cara perfecta, la chica que adoraba a los animales, a su familia, y que ponía toda su energía en una fundación dedicada a los niños.

Esa mujer que era profesional y seria, respetuosa y familiar, tolerante y apasionada, esa chica por la que habría dado su vida sin dudarlo… sin embargo, estaba claro que se había equivocado y todos los demás tenían razón: Nunca debió aspirar a tener en exclusiva a alguien como Giselle Erikson, nunca debió perder el norte y alejarse de la realidad porque, cómo bien le dijo Sarkisian, que era indudablemente quién mejor la conocía, él nunca iba a estar a su altura y tenía que aceptarlo.

La evidencia lo destrozó, la infidelidad lo partió en dos, pero tuvo la energía suficiente para coger un avión y volver de inmediato a los Estados Unidos. Aún tenía cosas pendientes en Londres, pero no pensaba volver, al menos por un tiempo, y llamó a su pasante y a su galerista de allí para decirles que el viaje a Nueva York se alargaba sin fecha de retorno.

La vibración del móvil lo hizo saltar y vio que era Giselle la que llamaba, pero no le respondió, no pensaba hacerlo nunca más. Lo último que necesitaba en ese momento era oír su voz y sus explicaciones vacías, porque él había visto lo que había visto y no necesitaba saber nada más.

En general, se consideraba un tipo tolerante, comprensivo y apacible, nada complicado, pero reconocía que la deslealtad y la infidelidad no entraban en su cabeza, era celoso por naturaleza (al menos con ella) y no pensaba pasar por alto lo que había ocurrido: se había acostado con otro, con el impresentable Robert Sarkisian, y eso no lo podría perdonar jamás.

Dejó sonar el móvil y acabó de recoger sus cosas, se metió bajo la ducha y cuando salió vio que tenía un montón de mensajes. Los borró sin leerlos, ni escucharlos, y cuando el aparato empezó a vibrar otra vez lo sumergió en una jarra de agua que tenía en la cocina.

Repasó por última vez el apartamento, apagó la electricidad, agarró las maletas, el ordenador, sus trastos de pintor y salió cerrando la puerta. Bajó a la calle y un coche lo estaba esperando para llevarlo al aeropuerto y de ahí directo a Portland, donde esperaba curar las heridas, olvidar a Giselle Erikson, y toda la mierda que la rodeaba, para siempre.

17

—¿Qué haces tú aquí?

Kirsten Hopper, con toda esa soberbia y esa mala leche que tenía (y que disimulaba a diario para atender a sus pacientes) se acercó por su derecha moviendo teatralmente su túnica de seda. Giselle se giró hacia ella y frunció el ceño sin esforzarse en parecer amable o educada.

—Quiero hablar con Daniel, estoy esperando a que alguien vaya a buscarlo.

—¿Has venido hasta *Green Mountain* solo para buscar a Daniel? Veo que no hemos aprendido nada.

—¿Perdona?

—No deberías andar persiguiendo a un amante, Giselle, pensé que eso te había quedado claro, pero ya veo que no.

—Mira, Kirsten…

Se pasó una mano por la cara intentando no tirarse a su cuello y respiró hondo. Llevaba muchas horas sin dormir, después de vivir uno de los peores días de su vida, estaba agotada, cabreada, dolida y preocupada por Daniel, así que no pretendía perder el tiempo con ella y menos aún estropear las pocas posibilidades que tenía de que alguien allí le facilitara la cosas y fuera a buscarlo.

—Solo he venido para hablar con Daniel, no pienso enzarzarme en una disputa inútil contigo. Ya sé que no me soportas, me quedó claro hace meses, pero esto no tiene nada que ver contigo, así que, por favor, ¿puedes dejar que alguien intente localizarlo y le diga que estoy aquí?

—Ven… —le hizo un gesto y se la llevó hacia su consulta, Giselle miró a Mary y le pidió que la esperara en el *hall*—. Dani no está aquí y aunque estuviera, no dejaría que te acercaras a él, ya bastante daño le has hecho alejándolo de su vida y de nosotros, como para permitir que vuelvas a engatusarlo y…

—Yo no he alejado a tu hijo de su vida ni de ti, Kirsten, él ya estaba en Nueva York cuando…

—Viniste aquí, te acostaste con él y lo volviste loco desapareciendo dolida y ofendida por lo que escuchaste en mi casa. De hecho, esa misma noche rompió con su prometida y decidió mudarse a Nueva York.

—Tiene treinta y tres años, es un hombre adulto, yo…

—Tú no sabes cómo es Daniel, es un chico único, un artista, con una sensibilidad que no podrás proteger jamás porque no lo quieres. Necesita de su madre, necesita de su familia, a sus amigos, su estabilidad en Portland.

—Estoy enamorada de él, él de mí, sé cómo es, y creo que la que de verdad no lo conoce eres tú. Daniel es un hombre hecho y derecho, un artista sí, y sensible, pero un hombre estable y fuerte que sabe vivir solo y tomar sus propias decisiones.

—¿Qué coño sabrás tú de estabilidad y fortaleza?. Mírate, en el fin del mundo persiguiendo a un amante que también te dejó tirada.

—¿Sabes qué?, mi hermano te quiso denunciar al colegio de sicólogos de Oregón por tu mala praxis, por desvelar secretos profesionales a terceras personas y por referirte a mí en términos humillantes y muy poco compasivos, y yo no se lo permití porque di por hecho que solo eras una madre preocupada que no pensaba lo que decía, sin embargo, ahora, mirándote,

con esa maldad y ese desprecio que tienes en los ojos, me da que eres así con todo el mundo, que no soportas a las personas que venimos aquí para pedir tu ayuda, que no nos entiendes y no eres compasiva con nadie. Supongo que por eso cobras esas cifras desorbitadas por recibirnos y atendernos, porque en el fondo nos desprecias.

—Ya estamos otra vez con tus opiniones livianas, Giselle. Quéjate, sigue quejándote y criticándolo todo, tú, que no eres más que una mujer que utiliza su cuerpo y su sexualidad para ganar dinero. Vergüenza debería darte opinar de los demás, pero ya sabemos que te consideras una chica especial que se lo merece todo, no obstante, querida, aquí sabemos que no te lo mereces todo y a mi hijo no te acerques nunca más o…

—¿O qué? ¿lo vas a castigar sin postre? ¿Tú dónde te sacaste el título de sicóloga?, en serio, eres de lo peor —se giró hacia la puerta, dispuesta a entrar a las malas en el complejo y ella la detuvo.

—Si Dani te dejó es que ya se ha dado cuenta de cómo eres, ten algo de dignidad y déjalo en paz.

—Ten algo de dignidad tú y deja a tu hijo tomar sus propias decisiones.

—Por lo visto ya las tomó y te dejó tirada en Europa, a pesar de tu dinero, tu fama y tu puto mundo de fantasía.

—Oye ¿en serio eres así o te trabajas esto de parecer una malvada bruja de cuento?

—¡Fuera de aquí!, no eres nadie para hablarme en ese tono, maldita mocosa maleducada. Fuera y no vuelvas a molestar a mi familia. ¡Fuera! ¡Seguridad!

Se puso a chillar, Giselle salió del despacho un poco intimidada y se encontró con Mary flanqueada por dos guardias jurados. Nunca antes había visto seguridad en ese sitio y frunció el ceño desconcertada, se volvió para buscar el pasillo que la podía llevar a la zona trasera del rancho y en ese momento, anticipándose a sus impulsos de entrar corriendo, Kirsten se le cruzó en el camino gritando y gesticulando completamente fuera de sí.

—¡John, llama a la policía!, ¡ahora! Te voy a acusar de allanamiento y de acoso, Giselle Erikson, te voy a meter un puro que te vas a cagar. Ni todo tu dinero, ni tu fama, ni tu puta…

—¡Ya basta!, ya es suficiente —el doctor Bob Hopper apareció en el *hall* y se dirigió a su mujer con los ojos entornados y muy enfadado— ¿Qué diantres estás haciendo, Kirsten?

—No te metas en esto, Bob, no va contigo.

—¿Ah no? y ¿con quién va, pues?

—Con Daniel, acabo de llegar de España y necesito hablar con él —intervino Giselle, viendo por el rabillo del ojo que Kirsten estaba a punto de cogerla por los pelos para sacarla ella misma de allí—. Dejó su piso de Nueva York y su casera me dijo que se había vuelto a Oregón. Llevo mil horas viajando y solo quiero, por favor, que alguien le avise que estoy aquí.

—No, no entrarás a esta casa, no…

—Calla, Kirsten, por el amor de Dios —refunfuñó el arquitecto emocional y se le acercó a ella sacándose las gafas—. Lo siento, querida, pero Dani no está aquí, primera noticia que tenemos de que haya vuelto a Oregón.

—¿Cómo dice? —se giró hacia Kirsten y ella levantó la barbilla y miró hacia otro lado.

—Hace días que no sabemos nada de él, pero puedes llamar a sus hermanos, ellos, tal vez…

—Madre mía —buscó una silla y se desplomó tapándose la cara con las dos manos— ¿No podías decírmelo desde un principio?, ¿por qué me haces esto, Kirsten?, ¿por qué?

—Porque eres la última persona que quiero en la vida de mi hijo. No deberías estar aquí.

—Perfecto, señores, doctores o como tenga que llamarlos —Mary dio un paso y se les puso delante—. Lamentamos las molestias, ya nos vamos —agarró a Giselle de la mano y la arrastró hacia la salida—. Y lamento mucho más el trato que nos han dado, antes y ahora, hablaremos a nuestros amigos y conocidos de *Green Mountain*, a todos los millones de seguidores de Giselle y hasta a la prensa, será un placer contar a todo el mundo cómo funcionan las cosas por aquí. Buenas tardes.

Giselle la miró con agradecimiento y la siguió hasta la entrada principal sin ninguna energía en el cuerpo, vio cómo se dirigía al coche de alquiler con decisión y muy fresca, a pesar de llevar el mismo agotamiento que ella encima, y quiso correr y abrazarla, pero no le dio tiempo porque a lo lejos oyó que alguien la llamaba a gritos. Se volvió y vio a Jason.

—¡Madre mía! ¿qué hacéis aquí?, acabo de enterarme por casualidad… ¿Estás bien?, ¿Giselle?

—¿Sabes dónde está Daniel? —lo miró y se echó a llorar, pero no dejó que la consolaran y volvió a preguntar— ¿Lo sabes? Salió de Ibiza hace más de cuatro días con una impresión muy equivocada, está sufriendo por mi culpa, está dolido conmigo… necesito hablar con él, Jason, por favor ¿puedes ayudarme a encontrarlo?

—Está en su apartamento de Portland, acabo de hablar con él, está encerrado trabajando y no me dijo nada de Ibiza.

—Muchas gracias —dio un paso y lo abrazó muy fuerte.

—¿De dónde venís?

—Ibiza, Madrid, Nueva York… ha sido un viaje largo, pero si me dices dónde está ese apartamento, habrá valido la pena.

El mismo Jason se puso al volante y las llevó a Portland, al piso de Daniel, donde estaba encerrado trabajando y dónde ella esperaba poder explicar todo el infierno que llevaba soportando desde hacía casi cinco días.

Después de despertar en muy malas condiciones y sin acordarse de nada de lo que había pasado en su vida durante unas horas, Mary la llevó a un hospital y le hicieron una serie de pruebas ginecológicas para descartar una violación, que era lo que su ayudante se temía. Afortunadamente, no se percibía actividad sexual, le dijeron, pero aún así le hicieron pruebas toxicológicas en las que tampoco apareció nada extraño, salvo rastros de alcohol, que ella no consumía jamás.

La médico de guardia, muy amable, hizo un parte y llamó a la policía para que presentara una denuncia, porque a medida que pasaban las horas y se iba despejando su cabeza, más certeza tenía de que Robert la había drogado y había abusado de ella.

En una hora tenía a la policía delante, que a su vez llamó al consulado sueco y a sus abogados en Londres, y se armó un pequeño revuelo. Todo empezó a salirse de quicio, pero no le importó, y siguieron adelante con la denuncia, más aún cuando le explicaron que muchas drogas para someter a alguien, como la famosa burundanga, no dejaba rastro, así que un análisis de sangre hecho unas pocas horas después de la agresión, podía dar negativo perfectamente.

A mediodía la mandaron al hotel, dónde la policía ya estaba haciendo preguntas, a las cuatro de la tarde Stellan apareció en Ibiza movilizando a todos sus contactos en la isla y en España, y a las nueve de la noche recibió el mensaje de voz de Daniel, donde rompía con ella y le hablaba de su encuentro con Robert Sarkisian en la puerta de su suite. Fue horroroso oír aquello y de desplomó en el suelo con el corazón hecho trizas, pero gracias al cielo su hermano estaba allí, oyó el mensaje y lo puso en manos de la policía.

Increíblemente, una llamada tan terrible y dolorosa para ella, sirvió para que pusieran en circulación una orden de detención inmediata contra Robert Sarkisian. Las autoridades españolas actuaron muy de prisa y, contra todo pronóstico, se lo encontraron aun en Ibiza, disfrutando en una discoteca como si tal cosa, sorprendido por la denuncia y alegando que habían pasado la noche juntos por mutuo consentimiento, como otras tantas veces.

Él pasó esa madrugada en el calabozo de la Guardia Civil, y ella sin dormir intentando hablar con Daniel para darle una explicación y contarle todo lo que había pasado, pero no tuvo ningún éxito. Al día siguiente Robert pasó a disposición judicial y quedó libre con cargos y con la retirada del pasaporte, y ella, autorizada por la policía, se fue al aeropuerto con Mary y pusieron rumbo a los Estados Unidos.

Lo demás le parecía un mal sueño, de aeropuerto en aeropuerto hasta conseguir llegar a Manhattan y presentarse en el apartamento de Daniel, del que obtuvo la dirección gracias a Grace, la galerista de Londres, porque en realidad no sabía dónde vivía su novio en Nueva York.

Allí la casera, que salió a la calle al ver que tocaba demasiado el timbre, le explicó que el señor Hopper había dejado el piso definitivamente para volver a Oregón. El ánimo se le vino abajo de golpe, se hundió de nuevo, pero no se rindió, pasaron la noche en un hotel y regresaron al aeropuerto para coger un vuelo hasta Portland, donde alquilaron un coche para ir hasta *Green Mountain*. Un esfuerzo que casi se vuelve inútil por culpa de Kirsten.

Afortunadamente, la suerte no la había abandonado del todo y Jason, el adorable Jason, estaba en el rancho y se había apiadado de ella.

—¿Qué haces aquí?

Fue el saludo de Daniel cuando abrió la puerta distraído y se la encontró de pie en el rellano, ella forzó una sonrisa y él frunció el ceño y se cruzó de brazos.

—Tenía que hablar contigo —ahogó un sollozo e hizo amago de entrar, pero él no se movió y le impidió el paso—. Llevo muchos días viajando para poder hablar contigo en persona, por favor, solo quiero sentarme y charlar.

—No tengo nada que hablar contigo y no sé que coño haces en mi casa.

—Daniel…

—Te dejé bien claro que quiero que me dejes en paz, Giselle.

—Ok, ok, mira, nada de lo que pasó en Ibiza…

—No me interesa nada de lo que pasó en Ibiza, ya he pasado página.

—No es lo que tú te crees, en absoluto, Robert…

—No pienso volver a oír hablar de ese tipo —la interrumpió haciendo amago de cerrar la puerta—. Vete con él y vivid juntos vuestra vida, que sois tal para cual.

—Daniel, por favor —se echó a llorar y él se detuvo—. No pasó nada con él, yo te quiero, ¿cómo puedes pensar que podría tener algo con él?, ¿cómo puedes…?

—¿Ahora me quieres?, es la primera vez que me lo dices. Un poco tarde, me temo.

—Sé que estás enfadado y dolido, lo sé, yo también lo estaría, pero dame una oportunidad para hablar, déjame pasar dos minutos y explicártelo todo, por favor.

—No me interesa nada de lo que tengas que decir. Siento que hayas tenido que venir hasta aquí, pero no hacía falta. Adiós.

—Daniel, por favor…

—¡¿Qué coño quieres?! ¿qué coño necesitas?, ¿te gusta jugar conmigo y por eso no puedes dejarme en paz?, ¿disfrutas teniendo a un pobre gilipollas como yo a tus pies? ¿No tienes

compasión, Giselle? ¿Eres tan tremendamente egoísta que no puedes comprender cómo me siento? ¿cómo me sentí viendo a ese tipo salir de tu dormitorio?

—Yo…

—Pasaste la noche con ese impresentable y yo jamás, ¿me oyes?, jamás podré volver a tocarte, ni a mirarte a la cara, ni siquiera puedo hablarte, así que vuelve a casa. Aquí ya no hay nada más para ti.

—Daniel.

Le cerró la puerta en las narices y ella dio un paso atrás temblando de arriba abajo. Le costó recomponerse y reaccionar, y a punto estuvo de volver a llamar a la puerta, pero no lo hizo, no pudo, y retrocedió hasta llegar a las escaleras, respiró hondo y las bajó corriendo hacia la calle.

18

—¿Estás bien?

Preguntó la presentadora y ella asintió respirando hondo y cuadrando los hombros. Estaba en Estocolmo, en televisión, en un programa de máxima audiencia hablando por primera vez de Robert Sarkisian, de su pasado juntos y del grave incidente en Ibiza, que le iba a costar pasar un buen tiempo en la cárcel. Tenía a medio país, y al resto del mundo gracias a las redes sociales, pendientes de su entrevista, pero prefirió ignorarlo, no pensar en eso, y miró a la periodista con calma.

—¿Por qué hablas ahora, Giselle?

—Se ha levantado el secreto del sumario, está a punto de empezar un juicio y antes de que él venda su historia, necesito contar la mía.

—Todo ha pasado muy rápido.

—Para mí no, estos últimos cuatro meses han sido los peores de mi vida.

—Lo sé y lo siento, Giselle, pero fue detenido y acusado muy rápido.

—Gracias a la policía española, que ha hecho un trabajo extraordinario.

—¿Qué ocurrió a partir de su detención en Ibiza?

—Una vez detenido las cámaras de seguridad del hotel dejaron claro el estado en el que me llevó desde el bar a mi suite, casi a rastras, y cómo me metió en la habitación contra mi voluntad, porque yo no estaba en condiciones de decidir nada, ya estaba prácticamente inconsciente. También tuvo que entregar su teléfono móvil y en él se encontraron imágenes y videos míos desnuda y en situaciones sexuales en las que no participo —carraspeó y se miró las manos—, pero en las que se me reconoce. Esa fue su perdición, documentar la noche que me había preparado allí, lejos de mi entorno habitual.

—¿Se ha probado que lo preparó todo con tiempo y alevosía?

—Sí, al parecer llevaba meses esperando su oportunidad.

—¿Con qué motivo hizo todo esto?

—Él dice que por venganza y por dinero, pretendía chantajearme con esas imágenes. Su móvil fue económico, o eso asegura, aunque obviamente fue algo mucho más personal, pretendía

humillarme y destrozar mi vida, nada más, porque él sabe que yo jamás hubiese cedido ante un chantaje.

—¿Es verdad que tu familia y tú, aparte de este juicio en España, tenéis previstas más demandas en su contra?

—Sí, por daño moral, por estupro y abuso de menores, por injurias, calumnias e intromisión en mi intimidad. Ya lo hemos demandado en Inglaterra y en Suecia, y pretendemos que alguna de estas causas prospere. Tengo tiempo y paciencia para llegar hasta el final.

—Te has convertido en una activista muy comprometida del movimiento *Me Too*, pero has salido del armario hoy, por así decirlo, para ayudar a más personas en tu posición…

—Sí, es importante que las mujeres, y también los hombres, denunciemos si somos víctimas de abusos, físicos o sicológicos, que no guardemos silencio y, por doloroso que sea para mi familia y para mí, hoy he querido contar mi caso, hacerlo público y demostrar de esta manera que existen armas legales para defendernos. Es fundamental denunciar y no callarse, y yo no pienso callarme más. Durante años pensé que la relación de sometimiento que mantenía Robert Sarkisian era mi responsabilidad, porque yo había consentido en todo momento estar con él, pero lo que conseguí comprender con el tiempo es que una menor de edad, manipulada y dominada por un adulto, no puede consentir nada. Ese individuo se aprovechó de su posición de poder para abusar de mí y de mi confianza, y volvió a hacerlo hace cuatro meses en un hotel de Ibiza, cuando no dudó en drogarme para someterme a su voluntad con el único fin, según su propia declaración, de chantajearme y ganar dinero.

—¿Es verdad que existen otras posibles víctimas de Robert Sarkisian?

—Eso parece, incluso su segunda mujer acaba de declarar que empezó a mantener relaciones sexuales con él cuando apenas tenía quince años, dentro del ámbito familiar, porque es la hermana pequeña de su primera esposa. Podría ser un depredador y si alguien quiere denunciarlo, este es el momento.

—Eres muy valiente, Giselle ¿te has sentido apoyada llevando todo esto en secreto?

—Por supuesto, y si hasta esta misma noche lo había ocultado es porque había un secreto de sumario que había que respetar, y sí, afortunadamente, no he estado sola con toda esta carga, mi familia, mis amigos más cercanos, la gente que de verdad me quiere y no dudó de mi palabra en ningún momento, me ha apoyado muchísimo y agradeceré eternamente su amparo y cariño. Gracias a mis padres estoy hoy aquí y gracias a las personas que quiero sigo en pie, porque ha sido muy duro —oyó los aplausos y tragó saliva.

—¿Es verdad que te estás apartando del mundo de la moda y la vida pública?

—Poco a poco, porque ya no tengo tanta energía como antes para trabajar y viajar tantísimo, y mi fundación me tiene muy ocupada. Sigo en el mundo de la moda, pero con más pausa, estos últimos cuatro meses ya te he dicho que han sido difíciles y he necesitado parar un poco el ritmo y tomar distancia.

—¿Sabes que acabas de poner en marcha una revolución?. Esta entrevista te pondrá en los titulares muchos días.

—Soy consciente y no me importa si esto sirve para apoyar al movimiento *Me Too* y a todas esas personas que necesitan ayuda para denunciar y liberarse.

—Gracias, Giselle.

Anggie, la presentadora, se puso de pie y extendió las dos manos para darle un abrazo muy emotivo que ella devolvió un poco tensa, porque tampoco quería convertir aquello en un circo de compasión por la pobre niña prodigio a la que le habían destrozado la vida. No se trataba de

eso, porque no se sentía una víctima, y desapareció del plató agarrándose a su madre y a Mary, que la estaban esperando para sacarla de allí cuanto antes.

Se subió al coche y de pronto se relajó y se echó a llorar, más aún cuando Mary, Tablet en mano, empezó a leer la infinidad de muestras de apoyo y cariño que había suscitado su entrevista, que iba camino de convertirse en la más vista en Suecia en los últimos treinta años.

—Ya tienes doscientos mil *likes* en Instagram en una hora de entrevista. Madre mía, esto es increíble y ya tengo un montón de llamadas perdidas de la prensa inglesa y estadounidense.

—Pues déjalo para mañana, por favor, ahora me muero de hambre y quisiera cenar tranquila.

—Todo el mundo nos espera en casa, esto hay que celebrarlo —le recordó su madre apretándole la mano y ella asintió, resignada.

Había sido una buena idea hablar de una vez por todas y desahogarse. Era fundamental que la gente popular diera la cara y denunciara, y no se arrepentía de haber aceptado contar sus intimidades en televisión, pero visto el revuelo que empezó a montarse a su alrededor, un agujero en el centro del pecho se le abrió y calibró, por una vez, si no estaba cometiendo un error llevando a cabo esa cruzada personal contra gentuza como Robert Sarkisian que, por otro lado, estaba deseando hablar y ponerla a parir en todas partes, así que seguro que no se había equivocado.

El chaparrón pasaría pronto y ya podría retomar su vida más liviana y sintiéndose muchísimo mejor.

Sintiéndose muchísimo mejor, repitió, mirando la lluvia que caía a raudales sobre Estocolmo. Estaban a mediados de febrero y hacía cuatro meses que Daniel Hopper le había cerrado la puerta de su casa en las narices, a pesar de lo cual no podía dejar de pensar en él. Cuatro meses desde que había vuelto hecha trocitos a Londres desde Portland, cuatro meses desde que su vida se había derrumbado y se había convertido en una sucesión de declaraciones y comparecencias delante de la policía o ante abogados y jueces, descubriendo las horribles intenciones de Robert, viendo fotos y videos de contenido sexual de los que no recordaba nada, aceptando que había sido víctima de muchas cosas y de muchos abusos físicos y sicológicos, víctima de la maldad más abyecta de un hombre abyecto como Robert Sarkisian, cuyo único fin en la vida había sido utilizarla.

Afortunadamente, que todo el proceso se hubiera llevado a cabo en España y no en Suecia, había facilitado que pudiera mantenerse el secreto del sumario y a la prensa de su país al margen. Hubo rumores e intentos de filtrarlo, sobre todo por parte de Robert, que quería sacar provecho también de su desgracia, pero se consiguió contener hasta que la fecha del juicio se hizo pública y las peticiones de cárcel por parte del fiscal, que iban desde los seis a los doce años por varios delitos, llegaron a los periódicos que, a su vez, mientras ella estaba en la televisión, las estaban publicando en sus ediciones digitales.

Para su familia aquella petición de pena era una minucia, y lo era porque con los beneficios penitenciarios y demás, Sarkisian podría salir a la calle mucho antes de lo aceptable, pero eso a ella ya le daba igual, el daño estaba hecho y lo que de verdad le compensaba era verlo al descubierto, defendiéndose con mentiras lamentables, en evidencia delante de su familia, de sus colegas y de toda esa gente a la que había engañado toda su vida.

Ahora era un delincuente confeso y cuando saliera de la cárcel no iba a tener país donde esconderse, porque Stellan estaba decidido a perseguirlo judicialmente hasta el final de sus días.

Ese era su mayor triunfo, y el hecho de que habían salido otras chicas del ámbito del tenis dando la cara para denunciarlo. Al parecer, Giselle Erikson no había sido ni de lejos su única víctima, había varias, y que ella diera el primer paso estaba sirviendo para desmontar su *modus*

operandi. Como bien le dijo un policía español: Robert Sarkisian era un depredador sexual y ella había sido la única que había conseguido sacarlo de la circulación.

—Daniel Hopper al teléfono —Stellan le puso su móvil delante y ella frunció el ceño tomando un bocado de la hamburguesa que su madre le acababa de preparar.

—¿Qué quiere?

—Y yo qué sé.

—Vale.

Agarró el teléfono y respiró hondo pensando en esos ojos oscuros y dulces que había añorado hasta la exasperación durante los últimos cuatro meses, en su calor y en su sonrisa, pero espantó el momento de flaqueza y respondió con total naturalidad.

—Hola.

—¿Por qué no me dijiste nada?

—Buenas noches ¿qué tal estás, Daniel?

—¿Por qué no…? No puede ser que me dejaras al margen de algo así.

—Cogí cuatro vuelos para no dejarte al margen de algo así y me cerraste la puerta en las narices, no sé qué más podía hacer.

—Decírmelo, joder, decírmelo en cuanto te abrí la puta puerta.

—Estaba agotada, destrozada y no podía más, tú madre me acababa de gritar y de echar a patadas de *Green Mountain*, llevaba mil horas viajando y no tuve los reflejos para reaccionar como tú necesitabas, Daniel. Lo siento mucho.

—Más lo siento yo, joder, Giselle, yo… —se echó a llorar y a ella se le llenaron los ojos de lágrimas, pero se giró hacia el salón y observó a su familia bebiendo y comiendo tan felices, y decidió que ni una lágrima más.

—Tengo que colgarte, estamos de celebración aquí, hemos tenido unas semanas complicadas y necesito despejarme un poco. Adiós.

—Si lo hubiese sabido, si… jamás hubiese dicho lo que dije, jamás te hubiese dejado sola con esto, tú sabes lo que significas para mí… Giselle…

—Es inútil llorar sobre la leche derramada, Daniel, déjalo.

—No puedo dejarlo ¿cómo voy a dejarlo?

—Si he podido hacerlo yo, seguro que tú también puedes. Tengo que colgar.

—Escucha, perdóname. Perdona por haberme comportado como un imbécil, pero estaba furioso, dolido, hecho trizas, me sentía traicionado. Estaba muerto de celos y todo aquello me cegó, me cegó y no pude ver más allá. Me comporté como nunca lo hubiese hecho en condiciones normales y te pido perdón. Lo siento muchísimo, Giselle.

—… —guardó silencio y respiró hondo—. Comprendo que era una situación dolorosa para ti, sé que estabas sufriendo por mi culpa y por eso crucé medio mundo para darte una explicación, aunque no me dejaste dártela. Soy consciente de cómo te sentías en ese momento, así que no tienes que explicarme nada, no hay nada más que hablar, en serio, déjalo. Gracias por llamar.

—No puedo olvidarlo y dejarlo pasar, acabo de ver por televisión que tú, que…

—Lamento que te enteraras así, pero…

—No puedo con esto, Giselle.

—¿Qué más quieres que te diga?.

—Puedo soportar que me insultes y me digas que me porté como un cabrón contigo, que fui un cretino inseguro y estúpido que te dejó sola en el momento más difícil de tu vida. Que tengo

una madre horrible, que no merezco nada de ti, mucho menos tu perdón, dime lo que sea, pero no me trates así.

—¿Así? ¿cómo?

—¿Con esa cortesía tan pulcra y tan… sueca?.

—¿Qué? —no pudo evitar sonreír y bufó moviendo la cabeza.

—Te he querido como nadie te va a querer jamás, estoy enamorado de ti, y lo estaré hasta el final de mis días, Giselle. Me porté de la peor manera posible contigo, así que mátame si quieres, y moriré feliz por ti, pero no me trates como si fuera un puto desconocido.

—Yo…

Se quedó sin argumentos y caminó hacia la terraza para alejarse del bullicio de la familia. Nunca nadie le había reprochado ser contenida y educada, y creía estar actuando bien al intentar olvidar todo lo que había pasado, aunque en el fondo de su corazón, era verdad, seguía llorando de impotencia y frustración por cómo la había tratado justo cuando más lo necesitaba, así que tragó saliva y habló con el corazón en la mano.

—Me sentí agredida una vez más por tu madre en *Green Mountain*, y creo que es una persona horrible a la que no quiero ver en lo que me reste de vida, y sí, me partiste el corazón en mil pedazos cuando me echaste de tu casa sin dejarme hablar, porque llevaba veinte horas viajando solo para darte una explicación. No te comportaste conmigo como yo necesitaba, ni reaccionaste como yo esperaba. Me sentí abandonada y sola, frustrada, me pasé tres meses llorando por ti, pero nunca te he odiado, ni he dejado de ponerme en tu lugar, ni he querido matarte, ni insultarte —se echó a llorar—. No puedo, ni nunca podré porque eres una de las mejores personas que ha pasado por mi vida y, si necesitas un perdón, ya está, ya lo tienes. Ahora déjame en paz.

—Te amo —también se echó a llorar y Giselle se secó las lágrimas con la manga del jersey—. Dame otra oportunidad.

—Han pasado demasiadas cosas entre nosotros.

—¿Y si empezamos de cero?

—Eso es imposible.

—No es imposible, solo se trata de voluntad.

—Ojalá …

—¡Gigi! ¿estás bien?, ven a cenar, papá dice que se marcha en media hora —su hermana se le acercó y la agarró por el brazo—. Deja el puñetero teléfono, ya es suficiente por hoy. Cuelga o lo cuelgo yo.

—Ahora voy. Daniel, lo siento, tengo que dejarte, ya hablaremos en otro momento. Adiós.

—No pienso rendirme contigo.

Susurró y le colgó, ella miró a Ingrid y la abrazó para volver juntas a la mesa, con una sensación de alivio y de tranquilidad muy agradable en el pecho.

19

—"Mujer desnuda con collar", esta obra representa a la segunda esposa de Picasso, Jacqueline Roque, y me encanta, es una de las joyas de la corona de la Tate Modern ¿Te gusta Picasso?

Giselle asintió mirando de soslayo al espontáneo que se le había puesto al lado y dio un paso a la derecha para alejarse de él, que iba de punta en blanco para asistir a la gala benéfica de primavera de su fundación, que ese año se celebraba el 27 de febrero y en la Tate Modern Gallery de Londres.

—¿Has estado en el Museo Reina Sofía de Madrid?, ahí está lo mejor de Picasso, también en Nueva York, aunque ahora en Málaga…

—Sí, he estado en el Reina Sofía y en el MoMA, si me disculpas…

Se apartó de él y miró el teléfono móvil. No tenía ninguna llamada de Daniel. Él había dicho que no pensaba rendirse con ella, pero cuatro días después de su última conversación telefónica seguía sin llamar. Increíble, pensó, aunque más increíble era estar pendiente del teléfono como una adolescente.

Su llamada, después de su entrevista estelar y las semanas que llevaba encima, le había removido muchas cosas. De pronto había vuelto a estar en conexión con algo, con alguien, con él, y a pesar de todo lo que se movía a su alrededor, de la prensa, las noticias, las especulaciones, el próximo juicio de Robert Sarkisian (que campaba a sus anchas en libertad con cargos, dando entrevistas y haciendo declaraciones) el trabajo y el trajín normal de la vida cotidiana, él había conseguido despertar una lucecita muy cálida en su alma, y esperaba ansiosa a que se volviera a manifestar.

La vida ya era bastante dura, y a veces muy solitaria para ella, llevaba unos meses muy malos y era normal que cualquier contacto humano la conmoviera y, como decía Jazmín, su terapeuta, su abstinencia sentimental y física de tantos meses la estaba convirtiendo en una persona más lúcida, más consciente de lo que quería y necesitaba, y mucho más permeable, por eso se sentía así, inquieta, mirando el móvil todo el tiempo, como una cría, pero seguro que se le iba a pasar, solo tenía que respirar hondo y ya lo superaría.

—Gigi, hemos abierto el photocall, por favor, vente para hacer unas fotos con tu familia —Mary la agarró del brazo y la sacó de la sala de exposiciones para llevarla al photocall, dónde había muchísima prensa pegada a la pretensiosa alfombra roja que se les había ocurrido desplegar.

—Buenas tardes…

Saludó a todos los fotógrafos y sonrió, como siempre, agarrada al brazo de su hermano, de su hermana y de su madre, que estaban guapísimos esa noche. Se acercó a los periodistas y contestó algunas preguntas sobre el juicio de Robert Sarkisian y muchas sobre su fundación, que ya había abierto un nuevo programa de becas de estudios para niñas en Oriente Medio y la India, también dos humildes, pero eficientes, polideportivos en Bolivia, y que pretendía llevar un programa de alimentos y educación a Siria, que era el proyecto más ambicioso en el que estaban trabajando en ese momento.

Muchas buenas noticias que la distrajeron más de media hora entre pregunta y pregunta, sin perder el buen talante y viendo por el rabillo del ojo como muchos amigos famosos, y no tan famosos, pasaban por su espalda elegantísimos y posando en la alfombra roja antes de entrar al espacio dónde tenían preparada una cena y una subasta.

La noche se presentaba brillante, tenían muchísima cobertura de medios gracias al *"Affair Sarkisian"* como lo llamaba la prensa y, por primera vez en seis años de existencia, la Fundación Giselle Erikson iba a conseguir romper todas las previsiones de recaudación.

—Si hacemos el reportaje te prometo un cinco por ciento de las ganancias globales de mi próxima colección —le susurró al oído Gustav Cedergen, el diseñador, cuando bajó del escenario tras dar un discurso y presentar personalmente la subasta—. Me dejaste tirado por un hombre, Gigi, ahora no me puedes decir que no.

—Te dejé tirado por faltarme al respeto a mí y a ese hombre que, oh casualidad, en ese momento era mi novio, Gustav.

—Y tal como predije ya no lo es. Vamos, Gigi, los bikinis Cedergen están hechos para tu cuerpazo y tu fundación se llevará un buen pellizco, no te imaginas lo bien que estamos funcionando.

—Y yo que me alegro —se detuvo y lo miró a los ojos—, pero no voy a posar con tus cintas adhesivas, ni medio desnuda, nunca más. Esa etapa ya pasó para mí, aunque te lo agradeceré públicamente si das una buena donación a la fundación, de eso no tengas dudas.

—Giselle…

Lo oyó protestar a su espalda, pero lo ignoró y siguió saludando a los amigos y conocidos, a los benefactores y a los patrocinadores, que estaban disfrutando del buen ambiente, la comida y la bebida, que corría a raudales gracias a las tres mil libras que costaba el cubierto, miró la hora y pensó en coger el abrigo y largarse ya, porque estaba agotada y en realidad no pensaba ir al club que Stellan se había empeñado en reservar para continuar la juerga hasta la madrugada.

Se escurrió hacia una zona menos expuesta, pasó a dar un beso a su padre, a su novia y a su terapeuta, que estaban sentados juntos, y miró una vez más el teléfono móvil, donde tenía ocho mil mensajes y llamadas, pero ninguna de los Estados Unidos, se le hizo un pequeño vacío en el estómago y se giró buscando a Alexander Skarsgård, que había llegado tarde y bien acompañado. Necesitaba agradecer su presencia y despedirse de él, pero antes entró otra vez a la sala donde estaba Picasso para tomar aire y dejar de oír voces y risas a su alrededor, se puso delante de "La Mujer desnuda con collar" y el teléfono le vibró en el bolsito.

—Hola, Giselle, siento molestarte, pero ha habido un incidente esta mañana con Robert Sarkisian y pensé que querrías saberlo.

—Hola, Paul, ¿qué ha pasado ahora?

—Joder, si debes estar en la gala. Lo siento, llevo un día de locos y no sé ni qué hora es.

—Es igual, puedo hablar, dime qué ha pasado.

—Se ha encontrado con un amigo tuyo en el aeropuerto de Nueva York y la cosa se desmadró bastante.

—¡¿Qué?! Y… —parpadeó confusa— ¿Qué hace en Nueva York?

—Está en libertad con cargos, puede moverse con un permiso especial y fue a Nueva York por la muerte de su madre, pero esa no es la cuestión, Giselle, la cuestión es que ya está contando a la prensa que mandas a tus "novios" para acosarlo y atentar contra su integridad física.

—¡¿Qué?!, ¿qué novios?, ¿qué tengo yo que ver con todo eso?. Estoy en Londres.

—Lo sé, pero está aprovechando el tirón y…

—¿Con quién se encontró? —interrumpió y respiró hondo.

—Con un tal Daniel Hopper. El atestado dice que se cruzaron en la zona de salidas y el señor Hopper le dio un puñetazo y le saltó varios dientes. Afortunadamente, los consiguieron separar, pero los insultos y las amenazas continuaron. Sarkisian no presentó cargos en ese momento, pero

ahora amenaza con demandarlos a él y a ti… me ha llegado el informe hace unas horas, pero no lo había podido ver… ¿Giselle?

—Sí, estoy aquí —se puso las manos en las caderas y pensó en la escena con un punto de satisfacción porque, aunque era contraria a la violencia física, por supuesto, un buen puñetazo era justo lo que ella soñaba con propinar a Robert si lo volvía a tener delante.

—¿Conoces al señor Hopper?

—Sí.

—Si lo conoces dile que se prepare, porque una denuncia por agresión es algo muy serio.

—Lo sé, pero mejor será que Robert se ocupe de lo suyo, que sí que es algo realmente serio. Dile a su abogado que, si osa ir contra Daniel Hopper, se las tendrá que ver conmigo y eso no le conviene en absoluto. Aún le puedo hacer más daño.

—Bien, se lo diré.

—¿A qué hora pasó eso?

—Esta mañana en Nueva York, no sé —leyó el email que le habían enviado y asintió—. Nueve de la mañana hora local, tres de la tarde hora de Londres.

—Ok, muchas gracias, Paul. Voy a tratar de averiguar qué pasó, pero yo no me preocuparía, solo dile al abogado lo que te he dicho y seguro que todo se queda así.

—Muy bien, hasta luego.

—Adiós.

Colgó con el estómago un poco revuelto y marcó el número de Daniel, pero no le contestó, y se quedó pensando en que sus intenciones eran muy nobles, y las agradecía, pero que actos como ese solo podían perjudicarlos y dar alas a Robert Sarkisian para salir en la prensa y seguir con su pequeño circo de escándalos. No era una buena idea bajar a su nivel, y volvió a marcar para explicárselo, pero volvió a saltar el buzón de voz.

Bueno, ya hablaría con él, pensó y miró el cuadro de Picasso decidiendo no contarle a nadie lo sucedido en Nueva York, esa noche no, y se giró hacia la salida con la cabeza gacha, hasta que la presencia de alguien la hizo detenerse y levantar los ojos.

—Hola…

Daniel Hopper en persona, vestido con vaqueros y una americana azul, camisa blanca y el pelo recogido, la estaba mirando con los ojos oscuros brillantes y una media sonrisa en la cara. Era igual que una aparición y tuvo que parpadear dos veces para verlo bien, mirarlo de arriba abajo y comprender que sí, que era él el que estaba allí, en uno de los pasillos de la Tate Modern de Londres.

—Te estaba llamando —le enseñó el móvil, con las piernas de lana, y él frunció el ceño.

—¿A mí?, ¿por qué?

—Por lo de esta mañana en el aeropuerto.

—¿Acaso nos conocemos?

—¿Qué? —sonrió y lo vio acercarse con su estupenda estampa y la mano extendida.

—¿Qué tal?, me llamo Daniel Hopper, tengo treinta y tres años. Nací en Costa Rica, pero me adoptaron un par de médicos estadounidenses y me llevaron a vivir a Portland cuando tenía seis meses. Tengo tres hermanos, Jerryka, James y Holly, me dedicaba a diseñar videojuegos, aunque ahora mucho más a pintar. No tengo casa fija, pero he decidido mudarme definitivamente a Londres. Estoy soltero y me gustan el campo y los animales… ah… y tengo unos padres un poco insoportables, más bien una madre un pelín insufrible, pero ese no es un problema, porque la sé contener bastante bien.

—Encantada —sonrió y movió la cabeza estrechándole la mano.

—¿Y tú eres…?

—¿Yo?

—Me suena mucho tu cara.

—Vaya.

—Venga, háblame de ti.

—Me llamo Giselle Erikson y nací en Suecia, tengo veintisiete años y también tres hermanos, Magnus, Ingrid y Stellan, vivo en Londres por trabajo y me gustan el deporte, los animales y el campo. Me dedicaba al tenis y últimamente mucho más a la moda, aunque eso también está cambiando. Tengo una vida complicada y muy ocupada en la que estoy intentando poner orden. Estoy soltera y no caigo muy bien a las madres insufribles.

—Un placer conocerte.

—Gracias.

—¿Crees que es posible empezar de cero?, porque yo creo que sí…

—Daniel…

—Tú haz un ejercicio de voluntad, yo haré todo lo demás.

—Está bien.

—Perfecto.

Estiró la mano, la sujetó por el cuello y la estrechó contra su pecho, muy fuerte y mucho rato sin decir nada, sin hablar, mientras ella cerraba los ojos y se perdía en su aroma y en ese calor que desprendía tan acogedor y que había echado tantísimo de menos.

EPÍLOGO

—Sabía que sería otro niño, tenía cara de niño.

Kirsten Hopper se sentó en la terraza y miró hacia el Báltico tomando un sorbo de té, tan relajada y feliz, encantada con esas vacaciones en Suecia, dónde la habían invitado muy generosamente, porque las relaciones con su nuera y con su hijo no eran las más óptimas, ni las más sencillas, y seguramente nunca llegarían a serlo.

—Sí, es cierto —apuntó su madre y Giselle le sonrió y miró Daniel, su hijo de un añito, que gateaba feliz entre las piernas de los adultos—. Dos chicos en casa, será estupendo.

Giselle asintió, sonrió al bebé, que le devolvió la sonrisa con esos ojazos oscuros iguales a los de su padre, se agachó para comérselo a besos y después regresó a la cocina para preparar más té y su fruta, porque ya era la hora de merendar.

Entró en su acogedor y desordenado salón, porque aquello parecía una guardería caótica, y se acarició la tripa pensando en contratar más ayuda antes de que llegara el segundo niño, que vendría al mundo dentro cuatro meses. Había sido una verdadera sorpresa un segundo embarazo tan pronto, apenas eran conscientes del cambio que supondría aquello, y había llegado la hora de ir tomando decisiones o acabaría volviéndose loca.

Pasó a la cocina y puso el agua a calentar, sacó el bizcocho del horno, que había hecho con sus propias manos, y sintió la lluvia contra los cristales. Una tormenta en condiciones, pensó y sonrió feliz, como solía estar últimamente, feliz y animada. Abrió la ventana y el aire fresco la reconfortó de inmediato.

Llevaban viviendo en esa casa un año, la habían comprado cuando supo que estaba embarazada y se habían instalado en ella unos días antes del nacimiento de Dani. Era un sueño de propiedad, estaba muy cerca de su familia y se sentían dichosos allí, juntos y enamorados, con un gran taller para Daniel y mucho espacio para los tres. En realidad, no podía pedir más a la vida, no podía porque todo estaba encajando como siempre había soñado, pensó mirando hacia el mar, respiró hondo y se limpió las lágrimas con un paño de cocina.

Las hormonas la hacían llorar por todo, aunque especialmente de felicidad.

Daniel Hopper había vuelto a su vida ese 27 de febrero en la Tate Modern Gallery de Londres y no se habían separado nunca más. La había sostenido con fuerza y calma durante el juicio de Robert Sarkisian, la había apoyado en su decisión de retirarse del foco mediático cuando aquello pasó, cuando Robert fue a la cárcel y la prensa siguió persiguiéndola, y estuvo allí cuando quiso iniciar una nueva vida más tranquila en Estocolmo.

Había sido un roble al que aferrarse y un amor al que entregarse con pasión. Lo amaba con toda su alma y quedarse embarazada casi en seguida había sido la mayor y más afortunada sorpresa de sus vidas. El pequeño Daniel, que era el vivo retrato de su padre, había venido a colmar de amor un hogar ya repleto de amor y desde su nacimiento no parada de dar gracias al cielo por todo lo que tenía.

Era feliz, trabajaba muchísimo en su fundación y en diversas causas sociales, se había convertido en una abanderada del *Me Too* en Suecia y en el mundo de la moda y el deporte, y se consideraba una madraza, una que disfrutaba del amor de su vida, con el que aún no se había casado porque no necesitaban papeles para ser felices, y con el que había fundado un hogar hermoso y apacible como él, que era dulce y cariñoso, sereno y fuerte. El mejor hombre del mundo por el que, incluso, había sido capaz de tolerar y aceptar a su insufrible madre, una Kirsten Hopper firme en sus convicciones, pero una abuela que vivía pendiente de su nieto y de su adorado hijo menor y que, afortunadamente, vivía lejos.

—Mi amor ¿qué haces? —se le acercó por la espalda y la rodeó acariciándole la tripa—. Yo preparo la merienda, ¿dónde está Daniel?

—Con las abuelas, y no te preocupes, tú sigue trabajando.

—Necesito un respiro. Ven aquí —la giró para mirarla a los ojos—. Eres la embarazada más guapa, y más sexy, del planeta.

—Muy amable —le sujetó la cara y le dio un beso fugaz en los labios—. Ha llamado Jason y dice que la exposición está quedando maravillosa, podríamos ir mañana por la mañana a ver la galería, seguro que a tus padres les gusta la idea.

—Lo que quieras —se acercó y le pegó un beso húmedo y delicioso que ella respondió mordiéndole la lengua—. Vaya…

—¿Lo has sentido? Te ha dado una patada, su primera patada. Bebé ¿cómo estás? —se acarició la tripa y Daniel se inclinó para besarle el ombligo—. ¿Has reconocido a papá?

—Ha reconocido a papá, por supuesto que ha reconocido a papá, ¿verdad, hijo mío? Te amo —se incorporó y la besó otra vez mirándola a los ojos.

—Yo también te quiero.

—Perfecto, señorita Erikson y ahora yo me voy a ocupar de esa merienda. Siéntate en la terraza y descansa un poco ¿quieres?, ahora voy.

—Vale, pero no tardes mucho.

Lo dejó pasando la fruta por la licuadora y salió a la terraza con el té y el bizcocho en una bandeja. Toda la familia se había puesto a resguardo de la lluvia en la zona techada y observó como Stellan estaba con Dani en brazos, haciéndolo girar y gritar de felicidad. El pequeño adoraba a su tío y su tío se moría por él, así que siempre que andaba por Estocolmo dejaba que lo mimara y lo malcriara un rato.

Desvió los ojos y observó a su madre charlando muy a gusto con Bob Hopper, que era un hombre despistado y un poco caótico, pero un siquiatra brillante y muy interesante, al que había ido conociendo y queriendo poco a poco gracias a sus hijos, porque todos los hermanos Hopper lo adoraban. Siempre lamentaría haberse hecho una imagen equivocada de Bob por culpa de su pomposo y extravagante título de "arquitecto emocional", denominación creada por Kirsten para *Green Mountain*, y que él también se tomaba a risa.

Sirvió las tazas de té y le llevó una a Kirsten, que estaba ensimismada observando el paisaje con uno de sus gatos en el regazo. Ella la miró y le regaló una sonrisa.

—Mañana, si queréis, podemos ir a ver la galería, ya está casi todo colocado y así Daniel puede ver cómo está quedando.

—Han trabajado muy rápido.

—Sí, Jason es estupendo.

—Quien iba a imaginar que ese chico… —movió la cabeza con cara de incredulidad— acabaría siendo comisario artístico.

—Bueno, estudió bellas artes con Daniel y ha seguido trabajando duro y…

—No es una crítica, es solo un comentario.

—Y yo no he dicho lo contrario —se puso a la defensiva en seguida, pero, siguiendo la política de Daniel (y la de todos sus hermanos), sonrió y pasó de ella— ¿Alguien quiere un té?, Daniel trae ahora el café.

—Aquí está todo —él apareció con la cafetera en una mano y el cuenco de fruta en la otra y buscó a su hijo con los ojos—. Dani, tu merienda, ven aquí, cariño.

—Yo se lo doy —se apresuró a decir Stellan sentándose con él a la mesa y Giselle le puso el babero besándole la cabecita.

—¿Seguirá lloviendo? —Daniel la abrazó por la espalda y le besó el cuello.

—Yo creo que sí, pero nunca se sabe.

—Tengo una idea.

—¿Qué? —estiró la mano y le acarició la mejilla.

—Tenemos al personal bajo control ¿por qué no me acompañas al estudio y te enseño una cosa?

—Vale.

Se giró muy seria y lo miró a los ojos comprendiendo en seguida que la invitación no era nada profesional, ni santa, y se echó a reír abrazándose a su pecho, él la estrechó fuerte y luego se la llevó hacia la parte trasera de la casa, la metió en su estudio y cerró la puerta de una patada.

PAISLEY

—¡Hola, mi vida!

—Hola, mami…

—¿Cómo estás, cariño?

Oír la voz de la pequeña le contrajo el alma, pero respiró hondo y se contuvo para no llorar.

—Bien.

—¿Qué haces, princesita?

—Jugar.

—¿No habéis cenado aun?

—Ahora ¿y tú?

—Yo acabo de terminar el concierto y ahora me voy al aeropuerto para estar contigo mañana por la mañana.

—Vale… ¿Estuvo bonito?

—¿El concierto?. Muy bonito, mi vida, ya te enseñaré un video. ¿Está papá contigo?

—Sí.

—Dile que se ponga, por favor.

—Está cocinando, dice que no puede ponerse.

—Ok —volvió a respirar hondo y se pasó la mano por la cara—. No importa, ¿y la abuela?

—La abuela sí.

—Vale, yo…

—Paisley, cielo ¿cómo estás?, ¿qué hora es en París? —Oyó la agradable voz de su exsuegra y se apoyó en la pared del camerino.

—Hola, Annelien, qué alegría oírte, estoy bien y aquí son casi las doce y media de la noche. Dice Annie que estáis a punto de cenar.

—Sí, Michael se ha puesto a hacer un risotto, a ver qué tal le sale y si a la niña le gusta, que esa es otra cosa.

—Le gusta, no te preocupes.

—¿Cuándo vienes?

—Esta misma noche, estoy esperando un coche que me lleve al aeropuerto.

—Y… —percibió cómo se alejaba del ruido de la cocina y cerró los ojos— ¿Qué tal estás, cariño?

—Estoy bien, solo un poco cansada y deseando ver a Annie, la he echado muchísimo de menos.

—Y ella a ti, una semana es mucho tiempo para una niña de tres años.

—Lo sé, pero…

—No te preocupes, mañana ya estaréis juntas, y yo estaré aquí cuando vengas a buscarla.

—Genial, voy a primera hora y así la llevo al cole.

—Annie, despídete de mamá —le dijo en neerlandés y Paisley sonrió satisfecha, porque la había entendido, y porque le encantaba de que su hija hablara holandés casi con la misma soltura con la que hablaba el inglés—. Vaarwel, Paisley.

—Adiós, Annelien —se despidió en su idioma y esperó a que Annie volviera al teléfono.

—Mami…

—Hasta mañana, mi cielo, ahora cena muy bien. Tengo muchas ganas de verte.

—Yo también, adiós.

—Te quiero más que a nadie en el mundo ¿lo sabes?

—Sí, yo también te quiero.

La pequeñaja le colgó y ella se quedó con el móvil en la mano y el corazón roto, como siempre le ocurría cuando se tenía que separar de su hija, y esta última vez había sido durante una semana entera.

Se giró hacia la puerta del camerino y vio que Jeff, su ayudante, la estaba llamando con la mano, agarró su mochila, la guitarra y salió por los pasillos del Olimpia de París deseando poder teletransportarse y llegar a Nueva York en un abrir y cerrar de ojos, pero eso no iba a pasar, así que no le quedaba más remedio que resignarse a llegar al aeropuerto, tumbarse en el jet privado, intentar dormir, y despertar en Nueva York a tiempo de llegar a casa, descansar un poco, ir a la casa de su ex, levantar a su hija y llevarla al cole.

—Tenemos permiso para despegar a las 01:30 —susurró Jeff sentándose a su lado en el coche, mientras un montón de fans se despedían de ella con la mano y entre gritos—. Ocho horas hasta Nueva York y… con algo de suerte, llegarás a tu cama a las una y media de la madrugada, hora local.

—Genial, a las siete de la mañana quiero estar en casa de Michael para levantar a la niña, darle el desayuno y llevarla a la guardería.

—Y eso Michael ya lo sabe —la miró de soslayo y ella se encogió de hombros.

—No quiso ponerse al teléfono, pero se lo he dicho a su madre.

—Vale.

Paisley lo miró y desvió la vista hacia la carretera, intentando no amargarse la vida y no pensar en el último año que llevaba encima.

Había dado un concierto multitudinario en Londres, otro en Barcelona y el último en París, que había sido genial, estaba en una etapa profesional estupenda, había sido una idea maravillosa actuar en recintos más pequeños, la mini gira europea resultó ser todo un éxito y pensaba disfrutarlo, pensaba regocijarse en eso o se vendría abajo.

Llegó al aeropuerto, se subió al jet privado que le había puesto la discográfica y se fue a su sitio en el fondo del avión para tumbarse y descansar, oyendo el rumor de las voces y las risas de sus músicos, y de toda esa troupe de gente que la acompañaba a todas partes, y que no tenían porque verla, otra vez, hecha polvo.

Cerró los ojos y la imagen de Michael Evans, el amor de su vida, su marido, el padre de su hija, se le vino claramente a la cabeza, y no era de extrañar, porque llevaba enamorada de ese

hombre, y compartiendo la vida con él, desde que tenía veinte años, cuando ella no era más que una universitaria que quería ser cantante y él ya era un músico que estaba consolidando su brillante carrera en Nueva York.

Como alumna de la prestigiosa Manhattan School of Music, se pasaba el día estudiando y las noches viendo música en directo, conociendo artistas, relacionándose con la gente del ambiente, incluso actuando en pequeños locales, y en uno de esos clubs había conocido al guapísimo Michael Evans, que era un tío de treinta años, natural de Nueva York, aunque criado a medias entre los Estados Unidos y Holanda, tierra natal de su madre, y dueño de un carisma y un talento arrollador.

Porque la vida a veces era generosa, y las hadas quisieron tocarla con sus varitas mágicas, la primera noche que se vieron y se miraron, ya no pudieron separarse más. Paisley Campbell pasó entonces de ser una tímida estudiante de música a vivir directamente en el cielo, porque ese tipo adorable, talentoso, sexy y apasionado, se enamoró de ella, ella de él, y se lanzaron a vivir una relación sentimental extraordinaria que pronto se convirtió en la envidia de todos sus amigos.

Cada vez que recordaba aquellos primeros años juntos lloraba de añoranza. Ella creía que nunca nadie había llegado a ser tan feliz, a quererse tanto, a tener tanta sintonía, tanta comunicación, tanta complicidad, tanto amor como ellos. Que nadie, jamás, había llegado a su nivel de "perfección" como pareja, que lo mismo compartía una carrera profesional muy prometedora, que vivía una locura pasional y sexual sin límites.

Formaban un gran equipo y cuando le ofrecieron su primer contrato discográfico, Michael estaba allí para supervisar todos los detalles. Cuando firmaron el segundo, ya multimillonario tras su inesperado éxito, él aparcó todo lo que estaba haciendo para ocuparse de la producción y de cada paso a seguir en ese impresionante despegue que le llegó a los veintitrés años, cuando aun no era consciente de la locura que se le iba a venir encima en cuestión de meses.

De la noche a la mañana pasó de ser una tímida chica con talento, a ser una estrella de la música. Con el segundo disco ganó dos premios Emmy y empezó a ser de los artistas más vendidos en Internet, protagonizó su primera portada en la revista Rolling Stone y la gente empezó a seguirla en masa. Una verdadera locura que siempre compartió con Michael, aunque él empezó pronto a distanciarse del fenómeno y a despotricar por el cambio de rumbo que su música tomó sin poder controlarlo.

Michael Evans, el músico de culto, el amante del Jazz y del country, del rock and roll más clásico, dio un paso atrás y siguió con su prestigiosa y lineal carrera mientras ella llenaba estadios y llevaba una banda de diez músicos detrás, viajaba en jet privado y daba entrevistas en la televisión, la radio, y en las mejores publicaciones del país. Todo se desmadró, sin embargo, siguieron queriéndose y amándose con locura, ella cruzando océanos para verlo unas horas y poder dormir abrazada a él, él hablando horas y horas por teléfono con ella, por Skype o por videoconferencia, para seguir atento a sus problemas y sus alegrías, aunque sin ocultar lo poco que le gustaba ese éxito desmesurado que le llegó muy pronto, y negándose a tocar con ella, algo que les habría facilitado bastante las cosas, pero que nunca quiso aceptar, lo que provocó sus primeras tensiones de pareja.

En medio de aquella fama y aquel éxito tan exagerado, a los veinticinco años, se quedó embarazada y aquello provocó la segunda gran revolución de sus vidas. No lo habían programado, no era el momento más ideal, pero la noticia, que la pilló en Inglaterra, la llenó de felicidad y regresó a Nueva York de inmediato para contárselo personalmente. Desde el minuto uno, empezaron a celebrarlo púbica y privadamente. Estaban dichosos, enamorados, felices y se

casaron en New Haven, su ciudad natal, en la más estricta intimidad y rodeados solo por sus más allegados, en seguida.

Seis meses después vino al mundo Annelien, su preciosa hija, a la que bautizaron con el nombre de su abuela paterna, y a la que se dedicó en cuerpo y alma, como nunca se había dedicado a nada en toda su vida.

Por supuesto, paró su carrera, las giras y la actividad desmesurada, y se entregó a la maternidad con ahínco y decisión. Su bebé era un verdadero milagro y antes de salir del hospital le hizo prometer a Michael que tendrían tres o cuatro más antes de que Annie se hiciera mayor, y él se lo había jurado, aunque, lamentablemente, no habían llegado a conseguirlo.

Contra todo pronóstico, su alejamiento de los focos y del trabajo no detuvo su ascenso profesional, al contrario, su embarazo, su boda y su hija la hicieron sumar aún más seguidores y antes de que Annie cumpliera un año un nuevo disco la subió nuevamente a los altares.

Fue en ese momento cuando compró su gran piso en Manhattan, frente al parque, en una zona estupenda, luminosa, con espacio y todas las comodidades para criar a una niña, y fue entonces cuando su inquebrantable y sólida relación de pareja empezó a resquebrajarse.

Todo se reducía a la oposición de Michael a su carrera musical. No comulgaba con los grandes conciertos, el espectáculo, las giras multitudinarias, su presencia constante en los medios o en las redes sociales, no soportaba llamar la atención de la gente, no poder ir a cenar sin que alguien se acercara a pedir un autógrafo, no poder salir a pasear por Central Park con tranquilidad, no poder coger unas vacaciones normales, ni comerse un bocadillo de pastrami en el Eisenberg's Sandwich Shop. Todo le molestaba, empezó a volverse insufrible y a estar tenso, y decidieron acudir a un terapeuta de pareja.

Cuando su hija, a la que ambos adoraban, solo tenía un año y medio, las tensiones pasaron de ser simples discusiones a peleas a gritos, el terapeuta les recomendó pasar más tiempo a solas y lo intentaron, pero Michael no se relajaba, decía quererla, pero le reconoció que su estilo de vida no era el que pretendía llevar y mucho menos en el que quería criar a su hija, y decidió tomarse un respiro antes de volverse loco.

Su primera opción, por él y por Annie, fue abandonar los viajes y quedarse permanentemente en Nueva York para dedicar todo su tiempo libre a la familia, pero de nada sirvió. La distancia empezó a hacerse real y por más que intentó lo imposible, incluso llorar y suplicar, él, un buen día, agarró sus cosas y se volvió a su piso de Brooklyn, donde empezó a hacer vida de soltero, de músico bohemio, que solo organizaba los fines de semana que se llevaba a Annie, aunque en la práctica era su madre la que se ocupaba de la pequeña.

Continuó llendo a terapia ella sola, siguió volcándose en su hija, siguió trabajando y haciendo música desde su casa, y nunca se rindió con él, porque lo quería, lo amaba con toda su alma, y entendía que solo era un bache, eso creyó, hasta que él se fue de gira por el sur de los Estados Unidos y se olvidó de ellas casi un mes entero, en el que no se molestó ni en llamar por teléfono.

Su suegra, su madre, su hermana, sus amigos, que en realidad no sabían por lo que estaba pasando, no se explicaban nada, y ella se avergonzaba de verbalizarlo en voz alta, así que empezó a hundirse en un mar de soledad, de negrura horrorosa, que casi le cuesta la salud, pero lo siguió intentando todo, incluso se presentó en un concierto de Michael en Atlanta para verlo y hablar con él, pero su presencia allí provocó mucho revuelo entre el público y la prensa, aquello solo empeoró la situación, y él la acabó mandando de vuelta a Manhattan sin ninguna explicación.

Y entonces, el día del segundo cumpleaños de Annie, todo estalló.

Habían preparado una gran fiesta de cumpleaños con sus amiguitos de la guardería, con la familia, los vecinos y los hijos de sus amistades, convirtieron su gran terraza en un parque infantil, en una enorme celebración de princesas a la que el padre de la homenajeada, de repente, decidió no asistir. Una decisión que fue la gota de colmó el vaso y el principio del fin de su matrimonio.

—¡¿Cómo que no vas a venir al cumpleaños de tu hija?!

—Cálmate, Paisley.

—No me pidas que me calme, joder… —respiró hondo y se fue hacia su cuarto porque la casa ya estaba llena de gente—. No me pidas que me calme, porque si estuvieras en tu sano juicio sabrías que esto es para matarte.

—Estoy en mi sano juicio, lo único que pasa es que no llego, sigo en el aeropuerto de Portland.

—¿Y no podías venirte anoche?

—Anoche tuve un concierto.

—Oye, si no quieres venir por no verme, ok, dentro de un rato desaparezco y te quedas tú con ella y a cargo de todo.

—No todo gira en torno a ti, Paisley.

—¿Sabes qué? Vete a la mierda, Michael, no sé qué es lo que te pasa, pero no me gusta y en realidad prefiero que permanezcas lejos de nuestra hija. Adiós.

—Solo estoy varado en un puto aeropuerto, no es para que te pongas así, tú viajas constantemente y yo me hago cargo de nuestra hija sin rechistar, así que no te atrevas a hablarme en ese tono.

—Viajo mucho, pero procuro estar en los momentos importantes, en los tuyos y en los de ella…

—Muy generosa.

—¡¿Qué?!

—Que tú todo lo haces todo muy bien, soy yo el puto *pringa'o* que no sirve para nada, pero es igual, porque me importa una mierda.

—Eso ya lo tengo claro hace meses, que todo te importa una mierda. Te dejo, tengo la casa llena de gente.

—Cuando llegue tenemos que hablar.

—Perfecto, pero si quieres el divorcio no hay mucho de lo que hablar, le diré a Jeff que lo arregle con los abogados y punto —se le hizo un nudo en la garganta y buscó un pañuelo de papel para limpiarse las lágrimas.

—¿Quieres el divorcio?

—¿Tú no?, hace meses que te fuiste de aquí ¿Qué pretendes?, ¿que siga ignorando las señales y engañándome con la idea de que ya te sentirás mejor, volverás aquí y volveremos a ser felices?

—¿Tú eres feliz conmigo, Paisley?

—Sabes que sí.

—Pues yo no, yo te quiero, pero me ahogo con la vida que llevamos y necesito otras cosas, otras personas, otra…

—¿Hay otra mujer?

—Podría haberlas, pero sigo enamorado de ti.

—¿Te estás acostando con otra mujer?

—No hay nadie en concreto.

—¿O sea que son varias?

—Mira, tenemos que hablarlo en persona.

—Llevamos siete años juntos, haz el favor de no mentirme, Mike, te conozco mejor que nadie en el mundo.

—¡Mami!

Oyó la voz de su hija, se apresuró a secarse las lágrimas y colgó sin despedirse, se volvió hacia ella y la cogió en brazos para llevarla de vuelta a la fiesta, con el corazón hecho pedazos y la certeza de que su vida, tal como la había conocido, se había acabado para siempre.

Esa misma tarde, mientras recogía los restos de la fiesta, sola en la terraza, pensó en llamar a su abogado para acabar cuanto antes con todo ese drama. Llevaban seis meses muy malos, no hacían más que alejarse y estaba claro que Michael había buscado consuelo en otras personas, y eso ella no podría perdonarlo jamás. Su hija solo tenía dos años, debían estar en el mejor momento de su relación, no en ese mar de incertidumbre e infelicidad que se había asentado en sus vidas.

—¿Qué haces? —le preguntó Andrew Stevens, su mejor amigo, su noviete del instituto, cuando la pilló llorando y metiendo los restos de la merienda en una gran bolsa de basura— ¿Te ayudo?, ¿no hay gente que se ocupe de esto?

—Estoy bien, no te preocupes, así me distraigo ¿Dónde está Annie?

—Tu madre y tu suegra la han bañado y la han metido en la cama, le están leyendo un cuento.

—Genial.

—¿Qué ha pasado? ¿dónde está Michael?

—En Portland, según me dijo.

—¿Según te dijo?

—Hace tiempo que apenas me habla, así que no sé cuándo me miente o me dice la verdad.

—¡¿Qué?! ¿estáis enfadados?

—Es más que eso —se enderezó y lo miró a los ojos—. Hace meses que hace su vida, está viviendo en Brooklyn y viajando con la banda, apenas lo vemos y no quiere saber nada de mí. Mañana mismo pediré los papeles del divorcio.

—Paisley no…

—Por favor, no se lo digas a nadie, supongo que nuestras madres lo sospechan, pero no quiero preocuparlas —se echó a llorar y Andrew dio un paso y la abrazó contra su pecho.

—Ok, tranquila, todo irá bien, solo será un bache, una crisis, tenéis mucha presión encima. Michael te quiere.

—Ya no, ya no me quiere, ni siquiera sé cuándo me dejó de querer y… y al parecer se acuesta con otras mujeres y yo no puedo pasar por ahí, no puedo.

Andrew la consoló mucho rato, besándole el pelo y acariciándole la espalda, muy atento y cariñoso, como siempre, hasta que la apartó un poco, se inclinó, buscó su boca y la besó. Hacía siglos que no la besaban, que no se sentía mínimamente deseada, y devolvió el beso como en los viejos tiempos, cuando eran dos pipiolos llenos de ilusiones en Connecticut, cuando aún no había conocido a Michael Evans, cuando aún tenía toda la vida por delante.

Lamentablemente, ese contacto físico inocente desató la tercera guerra mundial, porque en cuanto se separó de Andrew se encontró con los ojos azules indignados de Michael, que llevaba un buen rato observándolos en silencio, o eso imaginó, porque el escándalo que montó a continuación fue apoteósico.

Le pegó a Andrew un empujón y la acusó a ella de adultera y mentirosa, de hacerlo sentir culpable y miserable, cuando en realidad ella era mucho peor.

Gritó, rompió cosas, no entendió a razones y cuando sus padres se presentaron asustados en la terraza, les anunció que se divorciaba y que lo dejaran en paz porque no pensaba reconsiderar una decisión que ya había dilatado demasiado tiempo.

Ella apenas recordaba aquello con claridad, porque había sido muy violento, muy traumático, solo sabía que había intentado defenderse, pero que no paraba de sollozar y no le salían las palabras, que sus respectivas madres lloraban, que Andrew había desaparecido y que finalmente su padre había agarrado a Michael por los hombros para sacarlo de la casa.

—Tienes una hija de dos años, Paisley, ¿cómo puedes ser tan puta?, ¿en mi propia casa?

Esa había sido su despedida y desde entonces no le había vuelto a dirigir la palabra.

Dos meses después estaban divorciados y hacía justo un año, porque Annie acababa de cumplir los tres, que vivía sola, desolada e inmersa en el desamor, porque seguía criando a su hija y trabajando y sonriendo en los conciertos, pero estaba como muerta por dentro, no solo por perder al único gran amor de su vida, sino por perderlo así, de forma injusta, sin ser culpable de nada, sin haber hecho nada aunque, como decía su hermana Leslie, a Michael Evans ya lo había perdido hacía mucho tiempo, muchísimo, y el beso con Andrew solo había sido la excusa perfecta para abandonarla.

—Paisley, cariño, vamos a aterrizar.

Jeff se acercó y le tocó el hombro, sacándola de ese duermevela inquieto que había tenido. Lo miró, le sonrió y se incorporó para ir al cuarto de baño y lavarse la cara. Finalmente había dormido mucho y el viaje no le se había hecho tan largo, se miró en el espejo y se organizó el pelo viendo las ojeras y la cara de agotamiento que tenía. La imagen de esa mujer que llevaba meses sin reconocer y que, sin embargo, le gustara o no, era la suya.

1

—Es lo mejor que has escrito en tu vida, Paisley. No tengo palabras.

David, uno de los ejecutivos de su discográfica, se apoyó en el respaldo del sofá y sonrió de oreja a oreja mirando a Peter, el productor, que continuaba en silencio tras oír las seis nuevas canciones que había grabado para su próximo álbum. Una grabación que había hecho casi a escondidas en el estudio de su casa, con su gente más cercana, y dónde los había citado esa tarde para hablar de sus próximos proyectos y de todo lo que tenían previsto tras acabar la mini gira europea.

—Estoy de acuerdo —soltó al fin Peter—. Es magnífico, muy íntimo, muy profundo… siento decir esto, pero está claro que los músicos dais lo mejor de vosotros mismos cuando estáis jodidos —Paisley sonrió y Peter movió la cabeza—. La depre es un valor añadido.

—Lo tendré en cuenta la próxima vez que un hombre me abandone.

—No quería decir eso, yo…

—Es igual —se levantó y se asomó a la terraza del estudio para vigilar a Annie, que estaba jugando allí con sus muñecas y sus pinturas—. Os he llamado porque quiero dejarlo así, no quiero meterme en otro estudio, creo que lo que hemos hecho aquí es perfecto y es el máster con el que quiero que trabajéis.

—No sé —Peter se pasó la mano por la cara, tenemos reservado el Real World Studios de Peter Gabriel, pensé que te apetecía pasar una temporada en Inglaterra con Annie.

—Michael no me deja sacarla del país, no para ir a trabajar.

—¿Ese tío es idiota? —David también se puso de pie y ella se encogió de hombros—. Conozco a unos abogados de familia que…

—No, no voy a pelearme con él, no tengo energía para eso y creo, sinceramente, que el material que tenemos es estupendo.

—También podemos grabar en Memphis o en el Sunset Sound Recorders de California.

—No, llevaros el máster y empezad a trabajar con eso. Como tú mismo dices, Peter, es un trabajo muy intimista, y creo que haberlo grabado aquí ha sido un punto a favor del disco.

—Pero…

—Como tú quieras —se apresuró a contestar David—. El trabajo es cojonudo y tenemos más que suficiente.

—Nos faltan cuatro canciones.

—Que ya tengo y que espero grabar este finde porque Annie se va con su padre hasta el lunes.

—Genial, hablamos el lunes, ahora tengo que marcharme —Peter recogió sus cosas, el máster y se despidió para salir con prisas, como siempre. Paisley miró a David y él le sonrió.

—¿Qué tal te sientes, pequeñaja?

—Voy tirando y ¿tú qué tal?

—Tu ex ha firmado un contrato con nosotros.

—¡¿Qué?! —lo miró realmente sorprendida, porque Michael Evans odiaba esas multinacionales que, según él, pervertían el talento, y David se metió las manos en los bolsillos— ¿Cuándo?

—Cuando tú estabas en Europa, no te pude comentar nada porque las negociaciones no las llevó conmigo, evidentemente, y no me he enterado del asunto hasta esta mañana.

—Vaya —se sentó en el reposabrazos de un sofá y sonrió a Annie, que estaba peinando a una de sus muñecas— ¿Quién lo iba a decir?

—Es un disco de duetos, con gente famosa y dos desconocidos, uno de ellos una chica de Tennessee que al parecer es su nueva protegida.

—Me alegro por él —el pecho se le contrajo y el estómago le dio un vuelco, pero fingió muy bien y llamó a su hija con la mano—. Mi vida, empieza a guardar los juguetes, papá llegará en seguida.

—Una sola palabra tuya, Paisley, y anulamos el contrato.

—No, por Dios, no voy a perjudicar a nadie y menos a él. No es asunto mío, estos son negocios y no tiene nada que ver conmigo.

—Sé el daño que te hizo, sé cómo te sientes, sé que no se merece ni agua de ninguno de nosotros, y no me digas que no tiene nada que ver contigo porque lo tiene, acabo de ver como se te iban los colores de la cara al mencionarlo, a él y a su protegida.

—Estoy bien, ya ha pasado un año…

—Para ti no han pasado ni diez minutos. Cielo, te conozco desde hace seis años, te quiero, quiero lo mejor para ti y si esto te incomoda o…

—No, déjalo y muchas gracias —se acercó y le acarició el brazo—. Gracias por pensar en mí y tenerlo en cuenta, pero no te voy a pedir nada, mucho menos voy a interponerme en su trabajo. Michael es muy bueno y si cree que su nueva chica es muy buena, es que debe ser una estrella, lo sabemos.

—Ese hijo de puta nunca te ha merecido, solo digo eso. Debo irme.

David Harrison, su descubridor, su mentor, su amigo, y uno de los tíos más poderosos del mundo de la música, salió a la terraza para despedirse de Annie, luego le dio un beso a ella en la frente y desapareció por la puerta serio y en silencio, sin decir nada más, aunque Paisley sabía que se iba cabreado y dolido por ella.

Afortunadamente, casi todos sus amigos, que tampoco eran muchos, se habían puesto de su lado cuando Michael la había dejado. Nadie dio por válida la versión de que había sido infiel, eso no se lo creyó nadie porque la conocían y, aunque Michael se erigió como la víctima en todo el asunto, la gente la apoyó y no puso en duda su palabra, algo que ella agradecería toda la vida, porque en momentos así de complicados, cuando la persona a la que amas no te cree y te tacha de mentirosa y desleal sin darte la más mínima oportunidad de defenderte, al menos que los demás sí confiaran en ti no tenía precio.

Muchas personas la habían defendido y se habían enfrentado a su ex, uno de ellos David Harrison, con el que Michael Evans nunca se había llevado muy bien por culpa del trabajo, de su diferente criterio artístico, y por la química, porque no se caían bien, así que ese contrato de Michael con su discográfica, a la que siempre había odiado, era lo más insólito que podía pasar y entendía que David estuviera enfadado y con ganas de impedirle el paso a sus dominios. Lo entendía, pero no iba a ser ella la que truncara su futuro profesional, era incapaz de hacer algo semejante, mucho menos al padre de su hija.

—¡Princesita!

Exclamó Michael en holandés, poniéndose en cuclillas y abriendo los brazos hacia Annie, que corrió para agarrarse a su cuello. Paisley siguió la escena en silencio, con las manos en los bolsillos de los vaqueros, y sin querer recorrió con los ojos a ese hombre que aún, y a pesar de todo, le provocaba toda clase de sentimientos encontrados.

Iba con pantalones negros, una camisa también negra y sin abrigo, a pesar de que estaban en octubre y fuera hacía mucho frío. Subió los ojos y vio su pelo oscuro, ondulado, largo por debajo de la oreja, perfectamente cuidado y recortado para parecer informal, aunque nunca lo dejaba crecer demasiado. La nariz perfecta, la tez ligeramente tostada, la barba oscura enmarcando un rostro varonil y muy atractivo que solía provocar desmayos y suspiros, y esos ojazos azules que Annie había heredado y que eran los más luminosos del universo.

Suspiró, oyendo cómo se comunicaban en holandés y miró sus manos grandes, preciosas, sus dedos de músico, y esa forma que tenía de abrazar y besar a su hija, con ese amor y ternura que solo él era capaz de desplegar. Se le contrajo el cuerpo entero y no se pudo mover hasta que Annie se le acercó para darle un beso de despedida.

—Adiós, mi vida, pórtate bien.

—Te quiero, mami.

—Yo te quiero mucho más, mi amor —la abrazó muy fuerte y cerró los ojos sintiendo como se le llenaban de lágrimas—. Yo mucho más, te veo el lunes ¿vale?

—Vamos, Annelien, la abuela te espera en casa —susurró Michael sin mirarla a ella en ningún momento, como si fuera invisible, y ofreció la mano a su hija caminando hacia la puerta—. ¿Qué película quieres ver esta noche?

—Brave.

—Me encanta Brave.

—Es de Escocia, como el abuelo James.

—Lo sé, cariño.

Paisley los observó como de lejos, sin intervenir en absoluto, y los vio salir y cerrar la puerta sin mirarla. Otra vez él no le había dirigido ni un miserable saludo, como si fuera la persona más horrible del mundo, como si no hubieran compartido amor y vida durante tantos años, como si no fuera la madre de su hija, como si no se conocieran de nada, como si la odiara.

Se sentó en el suelo y cerró los ojos, se abrazó las piernas y se echó a llorar.

2

—Señor y señora Evans, soy madame Juliette, la nueva maestra de ballet de Annelien —la dama, vestida de bailarina y con un moño muy tenso en la nuca, les sonrió y les ofreció la mano, Paisley la saludó y le sonrió.

—Paisley.

—Michael —susurró Mike a su lado repitiendo el gesto.

—Vaya, Paisley, qué nombre más curioso, siempre me he preguntado de dónde es.

—De Escocia, Paisley es la ciudad natal de mi padre.

—Claro, claro… —madame Juliette volvió a sonreír y acarició la cabecita de Annie, que observaba atenta la charla—. La pequeña Annelien, que también tiene un nombre precioso, y que me ha contado que es el nombre de su abuela, tiene muchas aptitudes para la danza, un oído extraordinario y mucha voluntad, así que soy muy optimista con su progreso. Espero que los papás me apoyen en la tarea.

—Tiene tres años, yo solo espero que se divierta —contestó Michael a una distancia prudencial y Paisley asintió.

—Claro, por supuesto, pero cuando hay tantas aptitudes es bueno regar la semilla y enderezar la planta.

—¿Cómo dice? —frunció el ceño y Paisley intervino conciliadora, como siempre.

—Somos conscientes de que tiene un gran oído, los dos somos músicos, y que le encanta el ballet, por eso la hemos apuntado a sus clases, madame Juliette, pero principalmente queremos que ella disfrute y se lo pase bien bailando.

—Entiendo, pero esta no es una simple clase de ballet para alegrar a las niñas y para que pasen unas horas más en el colegio, estoy aquí para buscar nuevos talentos.

—Estupendo, solo habrá que dar tiempo al tiempo y si llegado el momento los progresos son extraordinarios y Annelien decide seguir bailando, contara con todo nuestro apoyo, de eso no le quepa la menor duda.

—Me alegra oír eso, el compromiso de los padres es fundamental.

—Estoy de acuerdo con usted.

—Bueno, voy a saludar a los otros papás, gracias por venir.

La profesora francesa, que era la joya de la corona de las actividades extraescolares de la guardería de Annie, les hizo una venia y se alejó de ellos como flotando, para hablar con los otros padres que habían acudido a esa primera reunión trimestral con las mismas dudas que ellos, que solo querían satisfacer una afición de su hija, no convertirla a los tres años en la próxima Maya Plisétskaya.

Paisley la observó un rato y oyó como Michael, que había llegado con la hora pegada al cole, le estaba preguntando a Annie si se lo pasaba bien con madame Juliette y si le gustaban las clases, la niña asentía a todo porque estaba fascinada con sus clases de ballet, ella lo sabía bien, pero no quiso intervenir, y finalmente lo miró al ver que la cogía en brazos para comérsela a besos.

—Muy bien, mi amor, si te gustan las clases y la maestra, yo soy feliz. Ahora dame muchos besos porque tengo que volver al trabajo.

—Vale… —se abrazaron y Annie devolvió los besos muerta de la risa, luego él la dejó en el suelo y miró a Paisley de reojo.

—Adiós.

—Adiós.

Lo vio salir con prisas y sin mirarla, con esa estampa espectacular que tenía y atusándose el pelo, abriendo la puerta para salir del estudio como un suspiro. Paisley ahogó el impulso de echarse a llorar de pura añoranza e impotencia, que es como siempre se sentía cuando lo veía, y se inclinó para coger a Annie en brazos.

—Ok, princesita, ahora a bailar, yo te espero aquí mismo. Te quiero.

La dejó con sus compañeras, que eran todas unas bebés de tres añitos, y se sentó junto a las demás madres para seguir la clase de cuarenta minutos. Le encantaban esos ratitos de *"mamás del cole"* cómo los llamaba Jeff, y se entretuvo en charlar y compartir historias de niños, de cocina y de casas, también de yoga o TaiChi, y todas esas cosas que la unían a esas madres de todas las edades que, en esencia, eran exactamente igual que ella, aunque muchas tenían la fortuna de no trabajar y vivir exclusivamente para sus hijos, que era uno de los sueños a cumplir por Paisley. Un sueño que seguramente no podría cumplir jamás, sobre todo porque estaba segura de que no volvería a tener más hijos, no sin Michael, y eso limitaba bastante sus posibilidades de convertirse en una madraza clásica rodeada de niños.

Eso ya no iba a pasar y esa certeza era otra de las penas que le partían la vida en dos.

—Rose está embarazada otra vez —le dijeron mientras ponía el abrigo a Annie y ella se enderezó y sonrió de oreja a oreja mirando a la aludida, que no pasaba de los treinta y cinco años y ya tenía tres hijas.

—¡Enhorabuena!, vaya alegría ¿de cuánto estás?

—Cuatro meses, a ver si esta vez en un chico.

—Seguro que sí, me alegro mucho.

—¿Cuándo te vas a animar a ir a por el segundo, Paisley? Annie está creciendo muy rápido.

—Pensaré en un banco de esperma —sonrió.

—Tienes veintiocho años, estás como un tren, eres famosa y seguro que te llueven los pretendientes, elige uno y ponte a procrear. La gente tan guapa debería tener la obligación de procrear el máximo de veces posible —apuntó Rose y todas se echaron a reír.

—Muy amable, pero, no, gracias.

—Tú misma…

—Tenemos que irnos… hasta mañana.

Se despidió con la mano al ver a Ruth, la antigua profe de Annie, y su niñera más recurrente, salir por un pasillo con la cabeza gacha. La llamó dos veces, pero ella no le hizo caso y caminó muy deprisa detrás hasta que la pilló en la acera hablando con un compañero.

—¡Ruth!, lo siento, te estaba llamando.

—¡Paisley! —contestó y acarició la cara de Annie— ¿Qué tal estás?, hace mucho que no te veía por aquí.

—Traigo y recojo a Annie todos los días.

—Vaya, pues, ya sabes, con los más pequeños siempre salgo más tarde. ¿Necesitabas algo?

—Quería hablar contigo —la apartó de su compañero y la miró a los ojos—. No me has contestado a la oferta de un contrato para que me ayudes con Annie por las tardes, estoy un poco desbordada entrevistando niñeras y no me gusta ninguna y como tú…

—¿No lo sabes? —interrumpió con los ojos azules muy abiertos—. Claro que no lo sabes, si no te dirige la palabra.

—¿Perdona? —no le gustó el tono y frunció el ceño.

—Que sé que Michael y tú no os habláis, el caso es que él me ha contratado, llevo meses haciendo de *babysitter* ocasional para él, ya lo sabes, lo he combinado contigo, pero me ofreció un trabajo más permanente y no me podía negar, mi sueldo de profesora de guardería no me permite vivir en Nueva York.

—¿En serio?, ¿te lo ofreció antes que yo?

—No lo recuerdo, pero ya me comprometí con él, lo siento.

—Vaya…

—Ahora que Annelien se va a Ámsterdam me quedaré en su casa, viviré con él hasta que su madre regrese.

—¿De forma permanente?

—Bueno, no, solo cuándo Annie venga a Brooklyn ¿verdad, princesa? —acarició el pelo de la pequeñaja y a Paisley, por alguna extraña razón, se le revolvió el estómago—. Ahora vivo en Brooklyn, muy cerca de la casa de Mike, y puedo estar a su disposición cuando me necesite. Encima paga genial.

—Yo también te pago genial y si lo que quieres es ser interna y vivir en mi casa, adelante.

—Guau, Park Avenue nada menos —se echó a reír—. Es una tentación, pero no, ya di mi palabra a tu ex y me encanta vivir en Brooklyn, además, su casa es más pequeña y manejable que la tuya.

—Lo sé, viví allí cinco años.

—Ya, claro. En fin, tengo que irme ¿te veo el finde en casa de papá, Annie?

—No, este fin de semana nos vamos a New Haven a ver a los abuelos —respondió Paisley.

—Vaya, que lástima. Bueno, te veré de todas formas en el cole. Debo irme y gracias, Paisley, es muy halagador que los dos queráis trabajar conmigo, pero me quedo con tu ex y no pienso fallarle.

La dejó con la palabra en la boca, giró y se fue contoneándose sobre unos tacones de diez centímetros que hasta a Paisley le parecieron exagerados.

Esa chica, pensó de repente, era muy peculiar. La habían conocido cuando Annie tenía un año y decidieron meterla en la guardería dos horas al día para que se relacionara con otros niños. Desde el minuto uno los había camelado con su cariño y atención hacia su hija, y en seguida se había ofrecido para hacer de *babysitter* fuera de su horario escolar porque, como acababa de

recordarle, su sueldo de profesora a media jornada no le daba para mucho en una ciudad como Nueva York.

Michael y ella habían confiado siempre en Ruth Pyne, porque Annie la adoraba, y había estado toda su crisis matrimonial dispuesta a ocuparse de la niña cuando las cosas se ponían feas y ella no paraba de llorar. Desde antes de que todo fuera fatal, ella había estado allí, siempre atenta, y había seguido estando tras el divorcio, cuando se ofreció a Michael para continuar trabajando con él en Brooklyn.

De aquel ofrecimiento se había enterado gracias a su suegra, porque Ruth se lo había ocultado, pero no le importó, al contrario, le había tranquilizado muchísimo saber que alguien que Annie conocía bien iba a permanecer en su vida, incluso en casa de su padre, a eso no tenía nada que objetar, por supuesto, pero que después de dos años colaborando juntas ignorara su generosa oferta de trabajo y decidiera quedarse con Michael, incluso viviendo en su casa de Brooklyn, a casi una hora de su trabajo en Manhattan, no le acababa de encajar.

Todo era muy extraño, pero como no podía hablar con Michael y llegar a un acuerdo con él, no le quedaba más alternativa que aceptar su decisión y empezar a buscar seriamente otra niñera. Necesitaba a alguien que le diera cierta cobertura, porque, aunque ella se ocupaba al cien por cien de su hija, le gustaba contar con un apoyo externo de cuando en cuando y Ruth siempre había sido perfecta, lástima que ella tuviera sus propias preferencias y hubiera pasado de ella de esa manera. Al menos podría habérselo dicho antes y no tenerla dos semanas esperando una respuesta.

—Hola, Jeff —contestó al teléfono dejando que Annie se quedara en la arena jugando.

—¿Dónde estás?

—Central Park, ¿va todo bien?

—¿Qué tal la muñequita en ballet?, ¿qué tal la profe?

—Annie feliz, la profe muy profesional y seria, a ver qué tal se va desarrollando el curso. ¿Pasa algo?

—Me ha llamado Harry Stone, de Londres, está en Manhattan y quiere invitarte a cenar, ¿le puedo dar tu número de teléfono?

—No, por favor.

—Es guapísimo.

—Sal tú a cenar con él.

—Si fuera gay no se me escapaba.

—Siento que no lo sea. ¿Tenemos el avión para Connecticut?

—Sí, todo dispuesto, salís el jueves a las cuatro.

—Muchas gracias. ¿Sabes? Necesito buscar una niñera nueva, Ruth me acaba de decir que no.

—Mejor, nunca me ha gustado esa tía.

—Bueno, a Annie le gusta y al parecer Michael se me ha adelantado y le ha ofrecido un contrato.

—No me lo creo.

—¿Por qué no?

—Él tampoco la tragaba mucho, decía que lo miraba con ojos de cordero degollado, no me extrañaría nada que se le hubiese insinuado.

—¿En serio?, a mí nunca me comentó nada.

—A las esposas no se le comentan esas cosas.

—No creo… si se le hubiese insinuado o lo hiciera sentir incómodo, jamás la hubiese contratado para Brooklyn.

—Él mataría por Annie, Paisley, y a la pequeña le convenía tener a alguien conocido en Brooklyn, la transición así fue más fácil, y por ella la habrá contratado de vez en cuando, pero un contrato permanente como el que tú le ofrecías no me lo creo.

—Le preguntaré a mi suegra, pero en realidad ya me ha dicho que no y no pienso suplicar.

—Mejor lejos que cerca, hazme caso, y no te preocupes, voy a mover unos hilos para ayudarte a encontrar una buena niñera.

—¿Qué haría yo sin ti?

—Eso digo yo… podrías empezar por invitarme a cenar.

—¿Hoy?, vente, es noche de pasta y estaremos encantadas de compartirla contigo.

—Estupendo, cena con las Evans, será una pasada.

—Jeff…

—¿Qué?

—Creo que debería dejar de utilizar mi apellido de casada, volveremos al simple y bonito Campbell.

—Siempre serás una Evans, guapa, y tú lo sabes.

3

—¡Annie! Ven aquí, cariño…

Su padre salió corriendo detrás de la pequeñaja, que se le soltó de la mano para ver a los patitos del lago y Paisley sonrió aspirando el aire frío y limpio de New Haven, y no es que allí no hubiese polución, que la había, es que en Manhattan la cosa era muchísimo peor.

Los siguió con los ojos y sintió como su madre se le cogía del brazo.

—Está preciosa, tan mayor, es igual que tú.

—Es igual que Michael, para qué nos vamos a engañar.

—Será igual que Michael físicamente, pero es lista, despierta y cariñosa como tú, además, sonríe igual que tú.

—Pasión de madre y de abuela.

—¿Qué tal con Mike?, ¿ya ha…?

—No ha mejorado nada, doce meses y sigue sin mirarme a la cara.

—Porque nunca lo has agarrado, lo has sentado y lo has obligado a escucharte, no se puede acabar un matrimonio así, sin dialogar, de la noche a la mañana.

—No quiero hablar sobre eso, mamá.

—¿Ves? Es que no quieres hablar ni conmigo, ni con tu padre, ni con tu hermana, ni con el propio Michael.

—Mamá…

—Perdona, pero nunca me resignaré a que acabarais de tan mala manera, acusándote injustamente y que ni siquiera te haya dejado explicarte, es ridículo.

—Llevábamos unos meses muy malos, supongo que el beso con Andrew solo fue la gota que colmó el vaso. Creo, sinceramente, que tarde o temprano Mike me iba a dejar y que mejor ese día que después, ya no puedo darle más vueltas, solo quiero olvidarme y seguir adelante, por eso no quiero hablar del tema ¿lo entiendes?

—No puedes zanjarlo así, sin haberse mirado a los ojos, sin haber hablado sinceramente. Tú no te merecías que te acusara de adúltera, y Annie no se merece que sus padres sigan sin dirigirse la palabra.

—No metamos a Annie en esto, por favor —sintió que se le humedecían los ojos y su madre asintió—. Yo he hecho todo lo posible por normalizar la situación, pero él no está por la labor, así que no me culpes de nada.

—No te culpo, cielo, solo quiero que no te rindas…

—¿No me rinda? ¿a qué?

—A no dar tu versión de los hechos.

—Ya es tarde para eso y, en serio, no quiero…

—Esta muchachita corre muy rápido —su padre se acercó con Annie en brazos y las miró indistintamente— ¿Nos vamos a comer?, nosotros ya tenemos hambre.

—¡Vamos! —animó su madre y las dos los siguieron camino de casa, pero antes de dar dos pasos Rose se giró y la miró a los ojos—. Annelien cree que a Michael alguien le estuvo metiendo ideas equivocadas en la cabeza.

—¿Qué?

—Cree que alguien de vuestro entorno estuvo malmetiendo contra ti.

—¿De dónde saca esas ideas?

—Es su hijo, está preocupada por él y solo presta atención.

—Mira, mamá, me encanta que tú y Annelien habléis y os llevéis tan bien, pero, por favor, dejaros de teorías conspiratorias y de intentar juntarnos otra vez. Michael me odia porque me vio besándome con mi mejor amigo en la terraza de nuestra casa, llevaba meses queriendo hacer su vida lejos de mí, y tuvo el motivo perfecto para largarse. Hacía mucho tiempo que ya no me quería, aunque yo hiciera todo lo posible por recuperarlo, así que no veáis fantasmas donde no los hay y aceptadlo como lo he tenido que aceptar yo: Da igual cómo o por qué, pero el caso es que estamos divorciados, no hay marcha atrás y lo más importante de todo, Mike no me quiere, ni siquiera soporta mirarme a la cara, así que ya no hay nada que podamos hacer.

—Estás tan equivocada, Paisley…

—Y ya que hablas con Annelien, cuéntale que su hijo ya tiene otra persona en su vida, una cantante de Tennessee a la que presenta como su protegida y con la que va a grabar un disco, cosa que nunca quiso hacer conmigo. Está clarísimo que él ha pasado página, la pasó hace mucho tiempo, así que a mí dejadme en paz.

La dejó sola y caminó con prisas detrás de su padre, que iba charlando con Annie y que no se dio cuenta de que estaba llorando, otra vez.

Estaba cansada, agotada, y no podía más con ese tipo de comentarios, con saber que su madre y su suegra hablaban de ellos en medio de sus largas charlas telefónicas, que sacaban conclusiones y se formaban sus propias opiniones, fantasías todas, mientras ellos, sobre todo él, hacía doce meses que había enterrado su vida juntos y había tirado su matrimonio a la basura.

Claro que ellas no sabían los detalles de su crisis, que había durado mucho, ni de las idas y venidas de Mike, de su descontento eterno por su vida o por el camino que había tomado su carrera, claro que no sabían nada y no pensaba explicárselo ahora, no podía hacerlo, no le daba

el ánimo ni la fortaleza, y solo necesitaba que la dejaran en paz y la ayudaran a olvidar de una maldita vez a Michael.

Nada más, solo pedía eso, que no hablaran más de ellos, ni a ella de él, ni la involucraran en sus historias, y lamentó, por un segundo, haber cogido un vuelo para pasar un fin de semana con sus padres, cuando podría haberse quedado tranquilamente en Manhattan con Annie, solas y sin tener que hablar con nadie.

—No sé ni que decir, Paisley…

Andrew Stevens se le sentó enfrente después de la cena y se inclinó para cogerle las manos. No habían vuelto a verse tras el escándalo de su beso y Paisley lo había estado evitando durante meses, así que tragó saliva y trató de mostrarse comprensiva y atenta, y como la buena amiga que se suponía que era.

—Déjalo, Andy. Háblame de tu trabajo en la universidad.

—Cuando tu madre me invitó a cenar hoy, no sabía si era una buena idea venir, sabes que estuve meses sin dormir sintiéndome culpable por todo lo que pasó. Yo mejor que nadie sé lo que has sentido siempre por Michael, y tenéis una hija tan pequeñita y…

—Mira, si quieres hablar de cualquier otra cosa y terminarnos este vaso de vino tranquilamente, estupendo, si lo que quieres es hablar de lo que pasó y sus consecuencias, entonces yo me retiro y me subo a la cama.

—Paisley…

—No quiero y no puedo seguir hablando de lo que pasó o de Michael, te lo digo en serio.

—Pero todo fue culpa mía, si yo no…

—Ok, me voy a la cama, mañana… —se puso de pie y Andrew la agarró de la mano.

—Vale, me callo, pero creí que hoy tendríamos oportunidad de charlar al respecto.

—No.

—Está bien… ¿qué tal se presentan las navidades?

—Nos reuniremos todos aquí el 24, luego, para Año Nuevo, Annie se va con su padre a Ámsterdam, para estar con su familia de allí.

—¿Y qué piensas hacer tú esos días?

—Me iré a esquiar con Miranda y Jeff, pero también tengo trabajo, en estas fechas siempre hay galas benéficas y ese tipo de cosas que me ocupan un montón de tiempo.

—¿Y el nuevo disco?

—Saldrá en abril. ¿Tú qué tal en Yale?

—Bien, no soy nada más que el ayudante de un profesor muy bueno de literatura rusa, pero al menos he conseguido ese puesto administrativo, lo demás poco a poco.

—Claro, paciencia, mi padre tardó muchísimo en dar clases como titular.

—Lo sé y eso que ya era un experto en historia escocesa de la Universidad de Edimburgo cuando llegó a New Haven. ¿Sabes que los alumnos se matan por ir a alguna de sus clases? Cada vez se prodiga menos y cuando lo hace, es todo un espectáculo, yo no me lo pierdo.

—Lo sé, es la bomba, aunque ahora solo piensa en jubilarse y dedicarse a las nietas, que pronto serán dos.

—Ya me contó Leslie que espera una niña, se van a llevar poco con Annelien.

—Tres añitos, será estupendo que se tengan la una a la otra. ¿Sigues escribiendo? —él asintió y se quedó callado— ¿Qué tal con Jennifer?

—Rompimos después de… ya sabes… de lo que pasó contigo, se puso en el mismo plan que Mike y, en fin, daños colaterales, pero no tan serios como los tuyos.

—Lo siento mucho, pero si no confía en ti entonces no vale la pena, no hay nada que hacer. Esa es la lección más valiosa que es sacado de todo esto.

—Estoy de acuerdo… —volvió a guardar silencio y Paisley observó el jardín de sus padres, que era exactamente el mismo en el que había crecido, no habían cambiado nunca nada y se preguntó por qué seguirían viviendo en una casa tan grande si solo estaban ellos dos—. Paisley…

—¿Qué? —la sacó de sus ensoñaciones y lo miró a los ojos.

—Aun a riesgo de que me eches a patadas, tengo que decirte algo que llevo guardando muchísimo tiempo, después, si es lo que quieres, no volveré a mencionar a Michael Evans en lo que me reste de vida.

—¿Qué ocurre?

—Unos dos meses antes del cumpleaños de Annie, cuando nos vio en la terraza… bueno, él me llamó por teléfono bastante desesperado.

—¿Desesperado? ¿por qué?

—Quería saber si tú y yo estábamos teniendo una aventura. Me dijo literalmente que era una pregunta entre hombres y que necesitaba la respuesta de un hombre.

—¡¿Qué?! —dejó la copa de vino en el poyete de la ventana y respiró hondo— ¿En serio?

—Sí, tú habías venido varias veces a New Haven para estar con tu madre en el hospital y no sé, me dijo que alguien le había advertido que te veías conmigo aquí, que habías buscado consuelo en mis brazos y que bueno, que al parecer habíamos retomado nuestro noviazgo de adolescentes.

—No me lo puedo creer ¿quién le diría semejante barbaridad?

—Lo mismo le pregunté yo, pero me dijo que no podía decírmelo. Encima parecía estar un poco borracho y no pude dialogar demasiado con él.

—¿Por qué no me lo contaste?

—Me hizo jurar que no te diría nada y después del "incidente" en tu casa, no había vuelto a verte, Paisley.

—Joder —se puso de pie y se cruzó de brazos—. A mí nunca me habló de esa supuesta aventura, siempre ha sabido que solo somos amigos. No entiendo nada.

—Está claro que alguien le calentó la cabeza y encima luego, vernos en tu terraza… ¡joder!, cualquiera hubiese reaccionado como él, por eso intenté verlo y aclararle lo que había pasado, pero jamás ha querido escucharme, incluso fui a un club donde actuaba en Washington y literalmente me echó a patadas de allí.

—Madre mía —se tapó la cara con las dos manos.

—Es un tío duro y está cachas, no es que le tenga miedo, pero me amenazó con partirme las piernas si me veía cerca de Annie y… ¿Qué? —preguntó al ver su cara de desconcierto y se levantó para mirarla de cerca— ¿En qué piensas?

—Ayer mismo mi madre me contó que Annelien cree que estuvieron malmetiendo contra mí, que alguien puso a Michael en mi contra antes del "incidente" y ¿ahora me dices que te llamó dos meses antes para preguntarte si estábamos teniendo una aventura porque *alguien* le habían advertido que me veía contigo aquí?… ¿no te parece una coincidencia muy extraña?

—Mucha gente podría querer haceros daño. No me extraña nada.

—¿Por qué?

—Porque sois guapos, ricos, famosos, porque hacíais una pareja de película, porque tenéis una familia cojonuda y porque hay mucha morralla envidiosa suelta, Paisley, parece mentira que aún no te hayas dado cuenta.

—No me cabe en la cabeza que alguien nos haya intentado separar y hacer daño solo por envidia.

—Bueno, existe otro motivo de muchísimo más peso.

—¿Cuál?

—Alguna mujer enamorada que quisiera a Michael Evans para ella sola. El amor, o el supuesto amor, tiene esas aristas oscuras, cariño, peores cosas se han hecho en nombre del amor.

—No puede ser.

—¿Por qué no?

—No… —negó con la cabeza, incapaz de aceptar semejante hipótesis y sintió el móvil vibrando en el bolsillo del jersey, lo agarró y contestó al ver que se trataba de su suegra—. Hola, Annelien ¿cómo estás?

—Hola, preciosa, ¿qué tal estáis?

—Muy bien, nos vamos mañana con ganas de más, pero ha sido estupendo.

—Yo te llamo porque Michael quiere dar las buenas noches a Annie ¿está despierta?

—Claro… —se le contrajo el estómago porque él era incapaz de llamarla directamente y tener que soportar su voz, y respiró hondo—. Está viendo una peli con mi padre, espero que siga despierta. Espera un segundo.

Se giró hacia el interior de la casa, con mil emociones encontradas en el cuerpo, y antes de entrar, se volvió y miró a Andrew a los ojos.

—No puede ser verdad.

—Vale, en realidad es absurdo.

4

—¡Annie!

Gritó y se sentó en la cama con el corazón a mil, estaba llorando y le costó unos segundos situarse y comprender que había tenido una pesadilla. Una tremenda pesadilla con Annie bebé, cayéndose de la cama y Michael gritándole furioso, sacándola de la habitación y dejándola sola en medio de un pasillo blanco y gigantesco.

Había sido horrible y se levantó para lavarse la cara y tomar un poco de agua.

Entró en el cuarto de baño y lo miró con curiosidad, estaban en Aspen, en un lujoso hotel elegido por Jeff, que contaba con todo lo necesario para sentirse en el paraíso, aunque ella no acabara de disfrutarlo porque echaba mucho de menos a Annie, que ya llevaba cuatro días en Holanda celebrando el año nuevo con la familia de su padre.

Miró la hora, las siete de la mañana, las tres de la tarde en Ámsterdam, salió a la habitación y llamó a Annelien por videoconferencia, con la esperanza de que Annie estuviera con ella.

—Hola, Annelien ¿qué tal estáis?

—Hola, preciosa, todo perfecto, Annie acaba de merendar ¿quieres hablar con ella?

—Por favor, muchas gracias —esperó un segundo y en seguida vio la preciosa carita de su hija sonriéndole con sus ojazos azules muy abiertos— ¡Hola, mi amor!

—¡Hola, mami!

—¿Cómo estás?, ¿qué tal te lo estás pasando?

—Muy bien, esta mañana salimos a pasear en barca y comimos muchas patatas fritas, he merendado tarta de fresa y ahora vamos a ver a la bisabuela Ria, que es muy mayor.

—Qué bien ¿has visto a los primitos hoy?

—Claro, en la barca.

—Genial —sonrió y vio a Michael pasando por detrás de la niña y acariciándole el pelo con una mano—. Te echo mucho de menos.

—¿Estás esquiando?

—Ayer esquiamos un poco y ahora me voy a levantar para ir a esquiar con Miranda, a ver si pronto venimos tú y yo juntas por aquí.

—¿Y papá?

—Se lo preguntaremos —le sonrió y tocó la pantalla del móvil con un dedo—. Te quiero mucho, cariño, llámame cuando quieras ¿ok?, tengo el teléfono encendido todo el día y toda la noche.

—Vale, voy a ponerme el abrigo.

—Sí, abrígate y saluda a la abuela Ria de mi parte. Adiós.

Adiós le dijo con la manita y alguien colgó, supuso que Michael, que estaría a su lado esperándola para salir, y se enjugó las lágrimas con la manga del pijama. Cerró los ojos y pensó en la de veces que habían ido a Ámsterdam juntos, en su familia, en la abuela Ría, que era una mujer muy mayor y con mucha energía, en sus paseos de la mano por los canales, en el hotelito que habían encontrado cerca de la familia, pero lejos del mundanal ruido, en todo ese tiempo entrañable y lleno de amor que habían compartido tantos años y del que ahora no quedaba nada.

Lo peor del desamor era la incomprensión. Ella llevaba un año sin entender qué les había pasado, cómo Mike había dejado de quererla cuando parecía que su amor era eterno, fuerte y muy sólido, en qué momento la frialdad y la falta de compasión se había instalado en sus vidas… cómo habían llegado a ese punto y por qué él parecía ensañarse en su contra. Era incomprensible y muy doloroso, y se metió bajó la ducha de agua caliente llorando y dolida, frustrada y desesperada, hasta que fue capaz de salir, vestirse y bajar a desayunar con sus amigos.

—Señorita Paisley, por favor ¿nos podría dar un autógrafo?, no queremos molestar, pero las chicas la admiran muchísimo.

—Claro —dejó la copa de vino en la mesa y se levantó para firmar un autógrafo y hacerse unos *selfies* con dos adolescentes y su madre, que se le acercaron a la mesa en medio de la cena.

—Muchas gracias. Es usted incluso más guapa en persona.

—Gracias a vosotras —volvió a su sitio y miró a sus amigos—. Es un alivio que no esté Michael presente, o les hubiese echado un sermón por interrumpir una cena.

—Era bastante intransigente —asintió Jeff— ¿Te acuerdas en Londres, cuando casi llega a las manos con un tío que empezó a hacerte fotos en la Tate Gallery?

—Me acuerdo de esa vez y de otras más. No tenía nada de paciencia.

—Una fuerza de la naturaleza, menudo elemento el señor Evans —comentó Miranda poniéndose una mano en el pecho—. Un hombre como los de antes, yo no lo hubiese dejado escapar ni muerta.

—No lo dejé escapar, él me dejó a mí.

—Y te rendiste sin luchar.

—Eso no es verdad, llevaba un montón de tiempo luchando, pero si un tío no te quiere, puedes hacer lo que sea que no se quedará contigo.

—Lo sabemos, tranquila —Jeff le acarició el brazo y miró a Miranda frunciendo el ceño—. De verdad, tía ¿tú de qué vas?

—De nada, solo estamos hablando.

—Ya, pero sabes que a ella eso la destroza.

—Estoy aquí, puedo defenderme sola, gracias, Jeff.

—Lo siento, pero tenemos que normalizar el tema Michael, llevan un año separados, ni se hablan, ella es una puta estrella mundial de la música y puede hacer lo que quiera, tener a quién quiera, no es ninguna víctima y sus amigos deberíamos dejar de protegerla tanto.

—Igual tienes razón.

—La tengo… —suspiró y la miró apoyándose en el respaldo de la silla— ¿Qué pasará cuando se eche novia formal? Eso no tardará demasiado.

—Tendré que aceptarlo, como todo lo demás.

—¿Y si fuera una amiga?, ¿alguien cercano?

—¿Qué? —entornó los ojos y Miranda sonrió.

—No sé, es una pregunta, a lo mejor sería todo más fácil para Annie si su madrastra es alguien a quien ya conoce.

—¿Su madrastra? —preguntó Jeff y a Paisley se le detuvo el pulso— ¿Sabes algo que nosotros no sabemos?

—No sé nada, solo sé que el 90% de tus amigas se morían por tu marido, cariño, y ninguna tendría escrúpulos a la hora de llevárselo a la cama.

—¿Qué amigas? —de repente pensó en su suegra y su teoría conspiratoria y respiró hondo.

—Todas.

—¿Tú también?

—Yo también, siempre me ha molado Mike, nunca te lo he ocultado, es un tiarrón guapísimo y muy varonil, si se terciara no le diría que no.

—Vaya por Dios.

—Joder, Paisley, estamos de cachondeo. Mientras tú sigas enamorada de él no le tiraría los tejos, no te preocupes.

—No se preocupa, dudo mucho que Michael te tirara los tejos a ti —puntualizó Jeff cabreado y Miranda fingió ofenderse —. No eres su tipo, guapa, lo sabemos.

—Serás hijo de…

Conocía a Miranda desde que había llegado a Nueva York a los dieciocho años, la apreciaba, era una buena amiga, muy divertida, pero esa noche quiso ahorcarla con sus propias manos, sin embargo, siguió la broma con autocontrol y disciplina, y se fue a la cama pensando en la relación que siempre había mantenido con su marido al que, era verdad, continuamente piropeaba y alababa en su presencia. No se quiso imaginar lo que sería aquello a solas y recordó que durante su crisis lo mismo había servido de paño de lágrimas para ella como para Michael, algo que de pronto le resultó muy inquietante.

—Mi madre y mi suegra creen que alguien de mi entorno predispuso a Michael en mi contra antes del "incidente" en la terraza —en el avión de vuelta a Nueva York miró a Jeff y se lo soltó directamente—. Creen que alguien malmetió contra mí ¿tú qué opinas?

—Que es probable, hay muchas lobas envidiosas a tu alrededor.

—O lobos, pero me cuesta creer que alguien…

—Uf, cariño, he visto cada cosa por ahí. La gente es mala por naturaleza y si encima tienes talento, belleza y dinero, no lo dudes, eres el blanco perfecto para que quieran perjudicarte.

—A mí sola no, a una familia, a una niña de tres añitos que no tiene culpa de nada.

—Las personas dañinas no piensan en esas cosas, Paisley, por favor, no me seas ingenua. ¿Por qué no me lo habías contado antes?

—No sé, no quise darle importancia, a veces parezco una desesperada que solo busca respuestas, por tontas que parezcan, para entender por qué su marido la abandonó. No quiero ser tan patética.

—No eres nada patética, al contrario, demasiado has tragado y aceptado, yo en tu lugar hubiese quemado Manhattan.

—Ya pasó, ya no hay marcha atrás, ya da igual si alguien puso a Michael deliberadamente en mi contra, el caso es que él no me creyó, desconfió de mí, me dejó y me odia. No voy a culpar a nadie más de mi desgracia.

—¿Y por qué tu madre y Annelien creen eso?

—Annelien se lo comentó a mi madre, ella vive con él cuando está en Nueva York y tiene sus sospechas, pero no lo sé, tampoco quise saber más, y luego Andrew me contó que Mike lo llamó dos meses antes del escándalo preguntándole si estaba teniendo una aventura conmigo. Que alguien le había dicho que mientras yo estaba en New Haven con mi madre, había retomado mi relación con él…

—¡¿Qué?!, ¿en serio?, eso es muy fuerte.

—Bueno…

—Entonces no son simples especulaciones, puede ser muy probable.

—Andrew también apuesta por la teoría conspiratoria, cree que hay gente que actúa por diversos motivos, por envidia, por maldad o incluso por amor, en este caso podría ser por querer tener a Michael para ella sola.

—Joder… se me ponen los vellos de punta. Hay que investigar.

—Sea lo que sea, ya es tarde.

—Necesitas respuestas, siempre lo dices, y lo cierto es que vuestra crisis y vuestro divorcio es algo inexplicable para cualquiera que os conociera, yo estoy con Andrew y con Annelien, seguro que hubo un empujoncito, una mano negra… ¿alguien como Miranda?

—¿Miranda?

—Nunca me ha dado buena espina y ya te lo ha dicho claramente, si pudiera se lo llevaría a la cama, incluso piensa que Annie estaría mejor con una madrastra conocida.

—Ya sabes que es un poco bocazas.

—Sí, pero no la descartaría.

—Bueno, dejémoslo así, ¿ok?, solo te lo he comentado porque se me vino a la cabeza, pero no le demos más vueltas y, por favor, no se lo digas a nadie, no quiero que llegue a oídos de Michael y tenga otro motivo para crucificarme, al fin y al cabo, si algo así fuera verdad, él quedaría fatal.

—Love of my life, you hurt me, you broken my heart and now you leave me. Love of my life can't you see, bring it back, bring it back, don't take it away from me, because you don't know, what it means to me… (1)

Tocó los primeros acordes y cantó la primera estrofa de *"Love of my life"* de Queen, acompañada solo con la guitarra, sentada sola en medio de ese enorme escenario, y los aplausos estallaron. La gente se puso en pie, a ella se le llenaron los ojos de lágrimas y sonrió, respiró hondo y tuvo que esperar un rato para recomponerse y poder volver con la canción, pero lo consiguió y la acabó con la voz quebrada y llorando, pero a nadie le importó, o al menos a nadie le importó que llorara y se emocionara con una de sus canciones favoritas antes de acabar ese concierto multitudinario en el Madison Square Garden de Nueva York.

—¡Paisley, Paisley! ¡Te queremos!

Gritaba el público cuando al fin acabó el concierto de dos horas y salió del escenario en volandas, como solía pasar, rodeada de guardaespaldas, asistentes, de su representante y de su equipo más cercano, hasta que llegó al *backstage* dónde atendió a la prensa y se hizo fotos, y pidió comida y un refresco, y empezó a sentirse agobiada por la excesiva atención.

(1) " Amor de mi vida, tú me hieres, haz roto mi corazón y ahora me dejas,
amor de mi vida, ¿no puedes ver? Tráelo, tráelo, no te lo lleves de mí, porque tú no sabes lo que significa para mí…"

—¡Hola, mi vida! Que suerte que estás despierta —lo primero que hizo cuando la dejaron un poco tranquila fue llamar a Annie y ella contestó directamente el teléfono fijo de su padre.

—Hola, mami, hemos visto tu concierto en la tele.

—¡Qué bien! ¿y te gustó?

—Mucho.

—Eso me hace muy feliz.

—¿Vienes ahora?

—No, mi vida, mañana te recojo temprano.

—Quiero que vengas ahora.

—Tienes que quedarte con él, cariño, es muy tarde y…

—No quiero, quiero que vengas ahora —se echó a llorar y a Paisley se le contrajo el pecho.

—Cariño, escucha… tienes sueño, ahora vete a la cama y mañana muy temprano, antes de que despiertes, estoy allí para recogerte ¿de acuerdo?

—No.

—Annie…

—¡No!

—A ver, princesa —empezó a preocuparse porque Annie jamás montaba esos berrinches y de repente alguien la alejó del teléfono.

—Solo tiene sueño, vamos a llevarla ahora mismo a la cama, no te preocupes —oyó la voz de una mujer y se desconcertó.

—¿Quién eres?

—Soy Ruth, Paisley ¿quién va a ser?

—¿Ruth?

—Sí y no te preocupes, ahora se tranquiliza y la llevamos a la cama. Adiós.

—¡No!, mamá, mamá, mamaaaaá —escuchó que Annie aumentaba el ataque de llanto y agarró su mochila llamando a Jeff para que le consiguiera un coche.

—¿Estáis solas?, ¿dónde está Michael?, voy para allá.

—No, no, de eso nada.

—¿Perdona?

—No hace falta que vengas, Paisley, no montes un drama tú también ¿quieres? ya te he dicho que solo tiene sueño. Cálmate —insistió la niñera en un tono que no le gustó un pelo y empezó a cabrearse de verdad.

—¿Qué? No me digas que me calme, ¿tú quién co…? —antes de acabar la palabrota oyó que Mike intervenía y se dirigía a Ruth en un tono bastante severo.

—Ya basta, Ruth, gracias. Dile que puede venir a recogerla ahora, si quiere.

—Pero, Michael… —replicó ella, pero algo soltó él que la hizo callar y que Paisley no pudo entender, porque solo podía oír el llanto de su hija.

—Puedes venir a…

—Ya lo he oído, gracias.

Abandonó el teatro olvidándose al instante de los aplausos, las alabanzas, los focos y la adrenalina, también de la fiesta que habían organizado para celebrar el concierto, se subió al coche sola con el chófer y llegó a Brooklyn con el corazón en la garganta, cada vez más preocupada, muy nerviosa, y con la certeza de que Annie no estaba bien, porque ella no se comportaba así nunca. Normalmente lloraba poco y siempre era muy obediente.

—¡Hola, amor mío! —Michael le abrió la puerta con la niña en brazos y la pequeña se lanzó a los suyos en cuanto la vio— ¿Qué pasa, princesita?, ya estoy aquí.

—Mami —se aferró a ella y Paisley miró a Michael antes de coger la mochila con sus cosas.

—Ha cenado fatal y ha estado muy inquieta —susurró él sin mirarla a los ojos—. Está un poco acatarrada, supongo que quiere estar con su madre.

—Gracias.

—No hay de qué —levantó los ojos azules y se miraron durante un segundo, pero él en seguida reculó e hizo amago de entrar en la casa.

—¿Está Ruth? Quiero hablar con ella.

—No, se fue hace quince minutos ¿por qué?

—No fue muy amable al teléfono, ni me gustó el tono en el que me habló. Hay confianza, pero…

—Ya se lo he dicho yo.

—Ok, pues, muchas gracias, y gracias otra vez por dejar que me la lleve hoy.

—Es por ella. Adiós, Annie, mañana te llamo. Te quiero.

—Adiós, papi.

Volvió al coche y la pequeña no le soltó la mano hasta que llegaron a casa. Estaba agotadísima, pero no se dormía, así que le tomó la temperatura, comprobó que no tenía fiebre y finalmente la metió en su cama para dormir juntas. Le encantaba la cama grande y se le aferró al pecho en cuanto apagó la luz después de leerle un cuento.

—Mami…

—¿Qué, mi amor?, ya te he dicho que es muy tarde, tenemos que dormir.

—¿Vamos a tener un hermanito?

—¿Qué? ¿por qué? ¿quieres tener un hermanito como Brice?

—No sé, Ruth dice que si todo va bien pronto tendré un hermanito.

—¿Cómo dices? —encendió la luz y la miró a los ojos— ¿Por qué te ha dicho eso?

—No quiere que te lo cuente.

—Mi vida, si alguien, alguna vez, te dice que no me cuentes algo, es justamente lo que tienes que hacer, contármelo. Yo jamás me voy a enfadar contigo.

—Dice que papá y ella tendrán un bebé que será mi hermanito, pero que tengo que guardar el secreto.

—¿Y te dijo eso hoy? —el corazón se le subió a la garganta, pero tragó saliva y forzó una sonrisa— ¿Por eso querías que fuera a buscarte?

—Sí.

—Vale —le besó la cabeza y apagó la luz, sintiendo cómo se le llenaban los ojos de lágrimas—. No te preocupes, no pasa nada, cariño.

—No quiero que ella sea mi mamá.

—Ella jamás será tu mamá, mi vida, yo soy tu mamá, siempre voy a ser tu mamá.

—Dice que cuando tengamos un hermanito tú te vas a enfadar y entonces tendré que vivir con ella y con papá en Brooklyn.

—Eso no es verdad, nunca se separarás de mí, te lo prometo.

—Vale.

—Vale. Te quiero mucho.

La estrechó contra su pecho y aguantó las lágrimas hasta que sintió que se relajaba y se dormía tranquila.

Se bajó de la cama y se fue al cuarto de baño, cerró la puerta y se echó a llorar con el corazón hecho trocitos, roto en mil pedazos, destrozada y pensando que aquello, que Michael estaba con Ruth e iba a formar otra familia con ella, no podría soportarlo jamás, nunca, y que debía empezar a tomar medidas, como largarse a vivir a Australia para no tener que verlo con sus propios ojos.

6

—No puede ser verdad… —Jeff y su hermana no podían dar crédito a lo que les acababa de contar y ella se encogió de hombros con el teléfono en una mano y los pañuelos desechables en la otra.

—Annie habló muy claro, ella es incapaz de inventarse semejante barbaridad.

—No digo que Annie mienta, lo que creo es que Ruth miente. No puede ser que Michael esté con ella y que ya estén hablando de tener hijos, es absurdo ¿no conoces a tu marido?

—Si te digo la verdad, Jeff, a veces creo que no. Y ya no es mi marido.

—En todo caso esa capulla no debería hablar de esas cosas con la niña. Si la tengo delante le rompo los dientes —espetó Leslie con su bebé en brazos y Paisley la miró con los ojos muy abiertos—. Dudo mucho que Mike sepa nada de esa charla.

—Yo niego la mayor —intervino Jeff tomando un sorbo de café—. No creo que Michael esté con ella, no creo ni que le guste y para mí que es una fantasía de Ruth… lo que me lleva a…

—¿Qué?

—Lo que me lleva a creer que ella puede ser la protagonista de la conspiración.

—¿Qué conspiración? —Leslie frunció el ceño y antes de que Paisley pudiera intervenir, Jeff se puso de pie y levantó un dedo.

—Más claro agua.

—Pero ¿qué?

—Annelien cree que alguien predispuso a Michael contra Paisley mucho antes de que pasara lo del beso en la terraza. Incluso, Mike llamó a Andy a New Haven dos meses antes del infausto día para preguntarle si estaba teniendo una aventura con su mujer, porque le habían dicho que…

—Ah ya, me lo comentó mamá.

—Pues eso… y ¿quién más culpable que una niñera enamorada del jefe?, porque está claro que Ruth bebía los vientos por Michael. Él me dijo que le incomodaba cómo lo miraba, y luego va y se le brinda como niñera y, a pesar de que Paisley le había ofrecido un trabajo a tiempo completo muy bien remunerado, ella lo rechazó porque prefería trabajar para el señor Evans… se metió en su casa e inclusive se mudó a Brooklyn para estar cerca de él. Es como Rebecca de Mornay en "La mano que mece la cuna"

—No creo que Michael permitiera que nuestra niñera malmetiera contra mí y mucho menos lo veo haciéndole caso y…

—Mike llevaba una temporada complicada, estabais muy tensos por el tema profesional y cuando uno anda fatal a veces escucha a quién no debe escuchar —opinó Leslie mirándola a los ojos—. Lo importante ahora es que hables con él, tenéis una hija de tres años y tienes derecho a saber qué coño pretende hacer con su vida y si esa tía, que cada vez me cae peor, se está alzando con el poder en su propia casa, cosa que, ya hemos podido comprobar, incomoda a Annie, que es una niña muy sensible.

—Eso intento, pero no me coge el puto teléfono.

Miró el móvil y respiró hondo. Llevaba casi todo el día intentando hablar con él y él no se había dignado a coger sus llamadas, incluso había acabado desconectando el teléfono a mediodía y su madre la había llamado desde Holanda para preguntar si todo iba bien, y ella le había dicho que todo iba bien, pero no era verdad, nada iba bien y necesitaba hablar personalmente con él, no pensaba rendirse, aunque tuviera que utilizar a su suegra para despertar de algún modo su atención.

—Ok… —suspiró y marcó el número de Annelien. En Ámsterdam ya eran las once de la noche, pero no le importó y esperó con paciencia a que su suegra contestara al cabo de varios tonos de llamada.

—Paisley, cielo, ¿va todo bien?

—Hola, Annelien, siento molestarte a estas horas, va todo bien, pero…

—¿Mi Annie?

—Durmiendo la siesta, debe estar a punto de despertar, hemos llegado un poco tarde de la guardería hoy.

—Vale y ¿qué pasa?

—Necesito hablar con tu hijo, ya sé que no quiere dirigirme la palabra, pero es importante y te quería pedir que se lo dijeras, por favor, cuéntale que lo llamo por algo urgente…

—¿Qué pasa?, no me asustes.

—No tiene nada que ver con Annie, solo necesito preguntarle algo y ni caso, aunque lo he llamado seis veces y le he dejado dos mensajes.

—Vaya, cariño, cuéntame qué ocurre, no me dejes así.

—Ya te lo dirá él si…

—¡Paisley! Conoces a Michael incluso mejor que yo y sabes que a mí no me dirá nada, por favor, por el cariño que nos tenemos, explícame qué está pasando o ya no voy a poder dormir.

—Vale —caminó hacia la terraza y vio que estaba empezando a nevar, cerró los ojos y se lo soltó—. Ayer, después del concierto, tuve que ir a buscar a Annie a Brooklyn porque estaba con un berrinche tremendo, no la pude calmar por teléfono y Mike me permitió ir a buscarla. Ya sabes que es muy raro que ella llore o se quiera venir si le hemos dicho que se tiene que quedar allí…

—Claro, lo sé.

—Supongo que Michael y yo intuimos que algo no iba bien y me dejó recogerla… en fin… el caso es que ya aquí, antes de dormir, me dijo que Ruth, la niñera, le había dicho que pensaba tener un hermanito con su papá…

—¡¿Qué?!, ¿cómo dices?

—Le dijo que iban a tener un hermanito, que yo me iba a enfadar por eso y que entonces se tendría que ir a vivir con ellos a Brooklyn. Me dijo —ahogó un sollozo y se limpió las lágrimas— que no quería que ella fuera su mamá y que por eso no quería estar allí.

—Kut! —soltó una palabrota en neerlandés—. Eso no puede ser verdad.

—No se iba a inventar algo así.

—Lo sé, cariño, no me refiero a Annelien, me refiero a Ruth, eso no puede ser verdad.

—Sea como sea, necesito hablar con Michael. Él tiene todo el derecho del mundo a rehacer su vida, casarse y tener diez hijos si quiere, eso no es asunto mío, pero sí lo es que su novia le diga esas cosas a mi hija, la incomode y la haga llorar. Encima, le pidió que no me lo contara y por ahí sí que no paso porque, lo sabe bien, a Annie siempre la hemos animado a que nos lo cuente todo. En esta familia no hay secretos y no pienso permitir que esa mujer…

—Te entiendo perfectamente, ahora mismo quisiera estrangularla, tiene suerte de que esté tan lejos, pero pasado mañana estaré allí y tendrá que darme una buena explicación.

—No quiero provocar un conflicto, Annelien, no se trata de eso, yo solo necesito que le digas a tu hijo, por favor, que me coja el maldito teléfono o tendré que ir a buscarlo esté donde esté, y estoy segura de que eso es lo último que le apetece, tener que verme la cara.

—No digas eso, y tranquila, yo hablaré con él.

—Gracias —oyó que Annie la llamaba y caminó hacia su cuarto despidiéndose—. Ya ha despertado, le voy a dar la merienda. Siento molestarte a estas horas, no pensaba darte ningún detalle, pero…

—No te preocupes y gracias por confiar en mí ¿crees que puedo saludar a mi niña ahora?

—Claro… Hola, mi vida, mira, la abuelita Annelien quiere saludarte… ¿has dormido bien, cariño? —la cogió en brazos, la abrazó muy fuerte y después le pasó el teléfono para ir juntas a la cocina.

—Hola, abu… Ja, met mij gaat het goed (2) —empezó a hablar en holandés y Paisley entró con ella en la cocina para que Clara les diera su merienda, la agradecieron y se la llevó al salón donde su hermana y Jeff seguían charlando tan animados—. Adiós, abu, yo también te quiero.

—¡Hola, Annie! ¿le das un abrazo a la tía, cariño?

La pequeñaja se abrazó a Leslie y empezó a tomar la fruta pendiente de su primita Yvaine, que acababa de cumplir un mes, y que era su última gran pasión.

Paisley las observó con una sonrisa, sin poder dejar de pensar en la reacción de Michael cuando su madre lo llamara pidiéndole que se comunicara con ella, y calculó que no se molestaría hasta el día siguiente, o esperaría a la próxima visita con Annie, para dignarse a contestar a sus preguntas, si es que lo hacía, claro, teniendo en cuenta el mal desarrollo que había experimentado su relación desde el divorcio.

(2) Sí, estoy bien.

—¿Qué ha dicho tu suegra?

—Le pedirá que se comunique conmigo.

—Genial, seguro que te llama.

—Me da que no, pero al menos que sepa que… —sintió el teléfono y lo miró con sorpresa al ver que era Michael. No habían pasado ni diez minutos desde que le había colgado a Annelien y por un segundo se temió lo peor, algo así como un cabreo monumental por utilizar a su madre como recadera o por hablar mal de su novia. Miró al grupo y contestó alejándose y con el corazón saltándole en el pecho—. Hola, gracias por…

—¡¿Qué coño le ha dicho Ruth a Annie?!

—Oye, yo…

—Si es algo de lo que me ha contado mi madre, todo es una patraña, una puta mentira y me jode bastante que tú le hayas dado credibilidad.

—¡¿Qué?!, yo solo le he dado credibilidad a mi hija, que tiene tres años y es incapaz de inventarse algo así.

—Si te cuenta algo así tendrías que haberle dicho que eso es imposible.

—¿Y yo que sé de tu vida?, ¿cómo voy a decirle nada?.

—Porque se supone que me conoces ¿Crees posible que yo puedo estar con esa tía y pensando en tener hijos? ¿Estamos locos o qué?

—No me culpes a mí, fue Ruth la que habló con Annie, fue ella la que la incomodó e incluso le dijo que no me contara nada y…

—Ok, queda claro, ahora mismo la llamo y la despido. Está completamente loca.

—¿No sales con ella? —preguntó y él bufó como un toro al otro lado del teléfono.

—Por supuesto que no ¿cómo puedes preguntarme algo semejante?

—No lo sé, igual ella se ha creado unas expectativas…

—No, Paisley, no suelo promover o alentar expectativas equivocadas en la gente, menos a nuestra niñera, ¿quién coño te crees que soy?

—Está bien, queda aclarado, pero no me hables así. En esto, aunque te cueste creerlo, yo no tengo la culpa. Solo llamé a tu madre porque necesitaba hablar contigo del tema y no me cogías el teléfono, aparte de eso, no he hecho nada ¿Quieres hablar con tu hija? Está acabando de merendar.

—Vale, lo siento, es que… —respiró hondo y Paisley se quedó un segundo enganchada en el sonido de su respiración, en su voz grave y cerró los ojos—. Es lo más esperpéntico que me ha pasado en la vida y estoy cabreado, lo siento, y sí, me gustaría hablar con mi hija.

—Muy bien. Annie, princesita, papá al teléfono —llamó y la niña salió corriendo del salón.

—Paisley…

—¿Qué?

—Quiero que sepas que el día que tenga una relación estable, decida tener más hijos o mudarme a la Conchinchina, tú serás la primera en saberlo. Tenemos una hija en común y eso es lo único que me importa, jamás te dejaría al margen de mis decisiones.

—Está bien, gracias, me tranquiliza saberlo.

—Espero lo mismo cuando tú…

—No te preocupes, yo no pienso hacer nada de eso.

Se inclinó y le pasó el móvil a la niña, que en seguida se enzarzó en una charla de las suyas con él, le sonrió y le besó la cabeza con una sensación de alivio enorme por todo el cuerpo.

7

—Solo fue una broma…

Subió un escalón de la escalera haciendo amago de entrar en la casa y Michael se adelantó con las manos en los bolsillos cortándole el paso. Ruth reculó y sonrió arreglándose el pelo, que ahora era rubio, e intentando parecer la más angelical e inocente de las criaturas.

—A una niña de tres años no se le hacen esas bromas, al menos a la mía no.

—Déjame hablar con ella, ya verás que lo solucionamos en seguida —otra vez avanzó y él frunció el ceño indicándole la acera.

—No, Ruth, a mi hija no vuelves a acercarte, ni aquí, ni en la guardería, ya te lo dije por teléfono, y cómo oses hacer lo contrario, hablaré con tus jefes y haré que te despidan.

—No podéis hacer caso a una cría de tres años. Annie tiene mucha imaginación y Paisley hace fatal alentando sus… —cerró la boca al ver su cara de furia y se cruzó de brazos—. Tu ex me tiene celos, siempre los ha tenido, por ti, pero sobre todo por Annie, porque no soporta que prefiera estar conmigo que con ella, y solo está haciendo una montaña de un grano de arena para alejarme de vosotros, para perjudicarme, ya sabes cómo es.

—¿Perdona?

—Tú mismo me has dicho que es una persona exagerada, cabezota y caprichosa, que cuando se le pone algo en la cabeza no para hasta…

—Yo jamás te he dicho eso.

—A lo largo del tiempo sí, lo habrás olvidado, pero muchas veces, antes del divorcio, te desahogabas conmigo.

—¿De qué coño estás hablando?

—Hemos sido íntimos amigos.

—No es cierto.

—Me trajiste a Brooklyn para ayudarte con Annie, confiabas plenamente en mí.

—Solo quería mantener algo de estabilidad en la vida de mi hija, Ruth, no tiene nada que ver contigo y ahora, si no te importa, estamos a punto de cenar. Adiós.

—Paisley no es la chica buena y perfecta que todos creen, tú y yo sabemos la verdad, sabemos que es egoísta, manipuladora y que es capaz de todo, incluso de utilizar a Annie para salirse con la suya.

—Cuidado, Ruth, estás hablando de la madre de mi hija, no empeores tu situación. Ahora, fuera de aquí.

—No me puedo creer que le des credibilidad a alguien que te mintió, que te engañó y que te fue infiel…

—¡Fuera! —gritó y avanzó hacia ella haciéndola retroceder— ¿Quién coño te crees que eres para hablarme así? ¿eh? ¿quién demonios te crees que eres? Vete ahora mismo o llamo a la policía.

—Oye, yo solo intento ayudar, no puedes hacer caso a todo lo que tu ex se invente…

—Mira, Ruth, cómo vuelva a verte cerca, o intentes comunicarte con nosotros de alguna forma, voy a olvidar mis buenas intenciones y te denunciaré por acoso y por hacer un daño gratuito a mi hija. Y eso nos incluye a los cuatro, a mi madre, a Paisley, a Annie y a mí ¿queda claro?

Le dio la espalda, entró en la casa y cerró de un portazo, su madre y Annie lo miraron con curiosidad, pero él les sonrió y se fue a la cocina para acabar con la cena.

Desde que se había enterado de lo que había pasado con su hija apenas dormía y no hacía más que darle vueltas al tema Ruth, que era una mujer de unos treinta y tantos, aparentemente sensata y cuerda, maestra de escuela, simpática y que sí, era cierto, les había facilitado bastante la transición de Annie de Manhattan a Brooklyn, después del divorcio.

En realidad, Paisley había sido la que había decidido contratarla por primera vez, y se habían acostumbrado en seguida a tenerla a mano. Era responsable y muy dispuesta, sumamente discreta, que era un valor añadido cuando tu mujer era una estrella de la música internacional y hacías cualquier cosa por preservar tu intimidad, así que pronto se ganó su confianza y empezó a contar con ella, tanto, que había acabado acudiendo en su ayuda en los peores momentos de su crisis matrimonial, y después, cuando todo se había ido al carajo y no le había quedado más remedio de divorciarse y empezar de cero en Brooklyn.

Durante el último año y medio, calculó, Ruth había estado revoloteando siempre a su alrededor, se había ocupado de Annie cuando él apenas podía respirar por culpa de la dolorosa separación de Paisley, lo había ayudado a dar normalidad a los cambios que se le vinieron encima, alguna vez habían compartido una copa de vino o una cerveza en la cocina de su casa, al final de su jornada laboral, y habían charlado, sí, de su mujer y de mil cosas más, pero, estaba seguro, jamás le había dado una impresión equivocada, jamás había alentado afectos o intereses amorosos, jamás había pasado la línea y se había mostrado cercano o interesado por ella, nunca, porque no le interesaba lo más mínimo y porque sabía mantener las distancias con las personas, especialmente con las mujeres, así que no podía entender qué cojones le había pasado a esa mujer por la cabeza para perder el norte y contarle aquella barbaridad a Annie.

Era bastante inquietante, todo el mundo se lo decía, desde su madre a su representante, pasando por su hermano o sus amigos, todos estaban preocupados por el papel de esa mujer en sus vidas, y eso que aún no sabían que había tenido el descaro de aparecer en su casa esa misma noche, después de despedirla por teléfono, con total normalidad y desparpajo, para intentar convencerlo de que no pasaba nada y de que Paisley, al final, era la culpable de las fantasías de Annie.

Una puta locura, pensó, sintiendo un escalofrío por todo el cuerpo, sin saber muy bien qué debía hacer, si tomar medidas o dejarlo correr, y se acercó al comedor con la cena lista, la puso encima de la mesa, se giró y vio la fotografía que tenía de su padre vestido de uniforme encima el piano. Una señal.

Su padre, que en su juventud había sido militar, destinado a varias bases estadounidenses por el mundo, sobre todo en Europa, donde había conocido a su madre al final de los años setenta, había hecho gran parte de su carrera profesional en la policía. Había llegado a capitán de una importante comisaría de Brooklyn y había fallecido hacía seis años, pero seguía siendo muy respetado y querido por sus colegas. Compañeros que siempre habían cuidado de su familia y que siempre le habían dicho que estaban allí para lo que necesitara, para lo que fuera, y al parecer había llegado el momento de levantar el teléfono y pedir algunos favores.

—Chicas, id cenando, tengo que hacer una llamada.

—¿Ahora?

—Sí, es importante, solo será un segundo. Mi amor, come solita, vuelvo en seguida.

Besó la cabecita de su hija y ella le sonrió con esa sonrisa maravillosa que tenía y que era idéntica a la de su madre, su preciosa madre. Pensó en Paisley solo un segundo y se le contrajo el pecho, como siempre, pero respiró hondo y lo obvió de inmediato. Se inclinó, volvió a besar a Annie en la frente, le acarició el pelo y se fue a su cuarto mirando el teléfono móvil, encontró el número que buscaba, lo marcó y en seguida le contestaron.

—Micky Evans en persona ¿qué pasa, hijo?

—Hola, tío Paul, espero no molestar a estas horas.

—No, tú nunca molestas ¿qué tal tus mujeres?

—Mi madre y Annie perfectamente, gracias ¿qué tal tu familia?

—Todos bien, gracias a Dios ¿y el bellezón escocés de ojos dorados?

—Paisley está bien, cómo siempre, todo sigue igual entre nosotros.

—Vaya, lo siento.

—No pasa nada, el tiempo lo cura todo, te llamo por otra cosa.

—¿Va todo bien?

—No lo sé, por eso te llamo ¿Podríais investigar a una persona que trabajaba para nosotros? No me da buena espina, acaba de presentarse en mi casa después de despedirla por un tema muy extraño y… no sé… no me gusta nada, no quiero que se acerque a nosotros, mucho menos a Annie. Era su niñera.

—Vaya.

—Tal vez deba tomar medidas legales, pero necesito tu ayuda para…

—Por supuesto, haz hecho bien llamando. Explícamelo todo.

8

—Hola, Betty, acabo de hablar con Ellen… —contestó al móvil sin soltar la guitarra y miró la hora.

—Genial, Paisley y ¿habéis llegado a un acuerdo?

—Le he explicado lo mismo que ya os había dicho a vosotros, voy a programa, por supuesto, pero no pienso hablar de nada personal, mucho menos de mi divorcio, no quiero acabar llorando en su plató.

—Ok, es comprensible, aunque ya ha pasado un año y…

—Cada uno lleva el dolor a su manera.

—Por supuesto, cariño. Entonces ¿te programamos para dentro de dos semanas?, sería justo dos semanas antes del lanzamiento de tu disco.

—Muy bien, hecho, habla de los detalles con Jeff.

—¿Está contigo ahora?

—No, aquí son las nueve de la noche.

—Claro, perdona, tengo la cabeza en cualquier parte. Vamos hablado y gracias, Paisley. Un beso.

Se despidió y siguió trabajando sola en su estudio. Levantó la cabeza y vio que llovía un montón, estaban a finales de marzo y la primavera estaba siendo muy agradable en Nueva York, desvió los ojos del ventanal y miró la pantalla del ordenador donde tenía monitorizada la habitación de Annie. La pequeñaja dormía profundamente rodeada de peluches y lo agradeció, porque desde el famoso incidente con Ruth buscaba cualquier excusa para dormir en su cama y eso no podía ser. No podía malacostumbrarla, era importante que fuera más independiente y sonrió pensando en Michael, que siempre habían defendido el derecho de los niños a dormir con sus padres, de hecho, le constaba que en su casa Annie siempre dormía con él…

—Hola…

—¿Qué? —Dio un salto y se giró hacia la puerta, se sacó las gafas y se encontró a Michael Evans en persona entrando en sus dominios sin avisar— ¡Qué susto!

—Lo siento, te iba a llamar, pero…

—Annie lleva una hora dormida.

—Me lo imagino, no vengo por Annie, necesito hablar contigo.

—¿Te ha abierto Clara?, pensé que se había ido al cine.

—Tengo llaves, Paisley ¿tienes un minuto?, es importante.

—Ok…

Dejó la guitarra a un lado y cayó en la cuenta de que nunca le había pedido las llaves, aunque ella, obviamente, no tenía las de su casa, pero no quiso agobiarlo con esas minucias y se levantó para mirarlo de frente.

—¿Va todo bien?

—Vengo de una cena con Paul O'Hara, el compañero de mi padre…

—Sé perfectamente quién es, estuvo en nuestra boda y en el bautizo de Annie ¿Qué ha pasado?

—Le pedí que investigara un poco a Ruth Pyne.

—¿Por qué?

—Paisley, por favor —levantó la mano para hacerla callar y ella asintió—. Después de despedirla se presentó en mi casa como si no hubiese pasado nada, tranquilamente para hablar con Annie, no la dejé entrar y fue bastante impertinente. No me dio buena espina, no sé, soy hijo de policía y sé que cuando algo huele mal, es que está mal, así que llamé a Paul y le pedí un poco de ayuda. Es mejor prevenir que curar.

—¿Y?

—Ruth Smith, que no Payne, aunque utiliza este apellido en Nueva York desde que vino aquí hace cuatro años, fue procesada por acoso y agresión en Los Ángeles, expulsada de un colegio de Nevada por extralimitarse en sus funciones y apartada de otro colegio en San Francisco tras acusar falsamente a un padre y a un compañero de trabajo de agresión sexual.

—¡¿Qué?! —se puso una mano en el pecho y se apoyó en la pared al borde de un infarto— ¿Están seguros?

—Lamentablemente sí. Parece una mala película de terror, pero es así —le extendió una carpetita con el expediente de Ruth y ella leyó por encima los cargos, las penas y las multas a la que se había enfrentado, y se le fue el aire de los pulmones.

—Madre mía.

—He presentado una denuncia y han cursado una citación para que se persone en comisaría. Le darán un toque y le informarán de que ya sabemos quién es y lo que ha estado haciendo con otras familias. En Los Ángeles provocó el intento de suicidio de una de sus jefas.

—Joder… hay que avisar a la guardería en seguida. Voy a mandar ahora mismo un email a Emily —abrió el ordenador y buscó el email de la directora, le escribió los detalles del asunto y le prometió llevar al día siguiente el expediente, luego respiró hondo, cerró el ordenador y miró a Michael a los ojos—. Gracias, muchas gracias por…

—No me des las gracias.

—Es que a mí ni se me hubiese ocurrido…

—Soy mucho más desconfiado que tú.

—Supongo, y siempre se te han dado mejor las decisiones prácticas.

—… —guardó silencio y asintió bajando los ojos, en un gesto muy propio suyo, y Paisley lo observó con ganas de poder correr y abrazarse a su pecho. Necesitaba con locura un poco de consuelo, un poco de SU consuelo, pero se quedó quieta y tragó saliva.

—Esto parece una pesadilla, cosas que solo pasan en las películas o cuentan en los Telediarios. Nunca imaginé que Ruth… madre mía, que horror. ¿Crees que debería contratar seguridad permanente?

—Estaría más tranquilo, sí, aquí vivís las dos solas y…

—Está Clara.

—Que no es precisamente una heroína… —amagó una sonrisa atusándose el pelo— ¿Ruth no tenía llaves de esta casa, no?

—No, nunca le di un juego de llaves, cuando venía siempre había alguien para abrirle la puerta. ¿De la tuya?

—Por supuesto que no, había confianza, pero no tanto.

—Me dijo que iba a vivir contigo cuando Annelien estuviera en Ámsterdam.

—Jamás le pedí algo semejante.

—Vaya… otra mentira más. Voy a ver a Annie…

De repente quiso ir a dar un beso a su niña, aunque ella seguía dormida y ajena a toda esa locura, y lo bordeó para alcanzar la puerta, pero antes de dar dos pasos Michael estiró la mano y la sujetó por el brazo.

—Espera un momento, hay algo más.

—¿Qué? —se detuvo y abrió mucho los ojos.

—Ruth me contó, antes del divorcio, que tú te estabas viendo con Andrew Stevens en New Haven.

—¡¿Qué?!

—Me dijo que había escuchado muchas conversaciones telefónicas dónde le decías lo mucho que lo querías y… que tú misma le habías comentado a ella que conmigo la relación estaba muerta.

—Eso es mentira.

—Ahora, con todo esto…

—¿Ahora con todo esto te estás planteando que te mentía?, ¿en serio?, ¿confiaste en la palabra de una mujer desconocida antes que en la mía?

—No llegamos a hablarlo, no me dio tiempo a preguntarte nada.

—Claro que no, me crucificaste sin explicaciones.

—Os vi besándoos en mi propia casa, Paisley.

—¡Jesús! —se apartó de un salto y lo señaló con el dedo—. Fue un beso, sí, pero no hubo nada más. Estabas muy distante, me tratabas fatal, me ignorabas, habías dejado tirada a Annie

en su cumpleaños, llevábamos no sé cuánto tiempo fatal y Andy me dio un beso, me abrazó y me hizo sentir querida, y no la mujer horrible e insoportable que me hacías sentir tú.

—¿O sea que besaste a tu exnovio por mi culpa?

—En parte supongo que sí, estoy harta de fingir que todo fue culpa mía, de asumir que soy de lo peor porque le di un beso a un hombre que no era mi marido. Me equivoqué, por supuesto, pero tú… tú, hacía mucho tiempo que te habías olvidado de mí, que me habías dado la espalda, así que algo de responsabilidad tendrás también en todo esto.

—Yo no puedo ser responsable de que eligieras besarte con un hombre en nuestra casa y con nuestra hija a solo unos pasos de ti.

—No lo elegí, simplemente pasó y lo siento mucho, me arrepentiré toda la vida, pero ¿sabes qué?… —respiró hondo y se limpió las lágrimas—. Ahora, después de todo lo que ha pasado, estoy segura de que me ibas a dejar igualmente, lo de la terraza solo fue tu excusa perfecta para llamarme puta y largarte de aquí. Necesitabas un solo motivo y lo tuviste, así que en lugar de despreciarme tanto, deberías estarme agradecido, conseguiste deshacerte de mí y quedar como la víctima. Enhorabuena.

—Paisley… —le cortó el paso y ella retrocedió y se cruzó de brazos—. Yo…

—Ni siquiera me escuchaste —lo interrumpió—, ni me diste el beneficio de la duda, saliste corriendo y adiós muy buenas, no te interesó lo que yo sentía, cómo me sentía o si estaba bien o a punto de morirme por la culpa y la tristeza.

—Yo nunca quise dejarte, estaba pasando por una época jodida, sí, pero jamás busqué una excusa para divorciarme.

—¿Ah no? Estabas deseando dejarme, Michael, no hace falta que nos engañemos ahora, hacía siglos que te habías desenamorado de mí y que odiabas todo lo relacionado conmigo, soy consciente de que lo único que te mantuvo a mi lado fue Annie, pero…

—No era solo por Annie, yo te amaba, Paisley y tú lo sabes.

—Yo hice todo lo que estuvo en mi mano por recuperarte— ignoró el comentario y buscó los pañuelos de papel—, pero tú ya habías decidido hacer tu vida y seguir adelante sin mí hacía mucho tiempo, aunque yo me moría de amor por ti.

—Lo siento, lo hice todo mal, pero no me acuses de no estar enamorado de ti, porque eso no es verdad. En tu vida nadie, jamás, te va a querer como te he querido yo.

—No me querrías tanto si prestaste atención a nuestra niñera y creíste lo que te dijo sobre Andrew y sobre mí. En circunstancias normales tú jamás hubieses confiado en alguien ajeno a nosotros, prueba irrefutable de que hacía mucho tiempo que yo ya no significaba nada para ti…

—Significabas tanto para mí que me cegaron los celos. Los celos por tu trabajo, por tu vida lejos de mí, por tus viajes, por tu falta de tiempo, por tus amigos, por tu puto exnovio del instituto. Estaba en plena crisis y ¡joder, Paisley! Te vi besándolo ¡¿cómo coño querías que reaccionara?!

—¿Oyéndome? ¿escuchando lo que tenía que decir? ¿confiando en tu mujer? Nos divorciamos hace un año y hoy es la primera vez que hablamos del tema.

—No lo he hablado con nadie, me hace demasiado daño.

—¿Y a mí no me hace daño que me mires como a una puta infiel y desleal? Yo jamás te he mentido, jamás te he sido infiel, eres el único hombre al que he querido, el único del que he estado enamorada, el padre de mi hija, mi mejor amigo, el amor de mi vida ¿cómo iba a ser desleal contigo, Mike?, ¿cómo iba a serte infiel?

—Lo besaste…

—¡La madre que te parió! —gritó y tiró el paquete de pañuelos contra la pared—. Esto es inútil. Me voy a la cama, cierra con llave cuando te vayas, por favor.

—*Liefde*…

Susurró en holandés. "Amor", que era como la había llamado siempre, y le cortó el paso. Paisley levantó la cabeza para mirar sus ojazos azules de frente y sintió como se inclinaba y le atrapaba la boca con un beso. Su aroma, su aliento y el roce de su piel la hizo cerrar los ojos y abrir la boca para devolver ese beso con tanta necesidad y tanta añoranza, que tuvo que sujetarlo por la camisa para no caerse al suelo, y para evitar que él se separara de su cuerpo.

Lo siguiente fue como en una película. En un dos por tres empezaron a desnudarse el uno al otro sin mirarse, tocándose y besándose con mucha ansiedad. Paisley completamente descontrolada al sentirlo cerca, y se dejó llevar como en los primeros tiempos, cuando empezaron a salir, sin ver nada más allá de sus ojos claros y su cuerpo fuerte y caliente, contundente, que la atrapó contra la alfombra para hacerle el amor como un loco.

En cuanto la penetró se arqueó y hundió los dedos en su pelo espeso, largo y oscuro que olía tan bien, le mordió el cuello y la boca, lo lamió entero, y separó las piernas para sentirlo dentro, muy adentro, en lo más profundo de sus entrañas, llegando a un clímax desatado que la hizo recordar lo mucho que significaba ese hombre para ella.

—¿Estás bien? —cuando se apartó, se desplomó en la alfombra y giró la cabeza para mirarla a los ojos— ¿No te he hecho daño?

—¿Y yo a ti? —sonrió y él soltó una risa suave.

—Creo que debería irme.

—¿En serio? —estiró los dedos para acariciarle el pecho y él le cogió la mano y se la besó— ¿Mike?

De repente el llanto de Annie los hizo saltar, Paisley agarró las braguitas y la camiseta del suelo y salió disparada hacia su habitación vistiéndose por el pasillo. Entró en su cuarto y se la encontró sentada, pero completamente dormida, no encendió la luz y se acercó a la cama para besarle la cabecita y acomodarla sobre la almohada.

—Schhh, mi amor, no pasa nada.

—Un mal sueño —susurró Michael a su espalda y ella asintió—. Déjale a Bobby cerca, eso la tranquiliza.

—Aquí lo tiene.

Le puso su peluche favorito en la mano y se giró para mirarlo a los ojos. Él estaba solo con los vaqueros puestos, apoyado en el dintel de la puerta, y su imagen, como solía pasar, la estremeció entera. Pensó en el sexo que acababan de practicar y le subió la fiebre.

—Debo irme —le dijo cuando salió al pasillo y ella asintió, incapaz de replicar o pedirle nada. Respiró hondo y miró al suelo— ¿Seguro que estás bien?

—Sí, aunque… —señaló hacia el estudio y él guardó silencio girándose hacia la salida—. Vale, buenas noches.

—Te llamaré para ajustar unas fechas del mes que viene, tengo que viajar a… ¿Paisley? — se detuvo y al ver que ella no se movía, se puso las manos en las caderas mirándola de arriba abajo.

—¿Qué?

—Estás muy sexy, deberías hacerte fotos con esa ropa —sonrió y ella se miró así misma sin saber qué contestar a eso, porque una revolución interna monumental no la dejaba ni pensar, levantó los ojos y vio que se le acercaba otra vez—. Muy sexy.

La agarró por la cintura y volvió a besarla, ella respondió muy excitada y lo empujó hacia su dormitorio sin ninguna contemplación, no encendió la luz y cerró la puerta antes de conducirlo a la cama, dónde lo echó encima para montarse sobre su enorme erección, suspirando.

No hizo falta esperar a nada, porque los dos estaban bastante preparados y fuera de control, así que se sacó la camiseta al borde del primer orgasmo, le agarró las manos y las condujo hacia sus pechos, él le pellizcó los pezones y ella lo besó a mordiscos, se lo comió a besos, saboreando su saliva y su aroma enloquecedor, un poco desesperada, sin dejar de balancearse, a pesar de que él la sujetaba por las caderas e intentaba mantener un ritmo más pausado, y acabó gritando de placer antes incluso de que Michael Evans decidiera ponerse encima de ella para penetrarla agarrado a los barrotes de la cama, desbocado y caliente, cómo un loco, hasta que se vació entre espasmos y susurrando su nombre.

9

Abrió los ojos y sintió el cuerpo de Michael pegado al suyo. Estaba desnudo, ella también estaba desnuda, y la abrazaba con brazos y piernas inmovilizándola debajo del edredón… porque estaban en su cama, pensó como en una nebulosa, sin aclarar demasiado las ideas, y era una sensación maravillosa, muy sexy, y decidió seguir ahí el resto de su vida, hasta que la voz de Annie la sacó de golpe del letargo y la sentó de un salto en la cama.

—¡Mami!

—Cariño…

—¿Papi? —gateó por la cama y se detuvo al ver a su padre— ¡Papá!

—¡Hola, princesita! ¿cómo estás, mi vida?

—¿Has dormido en la cama grande?

—Sí, mi amor —se sentó y miró a Paisley de reojo, ella se tapó y abrió los brazos hacia Annie.

—¿Para mí no hay un abrazo grande?. Buenos días, señorita Annelien —se la comió a besos y se bajó de la cama con ella en brazos—. Vamos a vestirte, seguro que Clara ya está con el desayuno.

Agarró el albornoz que había dejado en una silla y entró en el cuarto de Annie sin entender muy bien qué estaba pasado.

Se habían acostado, sí, una vez en el estudio y después, sin mediar palabra, en su cama, porque habían sido incapaces de despedirse. Él no había querido cruzar una sola frase, la había hecho callar un par de veces y simplemente la había amado con locura y con una ansiedad a veces salvaje que ella, por descontado, había devuelto al mismo nivel.

Se había acostado con su ex, en su propia casa, tras una discusión y sin programarlo, y todo su mundo se había puesto de pronto patas arriba. ¡Maldita sea, Paisley!, pensó sabiendo que aquello la iba a partir por la mitad.

Conocía a muchas parejas, la mayoría de sus amigos, que se acostaban con sus ex, de vez en cuando, una sola vez tras la ruptura, o constantemente, y siempre le había chocado porque ella era incapaz de tener sexo con alguien sin amor y con Michael mucho menos, y si lo que él estaba

buscando era justamente eso: un polvo sin consecuencias, ni compromiso, estaba perdida y se quería morir.

Ella amaba a Michael Evans, seguía enamorada de él y habérselo llevado a la cama, haber permitido que eso pasara, y que Annie los descubriera por la mañana, no era ni inteligente, ni maduro, ni saludable, y acabó de vestir a la niña cada vez más mareada y con ganas de vomitar.

—Buenos días, Clara ¿qué tal? —entró en la cocina y sentó a Annie en su sillita—. Voy a darme una ducha rápida y vuelvo en seguida.

—Claro, señora, le voy preparando el café.

—Papá está en la cama grande —intervino Annie tan contenta y Clara le besó la cabeza.

—Lo sé, cariño. Te he puesto cereales de frutas ¿me dices cuántos colores hay?

—¡Sí!

—Gracias, Clara.

Paisley la miró y le sonrió antes de regresar a su cuarto. Llegó allí decidida a poner un poco de orden al descalabro, pero cuando entró él ya no estaba en la cama, se había metido al cuarto de baño y estaba dándose una ducha. Por un momento pensó en entrar y hablarle de todas maneras, pero no se sintió capaz, así que cogió ropa y se fue a la habitación de invitados para ducharse y vestirse y, con algo de suerte, lograr calmarse antes de volver a verle la cara.

—Las tostadas francesas siempre le quedan deliciosas, Clara, debería enseñarme a hacerlas.

—Claro, señor Evans, cuando usted quiera.

—Hola —entró en la cocina y se los encontró desayunando tan tranquilos. Miró a Annie y le guiñó un ojo, cogió la cafetera y se sirvió una taza de café sin sentarse a la mesa.

—Hoy vienen los de la limpieza, señora Evans, deben estar al caer, si tiene alguna instrucción específica…

—No, lo de siempre y que no toquen el estudio, prefiero limpiarlo yo a que se metan por en medio. Otra cosa, anoche hice la compra por Internet y han avisado que la traen a las once y… a ver, tengo una reunión en Tribeca después de dejar a Annie, pero a las tres estoy aquí con ella.

—Yo llevo a Annie al cole —intervino por primera vez Michael y se miraron a los ojos. Ella sintió cómo se disolvía de arriba abajo, y él habló con total naturalidad—. No te preocupes.

—Le dije a Emily que iba a entregarle el expediente y hablar con ella de…

—Ok, pues lo haremos juntos. Annie ¿ya has acabado? Vamos a lavarnos los dientes y a buscar el abrigo ¿quieres, princesita? —la cogió en brazos y se la comió a besos mientras se la llevaba hacia el pasillo, Paisley miró a Clara y ella suspiró.

—No se preocupe, señora, usted haga lo que tenga que hacer.

Ojalá supiera lo que tenía que hacer, determinó cogiendo su abrigo y saliendo a la calle con Annie y Mike, como si no pasara nada extraño entre ellos, subiéndose a un taxi y llegando al colegio donde Emily, la jefa de estudios y la sicóloga del centro, los estaban esperando para hablar detenidamente sobre Ruth Payne (o Smith) que esa mañana, curiosamente, no se había presentado a trabajar.

Michael les explicó al detalle toda la investigación de la policía de Brooklyn, los motivos que lo habían empujado a desconfiar de esa mujer y finalmente habían revisado juntos el expediente policial, decidiendo de inmediato que ellos iban a cursar una denuncia por dolo y por fraude, y a sumarse a la de Mike para tratar de localizar a Ruth, con la que querían tratar personalmente ese oscuro asunto que casi le cuesta un ataque de ansiedad a la jefa de estudios, que había sido la que la había contratado sin comprobar sus referencias.

Tenían un tremendo marrón encima, era muy preocupante y la charla se hacía cada vez más tensa, pero Paisley apenas podía centrarse y prestar atención. Se limitaba a observar a Michael y a asentir de vez en cuando, oyéndolo todo como desde otro lugar, desde muy lejos, más desorientada por su inesperada aventura sexual, que por lo que ocurriría con Ruth Payne, que seguramente se había olido lo que estaba pasando y ya había puesto pies en polvorosa.

Estaba segura de que esa mujer era lista y de que no se dejaría atrapar a la primera de cambio, discurrió en medio de sus cavilaciones sentimentales y, cuando al fin acabaron la reunión y salieron al pasillo, Michael se giró y le clavó los ojos azules, ella tuvo que respirar hondo y esforzarse un montón por conseguir centrarse en lo verdaderamente importante.

—¿Estás bien?

—Sí ¿y tú? —buscó sus ojos y él desvió la vista.

—¿Le pides a Jeff que se ocupe de contratar seguridad privada o llamo yo a…?

—No te preocupes, hablaré con David, ellos suelen trabajar con gente de primera.

—Ok. Debo irme, tengo que coger un avión dentro de tres horas y aún me queda pasar por Brooklyn.

—¿No vamos a hablar de lo que pasó anoche?

—¿Por qué?

—¿Por qué?

—Tengo mucha prisa, tengo que estar en Memphis esta tarde sin falta, empezamos a grabar hoy y…

—Me han dicho que estás trabajando con una cantante muy buena de Tennessee.

—Sí, es increíble.

—¿Cómo se llama?

—Zöe, Zöe Freeman, no la conoces.

—¿Y también te estás acostando con ella? —soltó por puro impulso y él automáticamente frunció el ceño.

—No tengo por qué contestar a eso.

—Ya lo has hecho, muchas gracias.

—Paisley…

—Déjalo, tío.

—Oye, yo… anoche… somos adultos, Paisley, estas cosas pasan, no tiene importancia, no me vengas con…

—Adiós y mucha suerte con tu disco.

—¡Paisley!, no te vayas así, mírame.

Lo bordeó y salió a la calle donde se había puesto a llover muy fuerte, no quiso quedarse en la acera a esperar un taxi, así que se ajustó la gorra de beisbol y se lanzó a andar muy rápido hacia Central Park, muy rápido, cada vez más, hasta que echó a correr con las lágrimas mojándole la cara, sintiéndose la más absurda e infantil de las criaturas, la más idiota por pensar durante unos minutos, tenía que ser sincera, que lo suyo con Michael podía arreglarse, porque lo suyo era mágico, alucinante, único, y que podían tener una segunda oportunidad.

Gilipolleces, se repitió sollozando bajo la lluvia, ahogada por la pena, como una chiquilla de quince años, gilipolleces, y debía empezar a aceptar que después de un año eso no lo arreglaba ni Dios, ni Dios, y mucho menos si él ya estaba enamorado de otra mujer.

10

—¿No usaste protección? ¿tú qué edad tienes? —le soltó su hermana indignada y ella movió la cabeza mirando el ordenador.

—No tengo nada de eso ¿sabes? Ni condones, ni diafragma, ni nada de nada, soy una mujer célibe, bueno, lo era, y ahora, si no te importa, dejémoslo, no quiero dar más vueltas a…

—A saber con cuántas se acuesta ese tío a la semana, debiste pensar en tu salud, Paisley, no tienes quince años. Deberías haber tomado la píldora del día después y haberte hecho pruebas y…

—Estuve casada con ese señor, sé que lleva una vida saludable, no creo que…

—Estuviste casada con ese señor hace tiempo, ya no es la persona que vivía contigo.

—Leslie…

—Y si se acostó contigo sin protección lo hará con todas, no te engañes, y en Nueva York hay mucha zorra suelta.

—Dios mío y ¿qué quieres que haga ahora?

—Ir al hospital, pediré que te hagan un examen de sangre completo, se lo pediré a alguien de confianza.

—La madre que te… vale, dejémoslo, ¿podemos revisar la lista, por favor?

—¿Has visto a la cantante de Tennessee por la que se está dejando la piel?. Es afroamericana y si tiene veinte años es un milagro, porque parece una cría. La sigo en Instagram: "Mickey Evans esto, Mickey Evans lo otro"… creía que él odiaba que lo llamáramos Mickey, claro que con la edad los tíos se vuelven idiotas.

—No quiero hablar más de eso, por favor —sintió cómo se le llenaban los ojos de lágrimas y se pasó una mano por la cara.

—¿Tú eres consciente de lo buena que estás? Hay millones de tíos que matarían por adorarte, quererte, cuidarte y hacerte feliz. Miles de millones que se postrarían a tus pies. Despierta de una puñetera vez, pasa de Michael y déjate querer.

—Oye ¿tú cuándo acabas la baja maternal?

—Tengo una excedencia de seis meses, así que seguiré incordiándote unos cuatro meses más.

—Genial ¿acabamos la lista de invitados?

—Eres más dura que una piedra, Paisley Campbell, será la sangre escocesa.

—Igual que la tuya —le guiñó un ojo y miró el moisés de su sobrina, que dormía tranquilamente—. En serio, te quiero, pero no quiero seguir hablando de mí ¿podemos cambiar de tema?

—Te has pasado dos semanas hecha polvo, llorando y regresando a la casilla de salida, nunca debiste acostarte con él, ese cabrón te destrozó una vez y ha vuelto a hacerlo y… ¡joder! perdona si me preocupo por ti, eres mi hermana pequeña.

—Lo sé y te lo agradezco mucho —estiró la mano y le acarició la pierna—, pero te juro por Dios que hablar del tema no me ayuda en absoluto.

—Pues deberías hablar del tema, sobre todo con él, que te conoce muy bien y sabe, mejor que nadie, que lo que pasó esa noche fue importante para ti.

—Ya es tarde para hablar, no tenemos nada que decirnos, los dos perdimos los papeles y la cagamos. Fin de la historia.

—Ay, hermana, ojalá eso fuera cierto, pero tú, lamentablemente, no eres así de sencilla.

—La gente se acuesta con sus ex todos los días, incluso se ven de vez en cuando, como Sandra y Frank, no hay ningún drama y…

—Ok, sigue engañándote.

—Mami… —Annie apareció con el teléfono en la mano y se lo extendió—. Papá quiere hablar contigo.

—Estoy ocupada, dile que ahora no puedo, cariño.

—Dice que es importante.

—Vale, gracias.

Le dio un beso en la frente, agarró el teléfono y se puso de pie sintiendo un escalofrío por toda la columna vertebral. Era la primera vez en dos semanas que intentaba ponerse en contacto con ella y no se sintió nada cómoda porque en el fondo estaba muy cabreada con él, muy dolida, y prefería que siguiera ignorándola a que la llamara para preguntarle cualquier chorrada sin importancia.

—Hola, ¿qué necesitas?

—No necesito nada, solo quería… —ella se quedó en silencio y él respiró hondo—. Mi madre me ha dicho que tienes seguridad privada y que son en su mayoría chicas, exmilitares del Mossad y gente así, ¿es eso verdad?

—Sí.

—Vaya, como no me habías comentado nada.

—Le pediré a Katherine que le mande los detalles a tu abogado. ¿Algo más? Estamos a punto de cenar y…

—¿Volvemos a comunicarnos a través de los abogados?

—Tú impusiste esa norma.

—¿Qué pasará cuando esté en mi casa?

—Una de las agentes irá con ella hasta que localicen a Ruth Payne.

—¿Y si me la quiero traer a Memphis?

—No te la vas a llevar a Memphis.

—¿Cómo dices?

—Tú impediste, a través de un juez, que viajara con Annie a Europa porque me iba por trabajo, y tuve que tragar con eso y dejar de verla una semana entera. Esas normas que exigiste tú por escrito ahora son buenas para ti también.

—Llevo dos semanas sin ver a mi hija, Paisley, tú nunca me has impedido…

—Sí, yo nunca te he puesto ningún impedimento para estar con ella, siempre me he portado genial contigo, me alegro que lo reconozcas, aunque a cambio siempre me has puteado. Supongo que creías que me lo merecía, pero eso ya se acabó.

—¡Paisley!

—¿Qué?

—¿Todo esto es porque crees que tengo una novia en Tennessee?, ¿por qué no quiero hablar de lo que pasó esa noche en tu casa…?

—No, Michael —lo interrumpió viniéndose arriba con mucha seguridad—. Todo esto es porque ya me cansé, ya me cansé de andar purgando mis pecados, pecados que por cierto nunca cometí. Ya me cansé de sentirme culpable ¿sabes? porque yo no he hecho nada, y porque ha

llegado la hora, al fin después de un año, de empezar a seguir tus reglas, de empezar a tratarte como tú me tratas a mí. Adiós.

Colgó sin entender ni ella misma cómo había conseguido verbalizar todo eso, y de repente se sintió muy bien porque era cierto, llevaba más de un año castigada de cara a la pared, tragando y cediendo sin haber cometido ningún crimen, sin haber hecho nada, a pesar de lo cual él jamás le había dado el beneficio de la duda o la oportunidad de defenderse. Sin que la mirara a los ojos y la escuchara o simplemente agradeciera que no le hubiese puesto ninguna traba para divorciarse o para ver a Annie.

Llevaba más de un año aplastada por la culpa, cuando la verdad es que no tenía culpa de nada.

—¿Va todo bien? —preguntó Leslie al verla regresar al salón.

—Sí, perfectamente. ¿Nos pedimos una pizza para cenar?

—¿Tenemos algo que celebrar?

—No, solo me apetece comer una gran pizza del John's Pizza, ¿qué me decís?

—Pero ¿sirven a domicilio?

—A mí sí —sonrió y vio cómo Annie agarraba su móvil para contestar una llamada—. Annie, cariño…

—Hola, papi… —la miró y le extendió el teléfono—. Dice que te pongas otra vez.

—Ahora vamos a cenar. Venga, dile adiós.

—Hasta mañana, papi, te quiero.

—Muy bien, mi vida —le quitó el aparato y colgó oyendo las protestas de Mike, buscó el número de la pizzería, hizo el pedido y después lo desconectó decidida a no amargarse la vida ni un minuto más.

11

The Tonight Show Starring Jimmy Fallon, era uno de los programas más vistos de la tele estadounidense, lo seguían a través de Internet por todo el mundo y a ella le encantaba, para qué lo iba a negar, así que llegar a los NBC Studios, en el Edificio GE del Rockefeller Center de Nueva York, siempre era una experiencia estupenda y ponerse en manos de Jimmy, que siempre la había tratado muy bien, una mucho mejor.

Una mañana grabaron una de sus canciones en su famoso espacio *Classroom Instruments*, dónde se lo pasó en grande, y por la noche acudió a la entrevista para hablar del nuevo disco, de sus proyectos y también de su vida personal, tranquilamente y sin traumas, porque llevaba un par de semanas en las que se sentía muchísimo mejor, mucho más fuerte y bastante más alegre y recuperada.

—Todo el mundo dice que eres una madraza, Paisley —preguntó Fallon y ella sonrió.

—Eso pretendo, mi hija es mi vida entera y la verdad es que ejercer de madre es lo mejor que me ha pasado en la vida.

—¿Quieres aumentar la familia?

—Me encantaría, ojalá sea posible, ya veremos.

—Llevas un año y medio divorciada y has sacado un nuevo disco ¿las penas ayudan a componer mejor?

—Mi productor dice que sí, que un corazón roto sirve para componer mejor música, no estoy muy segura, pero lo cierto es que estamos todos muy contentos con el nuevo disco… tal vez tiene algo que ver.

—Y ¿qué tal tu relación con el gran Michael Evans?, ya sabes que lo admiro muchísimo, ¿sois buenos ex o…?

—Bueno —respiró hondo y sonrió otra vez—, no sé si somos buenos ex, no tengo ni idea, solo te puedo decir que nuestra relación se reduce a la de ser padres de una niña de tres años, nada más. No mantengo ningún otro tipo de contacto con él.

—Pero al menos no os habéis despellejado públicamente, que hoy por hoy, se podría considerar una gran relación de expareja.

—Vale, pues estupendo.

—Todos quieren que te pregunte si ya tienes novio, un pretendiente o si ya le has echado el ojo a alguien. Tengo una lista de al menos cien tíos que quieren pedirte una cita.

—¿En serio?, me gustaría ver esa lista.

—¿No te has vuelto a enamorar?

—De momento estoy centrada en mi hija y en el trabajo, puede sonar algo cursi, pero te juro que es verdad, a lo mejor más adelante tengo la fortuna de encontrar el amor verdadero y, quién sabe, pueda venir a contártelo.

—¿Aún no has conocido el amor verdadero?

—He conocido el amor verdadero, de eso no tengo dudas, sin embargo, creo que yo aún no he sido el amor verdadero de nadie y me encantaría experimentarlo. ¿Tú has conocido el amor verdadero?

—Creo que sí.

—Genial, qué suerte tienes.

La entrevista se extendió unos quince minutos más, luego se quedó en el plató viendo a los otros invitados y finalmente, en cuanto pudo, se escapó del estudio para volver a casa donde Annie estaba con Leslie y Annelien.

A la salida del Rockefeller Center un montón de fans le cortaron el paso para pedirle un autógrafo o un *selfie*, y se detuvo para saludarlos a todos, aun en contra de la voluntad de Jeff y de una de las personas de seguridad, que quisieron sacarla de allí en cuanto un pequeño tumulto los rodeó y empezaron a seguirlos camino del coche.

Un montón de gente que gritaba y la llamaba y que no los dejaban avanzar, hasta que oyó una voz por encima de las demás y acto seguido un líquido espeso empapándola de arriba abajo.

—¡Puta! ¡más que puta! ¡la próxima vez será tu propia sangre, zorra!

El gentío empezó a chillar y Paisley se miró así misma comprobando que el líquido era pintura roja y que la había alcanzado de pleno, desde el pelo hasta los zapatos.

—¡Todos quietos! ¡alto! ¡¿quién ha sido?!

—Esa mujer, esa mujer…

—¡Llamad a la policía ya!

—¡Ayuda! ¿Paisley?, Paisley, mírame, ¿estás bien?

Jeff estaba histérico, su escolta la agarró por la cintura para subirla al coche y observó cómo el personal de seguridad del Rockefeller Center salía en tromba y empezaban a pedir por radio

una ambulancia y una dotación de policía. Todo era muy confuso, porque los fans gritaban igual que Jeff y ella cerró los ojos muy mareada por el olor a pintura y por el susto que de repente le subió por todo el cuerpo.

—¡Paisley!, cariño, háblame, por Dios te lo pido… Paisley.

—¿Dónde estoy? —abrió los ojos y Jeff le besó las manos llorando como un crío.

—Vamos a Urgencias, te has desmayado, hay que ver si te han hecho algo.

—¡Mierda! —se incorporó y se miró los brazos y las manos llenas de pintura, el vestido destrozado, los zapatos, el pelo pegado… giró la cabeza y observó a Jeff—. Tranquilo, solo me han manchado, no me han hecho nada.

—Creo que era esa mujer, Paisley, Ruth Payne, aunque iba con una gorra metida hasta las orejas.

—¿Estás seguro?

—Creo que sí.

—Había mucha gente grabando con los móviles, señora Evans —opinó la escolta desde el volante del coche—. Identificaremos a su agresora en seguida, ¿cómo se encuentra?

—Mareada, este olor es horroroso…

—El olor y la conmoción, ha sido un gran susto. Ya llegamos.

En el hospital los estaban esperando y los metieron en seguida en un box para hacerle un reconocimiento, aunque ella no se cansaba de repetir que estaba físicamente bien, solo un poco mareada y con náuseas porque no soportaba el olor a pintura. Un argumento sin ningún peso para los médicos que acudieron a atenderla y que le dieron una bata limpia y unos zuecos para que se cambiara.

Allí nadie parecía oírla y le sacaron sangre y le midieron la saturación de oxígeno y un montón de pruebas que eran excesivas, pero que decidió soportar estoicamente porque su hermana era médico y sabía que no se rendirían hasta comprobar que estaba en perfectas condiciones.

—Mamá, no hace falta que vengas, no me ha pasado nada, solo ha sido un susto.

—Ha salido en un boletín informativo de la CNN —lloraba su madre al teléfono.

—Genial, ya tienen material para un par de días.

—Con eso de que la gente lo graba todo… madre mía, a tu padre casi le da un infarto.

—Pásamelo. Te quiero. ¿Papá?

—Paisley, Paisley, deberías vivir rodeada de guardaespaldas y no andar por ahí como una persona normal —le soltó su padre con su fuerte acento escocés y ella bufó.

—Es la primera vez que me pasa algo semejante.

—Lo sé, pero podría haber llevado un arma o…

—Afortunadamente no ha ido a más, en cuanto me den el resultado de las pruebas me voy a casa, a la cama y mañana será otro día. Ahora os dejo, tengo que contestar un montón de llamadas.

—Ok, pero mañana nos vamos a Nueva York.

—Vale.

Respiró hondo y colgó con resignación, luego observó a Jeff, que no paraba al teléfono y miró el suyo, que tenía cientos de llamadas y mensajes, pasó el dedo por encima y vio ocho llamadas perdidas de Michael, frunció el ceño pensando en la CNN y su boletín informativo, que había alertado a sus amigos y conocidos del mundo entero, e hizo amago de ignorarlas todas, pero antes de poder parpadear le entró una nueva llamada suya y fue incapaz de no contestar.

—¡Joder!, gracias a Dios, Paisley ¿cómo estás?

—Hola, bien, gracias, no podía contestar, llevo dos horas en Urgencias y…

—¿Te han hecho daño?, ¿te golpeó con algo? ¿te…? ¿dónde coño estaban tus escoltas?

—No me han hecho daño, no me dieron con nada y la escolta estaba conmigo, pero era imposible repeler algo así. Gracias por llamar, tengo que…

—¿Por qué llevas tanto tiempo en urgencias?

—No lo sé, me han hecho cientos de pruebas, Leslie dice que es lo normal, de hecho, se ha venido y está por ahí intentando agilizar las cosas.

—Vale, vale, yo… mañana cojo el primer vuelo a Nueva York.

—Te fuiste hace dos días, Michael, no tienes que volver, estoy bien, muchas gracias por tu interés.

—¿Muchas gracias por mi interés? ¿tú con quién coño crees que estás hablando?

—Estoy en un hospital, no pienso discutir contigo. Ya le diré a tu madre que te mantenga informado, muchas gracias y adiós.

—He visto tu entrevista con Jimmy y lo que dijiste sobre el amor verdadero y eso de que creías que aún no lo habías sido de nadie, y que te encantaría experimentarlo algún día, es lo más doloroso e injusto que te he oído decir sobre mí, porque iba por mí —carraspeó y Paisley percibió perfectamente que estaba llorando—, pero que me trates como a puto desconocido no sé ni como encajarlo, Paisley.

—No sé qué quieres de mí, Michael.

—¿No sabes qué quiero de ti?

—Tú nos has puesto en este punto exacto, en esta mierda de relación que no sé cómo llevar, porque eres tú él que pone los límites o los quita cuando le viene en gana, así que mejor lo dejamos ¿ok? Comprenderás que no estoy en disposición ahora mismo de discutirlo contigo.

—Vale, lo siento.

—Vale —se enjugó las lágrimas y respiró hondo.

—Mañana me voy en el primer vuelo que encuentre, si necesitas algo, llámame… cuando hables con los médicos, llámame… por favor.

—Ok…

Levantó la vista y vio entrar a su hermana con una carpeta en la mano y el gesto bastante serio, colgó a Mike y miró a Jeff, que también colgó el móvil y se puso en jarras.

—Gracias a Dios no te han hecho una resonancia magnética.

—¿Qué? ¿por qué?

—Estás embarazada, Paisley.

—¡¿Qué?! —exclamó al unísono con Jeff y él se tapó la boca con las dos manos.

—Te haremos una ecografía, pero supongo que es un embarazo de cuatro semanas. ¿Quién se lo cuenta primero a Michael? ¿tú? ¿o lo llamo yo?

12

—La persona que han detenido no es Ruth Payne, Smith, o como quiera llamarse. Es una fan de Taylor Swift que te odia con todas sus fuerzas… o eso ha dicho a la policía.

—¿De Taylor Swift? Y ¿qué le he hecho yo a Taylor Swift? Me cae genial —miró a su abogado a los ojos y él leyó la declaración que le había mandado la policía.

—En resumen te considera una puta traidora porque te liaste con un ex de la señorita Swift, además de robarle sus discos de oro y sus fans, sus…

—¡¿Qué?!

—Eso es por Harry Styles —opinó Jeff y Paisley movió la cabeza.

—Yo nunca me he liado con Harry Styles. La gente está chalada —se levantó y salió al pasillo para llamar a Clara—. Clara, ¿dijo algo Michael de si traía a Annie a cenar o…?

—Comían algo por ahí, me dijo.

—Gracias —volvió a la salita y se sentó frente a Frank y Katherine, sus dos abogados de confianza, respirando hondo—. Ok, ya veremos qué pasa con esa mujer, que evidentemente no puede estar muy cuerda, ahora tengo que haceros una pregunta sobre un tema muy personal, que es por lo que os he hecho venir a los dos. Es algo delicado.

—¿Qué ocurre? —preguntó Katherine, que era quién había llevado su divorcio y Frank se apoyó en el respaldo del sofá.

—Estoy embarazada, es de Michael, él no lo sabe, no sé si decírselo y…

—¿Piensas tenerlo?

—Por supuesto.

—Vale, lo siento, tenía que preguntarlo —susurró Frank y Paisley miró a Katherine, que parpadeó algo confusa antes de hablar.

—No tienes por qué decirle que es suyo, pero si él tiene la más mínima sospecha de que pueda serlo, puede pedir una prueba de paternidad, exigir reconocerlo y empezaríamos otro proceso de guarda y custodia como el que tuvimos con Annie.

—Conociendo a Michael es lo que hará —intervino Jeff y Paisley movió la cabeza.

—No tiene porqué sospechar nada, llevamos más de año y medio divorciados…

—Estuvisteis juntos hace cinco semanas y ahora estás embarazada de cinco semanas. No es gilipollas, Paisley, por favor, es absurdo intentar ocultárselo.

—¿Tú qué quieres hacer? —interrogó Katherine.

—No lo sé, yo solo quiero lo mejor para el bebé, y sé que él es un gran padre, pero nuestra relación es pésima, nunca debió pasar aquello, nunca debí acostarme con él, y ahora es como intentar imponer otro hijo a alguien que sé que no me quiere, ni me soporta —se echó a llorar y Jeff la abrazó por los hombros mientras Kate le cogía las manos.

—Las relaciones son complejas, dudo mucho que no te quiera o no te soporte, cielo, simplemente no ha sabido gestionar todo lo que ha pasado, lo lleva fatal, lo sé, lo he vivido en primera persona, y sé que te castiga con su comportamiento, pero un hijo… adora a Annie, Paisley, y si estás decidida a tener a vuestro bebé, lo más maduro sería hablarlo con él y a partir de ese punto decidir qué hacemos legalmente.

—Era lo último que necesitaba en este momento, no sé cómo he podido ser tan estúpida.

—Vale, pero ya que ha pasado lo haremos bien. Si quieres preparo una propuesta de custodia y la discutimos con sus abogados y con él. Se pueden acordar muchas soluciones para los escollos que pueden surgir a partir de ahora…

—¿Qué escollos?

—No sé, pues, visitas al médico, ecografías, los detalles del parto, el nombre del bebé… ya he hecho esto antes, podemos hacerlo con calma y con tiempo para evitar tensiones absurdas.

—Todo el tema del divorcio y los acuerdos económicos no nos dieron ningún problema —habló Frank—. Eso ya está zanjado y cerrado, esta novedad solo supone un simple acuerdo de custodia, incluso el de Annie se puede aplicar al nuevo hijo. Mi opinión es la misma de Kate, creo que hay que hablarlo con Michael y con sus abogados. Si no te apetece, nosotros le podemos dar la noticia.

—No, eso sí que no, si decido contárselo ya lo haré yo.

—Obligadla a contárselo, por favor —Jeff levantó las manos—. Está en estado de shock y no piensa con claridad.

—Ya le hemos dado nuestra opinión legal, pero ella sabe dónde le aprietan los zapatos.

—Joder, pues a mí me preocupa que no se lo diga y que cuando la vea preñada le monte un pollo considerable. ¿Podría demandarla o perjudicarla de alguna forma por ocultarle algo así?

—Poder, puede hacer lo que le plazca, pero nosotros estamos aquí para defender, ante cualquier tribunal, la decisión que Paisley decida tomar. Podemos pleitear años y años y…

—Pero no se trata de una herencia, se trata de un hijo…

—Hola —Michael Evans en persona entró en la salita sin llamar y todos se callaron de golpe. Frank se puso de pie y le ofreció la mano.

—Hola, Mike ¿qué tal?

—Bien, gracias ¿Va todo bien? —miró a Paisley y ella bajó la cabeza— ¿Alguna novedad de la atacante?

—Se lo estábamos contando a Paisley. No es Ruth Payne, ni tiene relación con ella, es una fan de Taylor Swift que ha declarado odiar a Paisley por un montón de razones absurdas. La han dejado libre con cargos y hemos conseguido una orden de alejamiento.

—¡Mami! —Annie entró corriendo y se le subió a la falda para abrazarla.

—¡Hola, mi amor!, saluda a Frank y a Kate —susurró comiéndosela a besos.

—Hola.

—Hola, preciosidad, estás muy mayor.

—¿Me puedes dejar el expediente? —Michael dio un paso y les pidió la carpeta con la declaración de la agresora, le echó un vistazo y luego miró a los abogados a los ojos— ¿Me la puedo quedar? Quisiera que la vieran los colegas de mi padre.

—Claro. Bueno, nosotros nos marchamos, con lo que sea ya nos llamas, querida —Katherine se acercó y le besó la mejilla—. Y no tardes mucho, Paisley, el tiempo pasa muy rápido. Adiós, Annelien.

—Yo os acompaño —Jeff salió con ellos al pasillo y Paisley se puso de pie con Annie en brazos.

—¿Estás bien?, estás muy pálida —susurró Mike observándola de reojo.

—Estoy bien, gracias. ¿Qué has cenado, princesita?

—Un sándwich de pastrami en el Eisenberg's Sandwich Shop.

—¿En serio? ¿y te lo has comido todo?

—Casi la mitad.

—Mmm qué rico.

—Te hemos traído uno, se lo he dado a Clara para que lo ponga en un plato. —Michael se apartó de la puerta para observarla con atención y ella le dio la espalda oyendo como Jeff volvía al salón hablando por teléfono.

—Gracias, ahora lo pruebo.

—¿Qué pruebas? —interrogó su amigo colgando y Annie se apresuró a contestar.

—Le hemos traído a mamá un sándwich de pastrami.

—¿Del Eisenberg's Sandwich Shop?, qué suerte.

—Podemos compartirlo, es enorme.

—Genial, con su salsita y… Paisley ¿estás bien?

De repente, pensar en la carne, la salsa, el pan y el olor a sándwich de pastrami, le revolvió el estómago y tuvo que dejar a la niña en el suelo, muy mareada, la cabeza le daba vuelta y las náuseas la atacaron sin piedad. Se tocó la frente, no miró a nadie y salió corriendo al cuarto de baño más cercano para arrodillarse en el lavabo a vomitar.

—¿Mami?, ¿está malita?

—No te preocupes, mi vida, seguro que se pone bien en seguida —Michael la cogió en brazos y le besó la frente mirándola a los ojos—. Cuando estaba embarazada, cuando tú estabas en su tripita, no podía ni oler el pastrami…

Guardó silencio y miró a Jeff, él le sonrió con cara de inocente y salió al pasillo para esperar a Paisley, que había cerrado la puerta de una patada.

—¿Llamamos al médico? —se le acercó y Jeff negó con la cabeza.

—Se tomó dos huevos benedictinos en el *brunch*, seguro que le han sentado fatal, ya sabes que no suele comer demasiado.

—¿Seguro?

—Seguro, yo no me preocuparía.

—Paisley ¿estás bien? —gritó acercándose a la puerta del lavabo y ella salió secándose la cara con una toalla.

—Estoy bien, estoy bien —los miró a todos y estiró los brazos hacia su hija con una sonrisa—. No te asustes, mi amor, solo me dolía la tripa, pero ya estoy bien.

—¿No quieres que llamemos a un médico?

—No, gracias, ya pasó. Jeff, cariño, es tarde, vete a casa, mañana nos vemos a las diez.

—Vale, cielo, adiós —las besó a las dos y se fue despidiéndose de Michael con la mano.

—¿Dormimos juntas en la cama grande, Annie?

—¡Sí!

—Estupendo… despídete de papá… —lo miró y se fijó en que la estaba observando con los ojos entornados—. Estoy bien, no te preocupes, ahora nos vamos a la cama.

—Muy bien. Tesoro, mañana nos vemos —besó a la niña y se fue hacia la puerta principal, las miró una vez más y desapareció.

13

Finales de junio, doce semanas de embarazo y todo iba perfectamente. Miró a Vivienne, su ginecóloga, y ella le sonrió apartando el ecógrafo para que se bajara de la camilla.

—Estás perfecta, Paisley, va todo tan bien como con Annie, solo quiero que sigas con las vitaminas e incorpores un poco más de proteínas a la dieta ahora que han cesado las náuseas, pero, por lo demás, todo perfecto.

—Muchas gracias, Viv.

—He leído que este año no sales casi de los Estados Unidos con la gira.

—Apenas haré gira, no me apetecía nada viajar tanto y el embarazo ha sido la excusa perfecta para parar el ritmo. Aunque en realidad aún no le he dicho a la discográfica que estoy embarazada, les he pedido una pausa por motivos familiares y han aceptado.

—¿Quién se atrevería a decirte que no?

—Muchas más personas de las que te imaginas.

—¿Y Michael? ¿qué opina del nuevo bebé?, recuerdo que estaba como loco con Annie, era tan…

—No le he dicho nada —interrumpió acabando de vestirse—. Lamentablemente, nuestra relación ahora no es la más amistosa, así que estaba esperando a ver cómo iba todo y si el embarazo seguía bien y…

—Todo está en orden, ya puedes contarlo a los cuatro vientos.

—¿Tienes muchos casos como el mío o soy la única idiota que se acuesta con su ex y se queda embarazada?

—Madre mía, Paisley —se echó a reír, pero se puso seria al ver su cara—. Muchos más casos de los que te imaginas y no, no eres idiota por acostarte con tu ex, todo el mundo lo hemos hecho alguna vez, salvo que en este caso las consecuencias serán más visibles de lo esperado.

—Vale.

—¿Estás contenta con el bebé?, tú siempre has querido tener más hijos y…

—Estoy feliz, no es la maternidad lo que me preocupa, son otras cosas…

La miró a los ojos y luego se miró en un espejo de cuerpo entero que tenía en la consulta. Obviamente, aún no se le notaba nada y se tocó el vientre plano por encima de los vaqueros, se subió la camiseta y se acarició el ombligo intentando asimilar que un bebé de tres meses de gestación estaba creciendo ahí y que ya era hora de contárselo a su entorno más cercano, empezando por sus padres, su productor, su representante, por Annie y por supuesto por Michael, que era, le gustara o no, el padre de la criatura y algún derecho debía tener de saber lo que estaba pasando.

—Muchas gracias por guardarme el secreto.

—No es nada. Ya verás que Annie se vuelve loca con un hermanito, la próxima vez confirmaremos el sexo.

Agradeció a Vivienne su atención, salió a la sala de espera, agarró a Jeff de un brazo y bajó con él hacia la calle donde dos escoltas los estaban esperando. Hacía calor y estaba un poco cansada, pero en el ascensor decidió que mejor antes que después, y pidió al chófer que la llevara directo a Brooklyn, sin perder más tiempo, para empezar a poner algo de cordura y estabilidad en la nueva vida que se le venía encima.

Durante el último mes y medio, con todo el tema de Ruth Payne (que seguía en paradero desconocido) y la agresión en el Rockefeller Center, había visto a Michael bastante más de lo habitual. Él, que llevaba un poli en el alma, estaba decidido a dar con la ex niñera y seguía pensando que la agresora y Ruth se conocían, aunque objetivamente nada las relacionaba, y no quería aparcar el tema tan fácilmente. Ese empeño lo tenía entretenido y en Nueva York, porque no había vuelto a Tennessee después de lo que había pasado con la fan de Taylor Swift, y aquello

había propiciado que se vieran más y que hablaran, aunque solo fuera del asunto policial, solo lo estrictamente policial, y eso había impedido que se le plantara delante y le dijera mirándolo a los ojos que iba a ser padre otra vez.

¿Cómo le dices a tu ex que te has quedado embarazada de él y que estás feliz y decidida a tener a ese bebé con o sin su apoyo? ¿Eh? ¿cómo? Esa duda la tenía completamente devastada y no hacía más que empeorar con el paso de las semanas, así que debía ser adulta y contárselo ya, aunque la confesión le costara experimentar una vez más la furia visceral y desatada de Michael Evans.

No tenía ni idea de cómo iba a reaccionar, pero la lógica apuntaba a que muy mal. Dos polvos rápidos y salvajes con tu ex y un nuevo hijo uniéndolos irremediablemente y para siempre.

Nadie querría eso, ella lo sabía y por eso también le cuadraba la opción de callarse y no revelar la identidad del padre de su hijo, total, llevaba un año y medio divorciada cuando se había quedado embarazada y podía ser de cualquiera. No necesitaba de nadie para criarlo y de nadie para intervenir en su vida, así que seguía contemplando, aún de camino para Brooklyn, que la opción más cómoda era callarse y pasar de todo el mundo.

—¿Te acompaño? —Jeff le sujetó la mano y miró hacia la casa de Mike, ella negó con la cabeza y se bajó del coche con el corazón a mil por hora.

—Gracias, solo espera aquí para recoger mis pedazos.

—Cómo se ponga borde o algo, llámanos y entramos en tromba para partirle la cara.

—Ok.

Sonrió, guiñando un ojo a los escoltas y a su ayudante, y cruzó la calle con paso firme. Había vivido cinco años en esa típica casa de Brooklyn Heights y le encantaba, era preciosa y acogedora, e instintivamente pensó en lo feliz que había sido allí, en el amor y la música que lo llenaba todo, en sus cenas con amigos, o desnudos en la cama, en ese romance espectacular que habían disfrutado tanto tiempo… en cuando supieron que esperaban a Annie… y se le llenaron los ojos de lágrimas.

Se detuvo en el último escalón y tuvo que respirar hondo para no girarse y salir corriendo. Cerró los ojos y oyó que Mike estaba al piano, tocaba maravillosamente al menos veinte instrumentos, pero el piano era su fuerte y se quedó escuchando unos minutos hasta que paró y ella estiró la mano y tocó el timbre.

—Hola.

—Hola.

Levantó los ojos y se encontró con los oscuros de una chica afroamericana muy guapa, se le subió el corazón a la garganta y retrocedió poniéndose una mano en el pecho. Ella iba vestida con un pantaloncito muy corto y una camiseta sin mangas, descalza, y cuando la reconoció abrió muchísimo la boca.

—¡Madre mía, eres Paisley Campbell-Evans! —exclamó con su acento sureño y Paisley bajó las escaleras de espalda— ¡¿Sabes acaso cuánto te admiro?! Soy tu mayor fan, me llamo Zöe.

—Hola, Zöe, no quería molestar, yo… ¿sabes qué? vuelvo en otro momento.

—Pero ¿qué dices?

—Di por hecho que Michael estaría solo, debí llamar antes, pero no importa. Me voy, luego lo llamo.

—Siempre le digo a Annie que estoy enamorada de su madre.

—¿Conoces a Annie? —el apunte le sentó un poco mal y sin querer frunció el ceño.

—Claro, es una niña adorable, tiene tu sonrisa y…

—¿Qué pasa?

Michael apareció por su espalda, también descalzo y sin camisa, solo con los vaqueros desteñidos y el pelo largo revuelto, y Paisley se quiso morir, miró como una idiota a su alrededor y bajó a la calle a toda velocidad, despidiéndose con la mano. Miró al frente y vio que Jeff y uno de los escoltas hacían amago de acercarse a ella, pero los detuvo con un gesto.

—¡Paisley! ¿qué pasa? ¿va todo bien? —Mike corrió por la calle sin zapatos y la detuvo, se le puso delante y le impidió seguir avanzando— ¿Dónde está Annie? ¿qué ocurre?

—Annie está en la guardería, va todo bien, no sé ni por qué he venido, solo quería decirte algo, pero ahora carece de importancia… pasaba por Brooklyn Heights y… debí llamar antes. En fin, debo irme.

—¿Pasabas por aquí? ¿tú?

—Oye, no pasa nada, lo siento, no quería aparecer en tu casa sin avisar.

—Solo estamos ensayando.

—No sabía que Zöe vivía aquí, de verdad siento mucho haberme presentado así, no me habías dicho nada y yo…

—Se queda aquí cuando viene a Nueva York.

—Por supuesto, me alegro por ti. Ya nos veremos.

—Paisley ¿qué coño está pasando? —la agarró por un brazo para evitar que se fuera y miró el sobre con el membrete de la clínica que llevaba pegado al pecho— ¿Qué es eso?, ¿has estado en el médico? ¿estás bien?

—Estoy bien.

—Entonces ¿por qué lloras? Joder, me estás asustando, ¿qué pasa?, ¿tengo que preguntárselo a Jeff? —se dio la vuelta hacia Jeff y Paisley se dio cuenta de que de verdad estaba llorando a mares y que había gente observándolos, incluida Zöe desde la escalera de su casa, así que hizo amago de escapar, pero él volvió a agarrarla con fuerza—. No, si has venido a mi casa a estas horas y con esa cara, debe ser algo muy importante, lo sé, no me jodas y habla claro de una puñetera vez, Paisley.

—Solo quiero que tengas una cosa clara, Michael, lo que voy a decir es solo una información, no pretendo nada de ti, ni estoy aquí para estropear tu nueva vida, o tu nueva relación. Solo intento hacer las cosas bien ¿de acuerdo?

—¿Qué demonios está pasando?

—Estoy embarazada, dieciocho semanas —Le puso el sobre con la ecografía y el informe de la ginecóloga en las manos—. Nacerá en diciembre.

—¿Embarazada? —se puso pálido y la miró dando un paso atrás y frunciendo el ceño— ¿Quién es el afortunado?

—¿Cómo dices? —observó su mandíbula tensa y el cabreo que le estaba subiendo por todo el cuerpo y se cruzó de brazos— ¿Te refieres al padre del bebé?

—¿Se lo has dicho a Annie?

—No, quería hablarlo contigo primero.

—¿Y quién coño es el padre? ¿va a vivir con vosotras?

—¿Qué? —se apartó soltando una risa y lo miró a los ojos moviendo la cabeza—. Vale, estupendo, esto me facilita bastante las cosas. Adiós, Michael.

—¿Qué? —se desplazó un poco y volvió a cortarle el paso— ¿Insinúas que es mío?

—No insinúo nada, es tuyo, pero es igual, no tienes que alegrarte con la noticia, como he dicho antes, solo es una información.

—¿Estás segura de que es mío?

—¿Crees que me ando acostando con medio Nueva York?

—¡Jesús! —se atusó la barba y ella extendió la mano y le quitó el sobre.

—Vale, ya lo sabes, ahora debo irme, esta tarde se lo contaré a Annie.

—¿Qué le vas a decir a Annie?, ¿cómo se lo vas a explicar?

—Le diré que tendrá un hermanito, es lo más natural del mundo, todos sus amiguitos están teniendo hermanos…

—Pero esos niños tienen a sus padres, nosotros, yo… —se puso las manos en las caderas y respiró hondo—. ¿Estás segura de que es mío?

—¿Sabes qué? Olvídate de todo esto, no te preocupes y sigue con tu vida —miró hacia la casa, dónde Zöe seguía la charla atenta e hizo amago de irse.

—Es natural que tenga mis dudas y pregunte.

—Claro, es natural que pienses que soy una zorra irresponsable que quiere adjudicarte un bebé que puede ser de cualquiera. Muchas gracias, Michael —empezó a cabrearse y él la miró a los ojos—. ¿Quieres una prueba de paternidad? Sería cojonudo que me la pidieras, porque yo no te la voy a dar, tú no tendrás certeza de que es tuyo y así no tendrás nada que ver con este niño. Todo resuelto.

—Paisley… —la llamó y ella se marchó sin mirar atrás— ¡Paisley!

—Adiós, tío.

14

Su piel sabía a caramelo, a dulzura… y era tibia y suave… y su aliento caliente la volvía literalmente loca, no podía evitarlo, y estiró la mano para enredar los dedos en su pelo, tirar de él y obligarlo a que la besara en la boca.

Él abandonó sus pezones y la lamió hasta el cuello, luego le atrapó la boca y la besó como sólo él sabía hacerlo, con energía, con propiedad, como tenían que besar los hombres: de verdad y con ganas.

—Michael…

Susurró, sintiendo como la penetraba, y arqueó la espalda para estrecharlo contra su pecho, separó aún más las piernas, flexionó las rodillas y se abandonó en un balanceo salvaje que la llevó al orgasmo muy rápido. Uno y otro y otro, hasta que él de vació gruñendo contra su boca, y la llenó entera, la colmó con su esencia, con su aroma, con su esperma, la hizo gritar de placer y le dio un bebé, su bebé, el bebé más hermoso que podía soñar.

—¡Mike!

Gritó y se sentó en la cama asustada, miró a su alrededor y se dio cuenta en seguida de que estaba en New Haven, en casa de sus padres, en su dormitorio de toda la vida, y que Annie estaba a su lado durmiendo plácidamente.

Se tapó con las sábanas e intentó calmarse, pero seguía agitada por el orgasmo monumental que acababa de tener en sueños. Una pasada, como los de verdad, como los que él le provocaba

cada vez que le ponía un dedo encima, porque era un bestia en la cama, muy experto, y muy dominante, algo que a ella le encantaba, y siempre se había dejado hacer observando como él se volvía loco y acababa por volverla a ella del revés.

El sexo con Michael Evans siempre era de primera, incluso en sueños, y volvió a recostarse en la almohada rememorando el embarazo de Annie, cuando se había vuelto muy activa sexualmente, cuando se excitaba por cualquier cosa y cuando necesitaba hacer el amor a todas horas, algo que él celebraba entre risas porque decía que era la embarazada más sexy del planeta.

Cerró los ojos y se echó a llorar.

Después de su charla en Brooklyn él había desaparecido de sus vidas, silencio absoluto durante casi una semana. Estaba en estado de shock o algo similar, opinaron Jeff y su hermana, pero ella no estaba para descifrar su comportamiento, se sentía bastante mal, así que había decidido largarse con Annie a New Haven sin fecha de regreso.

Sus productores y la discográfica casi se mueren por sus repentinas vacaciones, pero les explicó lo del embarazo y acabaron por dejarla en paz, a cambio, eso sí, de que hiciera un comunicado de prensa confirmando su estado de buena esperanza.

Hizo el comunicado, provocó un pequeño revuelo mediático y se fue a Connecticut.

Necesitaba un respiro, llevaba más de un año y medio muy duro, entendió que no podía más y el único sitio que se le ocurrió para esconderse fue la casa de sus padres, donde solía pasar bastante desapercibida y donde Annie era feliz.

Se giró y la observó dormir. Era increíble lo que se parecía a su padre, a saber: el mismo pelo, el tono de la piel, los ojazos, las pestañas largas, la nariz, la boca… todo el mundo decía que sonreía como ella, pero la pura verdad es que Annie era igual que su padre y su abuela, era igual de guapa que ellos, igual de dulce y sociable. Era una Evans por los cuatro costados y solo esperaba que el nuevo bebé también lo fuera.

Le acarició el pelito oscuro y ondulado, le besó la frente, la abrazó, cerró los ojos y se durmió.

—¿No has hablado directamente con Annelien? —su madre la escrutó en cuanto la vio aparecer en el salón y ella negó con la cabeza—. Madre mía, Paisley ¿se va a enterar por la prensa? ¿qué estáis haciendo?

—Está en Ámsterdam, su sobrina da a luz uno de estos días, se casa otro sobrino suyo, y no sé cuántas cosas más, estará muy ocupada y no habrá oído nada. Ya hablaremos cuando vuelva.

—Bueno, seguramente Michael le habrá dicho algo.

—¿El qué? ¿Qué le estoy intentando encasquetar un bebé de otro?

—No digas eso.

—Es justamente lo que piensa, mamá, y por mí mejor, así no tendré que compartirlo con nadie.

—Por favor te lo pido, no le digas eso a tu padre o le dará un infarto —las dos miraron hacia el jardín trasero, donde su padre estaba quitando hierbajos con Annie, y Rose suspiró—. Querrá matarlo.

—¿Los dos sois conscientes de que Michael Evans no es mi marido desde hace dieciocho meses? No tiene ninguna obligación conmigo, ni siquiera la de creerme si le digo que voy a tener otro hijo suyo.

—Sigues siendo la madre de su hija y mereces un respeto.

—Como madre de su hija mereceré un respeto, pero en todo lo demás parece que no, y no olvides que se divorció de mí porque creyó que estaba liada con otro, aunque era mentira, así que imagínate lo que ha pensado cuando le he dicho que estaba embarazada.

—Tenéis un problema de comunicación considerable, él se cabrea, se vuelve loco de celos, se ciega y tú te rindes a la primera.

—¡¿Qué?!

—Es lo que dice Annelien, que es quién mejor conoce a su hijo y yo, que te conozco a ti, sé que eres incapaz de imponerte y exigir tus derechos a las malas, que es lo que deberías haber hecho.

—¡Mamá!

—Cuando pasó lo de Andrew, que era una vil mentira, dejaste que Michael se saliera con la suya, no te negaste a firmar el divorcio, le facilitaste las cosas, no luchaste y te pasaste muchos meses actuando como si fueras culpable de algo y ahora… lo de este bebé, hija, no puedes dejar que él se haga una idea equivocada y te insulte insinuando que intentas embaucarlo con un hijo que no es suyo. No puedes permitirlo, es horrible que te haya dicho eso, tú has sido su esposa, eres la madre de su hija, no puedes…

—No voy a esforzarme por convencer a alguien de que me ha dejado embarazada, mamá, me parece humillante y, sinceramente, lo mejor es que las cosas sigan como están. Su hija oficial es Annie, es un padre estupendo, aleluya, el siguiente es mío y punto. No necesitamos de nadie más.

—Deberías ser más peleona, te hubieses ahorrado muchos disgustos… vaya ¿quién será?

El timbre de la puerta sonó alto y las dos saltaron y se giraron hacia el *hall*. Rose Campbell miró por la mirilla y abrió respirando hondo, Paisley se le acercó y se quedó sin aliento al ver a Michael Evans plantado allí mismo, con una mochila al hombro y las gafas de sol puestas.

—Rose, siento venir sin avisar.

—Pasa, Michael, Annie se pondrá muy feliz de verte.

—Muchas gracias —entró, se sacó las gafas y clavó sus ojos azules en Paisley, que retrocedió muy seria.

—¡Papi! —Annie apareció por el pasillo y corrió para saltar a sus brazos, él la estrechó comiéndosela a besos y la miró con mucha atención.

—Te dejo de ver solo unos días y ya has crecido un montón.

—¿Estabas de viaje?

—Estaba muy ocupado. Te quiero muchísimo, pequeñaja —la abrazó muy fuerte y Paisley sintió como su padre se le ponía a la vera sin abrir la boca—. Te he echado tanto de menos ¿estás bien?

—¡Voy a tener un hermanito!

—Lo sé, mi vida, ¿estás contenta?

—Estamos eligiendo su nombre, mamá dice que puedo elegirlo yo.

—Vaya, que suerte…

Paisley tragó saliva, se dio la vuelta y se fue a la cocina para tomar un vaso de agua e intentar calmarse un poco.

¿Cómo era capaz de presentarse sin avisar en New Haven sabiendo que allí, en casa de sus padres, no podía plantarle cara y mandarlo a paseo? ¿Cómo? Era increíble, pensó, sintiendo el estómago revuelto y unas ganas enormes de huir a la Conchinchina para que la dejaran en paz.

Salió al pasillo, subió las escaleras y antes de alcanzar su cuarto tuvo que correr para llegar al lavabo a tiempo a vomitar. Se arrodilló al lado de la taza y se echó a llorar sujetándose el pelo.

—¿Te encuentras mal?

Unos minutos después oyó su voz a la espalda, pero no se movió, ni lo miró, solo estiró la mano y cerró la puerta de un portazo.

—Paisley.

—¿No ves que estoy vomitando?, necesito intimidad.

—Ok…

Contestó con calma y ella se apoyó en la bañera para recuperar el resuello, se levantó y se lavó los dientes y la cara despacio, se miró en el espejo y vio que otra vez tenía ojeras y estaba pálida. Todo culpa de ese tío al que no pensaba volver a ver en mucho tiempo y que, sin embargo, allí estaba, en SU casa, después de cómo le había hablado, después de cómo la había tratado.

—¿Sigues aquí? —cuando al fin salió del cuarto de baño se lo encontró sentado en la cama de su habitación y mirando por la ventana, por un momento observó embobada lo guapo que era, pero rápidamente el cabreo la devolvió a la realidad y se cruzó de brazos— ¿Dónde está Annie?

—Salió a jugar con la nieta de los Harrison, tus padres están con ella.

—Debería ir tú también, estaba loca por verte.

—Y yo por verla a ella, pero antes necesito hablar contigo.

—¿De qué?

—Vale, mira, si he venido hasta aquí es para hablar, no para que empieces con monosílabos o interrogantes que no nos llevan a ninguna parte…

—¡¿Qué?!

—Nos conocemos, Paisley, cuando estás enfadada me replicas con preguntas, no avanzamos y esta vez necesito hablar tranquilamente. Necesito que me escuches, necesito… —se puso de pie y se le acercó con precaución—. Necesito que me perdones.

Guardó silencio y ella lo miró entornando los ojos, él se atusó ese pelo hermoso y oscuro que tenía, y respiró hondo antes de mirarla a la cara.

—No quise dudar de ti, ni de nuestro bebé que… —sonrió y a ella se le contrajo el pecho—, que es la mejor noticia que me podías dar. No quise hacerlo. Seguramente en mi sano juicio, con tranquilidad y en otro contexto, hubiese reaccionado mucho mejor, pero no sé… te vi allí, con esa distancia, soltándome aquello de repente, sin ningún punto de complicidad o ternura ante algo tan íntimo e importante para los dos que… ya sabes… solo pude ponerme en el peor de los escenarios e imaginar que estabas embarazada de otro y, pues, ante eso no hay cordura ni buenas maneras que valgan, reaccioné fatal y lo siento muchísimo.

—No puedo desplegar complicidad o ternura con una persona que siempre pone distancias conmigo. Siempre estoy aterrada cuando me dirijo a ti, nunca sé por dónde vas a salir, si estarás receptivo o si me soltarás alguna pulla de esas que me hacen tanto daño.

—¿Aterrada?, no, Paisley, por favor, no me digas eso.

—Antes de divorciarnos llevábamos una racha muy mala, estabas distante y a veces me hablabas mal, una vez, en Atlanta, incluso me mandaste de vuelta a casa porque necesitabas espacio, porque no querías estar conmigo… luego pasó lo de Andrew y ya me llamaste puta y me seguiste tratando como tal durante un año entero… de repente bajas la guardia y nos acostamos, pero me dices que no piensas hablar de eso, que somos adultos y que nada ha cambiado entre nosotros… y lo siguiente es saber que estoy embarazada… ¿cómo crees que podía ponerme delante de ti y contártelo? ¿Sabes cómo?, con mucho miedo, por eso tardé dos meses en decírtelo.

—Lo siento mucho.

—Bueno, pues ya está…

—Soy consciente de que me he portado como un cabrón contigo. Me arrepiento cada día de cada palabra o gesto que pudiera hacerte daño, me duele el haberte alejado de mí por cobardía, porque lo único que me alejó de ti fue el miedo que tenía a perderte, el miedo de ver que volabas sola y que ya no me necesitabas, el saber que había cientos de tíos mucho mejores que yo esperando una oportunidad contigo. Todo eso me devastó y acabé apartándote de mí, lo siento de veras y me flagelaré el resto de mi vida si quieres, pero eso ya no puedo cambiarlo, sin embargo, ahora, si me das una oportunidad, Paisley…

—¿Qué?

—Quiero enmendar todo el daño que pude hacerte, quiero pedirte perdón y empezar de cero, este bebé…

—Este bebé no tiene porque cambiar nada, ni obligarte a nada, te dije que solo quería que lo supieras, nada más.

—No estoy aquí porque me sienta obligado a comportarme como un hombre —soltó enfurruñándose y ella movió la cabeza— ¿Insinúas que te digo todo esto únicamente por responsabilidad? ¿en serio?, si es así es que no me conoces una mierda.

—Oye, mira…

—He venido hasta aquí para decirte lo que siento, para pedirte perdón por mi comportamiento, por no reaccionar bien, y por todo lo demás, no para asumir mis responsabilidades paternas como un puto autómata, o porque me sienta obligado. Yo quiero a mi hija, quiero a ese bebé, te quiero a ti y creo que ya ha llegado la hora de recuperar a mi familia.

—Vaya —sonrió y respiró hondo—. ¿Eso lo has decidido en estos nueve días que no has dado señales de vida?

—Necesitaba ordenar mi cabeza y…

—Y… ¿ahora que la has ordenado vienes a buscarnos y tengo que entenderte y plegarme a tus decisiones?

—No he dicho eso, pero espero que estés conmigo. Sé que me quieres, sé que seguimos enamorados, tenemos una hija preciosa y vamos a tener otro bebé, Paisley, es lo que tú siempre has querido.

—También quería un marido que me creyera, me apoyara y me amara incondicionalmente como yo a él… pero no fue posible —sonrió con amargura—. Estos últimos dieciocho meses han sido los más duros y extraños de mi vida, he sobrevivido como un fantasma, acarreando la culpa y la pena por los rincones, sin entender nada y añorándote con toda mi alma… y sí, este bebé me hace muy feliz, pero no puedo olvidar de la noche a la mañana todo lo que pasó y que fue decisión tuya, Mike. Tú decidiste dejarme y ahora vienes aquí y me cuentas que has decidido recuperar a tu familia ¿Cómo puedo tomarme yo eso?

—Tienes razón, estoy de acuerdo… necesitamos tiempo.

—Yo creo que necesitamos dejar las cosas como están.

—¿Qué hubiese pasado si esa mañana en Brooklyn hubiese reaccionado como esperabas y me hubiese alegrado por tu embarazo?

—Nada, lo mismo que ahora, salvo que me habrías ahorrado otros nueve días de pasarlo mal.

—Supongo que todo es culpa mía.

—Yo creo que en una pareja la culpa es siempre de los dos.

—Dime qué quieres de mí y lo haré.

—Yo no quiero nada de ti, eres un buen padre para Annie y no interferiré para que lo seas con el nuevo bebé, te doy mi palabra. Es lo único que quiero, en serio.

—¿Y nosotros?

—Lo intenté todo y te querré el resto de mi vida, Michael, pero no soy tan idiota como para pensar que un hijo arregla algo que se rompió en tantos pedazos. Yo aún intento superarlo.

—Yo nunca lo he superado.

—Tienes tu vida, tu música y a Zöe, es evidente que lo has superado.

—¿Zöe? Ella no…

—Es igual, mira, estoy agotada y no quiero seguir discutiendo. Me he venido a New Haven porque necesitaba un respiro y recuperarme. Estoy embarazada ¿sabes? y no estoy en tan buena forma como parece —sonrió con lágrimas en los ojos y él se pasó la mano por la cara.

—Yo te amo…

—Estás conmocionado por todo esto, tú hace tiempo que dejaste de quererme.

—Estás tan equivocada, Paisley.

—A los hechos me remito.

—Haré que los hechos te demuestren lo contrario.

—Déjalo, en serio, no hace falta…

—¿Paisley? —la voz de su madre los interrumpió y se miraron a los ojos hasta que Rose se asomó a la habitación y entonces ella desvió la vista y le prestó atención—. Es Jeff, dice que es importante.

—Gracias, mamá —le hizo una venia y salió hacia la escalera.

—¿Te quedas a comer, Michael?

—Sí, gracias, Rose, me quedo a comer y unos días más. He reservado habitación en el hotel de los Russell.

15

—¡¿Embarazada?! ¿de Michael? ¡¿estás loca?!

Andrew gritó y se puso de pie indignado, Paisley frunció el ceño y se metió las manos en los bolsillos calibrando que esa reacción estaba completamente fuera de lugar, agarró el bolso e hizo amago de irse.

—Perdona, no te vayas, es que me has sorprendido muchísimo.

—Ha salido en toda la prensa.

—Pensé que era una noticia falsa, no podía creerme que estuvieras embarazada, y ahora encima me dices que es de él… ¿recuerdas cómo se portó ese cerdo contigo?

—Vale, debo irme, mi padre me está esperando en su despacho.

—¿Por eso está aquí?, ¿has vuelto con él?

—Ha venido para estar unos días con Annie, se va de viaje con Springsteen dentro de una semana y… —se calló al ver lo descompuesto que parecía y se atusó el pelo—. En fin, debo marcharme, ya nos veremos otro día, Andy, después de que Mike se vaya.

—¿Por qué?, ¿le debes algo?, ¿le tienes miedo?

—No, pero me preocupa que te vea y quiera partirte en dos —soltó ya incómoda y agarró el pomo de la puerta.

—No le tengo miedo.

—Pues es de Brooklyn —bromeó y él bufó—. Y es mucho más grande que tú, así que mejor hazme caso.

—Eso ya lo sé, está claro que prefieres los armarios de tres cuerpos, aunque sean unos putos macarras.

—¿Perdona?

—Ay, Paisley, lo siento, perdóname —se le acercó y le sujetó una mano—. Estoy desconcertado y cabreado por esta noticia. Supongo que estás muy feliz por el bebé, pero, después de todo lo que has pasado con él, pues… yo quiero lo mejor para ti y estoy seguro de que lo mejor para ti no está al lado de Michael Evans.

—No he vuelto con él, solo está aquí de paso antes de viajar con Bruce Springsteen a Europa.

—Ok, preciosa, sabes que te quiero ¿lo sabes? —la abrazó y ella se puso tensa—. Quiero que seas feliz y quiero que cuentes conmigo para lo que sea, ¿de acuerdo? Estaré para ti, para Annie y para este bebé siempre y en todo momento.

—Gracias, debo irme.

Intentó apartarse y él la estrechó más fuerte, movió la cabeza y le besó el pelo, luego deslizó la mano e hizo amago de sujetarle el trasero y besarla en la boca, a lo que Paisley reaccionó dando un salto y empujándolo con las dos manos.

—¡Eh! ¿qué haces?

—Un impulso, lo siento, todavía no puedo olvidar el beso que me diste en tu casa. Sueño a diario con esa tarde, contigo, tan preciosa y vulnerable, tan triste, aferrándote a mí…

—¡¿Qué?!

—Vale, lo siento, está claro que llevo un día desafortunado.

—No vuelvas a ponerme un dedo encima o seré yo la que te parta en dos.

—Passy…

Oyó que la llamaba como cuando eran pequeños, pero lo ignoró y salió de su despacho bufando, enfadada y muy incómoda, de pronto se sintió muy mal y un escalofrío le recorrió la columna vertebral de arriba abajo.

Quería a Andrew, como a un hermano, se habían criado juntos y habían sido novietes en el instituto. El primer chico al que había besado, el primero con el que se había manoseado con la ropa puesta, porque nunca se había acostado con él, y tenía muy buenos recuerdos suyos, pero jamás habían estado enamorados, ni nada parecido, y le pareció insólito que intentara otra vez besarla y tocarla en un momento tan delicado para ella.

Salió a los jardines de Yale respirando despacio e intentando calmarse, y se fue directo al despacho de su padre, dónde él estaba con Annie y Michael, enseñándoles la biblioteca y presumiendo de nieta.

—¿Paisley Campbell-Evans?

Preguntaron de repente unas chicas señalándola y ella corrió para entrar en la Escuela de Artes y Ciencias, dónde su padre enseñaba historia desde hacía treinta años, con la cabeza gacha. Recorrió los pasillos sin mirar a nadie y muy rápido, pero se detuvo dos veces al notar que alguien la seguía, o la observaba de cerca, una sensación muy concreta que ya había experimentado antes y que no le gustó nada.

Giró para escudriñar los rincones del edificio, donde en esas fechas los estudiantes de *masters* y cursos de verano lo llenaban todo, y finalmente desistió y se fue a buscar a la familia, que la esperaba charlando con algunos colegas de su padre, a los que conocía de toda la vida.

—¡Paisley, belleza! ¿cómo estás, querida? Enhorabuena por el bebé.

—Muchas gracias.

—Annie dice que si es chico se llamará James como su abuelo y si es chica Paisley como tú.

—¿Ah sí? —miró de reojo a Mike, que parecía muy relajado apoyado contra la pared y sonrió—. Ya veremos.

—¿Qué tal te sientes?, estás radiante.

—Ahora ya muy bien, aunque el primer trimestre… ¿qué? —preguntó al notar que Michael se enderezaba y se ponía tenso, y siguió sus ojos hasta los ventanales que daban a un jardín inmenso.

—No os mováis de aquí, ahora vuelvo —susurró tocándole el brazo.

—¿Qué pasa? —miró al grupo y acarició la cabecita de Annie—. Quédate con el abuelo, cariño, vuelvo en seguida.

Sin pensárselo dos veces salió detrás de él a buen paso, intuyendo que algo iba mal y temiéndose lo peor, es decir, que hubiese visto a Andrew y quisiera enfrentarlo, y salió a los jardines dispuesta a detener cualquier intento de conflicto, pero cuando pisó el césped se lo encontró quieto, con las gafas de sol en una mano y mirando a su alrededor muy concentrado.

—¿Qué pasa?

—¿Qué entiendes tú por no te muevas de aquí? —contestó mirándola desde su altura.

—Has salido disparado, no podía… ¿qué ocurre?

—Creo que Ruth Payne, o como se llame, estaba de pie ahí mismo, observándonos.

—¿En el jardín?, ¿en serio?

—No creo que pueda olvidar esa cara.

—Madre mía —se apartó un poco y también recorrió con los ojos la zona, pero no vio nada.

—Voy a llamar a la policía.

—Ok, voy a buscar a Annie y a mi padre.

—¿Dónde estabas?, antes, ¿dónde estabas?

—Saludando a…

—¿Qué ha pasado? —su padre los interrumpió apareciendo con Annie en brazos y Michael les dio la espalda para llamar por teléfono.

—Nada, papá, Mike cree haber visto a alguien conocido —sonrió a la niña y extendió los brazos para abrazarla contra su pecho— ¿Tienes hambre, mi amor?

—¿Por qué no os vais a casa y me esperáis ahí?

—Pero ¿qué ocurre? —insistió su padre.

—He visto a la ex niñera que denunciamos… —guiñó un ojo a Annie y se acercó a darle un beso en la frente—. Ya sabes… he llamado a la policía porque tenemos una orden de alejamiento contra ella, y vienen para acá.

—¡Jesucristo! Me quedo contigo, llamaré un taxi para las chicas.

—No…

—¡¿Paisley?! ¡¿eres Paisley?!

De repente dos jovencitas se les acercaron con grandes aspavientos, sacando los teléfonos móviles, y en un segundo se empezó a formar un corro de gente que gritaba su nombre y que le hacía fotos. James Campbell levantó las manos para intentar poner orden, pero todo se desbordó

y Paisley solo atinó a tapar la carita de Annie, que se le agarraba a la camiseta muy asustada. Quiso andar, pero no pudo, y empezó a sentir cómo se le contraía el pecho y como un mareo le nublaba la vista.

No solía asustarse en esos casos, pero, después de lo que había pasado en el Rockefeller Center, las cosas habían variado para ella, ahora era mucho más precavida, y miró al suelo intentando controlar el pánico y no alterar más a su hija. La asió con fuerza y en ese momento notó el brazo protector de Michael, que la rodeo por los hombros y la sacó de allí apartando a la gente con seguridad y sin contemplaciones.

—Va con una menor, dejadla en paz. No podéis hacer fotografías —gruñó abriendo la puerta del coche y dejando que su suegro se sentara al volante.

—¡Paisley, Paisley! —gritaba todo el mundo y ella se sentó en el asiento trasero con Annie acurrucada en su cuello.

—Vamos, James, o acabaré matando a alguien —Michael se desplomó en su butaca y antes de ponerse el cinturón de seguridad se giró hacia ella y le cogió la mano— ¿Estás bien?

—Sí.

—¿Segura?

—Sí.

—¿Princesita?, mírame ¿tú estás bien?

—No me gustan esas fotos.

—Lo sé, mi vida, ya pasó.

Paisley le besó la cabecita y se enjugó una lágrima rebelde.

Se había asustado muchísimo, pero era por Annie, pensó, respirando hondo. Odiaba que su hija se viera envuelta en ese tipo de incidentes tan incómodos, dónde Paisley Campbell se transformaba en una especie de cosa a la que todo el mundo quería tocar y fotografiar, y respiró hondo para no echarse a llorar, miró por la ventanilla y divisó a Andrew Stevens observando cómo abandonaban el parking sin moverse, muy atento y acompañado por una mujer que llevaba una capucha negra. Los siguió con los ojos y ella le dio la espalda y no pudo verle la cara, pero sin saber por qué, un estremecimiento la recorrió de arriba abajo.

16

—Ya se ha dormido. ¿Y tus padres?

Michael entró en la salita y se quedó quieto en la puerta, observándola con sus ojazos azules muy abiertos. Paisley le sonrió, estiró las piernas y las puso sobre la mesita de centro.

—Tenían una fiesta en la rectoría. ¿Quieres beber algo?

—Vale, gracias —vio cómo hacía amago de levantarse y la detuvo con una mano—. No te preocupes, ya voy yo, sé dónde está la cocina.

Ella asintió y lo siguió con los ojos. Sus vaqueros desteñidos, la camiseta celeste, el pelo colocado detrás de la oreja, los hombros anchos, su figura espigada y tan elegante, carraspeó y miró por la ventana.

—¿Te encuentras bien?

—¿Eh? —él regresó, se le sentó al lado en el sofá y también puso las botas vaqueras encima de la mesa—. Sí, estoy bien. No sé qué me pasa últimamente, me pongo nerviosa por cualquier cosa, pero estoy bien.

—Bueno, que la marabunta te rodee y coree tu nombre es muy agobiante.

—Lo sé, pero no es solo por eso, me preocupa Annie, me preocupa que acabe odiando a la gente, las multitudes o se vuelva temerosa.

—Annie es una guerrera, no se asusta tan fácilmente, aunque me ha estado preguntando por tus fans.

—¿En serio?

—Sí y le he dicho que su madre es muy famosa y que la gente solo quiere saludarla.

—Es lo que le digo siempre, pero acabará odiándolo, lo sé. Tú acabaste odiándolo.

—Yo pasaba de los treinta cuando tuve que empezar a lidiar con los locos de tus fans, era una novedad, para ella será mucho más natural.

—Ya veremos… —guardó silencio y se acordó de lo que quería contarle, suspiró y lo miró de soslayo—. Cuando salíamos del aparcamiento de la universidad he visto a Andrew con una mujer que llevaba capucha, observándonos de lejos, fue muy raro.

—¿Por qué fue muy raro?

—No lo sé, en lugar de acercarse y preguntar si estábamos bien, se quedó como un espía allí, sin moverse… y ella se dio la vuelta para que no le viera la cara.

—Si lo veo le partiré la cara, se lo debo y él lo sabe, por eso mantiene las distancias.

—Madre mía… —bufó moviendo la cabeza.

—Es una cuestión entre tíos, no lo entenderás jamás.

—Eso suena muy condescendiente.

—Es la verdad —apoyó el cuello en el borde el sofá y cerró los ojos—. Zöe no es mi novia.

—¿Qué?… oye, no quiero saber nada de eso.

—No me gusta hablar de la vida privada de los demás, pero te diré que es más probable que quiera acostarse contigo que conmigo, es lesbiana, ella y su novia Paris viven juntas y se quedan en mi casa juntas cuando van a Nueva York.

—No es asunto mío.

—Claro que es asunto tuyo, Paisley. Mírame —giró la cabeza y le clavó los ojos azules—. En estos diecinueve meses he estado con alguna persona, he tenido alguna aventura de una noche, pero no he salido con nadie, ni he mantenido una relación con nadie, no he podido, tampoco he querido…

—Vale…

—Nunca he dejado de quererte.

—Ya hemos hablado de eso ¿podemos tener la fiesta en paz?

—Ok.

—¿Cómo era la mujer que viste en el jardín de Yale? —cambió de tema y él frunció el ceño.

—Era Ruth, no tengo la menor duda, se lo he dicho a la policía.

—¿Recuerdas de qué color iba vestida?

—De negro.

—¿No llevaba capucha?

—No estoy seguro ¿por qué?

—No sé, una corazonada. Me dijiste que fue ella la que te habló de mi supuesto *affair* con Andrew y ahora me pregunto ¿qué sabía ella de Andrew? No creo que lo haya conocido hasta el día del cumpleaños de Annie. Llevaba solo un tiempo con nosotros y él no iba apenas de Nueva York… ¿por qué te habló precisamente de él?

—Sabía que erais muy amigos, que no me gustaba demasiado y que mi punto débil son los celos. Es una sociópata, Paisley, sabe cómo hacer daño.

—¿Tu punto débil son los celos?, es la primera vez que lo reconoces en voz alta.

—Estoy intentando mejorar, he ido a terapia.

—Me alegro.

—Y yo… —volvió a clavarle los ojos y ella lo miró— ¿Crees que Ruth y Andrew podrían estar compinchados? ¿Has tenido algún problema con ese capullo?

—No creo, no sé, nos distanciamos cuando me fui a vivir contigo y con los años mucho más, a veces se sentía ofendido porque no lo llamaba o no podía verlo, pero de ahí a suponer que está compinchado con ella hay un trecho. Solo intento ordenar los hechos y sacar algunas conclusiones. Es curioso que tú la vieras claramente frente al despacho de mi padre y yo lo viera a él, unos minutos después, observándonos a lo lejos y con una mujer al lado. Una mujer que me dio la espalda cuando nos acercábamos en el coche. No sé, igual veo demasiadas series de televisión.

—No, voy a pedirle a Paul que lo investigue —agarró el móvil y mandó un mensaje—. Mi padre siempre decía que no había que descartar nada hasta estar bien seguro de haber estudiado todas las opciones.

—Vale, pero no me puedo imaginar a Andy colaborando para hacernos daño… no puede ser, seguro que me equivoco y que todo es pura casualidad.

—Paul y su gente lo investigarán y lo sabremos. Creo que debería anular lo de Bruce y quedarme en los Estados Unidos.

—No ¿por qué? No puedes dejarlo tirado.

—No dormiré tranquilo hasta que no resolvamos este tema y Ruth Payne esté perfectamente controlada. Bruce lo entenderá… estás embarazada y…

—Solo son tres conciertos y está el del Ámsterdam Arena, a él le encanta ir contigo a Holanda y a ti te encanta tocar allí.

—Veniros conmigo, Annie y tú, veniros las dos y así pasáis unos días en Holanda, mi madre estará allí hasta mediados de julio y tú estás de vacaciones, puedo reservar en el Pulitzer Ámsterdam y …

—No tenía previsto viajar más allá de Connecticut.

—Piénsalo tranquilamente ¿ok?, no me digas nada ahora.

—Ok.

—¿Puedo? —preguntó de pronto mirándole la tripa y ella se encogió de hombros.

—Solo tiene catorce semanas, no se mueve, ni se me nota nada.

—No importa, sé que ya me siente —se estiró y le puso la mano abierta sobre el vientre, ella iba con unos vaqueros de talle bajo y sintió perfectamente el calor de su mano sobre la piel desnuda. Se puso tensa y apartó los brazos oliendo de cerca su aroma, viendo su pelo y sus pestañas, su barba y ese tono de piel tan bonito que tenía y que le daba un aspecto tan sexy. Respiró hondo y él subió los ojos azules para mirarla a la cara—. Con Annie desde que lo supimos estuve hablándole, ocho meses enteros.

—Lo sé.

—Es impresionante —dijo sin apartar los ojos y ella lo miró.

—¿Qué?

—Lo guapa que eres.

—Sí, claro.

—Sabes que sí y cuando estás embarazada estás aún más guapa. ¿Te has sonrojado?, como en los viejos tiempos ¿eh?

—Déjalo… —hizo amago de apartarse, pero no la dejó— ¿Quieres cenar algo? Mi madre ha dejado una empanada de carne.

—¿Recuerdas lo que te dije cuando te conocí? —ella movió la cabeza y él se le acercó más sin dejar de acariciarle el vientre—. Eras la chica más guapa que había visto en toda mi vida, te vi por detrás y casi me caigo de la impresión, estabas buenísima y cuando te giraste y me miraste con esos insólitos ojos dorados, con esa cara y esa sonrisa, me acerqué y te dije que jamás podría dejarte en paz. ¿Lo recuerdas?

—Sí.

—Y te besé a los cinco minutos de hablar contigo y te juré que nunca me iba a separar de ti, porque encima eras una artista espectacular y llena de talento.

—Ha pasado mucho tiempo de eso.

—Y la he cagado de todas las formas posibles, he cometido muchos errores, el mayor separarme de ti. Nunca me perdonaré haberme alejado de ti y acabar divorciados, es lo peor que he hecho en toda mi vida, Paisley, pero quiero que sepas que nunca, jamás, he dejado de quererte. Incluso cuando no podía mirarte a la cara, ni hablarte, era porque no soportaba haberte perdido. ¿Lo entiendes?

—Mike…

—No, mírame —le sujetó la barbilla y pegó la frente con la suya—. Sé que me quieres, lo siento aquí dentro, solo quiero saber si algún día podrás perdonarme y darme otra oportunidad. Y no es por Annie, por este bebé o por nuestra familia, es por nosotros.

—¿Y tú me has perdonado a mí?

—Por supuesto.

—Pues no quiero que me perdones, porque yo no hice nada.

—Te vi besándote con Andrew Stevens en mi propia casa.

—Un beso inocente entre dos adultos, ni me acosté con él, ni te traicioné con él, ni nada parecido.

—Ok… —Se desplomó en el sofá y se restregó la cara con las dos manos—. Verte besándolo casi me mata ¿no lo entiendes?

—Lo entiendo, pero no era para tratarme de puta y abandonarme sin mirarme a la cara.

—Para mí fue un cataclismo.

—Para mí mucho más que te largaras de casa y presentaras una demanda de divorcio sin darme ninguna oportunidad de defensa. Yo no quería separarme, mucho menos divorciarme, yo quería tener más hijos contigo, quería cuidar de nuestra familia, quería hacerte feliz… yo te quería con toda mi alma.

—No llores —se desplazó y la abrazó contra su pecho—. Por favor, no llores.

—Siempre he pensado que llevabas tiempo buscando cualquier excusa para dejarme y que lo de Andrew te vino a las mil maravillas para acusarme de adultera y deshacerte de mí.

—No, mi amor…

—Hacía tiempo que ni me mirabas.

—Estaba pasando una mala racha, había entrado en barrena… mi trabajo, tu trabajo… nuestra vida de locos. Necesitaba reorganizarme, pero no entraba en mi mente la separación ¿cómo iba a entrar si yo sin ti no soy nada, *liefde*?

—Y ¿cómo sé que ahora no entrarás de nuevo en barrena?

—Estos diecinueve meses me han hecho ver las cosas de otra manera, valorar lo que tenía y saber, de verdad, que, sin vosotras, sin nuestra vida, soy un pobre desgraciado.

—No podría pasar otra vez por algo así.

—Yo tampoco —se arrodilló frente a ella y la abrazó por las piernas—. Perdóname, dame otra oportunidad, *liefde*, y te juro por Dios que nunca, jamás, volverá a pasar algo semejante.

—Quisiera liarme la manta a la cabeza, creerte y empezar de cero, pero lo he pasado tan mal…

—Lo sé, mi amor, déjame compensarlo.

—Nunca imaginé que nosotros nos haríamos algo así, que nos haríamos daño, que tú me ibas a despreciar de esa forma.

—No era yo, lo juro por Dios, perdí completamente el norte, me volví loco de celos. Llevaba meses oyendo que tú estabas tonteando con tu exnovio, que te quejabas de mí, que… Alguien con muy mala intención contribuyó a separarnos, Ruth Payne se dio el trabajo de enfrentarnos y preparó el terreno para lo que pasó después…

—Pero no es de recibo que confiaras en otra persona antes que en mí —interrumpió, secándose las lágrimas con la camiseta—. Tenías que haberlo hablado conmigo.

—Lo sé, lo sé…

—Te quiero, pero quiero hacer las cosas bien, nosotros no somos los únicos que podemos salir perjudicados de todo esto, Annie…

—Puedo esperar, solo me basta con oír que me quieres.

Lo miró a los ojos y en ese mismo instante el intercomunicador de Annie hizo un ruido y acto seguido oyeron el llanto de la pequeña. Los dos se pusieron de pie y subieron las escaleras corriendo.

17

Tocar en el Ámsterdam Arena siempre era una experiencia extraordinaria, tocar allí con su colega Bruce Springsteen mucho más, pero que en esta ocasión Paisley decidiera acompañarlo a Holanda, quedarse en Ámsterdam con Annie y la familia, y disfrutara del espectáculo desde el *backstage*, no tenía precio, y dejó el camerino después del concierto dando gracias a Dios por el milagro y decidido a disfrutar del resto de la noche con ella a solas y como una pareja normal, que era lo que venía intentando desde que se había presentado en New Haven buscando su perdón.

Cualquier tío en su sano juicio jamás hubiese dejado a alguien como Paisley Campbell, que era una chica extraordinaria, preciosa y muy sexy, generosa, cariñosa, amable, inteligente, sensible y llena de talento. La mejor madre del mundo, la mejor hija, la mejor hermana, la mejor

amiga, y la compañera que cualquiera podría desear, sin embargo, él lo había hecho cegado por los celos, el desconcierto y la estupidez, estaba claro, pero lo había hecho y se arrepentiría toda la vida, sobre todo porque sabía que a ella le había infringido un daño irreparable.

Cuando la había conocido ya tenía los treinta y un larguísimo historial sentimental, ella no, ella era prácticamente virgen, acababa de cumplir los veinte años y estaba en Nueva York estudiando en la mejor escuela de música del país, procedía de la verde y apacible New Haven, se había criado entre algodones y carecía de algo que lo cautivó de inmediato: no era frívola, ni arrogante, ni superficial, todo lo contrario, era un bellezón impresionante que no era consciente ni de su propio atractivo, ni de su talento, ni de la fascinación que provocaba en los demás. Era como un angelito perdido en medio de un mundo salvaje, el universo de la música, y él se había empeñado en protegerla y mantenerla alejada de toda aquella basura.

Se enamoraron y ella se fue a vivir con él, se casó con él y a los veinticinco años se había convertido en madre dándole el regalo más valioso y mágico de su vida, su hija, que para los dos era lo más importante, lo más grande, a pesar de lo cual ella no dudó en continuar con su otra gran aventura personal, su rutilante carrera en el mundo de la música de la mano de su descubridor, uno de los productores más famosos y ricos del mundo, pero también uno de los más voraces y destructivos.

Paisley era una artista inmensa, todo el mundo lo sabía, él el primero, por esa razón la inspiró a volar y a crecer, a ganar dinero y hacerse famosa, pero cuando el asunto se desmadró y David Harrison, el dichoso productor, tomó las riendas absolutas de su carrera y comenzó a programar viajes y giras y discos y entrevistas a destajo, empezaron los problemas. Él empezó a oponer resistencia, a intentar racionalizar su vida, organizar su existencia, su faceta como madre y esposa, su intimidad, y eso empezó a distanciarlos, no a ella de él, pero sí a él de ella, que empezó a observar con angustia como se dispersaba, se le iba de las manos y pasaba de ser un músico, una artista, a un producto comercial al que sacarle el jugo sin piedad.

Las tensiones con sus productores, su agente y su discográfica crecieron y Paisley mediaba sin éxito. David Harrison lo acusó públicamente de ser un egoísta, por tratar de frenar el fulgurante éxito de su mujer, y aquello supuso la ruptura definitiva, se dio la vuelta y no quiso saber nada más de su carrera.

Todo aquello lo afectó más de lo previsto, empezó a entrar en barrena, a sentirse ajeno a Paisley, a verla como una desconocida, y optó por tomar distancia física de ella, aunque la seguía amando con toda su alma, eligió apartarse y aquello los separó, los enfrentó, ella empezó a sufrir y a exigir explicaciones, y él se quedó mudo y desapareció.

Fue una época muy dura que empeoró cuando esa mujer, Ruth Payne, entró en sus vidas y comenzó a malmeter contra Paisley, a hablarle de Andrew y el supuesto acercamiento con su esposa, que se sentía sola y abandonada. Él estaba bajo mínimos y no fue capaz de reaccionar, Paisley estaba con su vida y se sintió incapaz de hablarlo con ella, y finalmente se los había encontrado en la terraza de su propia casa besándose. Besándose a dos pasos de su hija y del resto de la familia, y eso fue igual que un cataclismo, lo volvió loco, lo destrozó y lo empujó a hacer cosas de las que se arrepentiría el resto de su vida.

Suponía que nunca podrían olvidar aquellos tiempos, que siempre sobrevolarían su cabeza, pero estaba dispuesto a purgar sus pecados y a hacer lo que hiciera falta por compensar a Paisley. La amaba, estaba loco por ella e iban a tener otro hijo. La vida los había maltratado, los había puesto junto a personas nefastas que los habían manipulado y perjudicado, pero ahora los salvaba con un nuevo bebé, con una nueva oportunidad, y no pensaba desaprovecharlo.

Llegó a *backstage* sonriendo y buscó con los ojos a su mujer, que estaba hablando en un rincón con Patty, la esposa de Bruce, y uno de sus asistentes. Respiró hondo y observó con el corazón a mil lo guapa que era, con unos vaqueros desteñidos de talle bajo, el ombligo al aire, y la sencilla camiseta blanca de la gira. Springsteen ponía en la pechera y se quedó prendado de su cuerpo, de esa cara preciosa que tenía y que resplandecía con su sonrisa, y el pelo rubio recogido en una coleta alta.

Era bellísima y pensar que llevaba a su bebé dentro, lo estremeció casi hasta las lágrimas.

—Buenas noches, señoras —se acercó a ellas y abrazó a Paisley por la cintura y el vientre— ¿Qué tal estás?

—Bien ¿y tú? Ha sido genial, como siempre.

—Le estaba diciendo a Paisley que debería tocar con nosotros alguna vez —dijo Patty—. Verla allí arriba con una guitarra eléctrica sería una pasada.

—Ya la toca en sus conciertos.

—Pero no a lo Springsteen.

—Eso es verdad.

—Después de que nazca el bebé —opinó Patti Scialfa mirando hacia su marido, que salía en ese momento a saludar a todo el equipo—. Os dejo, ahora nos vemos.

—Qué chica más guapa —él sujetó a Paisley y se la llevó a un rincón para pegarla a la pared—. Es imposible que seas más guapa.

—Vaya, la adrenalina del concierto. Ha sido increíble.

—Nada de la adrenalina del concierto. Dame un beso, llevo esperando uno desde New Haven.

—Michael, dijimos…

—Que necesitabas tiempo, pero yo necesito un beso —se inclinó y le atrapó los labios con la boca abierta, se los separó y le pegó un beso un poco desesperado, deslizó los dedos y le sujetó ese culo espectacular que tenía con las dos manos—. Voy a romper los vaqueros si no te vienes conmigo ahora mismo.

—Qué romántico —se echó a reír y le acarició la barba mirándolo a los ojos—. Sabía que no tendrías paciencia, siempre tienes que salirte con la tuya.

—Si no quieres volver conmigo, seamos *follamigos.*

—Muy bonito.

—Venga, *liefde*, sé que me deseas tanto como yo a ti. Te ponías muy juguetona cuando estábamos esperando a Annie.

—Ok…

Asintió, él la agarró de la mano y se la llevó de vuelta al camerino, la metió dentro, cerró con seguro y se sacó la camiseta sin dejar de mirarla a los ojos. Ella se desabrochó los vaqueros y los dejó caer, se sacó los zapatos, levantó la cabeza y él se le echó encima, la agarró por las caderas y la empotró contra la pared, le rompió las braguitas y soltó un gruñido cuando sintió que estaba húmeda y caliente, cuando la penetró y entró dentro de su cuerpo suave y delicioso lamiéndole los pezones y el cuello y la boca ansiosa que no paraba de pedirle más.

Le hizo el amor como un salvaje, sin detenerse demasiado y sin decir nada, la dejó desnuda y la puso encima del sofá para llenarla hasta dentro, lo más adentro posible, mirándola a los ojos, cada vez más fuera de control, hasta que eyaculó, percibiendo perfectamente como ella se deshacía en un orgasmo monumental y dulce que los dejó a los dos jadeando y empapados en sudor.

—Hace mucho calor aquí —cuando al fin intentó apartarse de él, él asintió y estiró la mano para poner el aire acondicionado—. Déjame un momento, quiero ir al servicio.

—Quiero vivir el resto de mi vida aquí dentro.

—Mike, por favor, va en serio.

—Vale… hola, hijo mío… —la sujetó por las caderas y le besó el vientre desnudo antes de dejarla entrar en el cuarto de baño—. La ducha es estupenda.

—Genial, una muy rápido.

—Vaya, tengo cuatro llamas perdidas de Paul —comentó mirando el teléfono móvil que se le había caído de los vaqueros, oyó cómo ella ponía la ducha en marcha y devolvió la llamada—. Tío Paul ¿qué hay?

—Micky ¿dónde estás?

—En Ámsterdam ¿por qué?

—¿Paisley y Annie?

—Conmigo ¿Qué pasa?

—Me alegra oír eso —oyó que suspiraba y se puso de pie—. Lamentablemente tu instinto no te ha fallado, Micky, la tal Ruth Payne y la agresora del Rockefeller Center se conocen, ambas tienen antecedentes penales similares y ambas acudían a un grupo de apoyo en Cheshire.

—¿Cheshire en New Haven, Connecticut?

—Exactamente. Era un grupo de apoyo para personas acusadas de acoso, desordenes sociales, etc. Gente muy suya, seguramente se hicieron amigas allí y lo peor es lo que viene ahora.

—¿Qué? —abrió la puerta del baño y miró a Paisley a los ojos, pulsó el manos libres y ella se envolvió en una toalla con cara de pregunta—. Te he puesto en altavoz, tío Paul, Paisley también está escuchando.

—Genial, porque esto le concierte directamente. Ruth Payne y Helen Jones, la agresora del Rockefeller Center, compartían grupo de apoyo con Andrew Stevens, ayudante administrativo del departamento de Literatura Rusa de la Universidad de Yale.

—¿Un grupo de apoyo? —preguntó ella.

—Sí, en Cheshire, New Haven. Un grupo de apoyo para personas acusadas de acoso y… —apuntó Michael acariciándole la espalda.

—¿En serio?, no puede ser. ¿Qué hacía Andrew en un grupo de esos?

—Acosó a una profesora durante sus años universitarios, fue procesado y condenado a una multa y a trabajos sociales. A la mujer de un amigo, que retiró la denuncia, y a una compañera de doctorado en Inglaterra, concretamente en Manchester, que sí lo denunció y por lo que fue condenado a seis meses de cárcel. No los cumplió y volvió a los Estados Unidos sin antecedentes, pero la Interpol nos los facilitó.

—Madre mía, no sabía nada.

—¿O sea que los tres se conocen y fueron a por nosotros?

—Eso es, hijo, no sé por qué o cuándo lo decidieron, pero está claro que actuaron juntos, aunque no los podemos empapelar por eso. Solo os puedo recomendar precaución, seguridad veinticuatro horas y al primer traspié los meteré en la cárcel.

—Está bien y muchas gracias.

—¿Cuánto tiempo os quedáis en Europa?

—Solo una semana más, Paisley tiene trabajo en Nueva York.

—Mantenme al tanto.

—Por supuesto y muchísimas gracias.

—De nada, tened cuidado.

Colgó y la miró a los ojos, ella estaba llorando y secándose las lágrimas con la toalla. Observó como volvía al camerino y recogía su ropa del suelo, él se pasó la mano por la cara cada vez más desconcertado, sin entender absolutamente nada, se le acercó y la estrechó contra su pecho.

18

—¡Paisley!

Exclamó Andrew Stevens al verla sentada en su despacho. Ella se levantó y se le acercó echando chispas por los ojos.

—Llevo dos horas buscándote, Andrew, ¿dónde te metes?

—Acabo de llegar de una conferencia en…

—Es igual —respiró hondo y se puso en jarras—. Ya lo sé todo, absolutamente todo y aún no me puedo creer que seas un maldito embustero.

—¿De qué estás hablando? ¿has venido sola?

—He venido sola, gracias a Dios, porque si te encuentra Michael no sé que te habría hecho.

—Ya me estoy cansando de vuestras amenazas ¿sabes?

—¿Tú te estás cansando de nuestras amenazas? ¿en serio? ¿Tú, que metiste a tu amiga Ruth Payne en mi casa, para cuidar de mi hija y destrozar mi vida?

—¿De qué estás hablando? —primero palideció y después enrojeció hasta las orejas.

—Aquí está todo, Andrew, ten un poco de decencia y deja ya de mentirme —tiró encima de la mesa el expediente con toda la información que les había pasado Paul O'Hara y lo miró a los ojos—. Sé que has estado tres veces acusado por acoso, que tienes varias órdenes de alejamiento y que conociste a Ruth y a su amiga Helen en un grupo de apoyo aquí al lado, en Cheshire. Sé que tenías tratos con ellas y, mira tú que casualidad, que ambas me han hecho daño, una en mi propia casa, inmiscuyéndose en mi matrimonio, y la otra intentando agredirme en el Rockefeller Center.

—Eso forma parte de mi pasado, yo…

—No forma parte de tu pasado porque esas mujeres, a las que yo no había visto en toda mi vida, fueron a por mí empujadas por ti, me imagino.

—Estás especulando, yo jamás… —se atusó el pelo y trató de calmarse—. Son personas conflictivas y peculiares y tal vez quisieron ayudarme porque…

—¿Ayudarte? ¿por qué?

—Les conté alguna vez que llevaba enamorado de ti desde los doce años, que fuimos novios en el instituto, que luego tú te marchaste a Nueva York, te olvidaste de mí y me rompiste el corazón… no sé, son cosas que se cuentan en esos grupos y siendo tu famosa, pues… con mayor razón.

—¡¿Qué?!

—Mira, Paisley, tú no lo entiendes, en esos grupos se crean unos vínculos muy fuertes.

—¿Y querían vengarse de mí para resarcirte a ti de algo?

—Supongo, yo qué sé. Yo no les pedí nada…

—No te creo.

—Es verdad.

—¿Y por qué cuando supiste que Ruth trabajaba con nosotros no me dijiste que la conocías?

—Todos intentamos rehacer nuestras vidas, cambiar de nombre y empezar de cero, no iba a ser yo el que me interpusiera en su camino.

—Pero tú eras MI amigo.

—No tanto, Paisley, hace años que no te importa si estoy vivo o muerto, si me van bien las cosas o si tengo problemas.

—Es lo que pasa con los amigos de la infancia, uno los pierde de vista, hace su vida y, encima, yo siempre he mantenido contacto contigo.

—Claro, cuando te venía bien.

—¿Perdona?

—Ni siquiera hablaste con tu padre cuando te pedí ayuda para entrar a trabajar aquí. Se te olvidó, no le dijiste nada y jamás volviste a mencionarlo.

—Se lo pedí y él se negó a intervenir, dijo que no hacía eso por nadie y, en todo caso —bufó—. Eso no justifica que tus dos amigas fueran a por mi familia.

—Eso es cosa de ellas, a mí no me mires.

—Mientes.

—No voy a discutir contigo, Paisley, no tienes nada contra mí y te ruego que abandones mi despacho ahora mismo.

—Tengo todo contra ti, Andrew, y voy a contárselo a mi padre para que actúe en consecuencia. No sé si es buena idea que un acosador confeso, un manipulador y un mentiroso como tú esté trabajando en esta institución tan respetable.

—No serás capaz.

—Tan capaz como tú de azuzar a ese par de locas para que me hicieran daño.

—Yo no te he hecho nada, Paisley, no tengo la culpa de que el cabrón de tu marido tonteara con tu niñera, se alejara de ti y acabara pillándote conmigo en la terraza.

—Increíble.

—Es la verdad.

—Sé que tú metiste a Ruth en mi vida —lo señaló con el dedo y él levantó las manos—. Lo sé, porque eres un resentido, y conseguiré que pagues por esto. Solo necesitaba decírtelo a la cara.

—Seguro que esto ha sido idea de Michael, que es capaz de cualquier cosa por joderme la vida.

—Michael ni siquiera se para a pensar que existes, Andrew, para él, como para mí, no eres nadie.

Soltó eso, sabiendo que era lo único que podía hacerle daño, y salió del despacho con las piernas temblorosas, pero cuadró los hombros y se encaminó hacia la facultad de su padre con paso firme.

Había salido de Ámsterdam de madrugada en un vuelo privado, dejando a Annie y a Mike en la cama, y había aterrizado en New Haven con una sola idea en la cabeza: no pensaba pasar por alto la información de Paul O'Hara, ni esperar a terminar sus vacaciones para viajar a los

Estados Unidos, ni dejar que la policía se ocupara, no, necesitaba enfrentar personalmente a Andrew y cuanto antes mejor, o acabaría volviéndose loca.

Desde que había oído lo de sus antecedentes y su relación con Ruth y su agresora del Rockefeller Center, el mundo se le había puesto del revés y no podía pensar en otra cosa. No podía asimilar que hubiese gente dispuesta a jugarse su libertad por hacerle daño a ella, a ella, que no había actuado contra nadie en toda su vida, y que ni siquiera las conocía.

Mucho se había escrito sobre personas que consagraban su vida a odiar a los demás, y ser famoso contribuía a alimentar estas fobias, ahí estaba el caso de John Lennon o Mónica Seles, uno muerto y la otra apuñalada por un fan descontrolado, ella lo sabía y trataba de ser responsable, tomar medidas, sobre todo desde el nacimiento de Annie, pero eso era una cosa y otra muy diferente era que un amigo de siempre te vendiera y te pusiera en el camino de gente peligrosa y malintencionada.

Eso era terrible y no había podido quedarse en Holanda con los brazos cruzados, no pudo, y organizó el viaje de espaldas a Mike, que hacía horas que se había dado cuenta de la maniobra, estaba indignado por su imprudencia, y le había montado un tremendo escándalo por teléfono.

—¿Tú estás loca? —le soltó su padre cuando la pilló al final del aula dónde impartía un curso de verano. Ella amagó una sonrisa y negó con la cabeza.

—Ya me han dado un buen rapapolvo desde Ámsterdam, papá. Así que, por favor…

—Llevamos horas intentando localizarte, todos muertos de preocupación por ti ¿Cómo se te ocurre venir sola hasta aquí para buscar a ese impresentable? Mike nos lo contó todo, tienes que dejar que la policía se ocupe, no eres una superheroína y en tu estado… por Dios.

—Papá…

—¿Lo has visto?

—Acabo de hablar con él, toma —le puso el expediente en las manos—. Este es el informe completo que consiguió la policía de Brooklyn. No me gusta jugar con el pan de nadie, pero lo justo es que la universidad esté informada.

—He estado mirando su expediente y sus recomendaciones y no sale nada de esto. Supongo que todo el mundo tiene derecho a una segunda oportunidad, pero… —se sacó las gafas y suspiró—. Sabe Dios que nunca me gustó demasiado ese chico, se tomó fatal tu ida a Nueva York, tu matrimonio y todo tu éxito, y según dos informes de la seguridad del Campus, tuvo un par de altercados graves con dos alumnas a las que recomendó suspender, según ellas, por no aceptar sus insinuaciones.

—Madre mía, es increíble.

—Pudo haber reaccionado mal, Paisley, incluso podría haberte hecho daño. Según esto es un tipo violento ¿Cómo se te ocurre enfrentarlo tú sola?

—Porque era algo entre él y yo, papá, no te preocupes, ya pasó.

—Estás muy pálida ¿te encuentras bien?

—Necesito un poco de agua o un zumo, estoy un poco mareada, no he dormido apenas… ¿puedes conseguirme algo de beber?

—Claro… ¿Usted quién es?, esta es un aula de acceso restringido —James Campbell se giró hacia la puerta y se encontró con una mujer que siguió avanzando hacia ellos sin hacerle caso.

—Solo quiero hablar con su hija, profesor.

—¿Qué? —Paisley se puso de pie y miró a los ojos a Ruth Payne, que parecía otra, porque había cambiado mucho su aspecto, y ella le sonrió— ¿Qué haces tú aquí? Papá, llama a la policía, esta mujer no puede acercarse a mí, tiene una orden de alejamiento de…

—Eso, ya está doña ordeno y mando. No llame a nadie, profesor, o tendremos un problemita usted y yo.

—Fuera de aquí, inmediatamente.

—Claro, claro, no se altere tanto, doctor Campbell, solo vengo a saludar a la gran Paisley Campbell-Evans ¿Acabo de verte en Internet morreándote con Michael en Ámsterdam? ¿Has vuelto con él a pesar de que se acostó conmigo y conspiró conmigo para deshacernos de ti?

—Oiga, mire…

—Déjala, papá, espérame fuera.

—De aquí no se mueve nadie.

—¿Qué quieres?

—Me encantaba follar con tu guapo maridito, una maquina en la cama ¿verdad? Lo hacíamos cuando estabas de viaje, después de que Annie de fuera a dormir y siempre en tu cama, sobre tus sábanas, o en su casa, en el sofá, en la cocina, sobre el piano, en todas partes.

—Suficiente —su padre hizo amago de sacarla a empujones, pero Ruth lo esquivó y sacó una especie de porra de dentro de la chaqueta. Paisley se puso tensa y retrocedió intentando coger el móvil.

—¿Qué quieres, Ruth?

—Que nos dejes en paz, a mí, al pobre Andy, que ya bastante le jodiste la vida, y a Helen, contra la que no tienes nada. Déjanos en paz o te voy a dar una buena paliza antes de llevarme a Annie. No te mereces esa hija, ella me quiere a mí, y en cuanto me instale con ella bien lejos, Mike se vendrá con nosotras y te dejará tirada otra vez.

—¿Todo ha sido por Andrew?

—Primero por Andrew, que quería vengarse de ti por todo el daño que le hiciste, y después por Michael Evans, que está como un queso. Tú te crees muy guapa, y muy especial, pero no lo eres, Paisley, eres una zorra insoportable, controladora y frígida, tu marido lo repetía continuamente y me prefería a mí.

—Está bien, quédate con Michael, no me interesa —miró a su padre de reojo y lo vio muy pálido, así que se asustó mucho más y reculó intentando parecer convincente—. Yo os dejaré en paz, enterraré todo esto y cada uno que siga con su vida.

—No sé si creerte, ahora que estás preñada eres muy peligrosa, Mike se vuelve loco con los niños… te lo follaste para atarlo con otro crío ¿no? Que lista eres —se le acercó y su padre se puso en medio— ¡Apártese, esto no va con usted, profesor!

—Papá, tranquilo, por favor, no la toques.

—¿Sabes qué? Le dirás a Michael que el bebé es de Andrew y todos en paz. Ese sí que es un final feliz para todo el mundo.

—Vale… —al fin alcanzó el teléfono móvil, que llevaba en el bolsillo trasero de los vaqueros, y pulsó todas las teclas sin mirar.

—Muy bien, llámalo, llama ahora mismo a Michael y dile que te has reconciliado con Andrew y que, como el bebé es suyo, te quedas con él. ¡Vamos!

—Claro, sí…

—¡Ruth! ¿qué coño haces aquí?, ¿quieres perjudicarme aún más? —De pronto Andrew entró agitado en el aula y miró la escena con la boca abierta—. ¿Qué estás haciendo?

—Tú me llamaste y he venido corriendo, deberías estar agradecido, ahora tu zorrita hará lo correcto o la voy a machacar, a ella, a su padre y a toda su puñetera familia ¡Vamos, Paisley! llama a tu marido y dile la verdad ¡vamos!

Paisley intentó sujetar el teléfono con fuerza, pero le temblaba todo el cuerpo, se limpió las lágrimas y miró a su pobre padre, que se había apoyado contra la pared resoplando. Hizo amago de marcar el número de Michael, pero antes localizó el icono de emergencia que le había instalado su equipo de seguridad y lo pulsó sin mirar a nadie, luego tragó saliva y lo llamó.

—Michael…

—¡¿Dónde coño te metes?, te estoy buscando ¿sabes acaso…?!

No alcanzó a terminar la frase y las dos puertas del aula se abrieron de golpe, Paisley dio un respingo y sin querer soltó el teléfono, viendo entrar en tromba a las dos escoltas que había hecho ir hasta New Haven con ella.

Antes de que Ruth abriera la boca la tiraron al suelo con violencia y la inmovilizaron contra las baldosas, una le puso una rodilla en la espalda y la otra se ocupó de detener a Andrew, que hizo amago de correr.

Paisley se agarró a una mesa y miró a su padre, que estaba recuperando el aliento con dificultad.

—Señora Evans ¿está bien? La policía viene de camino.

—Mi padre, llamad a un médico, por favor.

—Estoy bien, estoy bien. Tranquila…

—¡Quieto!

Gritó una de las guardaespaldas, viendo como su compañera caía al suelo por culpa de un violento empujón propinado a traición por Andrew. Todos saltaron y él se giró hacia la puerta decidido a escapar, pero no alcanzó a dar dos pasos, porque Michael Evans entró corriendo e impidió su huida. Lo miró a los ojos, dio un paso atrás y le soltó tal puñetazo que lo tiró de espaldas al suelo.

—Mi amor…

Susurró Paisley, viendo como la sala se llenaba de gente, de gritos y voces asustadas, y oyendo a lo lejos como las sirenas de la policía se acercaban a ellos.

Intentó agarrar el teléfono del suelo, auxiliar a su padre, pero el mareo se hizo más intenso y no pudo moverse. Miró al frente, vislumbró los ojos asustados de Michael, sintió sus brazos agarrándola por la cintura, la voz de su padre y se desmayó.

EPÍLOGO

Cuatro meses después…

Abrió los ojos y miró la hora en el teléfono móvil, las cuatro de la mañana. Aún era muy pronto y miró a través del ventanal sin cortinas que había mucho viento, y seguramente hacía mucho frío, y se tapó mejor con el edredón pensando que le encantaba vivir en Ámsterdam, dónde se habían mudado de forma permanente tras el último y escandaloso incidente con Ruth Payne y Andrew Stevens en la Universidad de Yale.

Iba a ser muy difícil olvidar aquella tarde en el aula de su padre, con esa mujer desquiciada y peligrosa amenazándolos, sintiéndose completamente vulnerables y a merced de la suerte hasta que habían aparecido las escoltas, y Michael, que había decidido seguir sus pasos hasta New Haven por puro instinto. Había dejado a Annie con su madre en Holanda, había pedido el jet privado a Springsteen y se había plantado en los Estados Unidos a tiempo para frenar la huida de Andrew y, sobre todo, a tiempo para llevarla al hospital, donde la dejaron en reposo y bajo vigilancia médica dos días.

Afortunadamente, el bebé no corrió ningún peligro y su padre, que a punto había estado de sufrir un infarto por culpa de esa mujer, tampoco, pero salió de la clínica con algunas decisiones tomadas, la primera, dejar los Estados Unidos por una temporada, aparcar su carrera y retirarse del mundanal ruido al menos hasta el nacimiento de su hijo a finales del mes de diciembre.

No quiso oír a nadie y solo viajó hasta Nueva York para cerrar la casa, hacer el equipaje de Annie y el suyo, y hablar con su discográfica, a la que informó de sus planes de futuro sin permitir ni la más mínima réplica. En realidad, nadie fue capaz de rebatir sus decisiones tras el incidente y después de vivir meses siendo víctima de esa gente, y todo el mundo acabó por comprender que necesitaba retirarse y descansar, vivir una existencia anónima y familiar lejos de foco mediático y, sobre todo, reparar su vida y recuperarse.

En todo el proceso, que no duró ni una semana, Michael estuvo a su lado apoyándola y haciéndose cargo de los detalles prácticos, como las denuncias, las demandas y los asuntos policiales que tuvieron que poner en marcha contra Ruth y Andrew. Él tomó las riendas y mientras Ruth Payne era detenida y encarcelada por romper una orden de alejamiento, por agresión, amenazas e incluso por allanamiento de una propiedad privada al entrar en una zona restringida de Yale, Andrew Stevens estaba siendo procesado por intromisión en la intimidad, acoso, amenazas y por ocultamiento de antecedentes penales.

Su padre y la Universidad de Yale denunciaron por su parte a la parejita, y en pocos días sumaron tantos cargos que, según sus abogados, les costaría volver a actuar con tanta impunidad. Andrew estaba en libertad bajo fianza, pero se enfrentaba a muchos problemas académicos y legales, y lo último que sabían de él era que permanecía en New Haven esperando el juicio en su casa, donde preparaba un libro para contar su versión de los hechos. Una pesadilla.

En todo caso, a ella le importaba bien poco todo eso. La distancia física la había ayudado muchísimo, era otra persona en Holanda, al poco de llegar habían alquilado una preciosa casa en el Oud-Zuid, uno de los barrios más elegantes y bonitos de Ámsterdam, y vivía allí como siempre había soñado: haciendo música y ejerciendo de madre y ama de casa a tiempo completo.

Su relación con Michael, por supuesto, se había consolidado con todo aquello. Lo que los separó, los acabó por unir en un frente común muchísimo más sólido y resistente, se habían perdonado todo el pasado, habían decidido enterrar los reproches, las preguntas y las explicaciones, habían empezado de cero y se amaban incluso más que antes.

Él, además, se sentía estupendamente viviendo en su segundo hogar, rodeado por su familia holandesa, trabajando en su música y cumpliendo con sus compromisos profesionales desde Holanda, viajando de vez en cuando a los Estados Unidos, pero, esencialmente, viviendo para su mujer y su hija, a las que dedicaba todo su tiempo y con las que había retomado la vida sencilla que tanto le importaba, y el anonimato, que en una ciudad abierta y civilizada como Ámsterdam era muy fácil de conseguir.

Había sido la mejor decisión de su vida mudarse allí, un sitio que siempre la había enamorado, y estaba feliz de ver a Annie integrada, viviendo la cultura de su abuela, hablando

holandés y asistiendo a una guardería internacional donde era una niña más, no la hija de Paisley Campbell-Evans, la estrella de la música, no, simplemente Annelien, la hija de Michael y Paisley.

De repente se emocionó al repasar cómo habían cambiado sus vidas en tan poco tiempo, y giró la cabeza para mirar a Michael, que dormía completamente desnudo a su lado.

La espalda fuerte, los hombros anchos, la piel tostada, el pelo suelto y revuelto. Estaba bocabajo y no pudo evitar estirar los dedos para acariciarlo, él ronroneó y preguntó con voz de sueño.

—¿Estás bien, *liefde*?

—Sí, sigue durmiendo.

—¿Segura? —se giró y le clavó los ojos azules estirando la mano para acariciarle el vientre.

—Segura, solo me he desvelado un poco.

—Ok —se le pegó al cuerpo y la abrazó sin dejar de acariciarle la tripa—. Podemos echar un polvo, dicen que ayuda a inducir el parto.

—Si fuera por eso, ya tendría que haber dado a luz hace días —se echó a reír y también se acarició el vientre, notando que el bebé estaba demasiado quieto. Entrelazó los dedos con los suyos y suspiró—. No creo que pase de hoy o mañana.

—Vale…

Se incorporó y la besó, fue directo al grano y le pegó un besó húmedo y delicioso que ella devolvió excitándose instantáneamente. Sintió cómo le tocaba los pechos y se estremeció entera, se acomodó para recibirlo dentro, pero en ese mismo instante un pequeño pellizco al final de la columna vertebral la hizo ponerse tensa.

—Vaya…

—¿Qué? —siguió besándole el cuello y finalmente levantó la cara para mirarla a los ojos— ¿Qué pasa?, ¿Paisley?

—Un momento… sí, creo que ya ¡Joder!

—¿Ya viene? —se sentó en la cama y encendió la luz.

—Sí y con ganas… ¡madre mía!

—Ok, tranquila, está todo preparado, voy a despertar a tus padres y a llamar a mi madre. Voy a pedir un coche…

Lo siguiente fue levantarse y ducharse, porque se empeñó en ducharse, mientras Michael se vestía y cogía su maleta y la canastilla del bebé, a la par que sus padres intentaban ayudar, aunque su tarea en ese momento era quedarse con Annie, que estaba dormida tranquilamente en su habitación.

Una hora después estaba en la clínica, vestida con una bata y preparada para dar a luz en su habitación con la comadrona, las enfermeras y Mike, que aparentaba estar sereno, aunque ella sabía que estaba más asustado de lo que era capaz de reconocer.

—Ya estás lista, Paisley… un último empujón y tendrás a tu hijo en los brazos.

Animó la comadrona tras seis horas de contracciones y ella miró a Michael y le acarició la barba mirándolo a los ojos, él asintió y la besó en la frente.

—Vamos, mi amor, tú puedes.

—Sí… ay… mierda… vamos… —se dobló y empujó con el último aliento que le quedaba, Mike se apoyó en su espalda y la estrechó con todas sus fuerzas hasta que la comadrona y las enfermeras soltaron una exclamación de alivio.

—Ya está, ya está, es un chico. Es precioso, papás.

—Madre mía… —exclamaron los dos y Michael se acercó para que se lo pusieran en los brazos.

—Hola, James, hola, pequeñín ¿quieres ver a mamá? Mira a mamá.

—Hola, mi vida.

Ella se echó a llorar y esperó exhausta a que se lo pusiera en el pecho. Estaba sucio y arrugadito, pero era precioso, era igual que Annie, y le besó la cabecita sin poder controlar los sollozos, miró a su marido y él se le acercó para darle un beso en la boca, llorando igualmente.

—Lo has vuelto a hacer, mi vida.

—Lo hemos hecho los dos.

—Claro y nos sale de maravilla.

—Mamá, tenemos que valorarlo, ahora te lo devuelvo —se acercó la pediatra y ella negó con la cabeza—. Solo será un ratito. ¿Cómo se llama?

—James, James Michael Evans. No quiero que se lo lleven.

—Sólo será un momento.

—Es tan chiquitín —volvió a besarlo y él abrió los ojitos como reconociéndola—. Hola, mi vida, tu hermanita está como loca por conocerte.

—Cariño, tienen que valorarlo, vamos… —Mike sonrió y los besó a los dos—. Yo voy con él ¿quieres?

—Michael…

—¿Qué, *liefde*?

—Te amo.

—¿Tanto como para volver a casarte conmigo?

—Eso está hecho.

—Perfecto —le guiñó un ojo, se inclinó y volvió a besarla en la boca, muchas veces, hasta que tuvo que coger al bebé para llevarlo con la pediatra—. Y que sepas que yo te quiero mucho más.

FIN

INFORMACIÓN SOBRE LA AUTORA

Emma Madden es periodista, trabaja desde hace diez años en el mundo de las celebritys y los famosos. Nació en Madrid, pero reside en Londres con su marido, al que le debe su apellido.

Lleva muchos años escribiendo, pero ahora publica por primera vez la SERIE DIVAS, serie romántica dedicada a esas mujeres fuertes, ricas y famosas, muy independientes y con mucha decisión, que viven el amor a su manera.

Después de CHLOE, la historia de una mundialmente famosa actriz de Hollywood, viene GISELLE, ambientada en el mundo del deporte y la moda, y PAISLEY, la historia de una exitosa cantante de rock.